

EL evangelio del Tíbet

ÁLVARO BERMEJO



PRIMERA PARTE

ADN de Cristo

Primavera de 1947, en la Palestina del protectorado Británico, mientras las milicias árabes y judías batallan por el dominio de Jerusalén y la región entera vive una guerra civil encubierta, un joven beduino busca una cabra perdida entre los riscos de Qumrán, un paraje desértico en las cercanías del Mar Muerto. Hace un calor seco, de zarza ardiente: las piedras humean, y hasta el canto de las chicharras abrasa la piel. Seguro que la maldita cabra ha enfilado el laberinto de cavernas que horadan la montaña. Las cabras de Qumrán son muy testarudas cuando olfatean una brizna de hierba o un rastro de agua, casi tanto como los beduinos cuando tratan de recuperarlas. Una vez en la cima del risco, el joven arroja unos cuantos guijarros por las grietas más profundas. Sabe que la montaña está hueca, y con un poco de suerte el eco de los guijarros asustará al animal, que acabará saliendo a la luz por el hueco más inesperado. No obstante, el sonido que llega del fondo de la sima no es el habitual. Una de las piedras parece haber golpeado un objeto de barro, una tinaja o un ánfora. «¡Que el Perro me lleve! —exclama el cabrero—. ¡Tal vez allá abajo me espera el mismísimo tesoro de Suleimán!»

Al momento lía su *keffiyah* como una soga y se descuelga por la estrecha garganta. «Todo sea por el tesoro de Saladino», se dice un instante antes de dejarse caer, porque su *keffiyah* no da para más. Al menos cae de pie, sin romperse la crisma. Al dar el primer paso nota que se ha torcido un tobillo, pero no se queja: lo que acaba de iluminar su candil le deja sin palabras. La garganta se abre en una gran cavidad abovedada donde hay, no una, sino decenas de tinajas negras y rayadas, de las que se utilizaban en tiempos antiguos para los sacrificios.

El beduino se precipita a abrir la más voluminosa. Le cuesta abrazarla, tiene que emplear toda su fuerza. Esta pesa, masculla prometiéndose un botín digno de un rey. Cuando al fin consigue volcarla, sin embargo, de su boca sólo se vierte un amasijo de cueros raídos y anudados con filacterias.

Una tras otra las va volcando todas, cada vez más decepcionado: las tinajas no encierran joyas preciosas, ni ornamentos regios, ni una bolsa de siclos de oro, ni un mísero denario. En su interior sólo se amontonan ajados pergaminos, que se deshacen como telarañas polvorientas al tocarlos.

Valía más su cabra, que al fin apareció enredada en las ramas de un espino, no muy lejos de la sima. «¡Tú tienes la culpa de todo!», le espetó, golpeándola con uno de aquellos rollos y llevándosela hasta la jaima del jeque de su tribu, él cojeando y ella a rastras.

El viejo jeque pensó lo mismo que el joven cabrero: «Esto no vale nada». «¿Pero si sólo eran pellejos sin valor —se preguntó luego—, por qué se tomaron la molestia de esconderlos?» No tenían nada que perder llevando aquella

maloliente reliquia a la Universidad Hebrea de Jerusalén: conocía bien la extraña forma de pensar de aquellos sionistas. Quién sabe si ellos les encontrarían un significado o incluso un valor, por peregrino que fuera.

Por supuesto, el funcionario bostezante que lo archivó en una bolsa de plástico ni sospechó —mejor dicho, ni se molestó en sospechar— que aquel rollo contenía un libro completo del profeta Isaías escrito en tiempos de Cristo. «Sí, es viejo —le dijo por toda explicación al jeque, que parecía más viejo aún, y sin embargo no se ofendió—, estas letras que se deshacen huelen a más de mil años.»

Pero ni el beduino, ni el jeque, ni el funcionario hubieran imaginado jamás que lo que había pasado por sus manos se iba a valorar como uno de los mayores hallazgos culturales y religiosos del siglo XX.

Y menos aún que ese pergamino polvoriento que no valía el vellón de una cabra iba a originar una auténtica revolución.

1

Sólo que, para que eso sucediera, tuvieron que pasar veinte años más. Y naturalmente, mi amigo Manuel y yo tampoco lo sabíamos.

En la Primavera de 1967 Manuel Nájera era un joven y brillante arqueólogo español que acababa de llegar al campo de excavaciones de Nablus, y yo sólo un periodista destinado en aquel manicomio cisjordano, a la caza de un titular que me valiese un Pulitzer. Lo tenía difícil. La crónica de todos los días se repetía como el canto del muecín en la Explanada de las Mezquitas, agónica, vengativa, indestructible. Más comunicados de los mil frentes de liberación, nuevas crisis de los sucesivos gobiernos provisionales, y de vez en cuando un buen bombazo para dar la razón a los profetas del desastre.

Menos mal que todas las noches encontrábamos un hueco para otra música. Después de una ducha, me ponía un caftán al estilo de George Harrison, y con eso y el carné de prensa, me dejaba caer por el elegante hotel Semiramis, más elegante tras el cerco de sacos terreros que protegían el bar del lobby. Allí, Manuel Nájera y una terna de locos prematuramente alopécicos y bastante miopes, aunque todos con un whisky largo en la mano —los expertos de la comisión internacional instituida para descifrarlos—, escenificaban cada día su batalla particular en torno a esos pergaminos que extraían a manos llenas de las cuevas de Qumrán y que pronto serían conocidos en todo el mundo como los Rollos del Mar Muerto.

La polémica estaba centrada en la posibilidad de que tales manuscritos pertenecieran a una escisión de la secta de los esenios, que debió de establecerse en aquellos parajes con el fin de crear una comunidad más estricta, la comunidad de la Nueva Alianza, cuyo misticismo mesiánico no era incompatible con la guerra santa contra la ocupación romana, como los zelotes que se suicidaron por centenares en la fortaleza de Masada al verse cercados por las legiones del César. Fuesen esenios o zelotes, lo cierto es que los propietarios de aquellos pergaminos los abandonaron precipitadamente tras la gran sublevación judía contra Roma, y este hecho fijaba como fecha última de los manuscritos el año 68 d.C.

No obstante, a medida que la datación de los rollos iba retrocediendo en el tiempo, del 60 al 50, del 30 al año cero, y aún más atrás, la información oficial pasó a suministrarse con cuentagotas. Y es que, de pronto, allá en Qumrán, había aparecido la figura de un enigmático Maestro de Justicia, al que la comunidad llamaba literalmente Mesías, que fue perseguido, torturado y crucificado. En torno a él se sentaban los Doce Mejores y su ceremonial consistía en un banquete comunitario muy parecido a la Última Cena, donde se consagraban el pan y el vino.

Algunos investigadores no pudieron callar lo que otros ocultaban: que aquellos

textos dibujaban un personaje muy similar a Jesús de Nazareth y una doctrina que podría haber inspirado al mismo Cristo. En los textos de Qumrán del siglo I a.C. ya aparece la idea de un mesianismo sacerdotal, la expresión Hijo de Dios y hasta formas literarias como las Bienaventuranzas.

Estas afirmaciones, en apariencia nada iconoclastas, fueron interpretadas como una profanación por los arqueólogos católicos, pues entendían que devaluaban la excepcionalidad de Cristo y de su misión divina. Por aquel entonces, el papa Juan XXIII acababa de exculpar oficialmente a los judíos de la muerte del Redentor. Sólo así se explica que el gobierno de Tel Aviv se mostrara tan complaciente con las exigencias del Vaticano: tras el primer escándalo, en apenas unas semanas, se produjo una purga no menos escandalosa en la comisión internacional. Todos los paleógrafos no creyentes fueron excluidos, los disidentes silenciados, y los más incontrolables, invitados a abandonar Tierra Santa. El británico John Marco Allegro era uno de ellos, un tipo tan extravagante como Manuel Nájera y, como él, toda una autoridad en temas semíticos tras la publicación de sus tesis sobre los Oráculos de Balam y el Libro de los Números.

2

Estos hechos ocurrían en el año en que se desencadenó la fulminante Guerra de los Seis Días, cuando Egipto perdió la península del Sinaí. Yo fui otro figurante en la coreografía de periodistas que asistió al regreso triunfal de las tropas judías. Los carros de combate entraban en Jerusalén engalanados con palmas y ramas de olivo, y la muchedumbre aullaba a su paso como si se tratara de los ejércitos del rey David. Según saltaban de los blindados, sin quitarse sus uniformes de campaña, pero cambiándose el casco por la kipá ritual, oficiales y soldados se dirigían al Muro de las Lamentaciones con las ametralladoras todavía calientes para dar gracias a Yahvéh. Se sentían ungidos por el dios vengador del Antiguo Testamento, protector de su pueblo y exterminador implacable de sus enemigos.

La respuesta les estaba esperando en Qumrán.

Y se hizo universalmente pública cuando Allegro, que se había negado a abandonar Palestina, salió de la cueva número cuatro con un fragmento que en adelante sería conocido con el nombre de *Q4 Therapeia*, y cuyo texto, sobre la unción de los enfermos, permitía esbozar la conjetura de que aquel Maestro de Justicia de la comunidad de la Nueva Alianza — ¿tal vez el mismo Cristo? — ungía a sus discípulos con su propio esperma.

Aunque hoy se haya olvidado todo, los ríos de tinta que corrieron en torno a aquel despropósito hubieran bastado para fertilizar el desierto de los profetas. Apenas un año después, Allegro publicó una obra definitivamente explosiva, *El hongo sagrado y la cruz*, en la que sugería que Cristo pudo no haber existido como realidad histórica, sino que se trataba de una imagen provocada en la mente de sus discípulos por los efectos de un alucinógeno, el *fungus Christus* u hongo Cristo, un derivado de la amanita muscaria.

No sólo el Vaticano y el rabinato, sino también las instituciones académicas más prestigiosas del mundo, cayeron sobre él como un huracán de condenas retronantes. Pero no evitaron que su obra se convirtiera en un *best seller*, y su figura en la de un divino maldito que aparecía en las portadas del Time y competía en popularidad con Neil Armstrong, Muhammad Alí o los Rolling Stones.

No recuerdo si era *Sticky fingers* o *Exile on Main Street* lo que sonaba en el bar del hotel Semiramis aquella noche. Neil Armstrong acababa de pisar la superficie de la Luna, Muhammad Alí volvió a ganar el campeonato del mundo en siete asaltos y la insolente voz de Mick Jagger ardía entre los hielos de dos Jack Daniels, pero mi amigo Manuel Nájera tenía mucho que contar acerca de la locura de John Marco Allegro. El *hongo Cristo* nunca le pareció otra cosa que un delirio concebido bajo los efectos del LSD.

Pero aquella otra historia referente al Maestro de Justicia y a sus unciones

rituales podía contener la clave. ¿La clave de qué? La clave de un misterio donde se fundían toda la literatura acerca de la sangre que se vertió en el Santo Grial y un manantial de fuerza cósmica muy superior a la que propulsaba las turbinas del Apolo XI.

—Te hablo de la fuerza primigenia que conecta al hombre con las estrellas. El Big Bang comienza aquí, en este desierto y en este trozo de cuero. Créeme, ésta sí que va a ser la historia más grande jamás contada...

Me lo decía Manuel Nájera. Todo el mundo le consideraba un hermeneuta riguroso que no se permitía fantasías, y mucho menos esa clase de frivolidades. Mi gesto de sorpresa y asombro me delató.

—No, Álvaro, no me mires así —continuó—, sé muy bien lo que digo. Llevo cuatro años dándole vueltas a ese rollo *4Q Therapeia*. Está escrito en arameo antiguo y con una caligrafía confusa —tomó bruscamente una servilleta de papel y comenzó a garabatear sobre ella, un recurso que empleaba a menudo—. Ya sabes que en esta lengua las vocales no se escriben y las palabras no aparecen separadas, sino juntas, formando una línea casi infinita de consonantes, porque tampoco existen signos de puntuación, de manera que según cómo las separes puedes hacer decir al texto cualquier cosa. Por ejemplo, Manuel se escribiría *mnl*, pero Manila también se escribiría igual. Sin embargo, créeme, aunque te parezca una locura, tengo razones para creer que mi lectura del manuscrito resulta más ajustada que la de Allegro, y mi hipótesis es bastante más coherente. Ésta quema, quema de verdad.

—Nunca he pensado que fueras un loco, Manuel, sabes que te considero una autoridad en lo tuyo, pero...

—¿Pero qué?

—¿Conoce Allegro tu teoría?

Manuel, que hasta entonces observaba su bourbon como si fuera el elixir de Pentecostés, me dirigió una mirada casi sarcástica.

—¿Qué dices? No lo sabe nadie, sólo tú. No lo sabe, ni debe saberlo —añadió con solemnidad—. Aunque tampoco te creas que la suya revela nada nuevo con esa alusión al esperma de Cristo. La secta de los fibionitas de Jorazim practicaba una liturgia análoga en la que mezclaban esperma masculino y sangre menstrual femenina para alcanzar la unión con Dios. Sí, una costumbre repugnante que el mismo Cristo llegó a condenar como el pecado que sobrepasaba todo pecado. Puedes encontrar citas textuales por todas partes, en la *Pistis Sofia*, en las *Stromateis* de Clemente Alejandrino... De ahí sacó el pobre diablo de Allegro esa interpretación.

—Hablas de él con lástima...

—Allegro se equivocó: separó las consonantes de manera que sonaban como el esperma de los fibionitas. Y en cualquier caso ignoró lo esencial: que los esenios, por mucho que escribieran, desconfiaban de la escritura.

—¿Qué quieres decir?

—Todos sus textos están escritos en clave, una tradición secreta que se remonta

a los tiempos en que Moisés ejerció de sumo sacerdote en el santuario egipcio de Heliópolis... y que sólo se transmitía a los iniciados de viva voz. Cristo continuó con esa tradición; en el Evangelio de Mateo habla de «los misterios del Reino de los Cielos» como de un secreto que se esconde en parábolas, «para que viendo no vean y oyendo no oigan»: justamente al contrario de lo que todo el mundo piensa sobre las parábolas. También Él quería preservar el gran secreto ante los husmeadores profanos de la estirpe de Allegro, y hacía bien...

—Sí, pero ¿cuál es ese gran secreto?

—¿De verdad que quieres saberlo? —preguntó clavando su mirada en mí—. ¿Estás seguro?

Mi respuesta fue sostenerle esa mirada hasta que al fin lo dijo:

—El gran secreto de los esenios era la inmortalidad. Es decir, la continuidad de la vida física tras su muerte ritual. El mismo rito que protagonizó Jesús de Nazareth después de que lo crucificaran. Escúchame bien: Cristo no resucitó y ascendió a los cielos, sino que continuó viviendo físicamente, aquí, en este mundo.

3

Me costaba un gran esfuerzo seguir su argumentación. No porque fuera complicada de entender o de creer, sino porque la fascinación que irradiaba su rostro y el brillo de su mirada me confundían demasiado. Yo seguía clavado en aquellas últimas palabras, mientras Manuel hablaba con el mismo tono seco y sereno, como la confesión de un testigo:

—Lo bajaron de la cruz creyéndolo muerto, pero seguía vivo, con todo su ser contenido en un débil latido, pero vivo todavía. Otro texto esenio que encontramos hace poco, en Nag Hammadi, asegura que ellos cuidaron el cuerpo de su hermano Yeshua tras el holocausto. Y un estudio reciente efectuado por científicos de la nasa sobre el sudario de Turin certifica que ese lienzo envolvió un cuerpo cuyo corazón latía aún. Por eso no lo enterraron. Una vez que lo bajaron del Gólgota lo llevaron al sepulcro de José de Arimatea, ya sabes, el que preservó el cáliz de la Última Cena.

—Deja lo del Santo Grial para luego —le insté—. ¿Qué pasó esa noche en el sepulcro de José de Arimatea? ¿Qué hicieron con el cuerpo de Cristo?

—Lo cubrieron con cien libras de un extraño unguento. Además de los esenios de Nag Hammadi y de Qumrán, también lo dicen las escrituras canónicas. Pues bien, ese extraño unguento, la palabra que Allegro traduce como *esperma*, en realidad se refiere al *sprama* o al *noor mana* —vocalizó despacio—. Es la invocación que señalaba entre los esenios la energía más sagrada del hombre. Pero también aparece en los Vedas hindúes para describir la fuente de fuego eterno que duerme dentro de cada uno de nosotros y que, al despertar, desencadena una espiral de fuerzas psicofísicas que nos hace semejantes a dioses —sólo quedaban hielos en su vaso cuando apuré el último trago—. Semejantes a dioses —repitió haciéndolos sonar contra el cristal—. Pura energía atómica.

Yo también necesité beber para digerir aquella revelación demencial. Mejor no preguntar más. Ya iba bien servido por aquella noche.

—Joder, Manuel, yo creo en ti. Te lo he dicho... ¿Pero tú crees en esas cosas?

En la pantalla del televisor, Neil Armstrong, barrido por una nube de interferencias, posaba junto a la bandera norteamericana sobre la superficie de la Luna. Nosotros seguíamos en otra galaxia, probablemente ninguno de los dos reparamos en que se trataba de un momento histórico.

—¿Que si creo en esas cosas? —Manuel apartó la mirada del televisor—. Los investigadores de la Sábana Santa aseguran que han encontrado huellas de radiación en ella. Pero no, descuida, yo no creo en esas cosas, ni te voy a contar un cuento de extraterrestres. Lo mío es mucho peor —de pronto, su gesto parecía menos amistoso—. Mis fuentes son estrictamente terrícolas, yo sólo leo documentos paleográficos y, sin embargo, no puedo contártelo de otra manera

—respiró hondamente antes de continuar—. Una vez cubierto con el bálsamo ritual, el cuerpo de Cristo sanó en una sola noche de sus heridas mortales. Durante el segundo día se abrió como un manantial de luz en la oscuridad del sepulcro, la luz viva del *mana* radiante. Con el alba del tercer día, como te digo, despertó. Y no despertó solo.

—¿A qué te refieres?

—Hay un dato curioso en el que coinciden, aun con variantes, los cuatro evangelios canónicos. El de Mateo cuenta cómo cuando María de Magdala y la otra María, la de Cleofás, se acercaron al sepulcro después del sábado, se encontraron con un ángel del Señor sobre la piedra ya rodada, «y su rostro brillaba como el relámpago», dicen las Escrituras. El de Lucas, menos parco en hechos sobrenaturales, habla de dos varones «de vestiduras resplandecientes». Y el de Pedro, que todavía es considerado apócrifo por la Iglesia, describe dos seres de luz que bajan al sepulcro.

—¡Pero cómo! —le interrumpí—. ¿Cómo es que la Iglesia Católica considera apócrifo el evangelio de Pedro? Yo ni siquiera sabía que Pedro había escrito un Evangelio... —En los sótanos del Vaticano hay al menos veinte, pero ese no es el asunto que nos ocupa. Me pregunto quiénes eran esos seres de luz y de rostros resplandecientes a los que llamamos ángeles.

—Hay un dato curioso en el que coinciden, aun con variantes, los cuatro evangelios canónicos. El de Mateo cuenta cómo cuando María de Magdala y la otra María, la de Cleofás, se acercaron al sepulcro después del sábado, se encontraron con un ángel del Señor sobre la piedra ya rodada, «y su rostro brillaba como el relámpago», dicen las Escrituras. El de Lucas, menos parco en hechos sobrenaturales, habla de dos varones «de vestiduras resplandecientes». Y el de Pedro, que todavía es considerado apócrifo por la Iglesia, describe dos seres de luz que bajan al sepulcro.

—¡Pero cómo! —le interrumpí—. ¿Cómo es que la Iglesia Católica considera apócrifo el evangelio de Pedro? Yo ni siquiera sabía qué Pedro había escrito un Evangelio... —En los sótanos del Vaticano hay al menos veinte, pero ese no es el asunto que nos ocupa. Me pregunto quiénes eran esos seres de luz y de rostros resplandecientes a los que llamamos ángeles.

—Supongo que no me dirás que son marcianos...

No pareció escucharme.

—¿Y si te dijera que podían ser emanaciones del mismo Cristo? Algo así como proyecciones de su astral materializadas por ese manantial de luz viva del que te hablo.

—¿Te refieres al *sprama*?

—Sí, claro...

—Intento seguirte, pero creo que te contradices.

Un nuevo whisky acababa de llegar a sus manos, lo probó con calma sabiendo que podría responderme sin esfuerzo.

—¿En qué?

—Muy sencillo: si esos ángeles o lo que fueran se presentaron como una pura radiación de luz, ¿para qué movieron la roca que cerraba el sepulcro? Les bastaba con atravesarla, ¿no?

Manuel dibujó apenas una sonrisa en sus labios.

—Por supuesto que ellos hubieran podido atravesarla, pero aquél a quien venían a buscar, el Cristo, aún no podía hacerlo, precisamente, porque el suyo no era todavía un cuerpo etéreo, sino un cuerpo físico. ¿Lo entiendes ahora?

»Por eso le dice *no me toques* a María de Magdala cuando se le aparece. Y no, no se lo dice porque creyera la leyenda según la cual esta María estaba poseída por siete demonios... sino porque tiene un cuerpo nuevo que todavía no debe ser tocado. Un cuerpo físico, sí, pero irradiado por una segunda piel de energía crística. El cuerpo de un verdadero *nazareno*.

—Pero bueno, ¿no lo era ya por el mero hecho de haber nacido en Nazareth?

—Amigo mío, Nazareth no existe...

—¿Cómo?

—Aunque te cueste creerlo, ni en todo el Antiguo Testamento, ni en las crónicas de Flavio Josefo, ni en las de ninguno de sus contemporáneos, aparece una sola alusión a Nazareth. ¿Por qué? Porque Nazareth no era un lugar, sino otra palabra clave. Una palabra que tiene su raíz en la voz aramea *nsr*, que significa *floreecer* o...

—¿Floreecer... o qué? —pregunté sin salir de mi asombro.

—O resplandecer, sí, como esos seres de rostros resplandecientes que vinieron a buscarle al sepulcro. Así es como nace Nazareth en la literatura neotestamentaria, con ese segundo nacimiento de Cristo en la Luz.

Una pareja se besó al otro extremo de la barra, con sus rostros perfilados por la luz de luna que irradiaba el televisor. Me quedé mirándolos, todavía no sé por qué.

—Pasan al menos cuarenta días, cuarenta días en compañía de los resplandecientes, hasta que Jesús decide reunirse con sus apóstoles —prosiguió Manuel—. Según el Evangelio de Lucas, nada más aparecer ante ellos, que le contemplan atónitos, pide de comer con toda naturalidad y come el pescado que le ofrece Juan. Después, el Cristo que había rechazado el contacto con María de Magdala, coge la mano de Tomás, la lleva a la llaga de su costado, y le dice aquello de «no seas incrédulo sino creyente». Y luego se va. Sí, se va.

Dos mil años después y a metro y medio sobre nuestras cabezas, Armstrong había iniciado su andadura de regreso al Apolo XI. ¿Fue así como caminó Jesús ante Pedro sobre las aguas del lago Tiberíades después de muerto? ¿Fue una aparición, o más bien una retransmisión en directo desde el otro lado de la vida?

—Me parece una historia apasionante, Manuel... ¿Y me dices que esto es sólo el principio?

—Sí, claro, un gran paso para la Humanidad... en busca de un camino de regreso a las estrellas —ironizó, deslizando su mirada de la pantalla al fondo

del vaso—. Porque la odisea de ese otro astronauta apenas comenzó entonces...

—Sigue, por favor...

—Después, Jesús desaparece de Judea y emprende una nueva aventura. Ésta secreta, oculta, clandestina. No sólo porque seguía siendo un proscrito, sino porque aún le quedaba por cumplir la mitad de su misión. Créeme, Álvaro, estoy convencido de lo que te digo. El fragmento *40 Therapeia* guarda cifrada la prueba definitiva de que Cristo no murió en la cruz... Y algo más.

—¿Más? ¿Qué más? ¿Puede haber algo más? Manuel fijó su mirada en el pianista que intentaba acoplar la música de *Imagine* al discurso del presidente Kennedy felicitándose por la conquista de la Luna.

En el envés del pergamino el amanuense puntúa la ruta que siguieron los esenios en su migración al Asia Central, después de la destrucción de Masada por la legión de Floro.

¿Qué quería darme a entender? ¿La posibilidad de que Cristo una vez resucitado partiera con esos dos seres cuyos rostros brillaban como el relámpago? ¿De dónde vinieron y hacia dónde se fueron? ¿Cuál fue la misión final de aquel hijo de un dios o de las estrellas, al que llamamos Jesús el Cristo? Aunque yo no era ningún experto en exégesis bíblica, aquella hipótesis inaudita superaba a las ficciones más descabelladas y, sin embargo, venía refrendada por un hermeneuta como Manuel Nájera. Tuve una sensación de vértigo. Pero era mi amigo. No podía traicionarle haciendo de ella una exclusiva, ni aunque me deparara ese premio Pulitzer con el que tanto soñaba.

—No sé cómo decírtelo, Manuel, pero aunque no acabe de entenderte, sé que esto es muy grande... Te agradezco que me hayas elegido a mí para... ser el primero en saberlo. No sé, es todo un honor.

Manuel rió abiertamente:

—Alguien tenía que ser, ¿no? No, no te lo creas. Yo también necesitaba alguien a quien poder contárselo, Álvaro...

—O sea que John Marco Allegro ni sospecha que estás trabajando en su mismo rollo, ni que tienes entre manos unas conclusiones mil veces más revolucionarias...

—Bueno, eso es difícil de ocultar. Pero no conoce mis fuentes paralelas, ni mi método de trabajo, por supuesto.

Un botones del hotel se acercó hasta nosotros.

—Míster Nájera... Tiene una conferencia en recepción. Le llaman desde Europa.

—Debe de ser Carmen —se justificó consultando su reloj—. Claro, prometí llamarla. Y es tardísimo.

Un trago más y se puso en pie.

—Lo siento, Álvaro, el deber me reclama —apostilló con un guiño. Pero nos vemos mañana, ¿no? Y se perdió por entre los macetones del vestíbulo jugando con las llaves de su habitación, como quien se despide de un amigo al que espera encontrar al día siguiente, para el desayuno.

La realidad fue muy distinta, pues no volví a saber de él hasta casi diez años

después, cuando publicó su tesis sobre el Libro de Cobre. Yo nunca la hubiese encontrado, jamás me acerco a esa clase de publicaciones selectas. Manuel me la hizo llegar, tal vez para recordar aquellos tiempos de Qumrán. El Libro de Cobre también remitía a las mismas fuentes. Pero, de inmediato, proponía una nueva inmersión en el enigma.

4

Su investigación comenzaba con un examen del Evangelio de los Egipcios, un oscuro documento donde se refería la iniciación en los misterios de Heliópolis de Ieshoua —otro de los nombres de Jesús el Cristo—. El Rey Ungido que había sido consagrado mediante un ahogamiento simbólico por Juan, y dado por muerto en la cruz, volvía a resucitar en esta crónica que le atribuía una enseñanza manuscrita por Él mismo... y preservada en cierta biblioteca sepultada bajo las arenas de la leyenda: la mítica y jamás hallada Biblioteca de los Cananeos, donde aquella estirpe de iniciadores habría compilado una sabiduría ancestral, «fuente de todo conocimiento revelado», la misma que se llevaron los esenios nazarenos en su viaje final hacia Oriente. En definitiva, el Libro de Cobre documentaba un éxodo desde el reino de los sacerdotes con cabeza de halcón —Egipto—, hasta el del águila que vuela por encima del sol. «¿Qué reino será el que nos espera?», pregunta al Caminante uno de sus apóstoles.

*Aquel donde las montañas se unen con los cielos,
donde yo seré una tormenta en su corazón
y un canto en sus almas.
Pues está escrito que al cruzar esa puerta
destruiré a la muerte para siempre.*

A juicio de Manuel, Cristo y el Caminante eran la misma persona, y su ruta hacia Oriente, buscando la llamada *Puerta del Este*, coincidía con la de otros iniciados de la Antigüedad como Jámblico, Diodoro de Sicilia o Pitágoras. Nájera fortalecía su tesis con una nueva fuente recién descubierta en los archivos secretos de los jesuitas en Rávena: los diarios de dos misioneros franceses, Huc y Gabet, enviados a finales del siglo XIX a las lamaserías del Tíbet.

En el monasterio de Hemis, al suroeste de Leh, la capital de la actual Ladakh, los jesuitas encontraron un texto custodiado por los lamas durante casi dos mil años, en el que se narra el paso por Cachemira, al norte de India, de un profeta que se hacía llamar Issa y venía de Occidente, donde decía haber nacido de una virgen y ser conocido como *el hijo del dios del sol*.

A diferencia de las genialidades fulgurantes de Allegro, tan fulgurantes como inconsistentes, la tesis de Manuel se revelaba cada día más sólida, y su libro estaba llamado a marcar un punto de inflexión verdaderamente trascendental. Ya entonces, su reputación como hermeneuta rozaba lo prodigioso. Más que un experto en lenguas muertas, se le consideraba una especie de médium capaz de

resucitar un poema deslumbrante sobre una losa sepulcral donde apenas se advertían unas gastadas incisiones en urdu o en sánscrito. Y es que él hacía hablar a las piedras, ponía en pie rollos de pergamino hechos pedazos, aunque odiaba que le confundieran con un oráculo o un mago de la arqueología con aspiraciones mediáticas.

No obstante, toda esa reputación casi sobrenatural se vino abajo en una sola noche, y la credibilidad de su tesis con ella, arrastrada por otra leyenda personal donde se mezclaban sus excesos alcohólicos y su vida más bien desordenada. Sobre todo a raíz de su matrimonio con una actriz muy popular en su tiempo, aunque sólo en películas de serie B, la bella Carmen Urkiza. Nunca tan bella como aquel día en que apareció muerta con un disparo en la cabeza en la villa que compartían en Bellagio, Italia, a consecuencia de lo cual «ese arqueólogo visionario» llamado Manuel Nájera fue formalmente acusado de asesinato.

5

Siempre tuve la certeza absoluta de su inocencia. No sólo porque conocía bien a Manuel, sino sobre todo porque conocí bastante mejor a Carmen Urkiza. Muchas veces he intentado olvidar la noche que me convertí en su amante. Nunca lo he conseguido. A pesar del tiempo, del afecto y de tantas experiencias extraordinarias como las que compartimos Manuel y yo, en mi pensamiento siempre estuvo presente aquella traición. Un engaño que ella utilizó desde el principio para humillarnos a los dos. Porque entonces Carmen sólo necesitaba un imbécil que mordiera su cebo. Y ese imbécil fui yo, pero cualquier otro hombre le hubiera servido.

Fue precisamente en Villa Bellagio, una noche de verano. Acabábamos de cenar en su imponente terraza sobre el lago. Carmen se veía radiante en su escenario de telenovela, sabiéndose la protagonista. Bebimos sin medida y brindamos por ella, por nosotros, por aquella amistad. En el último brindis, al intentar levantarse para hacerlo más solemne, Carmen se derrumbó entre los candelabros incapaz de mantener el equilibrio. Los dos nos precipitamos para apartarla de las velas. Ella reía a carcajadas, y no dejó pasar la ocasión de abrazarse a mi cuello.

—Me gusta tu amigo periodista, sí, quiero que lo sepas —exclamó, sin dejar de reír mientras la levantábamos—. Me gusta. Se ve que es un tipo legal y te aprecia mucho, ¿no? Porque tú confías en tu amigo, ¿verdad?

—¡Basta ya, Carmen! —le paró Manuel, sabiendo mejor que yo lo que podía ocurrir a continuación.

Ella se volvió furiosa.

—¡No me des órdenes! ¡No me gusta que nadie me dé órdenes!

Con la copa aún en la mano, se desprendió de nosotros y atravesó la terraza con su andar oscilante. La vimos apartar las cortinas de un manotazo, entrar en el salón y plantarse frente a una enorme cornucopia de marco veneciano. El espejo reflejó su figura en penumbra, y al momento aparecieron las de nosotros dos, uno a cada lado de ella. Manuel cambió totalmente de actitud: acarició sus hombros y la tomó del brazo con suavidad.

—Por favor, no te enfades, no te pongas así... Tú sabes que te quiero y que siempre estoy a tu lado.

Carmen pareció serenarse, pero en el fondo de sus ojos surgió un brillo burlón.

—Si no quieres que me enfade, di que te gustan mis cuadros.

Manuel asintió repitiendo una estrategia ensayada.

—Tus pinturas son maravillosas, extraordinarias, sublimes. Llenas de belleza y de fuerza... como tú.

Carmen rió a carcajadas, el vuelo de los visillos velando su rostro.

—Muy bien, mi amor, eso está mucho mejor. Ahora dame un beso. No quiero

que tu amigo se lleve una mala impresión de nosotros.

Manuel se inclinó buscando su boca, ella cerró sus ojos. Lo suficiente para que me detuviera en su manera de besar. Entonces entreabrió sus párpados y su mirada cayó sobre mí. Una mirada perturbadora, no porque prometiera perversiones ocultas, sino por su perfecta banalidad. Me miraba entre curiosa y sorprendida, como si de pronto reconociese un objeto de su interés. Si le sostuve esa mirada, sólo fue por estar a la altura de las circunstancias. Pero las circunstancias también incluían su cuerpo enfundado en un vestido de raso gris plata —tan hortera, tan italiano, tan explícito—, y ya no supe apartar mis ojos de ella.

Todo aquello me parecía una situación irreal, una especie de sueño confuso donde también a mí se me había reservado un papel. Lo había escrito ella, esa misma noche, y su título era *Condenado a lo peor*. El segundo acto comenzaría cuando Manuel estuviera suficientemente borracho y desapareciese de la escena, esa misma noche o cualquier otra. Sucediera cuando sucediera, toda nuestra historia de amor se había cumplido ya, de comienzo a fin, en aquella mirada.

Jamás tuve la menor duda de que Carmen le quería de verdad. A su patética manera de entender el amor, claro está, teatral y melodramática, siempre excesiva. Traicionarle era una absurda forma de sentirlo realmente suyo, porque necesitaba acaparar toda su atención, absorber por entero su mente y su corazón, y, por supuesto, todo su reconocimiento. El reconocimiento que ella nunca había tenido ni en el cine, ni cuando se pasó a la pintura con resultados aún más desastrosos. Carmen era un ser irracional y primitivo lleno de miedos y contradicciones, pero irradiaba seducción en estado puro. Manuel no pudo escapar a su hechizo, tampoco vio el abismo bajo su máscara. Ella le hipnotizó y él la idolatraba. A veces el culto a la belleza sólo conduce a la autodestrucción.

Es cierto, yo también caí en su trampa. Aquella noche, Carmen sólo quiso poner a prueba mi lealtad por pura vanidad. Solía jactarse de que ningún hombre se le había resistido. Tal vez tuviera razón. Y tal vez Manuel siempre lo supo. Demasiados amigos suyos habían vivido una escena parecida y habían cometido la misma traición. Pero, a diferencia de ellos, yo amé realmente a Carmen Urkiza. Por eso me perdonó. Manuel fue testigo de todas las ocasiones en que rehusé encontrarme con él en presencia de ella. No sólo por respeto o por remordimientos, sino porque su maldita inocencia me sobrepasaba, hacía que me sintiera un perfecto miserable.

Después de la muerte de Carmen, Manuel nunca volvió a ser el mismo. Sobre todo a raíz de que la justicia le declarara inocente. Su devastación había llegado a ser tan profunda, que hubiera preferido cumplir una condena. Al parecer los dictámenes forenses no ofrecían un veredicto concluyente, pero su imagen pública ayudó a rubricar un dictamen razonable. No fue un asesinato, sino un suicidio. Carmen utilizó la pistola de Manuel para quitarse la vida delante de él.

Se metió el cañón en la boca, dijo *mírame* y disparó.

Según la versión oficial, ese fue su regalo de aniversario. En su desequilibrio, en su locura, nada era suficiente para hacer de sí misma el gran personaje que le hubiera gustado interpretar. Todo a cambio de arrastrarle a él hasta su infierno. No obstante, si Manuel no fue el autor de ese disparo, y aunque le declarasen inocente por falta de pruebas, ¿qué más sabía acerca de la muerte de Carmen Urkiza?

Muchas veces no es suficiente la madurez para comprender las circunstancias a las que nos enfrenta la vida. Algunas claves permanecen tan ocultas que es necesario haber vivido cien años y cien vidas para llegar a entender la enseñanza que quiere mostrarnos.

6

La brisa traía hasta nosotros el olor dulzón las canastas de curry de los vendedores ambulantes, y la peste a bosta de las vacas sagradas que vagaban frente a aquel hotel del Octógono de Kandy, en Sri Lanka, donde nos encontramos por última vez, cinco o seis años después del escándalo de aquel suicidio. Como en los viejos tiempos, yo había sido enviado por Reuters para cubrir unas elecciones con fondo de rebelión armada. Manuel se abstraía de los bombazos descifrando un monolito de más de veinte metros labrado de arriba abajo con una caligrafía de hormigas. Los dos nos veíamos más viejos, pero su mirada, esa mirada de un intenso azul líquido, seguía siendo la misma que conocí en Qumrán. Veinte años después seguía perdida en un horizonte muy lejano, como haciendo tiempo a las puertas del más allá, ese enigma oscuro que él podía ver lleno de luz con sólo asomarse a la negra boca de una vasija esenia, mientras al otro lado de la terraza de nuestro hotel, una peregrinación de servidores de la muerte llevaba sobre andas un muerto pintarrajeado de azafrán hacia un baldío donde sobrevolaban los buitres.

Esa noche nos retiramos tarde, teníamos mucho que contarnos. Todo, excepto lo que ocurrió el día de autos entre Carmen y él. Apenas me reveló lo esencial. Pero no como quien se justifica, sino como si me propusiera un pacto definitivo de perdón por perdón. Él me perdonaba que yo hubiera sido su amante — siempre sospeché que lo sabía—, y yo le perdonaba... ¿Su posible homicidio? No, algo más grave: le perdonaba por no haberla comprendido jamás.

Abreviamos el relato, evitamos los detalles. Los tiempos de Jerusalén habían sellado una peligrosa hermandad entre nosotros, y lo sabíamos. Como sabíamos, en definitiva, que Carmen había sido la mujer de los dos. Lo que supone ser, definitivamente, lo que ella fue: la mujer de nadie. Manuel y yo habíamos sido, de diferente manera y en distinta medida, cómplices de un mismo crimen. Nos convenía callar, no hablar demasiado de aquello. Al fin y al cabo, él y yo éramos amigos desde una vida anterior. Siempre que nos encontrábamos, aunque hubieran pasado mil años, el tiempo y la distancia quedaban abolidos desde el primer trago. Y así, copa tras copa, entrábamos religiosamente sobrios, en otra dimensión de la existencia semejante a un viejo camino por el que los dos caminábamos juntos, quién sabe desde cuándo.

Pasado algún tiempo, el lugar de Carmen en la conversación fue ocupado por aquellas conjeturas acerca de la segunda vida de Cristo una vez que abandonó Galilea guiado por aquellos seres de luz. Yo esperaba una intrincada respuesta académica. En lugar de eso, me miró como solía y exclamó:

— ¿Sabías que yo también me embarqué en un viaje hasta el Tíbet?

— ¿Un viaje al Tíbet en busca de Cristo?

Antes de que pudiera encajarlo, bajó la vista con una mueca de amargura que

alivió riéndose un poco de sí mismo.

—Sí, cuando murió Carmen sólo se me ocurrió perderme en el corazón del Tíbet para explorar mis propias teorías... En fin, la aventura empezó bien, pero terminó en un completo descalabro. No me arrepiento: tenía que intentarlo, y lo intenté. Ahora sé que toda esa historia se acabó para siempre.

—¿Pero qué me estás diciendo? —exclamé incapaz de aceptar que tantos años de laboriosas investigaciones acabasen de esa manera.

Cuando acabé de protestar, Manuel me explicó que todo partía de un error de principiante. La crisis en que le sumió la muerte de Carmen y todo lo que vino después le habían hecho cambiar de perspectiva en todos los sentidos. El de Kandy iba a ser su último trabajo como paleógrafo antes de enfrentarse de una vez por todas a la *vida real*.

—Ya estoy harto de trabajar siempre bajo tierra. Necesito respirar, encontrar ahí fuera algo que me ilusione. Quiero empezar a vivir el resto de mi vida implicándome en ella de verdad, hasta las últimas consecuencias.

Así de claro me lo dijo aquella vez, pero para entonces ya estaba borracho y tampoco le creí. Al menos en parte, no me equivoqué.

Recuerdo que esa noche, antes de acostarme eché un vistazo al gran estanque de Kandy. Entre las pencas de las palmeras se reflejaba un cielo de terciopelo violeta ya rasgado por la lívida herida del alba. Para ese día en mi agenda sólo constaba una aburrida entrevista con el observador de la ONU, a mediodía, es decir, tenía seis horas largas para dormir. En cuanto me puse el pijama, sonó el teléfono. Era Manuel.

—Álvaro, necesito hablar contigo ahora mismo.

—¿Ahora mismo? Pero si hemos estado hablando toda la noche...

—Acaba de llegarme una información que lo cambia todo. Todo. Escucha, vuelvo al Tíbet. Ya tengo un pasaje para Cachemira, el vuelo sale hoy, a las tres —no le interrumpí, en su tono de voz había algo más que urgencia contenida—. Por fin he encontrado la pieza que me faltaba. Ahora podré demostrar que mi tesis sobre la segunda vida de Cristo era cierta... ¡Vuelvo a los Himalayas, en busca del Rey del Mundo!

—¿El Rey del Mundo? ¿Quién es el Rey del Mundo? ¿Y a qué viene tanta prisa?

—le dije, todavía sin decidirme a atar el último botón del pijama o comenzar a desabrochar todos los demás.

—He perdido demasiado tiempo y éste es el trabajo de mi vida. Es como si estuviera viendo fluir el vino de los cananeos en el cáliz de la Última Cena... Todo son claves —hablaba deprisa, su voz no podía ocultar cierto nerviosismo y una imperiosa necesidad de comunicarme todas sus emociones.

—De acuerdo, Manuel, tranquilo... Ahora bajo.

Pedimos café. Dos cafés dobles muy cargados sobre los que desplegó unas fotocopias llenas de anotaciones. Los ojos me ardían, muertos de sueño.

—Además de un buen amigo, sabes que te considero un gran profesional... —dijo, ajeno a mi patético aspecto—. Ya no me quedan muchas personas de las

que pueda decir ambas cosas. Te necesito para seguir adelante con esta historia.

—Sabes que puedes contar conmigo, para lo que sea, Manuel... —exclamé, preguntándome adónde quería llegar— ¿En qué puedo ayudarte?

—Ayúdame con tu lealtad, Álvaro. Eres la persona en la que más confío.

No sólo me sentí excesivamente pagado, sino algo avergonzado también. Hubiera deseado con todas mis fuerzas no haberle fallado nunca, pero el fantasma de Carmen volvió a aparecer. Sólo fue un instante, lo que tardó Manuel en superponer un mapa sobre su manuscrito.

—Todo está aquí. Todo lo que necesito está en este mapa y estos folios...

—A ver, Manuel, hace un par de horas me has jurado que todo esa historia del Libro de Cobre, la energía crística, la luz del *mana* o del *sprama*, o como demonios lo llames, en fin, que todo eso no había sido más que un despropósito. Hasta ibas a cambiar de vida, en cuanto concluyeras este trabajo. Manuel negó con la cabeza repetidamente.

—O sea que sigues con el misterio de la resurrección? Bueno —me corregí—, ¿la no muerte de Cristo? ¿Pero no te habías dado por vencido?

—Vencido... —repitió con una sonrisa triste—, pero por mis propios errores. Antes de publicar mi tesis cometí una equivocación de principiante que lo distorsionó todo, y no fui consciente hasta la muerte de Carmen... Yo puedo equivocarme, como me equivoqué entonces. Pero el Caminante sabía muy bien a donde iba: siempre hacia la Puerta del Este.

Cuanto más me despertaba, menos le entendía. Manuel proseguía con su relato sobre el Caminante.

—Era el último rey de una dinastía muy antigua, y en su destino estaba escrito: cumplir todas las profecías, vencer a todos los imperios y algo más, lo esencial... derrotar a la muerte.

»No lo imagines como el Jesucristo dócil y melifluo que te han enseñado. Este rey secreto es un carpintero que camina cojeando, a veces con el rostro contraído por el dolor, desconocido por sus propios apóstoles, siempre extraño entre los hombres, descreído y repudiado por los grandes de su tiempo.

»Quienes se han cruzado con él lo describen como un levita no muy alto, de unos cuarenta años y de aspecto insignificante, como su barba rojiza y sus mejillas rehundidas por el ayuno. Pero cuando te mira, sus ojos verdes y profundos brillan como berilos.

»Son los ojos de un hombre que ha visto el Cielo y el Infierno. En su palabra hay una voz de fuego que habla directamente al corazón, aunque apenas nadie le escucha. Y los que le escuchan no le entienden, o se escandalizan porque llama a Dios con el nombre de *Abba*, como llama un hijo a su padre en su propia casa. Por la fama que ha adquirido como defensor de prostitutas y recaudadores de impuestos, sólo se le acerca el populacho, esperando algún milagro. Le han visto curar a un ciego con un emplasto de arcilla, y hasta resucitar a Lázaro de Betania. Pero si no repite sus prodigios, le arrojan pescados podridos, como sucedió en Magdala.

»Y sin embargo, cuando habla, aunque no le entiendan, hay quien siente un viento que desciende de las alturas, y otros dicen verse transportados a una tierra extraña y distante. En fin, Álvaro, creo que he encontrado el paso hacia esa tierra...

—La Tierra Prometida, supongo, o el Paraíso Terrenal cuando menos — exclamé, tras su monólogo—. Porque visto lo visto, ahora vas a decirme que fue hacia allá donde se dirigió tu Caminante, y que esa geografía existe...

—Sí, eso es lo que pienso —añadió, sin inmutarse—. Cristo siempre hablaba en clave, y sus claves remiten a un conocimiento ancestral que, necesariamente, tiene que proceder de algún lugar —cuando dejó de revolver su taza recordé que nunca echaba azúcar al café—. ¿Recuerdas el pasaje de la mujer adúltera, cuando los fariseos avanzan hacia ellos y él se pone a escribir con su dedo sobre la arena?

—Más o menos: fue escribiendo los nombres y los pecados de aquellos puritanos, y a medida que los escribía ellos se iban retirando. ¿No es así?

—Pregúntate por qué los evangelios oficiales no cuentan algo más. En la arena, junto a esos nombres, dibujó una puerta!... una puerta que ellos nunca podrían

cruzar. La puerta del Reino de los Cielos. Pero esa puerta a la que aludía el Cristo permanece oculta durante el día... ¿Por qué? Porque es preciso atravesar la noche oscura antes de que se abra.

—Perdona, Manuel, pero ahora ya no entiendo nada.

Esta vez no respondió a mi pregunta. Ni siquiera hablaba para que yo le escuchara.

—Es la señal que esperaba, no puede ser otra... Y esta vez no puedo fallar, sé que voy a llegar hasta el final.

Apuré de un trago el resto del café y dejó sobre la mesa un ejemplar del *Herald Tribune* doblado sobre su última página.

—Échale un vistazo a esto —se levantó consultando su reloj—. Tengo que hacer una llamada, sólo será un momento...

Cogí el periódico. Tenía que ser algo importante. Desde luego, la foto del *Herald* era espectacular: al menos consiguió que abriera del todo los ojos. Mostraba una puerta ciclópea que me recordó de inmediato las construcciones de Tiahuanaco, en los Andes. Sin embargo la Puerta de Mulbek había sido hallada por una importante misión arqueológica europea en las inmediaciones de Ladakh, en el Tíbet indio. Pero había más. Bajo la puerta de piedra los arqueólogos habían descubierto una caverna que se abría a un templo subterráneo y, dentro de él, un Libro de Cristal único en el mundo.

Como en los cuentos de *Las mil y una noches*, el libro prodigioso parecía obra de un genio encantado. Las veinticuatro placas de cristal de roca que lo componían estaban engarzadas con herrajes de plata a las paredes de la caverna, de manera que nadie pudiera sacarlo de allí sin romperlo.

En apariencia, no había nada inquietante en el hecho de que aquel libro excepcional se remontase al siglo I de nuestra era, el momento de la gran expansión del budismo Mahayana por los Himalayas. Ahora bien, cuando leí varias veces que el libro no hablaba tanto de Buda, sino más bien del Buda futuro profetizado por éste, al que llamaba el Caminante, y a quien describía como «el Buda Blanco que vendrá de Occidente», comencé a entender por qué Manuel no había podido conciliar el sueño.

La razón se sustentaba en una paradoja no menos insólita. Al parecer y pese a su transparencia, el Libro de Cristal cifraba textos extraordinariamente oscuros. Tanto, que el director de las excavaciones había solicitado la ayuda de los mejores orientistas del mundo. Cuando Manuel volvió del teléfono, me encontró releendo la cabecera del reportaje.

—¿Todavía no has terminado? Negué con la cabeza mecánicamente, también yo estaba fascinado con lo que prometía aquella historia.

—O sea que este libro y esta Puerta perdida en el Tíbet indio van a ser tu segundo Qumrán, ¿no?

—Es muy posible...

—¿Cuándo te han llamado?

—Esta misma noche, en cuanto he subido a mi habitación... Los de la

Gulbenkian no querían que me enterase por la prensa.

—¿Pero sabes realmente lo que te espera?

—No, no lo sé muy bien: apenas sé más de lo que pone ahí, pero tengo la intuición de que esto puede ser algo trascendental.

—¿Justo lo que estabas buscando, verdad?

—Bueno, de momento sólo se trata de indicios... Pero mira —insistió volviendo a colocar el mapa encima del periódico—, esta es la distancia que media entre Galilea y el Tíbet. Más de cinco mil kilómetros.

Seguí su índice sobre el pliego encerado. La ruta era verdaderamente larga, toda una odisea, fuese quien fuese ese misterioso Caminante, el Buda Blanco del que hablaba el *Herald Tribune*.

—Durante años he venido acumulando centenares de referencias paleográficas sobre esa ruta. En cada país y en cada paisaje, el Cristo preservaba su misterio con un nombre en clave... Sólo me faltaba esta otra clave que conecta el Libro de Cobre al Libro de Cristal a través del puente entre los dos Budas... Y aun así, no te creas, también soy consciente de que puedo equivocarme —exclamó, y se corrigió de inmediato—. Aunque, no, no, esta vez no...

—¿Por qué estás tan seguro?

Manuel guardó el manuscrito en el bolsillo interior de su chaqueta. Después hizo lo mismo con el ejemplar del *Herald*.

—Porque el cartero siempre llama dos veces... —dijo, con una de sus sonrisas jeroglíficas—. Será mi segundo viaje al Tíbet, y sé que no voy a cometer el mismo error. Ahora todo depende de mí.

—¿Cómo que todo depende de ti?

—Esto no será un pasatiempo para académicos, ni material de acarreo para una tesis doctoral... Pensarás que estoy loco, pero tengo la sensación de que voy a descubrir algo que cambiará mi vida para siempre.

8

A la mañana siguiente fui yo quien tuvo que partir precipitadamente, con una cita inesperada quemándome la agenda y un landröver blanco de la ONU abrasando con su humareda las calles de Kandy. Cuando regresé al hotel, al caer la tarde, Manuel ya había partido. En la recepción había dejado una nota a mi nombre que decía más o menos así: «Tendrás noticias mías. Recuerda, de la historia más grande jamás contada el mundo sólo sabe el comienzo. Nosotros vamos a contar el resto. Yo lo viviré y tú lo contarás, amigo mío, porque esta vez pienso anotar cada uno de mis movimientos. Si todo sale bien, vas a ser el personaje más importante de este relato: algo parecido al último evangelista».

Esa noche, cuando me reencontré con mis colegas en el bar del *lobby*, aposté los tragos de todos contra el Pulitzer que, definitivamente, iba a ganar ese año.

—¿Ah, sí? ¿Ya tienes la historia del millón de dólares?

—Me la está escribiendo un amigo que se ha puesto en camino...

—¿En camino hacia dónde?

—Hacia el Tíbet, naturalmente.

—¿Y qué se le ha perdido allá?

—Sigue las huellas de Cristo después de que lo crucificaran. Una segunda vida, un nuevo camino, una misión pendiente... —no me importó que todos se rieran, no les había advertido de que hablaba en serio—. Sí, eso es lo que ha ido a buscar el loco de Manuel Nájera, y me temo que esta vez va a encontrarlo.

Transcurrió todo un año sin tener noticias de Manuel, ni de su misterioso viaje, pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que nunca más lo volvería a ver. Cuando nuestro consulado en Katmandú me confirmó que, en efecto, Manuel Nájera había viajado hasta Ladakh auspiciado por la Fundación Gulbenkian, y el cónsul en persona me entregó aquel grueso cuaderno de tapas amarillas, no creí ni una palabra del resto de la historia oficial. Era sencillamente increíble que un personaje tan desencantado como él se hubiese dejado seducir por una guerrilla de liberación, en la frontera entre el Tíbet indio y el territorio ocupado por el ejército chino, como aseguraban los rumores que intentaban justificar de ese modo su desaparición sin dejar más huella que ese cuaderno, en agosto de 1982.

—Es imposible —repetí ante el cónsul—, tiene que ser un malentendido. ¡Era un pacifista convencido! ¡No había nada que despreciase más que la política y los políticos y, por supuesto, cualquier forma de violencia!

—Lea lo que su amigo escribió con su propia mano, léalo —respondió el cónsul imperturbable—. Él le eligió a usted como testigo. No sé, no alcanzo a entender muy bien de qué...

Acepté el cuaderno con la misma displicencia con que me lo ofrecía. En cuanto salí del consulado me puse a leerlo ávidamente. En efecto, en las guardas

figuraba claramente una dedicatoria, con mi nombre y mis datos, rubricando el deseo de que me fuera entregado en un caso extremo.

Pero a partir de ahí, todo eran fragmentos sin relación explícita entre unos y otros, notas a veces medio tachadas y siempre apresuradas que hacia el final del texto se volvían casi ilegibles. En el epílogo de su historia no pude evitar pensar en el comienzo de la nuestra, cuando nos encontramos y nos conocimos, y en cómo nos hicimos amigos hablando de otra historia escrita sobre tiras de cuero y pergaminos hechos pedazos, los rollos de Qumrán.

Así me reencontré con él y así le hice la promesa de escribir este relato a partir de todo lo que pude averiguar entre quienes más le frecuentaron allá junto a la Puerta de Mulbek, en su última aventura. También yo les paso una escritura de fragmentos. Fragmentos de su diario y de su delirio, fragmentos de otras voces, fragmentos de lo poco o mucho que yo llegué a conocer de la vida y los misterios de Manuel Nájera. Disculpenme si en toda esta historia falta una coherencia final. ¿Pero qué decide la coherencia de una vida? ¿Alguien lo sabe?

SEGUNDA PARTE

Tras los pasos del Buda blanco

Dos monstruos mediáticos del momento, en aquel verano de 1981, se dejaban filmar por las cámaras de National Geographic, bajo los árboles de nuez que sombreaban la terraza del lujoso hotel Mogul Gardens, sobre las aguas del lado Dal, en Srinagar, la capital de Cachemira. El cincuentón rosalácteo, tan genuinamente británico, no podía ser otro que sir Richard Attenborough, el aventurero indómito oficial de la BBC. El otro, un vikingo avejentado de mirada centelleante, se anunciaba como el afamado cazaextraterrestres Erik von Daniken, entonces muy concentrado en una serie de artículos para la revista *Horzu* sobre la muerte de Jesús en la India. Un hipótesis espectacular —como todas las suyas— y muy semejante a la que Manuel Nájera había publicado diez años antes, aunque con una salvedad: el exhaustivo estudio paleográfico de Manuel era resuelto por Von Daniken con la exhumación de una presunta tumba de Cristo en Srinagar, conocida como El Rozabal.

Poco le importaba que los mismos cachemires venerasen en la orilla opuesta del lago otra ruina gemela. El Hazratbal, donde decían que descansaban los restos de Mahoma. Para Von Daniken ésta era falsa: nada que ver con aquella tumba de Cristo que defendía como verdadera pese a que no había conseguido que le permitieran exhumar un solo vestigio. El autor de *Regreso al futuro* se había reservado un golpe de efecto que desvelaría en ese programa. Acababa de encenderse el piloto de la cámara dos. Attenborough esbozó media sonrisa enigmática:

—Buenas noches, planeta Tierra... —exclamó, sin parpadear—. Nos encontramos muy cerca de las Puertas del Cielo, en Srinagar. Pero, créanme, estamos más cerca aún de la última morada de Jesús el Cristo —el regidor metió la banda sonora de *Los Diez Mandamientos*. Tres compases, y volvió a imponerse la engolada voz de sir Richard—. ¿Les cuesta creerlo? Bien, sólo les pido una cierta pureza de espíritu. Voy a presentarles a un ser excepcional. Nada menos que un descendiente de la estirpe del Redentor.

La sintonía subió de tono, emotiva, sugerente, absolutamente bíblica. Con los ojos cerrados, era fácil imaginar a Charlton Heston en lo alto del Sinaí. Al abrirlos, apareció un orondo pandit de unos cincuenta años, cara de luna, ojos ahuevados y mirada huidiza, que sostenía a duras penas un frondoso árbol genealógico primorosamente coloreado y enmarcado. En eso, por el otro extremo de la terraza, bajo los árboles de nuez, cruzó una sombra cansada con un combinado en la mano que sólo podía ser mi amigo Manuel Nájera.

En efecto, 1981 no fue solamente el año del golpe de Estado del 23-F en España y del atentado contra el papa Juan Pablo II en el Vaticano. Para los arqueólogos de medio mundo fue el año del descubrimiento de la Puerta de Mulbek, en el Tíbet indio, quinientos kilómetros al norte de Cachemira. Y Manuel ya estaba

en Srinagar, donde vendría, a recogerle un conductor de la Gulbenkian para subirle hasta el campo de excavaciones. Esa noche no podía hacer otra cosa sino beberse el tiempo en un vaso largo y esperar. El calor sofocante hacía aconsejables combinados menos fuertes. Pero ante semejante panorama, nada mejor que aturdirse para sobrevivir.

—Señor Saleem —insistía Attenborough—, su árbol genealógico se enraíza en un libro sagrado del Imperio Laukiya...

—Así es, y en ese libro se describe el encuentro entre el gran rey Shalewahin y ese joven profeta llamado Issa o Yeshua, que decía venir del país de los meleacos, los judíos de entonces, y haber sido crucificado por ellos...

Von Daniken decidió intervenir:

—Tal fue la fascinación del rey ante las palabras de Jesús que le ofreció cien mujeres de singular belleza. Jesús se negó... Pero tanto insistió el rey que al final el Mesías tuvo que aceptar quedarse con una de sus vírgenes, llamada Maryan...

—No hay que ser demasiado perspicaz para observar que esa versión contradice la leyenda del emparejamiento de Jesús con María Magdalena...

La puntualización de Attenborough formaba parte del guión. De hecho, Von Daniken respondió como un resorte.

—Yo no me apresuraría a afirmarlo. Las dos Maryan pudieron ser compatibles... ¿Dónde está escrito que Jesús estuviese en contra de la poligamia?

Desde su cobijo a la sombra, Manuel bebió un buen trago de su combinado que diluyera la vergüenza ajena. Attenborough volvió a la carga con su víctima:

—Se me ocurre una pregunta inevitable, señor Saleem —exclamó, en tono perspicaz—. ¿Se ha hecho un análisis de sangre?

—Por supuesto, y mi factor rhesus pertenece al grupo 0 negativo, como tantos otros.

—Pero no le permitamos ser más humilde que el mismo Cristo, je, je —interrumpió de nuevo Von Daniken—. Todos los ciudadanos de Srinagar saben que este hombre tiene una extraña energía en sus manos, una energía que cura. Y voy a revelar una exclusiva para National Geographic: en el último análisis efectuado a una prueba de su sangre aparecieron partículas radioactivas.

En ese punto, Nájera se quedó sin vodka en su vaso. Tal vez se le evaporó de golpe o ya no pudo continuar soportando tanta estupidez. De acuerdo, la literatura acerca de la segunda vida de Cristo en Cachemira no era un hallazgo suyo, y no digamos ya todas esas leyendas en torno a María de Magdala que la presentaban como la mujer a la que Jesús convirtió en su amante, en su esposa mística, en su Santo Grial.... Lo sorprendente es que nadie se atreviera a sostener la hipótesis contraria. ¿Por, qué nadie quería recordar las palabras textuales de Cristo cuando anunció que había venido a «destruir la obra de la Hembra», lo que se entendía entonces como la gestación? En el Evangelio de los Egipcios, donde se sugiere otra posible unión de Cristo, esta vez con María de

Betania, la hermana de Lázaro, también se explica que esa unión jamás fue consumada: «No haremos el acto de la muerte, pues todos cuantos se unen a otra carne prueban el sabor de la muerte».

Para Manuel no había nada más indignante que esa vulgarización de un mensaje espiritual profundo y complejo, simplificado en una lectura de folletín sin más ambición que saciar el morbo de una sociedad de perpetuos adolescentes: triste destino para sus hallazgos. Le vinieron a la mente tantos años descifrando incisiones apenas legibles, tanto trabajo para acabar alimentando la codicia de una máquina de producir *best sellers*. Probablemente se lo merecía. Por no haber defendido su verdad, triunfaba su parodia.

«No hay datos históricos que avalen la muerte de Jesús en el censo de Pilatos — prosiguió, al fondo, la voz de sir Richard—. En cambio, sí hay indicios documentales de un hombre de aspecto y filosofía idénticas que a partir de aquellos años viaja desde Galilea hasta Cachemira, en busca de las doce tribus perdidas de Israel.»

¿Buscaba Cristo las doce tribus perdidas... o eran doce claves, las doce palabras de poder que rigen las doce tribus simbólicas de un Israel igualmente mítico? 1981 fue también el año en que el Estado de Israel envió a sus ángeles de acero para que arrasaran, igual que Sodoma y Gomorra, el primer complejo nuclear iraní, cerca de Tamuz. Hoy ya nadie lo recuerda. Pero entonces se pronosticó que sería el comienzo de la Tercera Guerra Mundial, y los grandes visionarios del *establishment* desvelaron el rostro del Anticristo: el ayatola Jomeini. Cuánto tiempo perdido, cuántas guerras perdidas. Cuánta ceguera. Cuánta oscuridad. Como aquella parodia: la estirpe de Cristo de la mano de Caifás y Nicodemo, en exclusiva para National Geographic.

Manuel sabía que no tendrían más oportunidades para demostrar que ese *thriller* tragicómico se basaba en una verdad científica. Cristo no resucitó porque no murió. Una vez que lo tendieron en el sepulcro y le ungieron con aquella sustancia prodigiosa, resurgió de su estado agónico y se puso en camino. Probablemente el Nazareno fue un ser venido de otra parte. ¿Pero enviado por quién y para qué? Nunca ha sido fácil responder a esas preguntas. Menos aún con el ruido de fondo de tanta literatura barata, tan denso como el de los dogmas y los prejuicios doctorales. ¿Y si el ruido y la confusión no tuviesen nada de casuales? ¿Podía ser que el mismo Cristo lo quisiese así? Que nadie desvelase su misterio, para que no trascendiese más que a unos pocos, los verdaderamente decididos a seguir su camino, los elegidos —por sí mismos— para ser testigos de su enseñanza secreta, de su definitiva transfiguración.

Estaba claro que necesitaba algo más fuerte que ese combinado para turistas, y lo necesitaba urgentemente. Levantó el brazo para atraer la atención de una de aquellas muñecas de porcelana vestidas de *El rey y yo*. Si hubo alguna, ésta en la que casi nadie reparaba era la verdadera estirpe de Cristo: hijos de la tierra, humildes como espigas, que no ambicionaban encadenar su vida a un afán de

notoriedad ni a un abanico de fatuidades a la europea, y cuya existencia no era mucho más que una onda en un océano, apenas un instante en la rueda de las reencarnaciones infinitas.

Si él mismo se detuvo un instante más de lo que aconsejaba la decencia en los ojos de la chica que vino a atenderle, lo hizo movido por ese loable principio de reflexión filosófica: es decir, un poco borracho.

—Podrías haber vivido hace mil años y serías la misma. En la época victoriana servirías el té a las muy frías señoras de los coroneles de la Compañía de las Indias Orientales, y tu sonrisa y tu mirada serían la misma, lejana, misteriosa, inaccesible. Y mil años antes, cuando el emperador Jahangir dibujó este jardín con su espada, el Shalimar, la Mansión del Amor, también serías la misma, tal vez una de sus concubinas, y te ofrecerías como ofreces ahora estos *gintonic*s, aguados y miserables, sin preguntas, sin respuestas. Por cierto, ¿puedes traerme uno más, preciosa?

Aunque se manejaba en una docena de lenguas, Manuel prefería emplear en estos casos el castellano. El lenguaje de las proposiciones indecentes se entiende mejor cuando se expresa con toda naturalidad, aunque no se comprenda ni una sola palabra. Y ciertamente, la chica entendió.

—*Yes, sir* —respondió la chica con una sonrisa acariciadora, deliciosa—. *I could...*

«Claro, claro que puedes —tradujo Manuel—eres una diosa que no sabe que es una diosa: tú lo puedes todo, pero aún no lo sabes.» La chica se retiró sin volverse, y él siguió mirándola hasta que desapareció. La belleza siempre fue una de sus mejores metáforas de la eternidad. Incluso de la efímera eternidad de una noche de hotel.

Al día siguiente, como siempre, un operario de la Gulbenkian vendría para llevarle a Ladakh. Daba igual que fuera Ladakh, Karachi, el desierto libio o de nuevo, eternamente Jerusalén. Hasta donde alcanzaba a recordar, su vida había sido un viaje donde él siempre ocupaba el asiento de atrás, el viajero al que conducen por una carretera tercermundista hasta un yacimiento arqueológico. Y otra vez vuelta a empezar. Cientos de ruinas visitadas, miles de tablillas descifradas, innumerables noches en blanco sobre un pergamino, y de todo eso no le quedaba más que el sabor a alquitrán de una carretera infinita que le transportaba desde una época vertiginosamente evanescente —la nuestra— hasta otras épocas perdidas de las que no quedaban más que palabras grabadas sobre una roca que tal vez fue la piedra angular de un imperio.

Sabía que un día le sobrevendría lo peor. ¿La muerte? No, algo peor que la muerte: encontrarse frente a una inscripción que sería incapaz de descifrar. Un día sucedería exactamente eso. Se encontraría frente a la más absoluta imposibilidad de comprender, paralizado ante el enigma, ante las tinieblas.

Ese viaje que era su vida admitía esta otra dimensión: caminar solo hacia esas tinieblas, hacia el muro de lo incomprensible. Y a medida que envejecía lo incomprensible se volvía más inabarcable, más profundo y oscuro, inconmensurable.

La camarera se acercó con su tercer *gintonic*. De pronto, su inocente sonrisa parecía haber cobrado un destello nada inocente. Al servirle la copa, su mano rozó un instante la de él y no se excusó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Manuel, ya en inglés.

Esta vez la joven le sostuvo la mirada.

—Shalimar —exclamó ella, con la entonación perfecta de quien quiere manifestar que no revela su nombre verdadero.

—Excelente elección —corroboró Manuel mientras firmaba la nota.

Aún estaba doblándola cuando la chica añadió en el mismo tono:

—Termino dentro de una hora.

—Vaya, vaya, Shalimar... Tienes un nombre muy sugerente, pero veo que eres práctica y expeditiva.

—Cómo usted quiera, sir... Ya tenía su asentimiento y su número de habitación, y Manuel la tenía a ella. Mejor sí iba subiendo para poner un poco de orden. Desde la quinta planta del Mogul Gardens se ofrecía una panorámica espectacular del lago Dhal, por donde cruzaban un par de *shikaras*. Sobre sus aguas, quietas como placas de mercurio, se reflejaba la cumbre dorada del Hari Parbat.

Al volverse, la escena paradisiaca se ensombreció con la mancha de un gran mandala sobre su cama. No había reparado en él hasta entonces. ¿Quién habría

elegido la imagen de un demonio danzante para velar los sueños de los clientes de aquel hotel? Porque aquella bestia rojiza de ojos de fuego y colmillos de tigre sólo podía ser el feroz demonio Kalachakra. Al fin y al cabo, se trataba de un demonio protector. Una segunda mirada revelaba a su esposa ritual abrazada a él, cuerpo contra cuerpo, la boca de la fiera hundida en su blanco seno, como si la estuviese devorando. Pero no. El demonio benéfico blande un rayo, símbolo del conocimiento, y ella, su hembra desnuda, despojada de todas las ilusiones, emerge de un loto azul alzando una copa llena de sangre labrada en una calavera, tal vez el cáliz más antiguo del mundo, el primer Santo Grial.

Yab-yum, unión sexual del rayo y el loto. Eso había sido para él en otro tiempo el sexo, una alquimia esencial, casi una forma de iluminación. No era que Manuel se creyese un iluminado: estaba loco, pero no tanto. Ni siquiera practicaba la castidad. Ahora bien, le resultaba ofensiva cualquier frivolidad al respecto. Todos los grandes iniciados dictaban la misma enseñanza: *No desbordes la copa, no apagues tu llama sagrada*. Demasiadas coincidencias a lo largo de demasiado tiempo como para no tenerlas en cuenta. Retener el orgasmo, ascender esa energía desde la puerta de la vida hasta la puerta de la luz, es decir, desde la base del sexo al vértice del cráneo, ir subiéndola latido a latido por el diafragma, por el corazón, por la garganta, por el hipotálamo hasta la fontanela, y sin derramar ni una gota de semen, transmutar ese abrazo de los cuerpos en un relámpago seco que detiene el tiempo. Hasta conseguir fundir tu corazón con su palpitación solar, con ese corazón de las estrellas al que llaman Samadhi, la superconsciencia...

Lamentablemente, aquella noche Manuel no llegó a nada de eso.

—Has bebido demasiado, cariño, eso es todo... —le excusó Shalimar sin dejar de mecerse sobre él con los ojos cerrados, tan indiferente como perfectamente profesional—. Si quieres, cincuenta dólares más y empezamos de nuevo.

Pese a que se sentía bastante patético, Manuel no se privó del alivio de reírse un poco, sobre todo de sí mismo. Tanta teoría tántrica para acabar así, negociando una erección suplementaria a cambio de cincuenta dólares. —Si tú supieras, preciosa, todo lo que he pontificado yo contra los que pagan por follar, o por que se los follen... Yo que voy de místico del nirvana. Y mírame aquí ahora, haciendo el ridículo con una niña de dieciocho años, si los tienes... Por que lo mismo no tienes ni dieciséis.

—Ni dieciséis ni dieciocho, *sir*. —exclamó Shalimar, que seguía entendiéndole a medias—, cincuenta dólares.

Entonces ya Manuel no pudo contenerse y rompió a reír. La chica dejó de mecerse, abrió los ojos y se cruzó de brazos tal y como estaba, a horcajadas sobre él.

—¿Qué pasa, *sir*? ¿He dicho algo inconveniente?

—No, no, perdona —Manuel apuró el *gintonic* tibio que había dejado sobre la mesita—, el inconveniente soy yo. Absolutamente inconveniente...

—¿Quieres que me vaya ahora?

Manuel respondió con un cabeceo afirmativo y apartó de su cartera dos billetes de cincuenta dólares. Ya desde el baño, Shalimar volvió preguntar:

— ¿Y tú, cuándo te vas?

—Mañana... Bueno, dentro de un rato. Hoy ya es mañana.

En efecto, el alba comenzaba a perfilarse en los visillos. Cuando Shalimar regresó, ya vestida, Manuel seguía en la cama. Recostado sobre un par de almohadas, fumaba un cigarrillo con la boca seca.

—Gracias por todo, encanto —le dijo, pasándole los dólares—. Quién sabe si algún día...

La chica no le dejó acabar la frase:

— *You don't know what I mean* —volvió a susurrarle al oído—. Tú no sabes lo que pienso.

Y le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer. Como el ruido de la puerta al cerrarse, después de los cincuenta es muy difícil vender ante uno mismo una noche de sexo con una adolescente como una experiencia mística.

Pero asimismo, después de los cincuenta, él todavía estaba aprendiendo a acomodar su soledad sin pronunciar la palabra amor. Cuando ya no se puede amar, el sexo sólo sirve para olvidar.

Pero aquella noche, cuando se supo solo en esa habitación de hotel bajo el mandala de aquel demonio de ojos de fuego, sintió como si de pronto una pluma descendiese por su espalda, fría como el filo de un puñal, hasta atravesarle el corazón.

Entonces recordó.

En aquel tiempo no existían vuelos regulares entre Srinagar y Ladakh, ni siquiera entre Delhi y Ladakh. Aunque Leh, su capital, disponía de un aeropuerto, tras la invasión china del Tíbet apenas se utilizaba salvo para vuelos militares, y no era extraño que cayera sobre él algún proyectil a consecuencia de las continuas escaramuzas a uno y otro lado de la línea de demarcación. Tanto era así que, en 1981, la única manera de llegar a Leh pasaba por una carretera estrecha que parecía ascender hacia otro planeta.

Tan lejos de todo y tan cerca del cielo, el viejo Tíbet tenía algo de eso. La geografía de este reino milenario se extiende sobre un territorio comparable a la suma de España, Francia y Alemania: unido y en libertad constituiría uno de los países más grandes del globo. Pero a finales del siglo XX apenas sabíamos nada de él. Nos acomodamos a un imaginario donde se cruzaban la conquista del Everest a cargo de sir Edmund Hillary, las leyendas acerca del Yeti y aquel viaje de The Beatles siguiendo la senda de Alan Watts. Así nos creímos todas las historias maravillosas que nos contó Lobsang Rampa acerca de esas lamaserías legendarias donde se practicaba la levitación, la teletransportación, y por supuesto, la videncia absoluta a través del tercer ojo. Luego descubrimos que, al parecer, el tal Lobsang Rampa era un fontanero londinense y toda su literatura pura ficción. Treinta años después hemos suplido esa fantasía con el carisma mediático del Dalai Lama y la conquista deportiva de las cumbres himalayas como una nueva forma de colonialismo, en la que los serpas son nuestros nuevos esclavos y los escaladores europeos gloriosos pioneros que llevan los logos de las grandes marcas hasta el techo del mundo. Pero bajo esa corona de montañas sagradas existe otra realidad que desconcierta y conmociona, como su paisaje. Los dos dejan cicatrices bajo la piel.

No es fácil llegar aquí, no es fácil sobrevivir a treinta grados bajo cero. La ascensión a las tierras altas supone toda una experiencia tanto física como metafísica. El Tíbet es un páramo de una aridez absoluta, ventisqueros heladores arrasados por una desolación sin límites, ríos encajonados entre abismos, y luego esos páramos siderales ajenos a toda huella humana. No puedes caminar, no puedes dormir, apenas puedes pensar. Te lo impide esa opresión en el pecho y en los pulmones, la falta de oxígeno, el mal de altura que anula tus reflejos, te deprime y te hace maldecir haber venido a este fin del mundo.

Hasta que, de pronto, a la vuelta de una quebrada o al atravesar una garganta que cae a pico en un abismo, descubres la inmensa belleza de todo eso! El viaje te ha hecho pasar sus pruebas. Resistencia en la dureza, fortaleza ante la adversidad, purificación frente al vacío. Entonces vuelves a encontrarte con ese río rugiente que ahora sólo es un arroyo impetuoso que puedes cruzar de un

salto, y al cruzarlo descubres que se trata del Ganges, o del Indo, o del Brahmaputra, cualquiera de esos tres inmensos ríos reducidos al tamaño de un manantial en su nacimiento. El gigante se ha transformado en un niño, el paisaje se humaniza. Vuelven a aparecer los glaciares majestuosos, y los contemplas de otra manera, como los rebaños de muflones que se detienen un momento, te observan y desaparecen brincando montaña arriba: así descubres que las montañas están vivas y parecen vibrar por ti, porque la totalidad del mundo está constituida por una masa de vibraciones, por un concierto de respiraciones y latidos. Remontando el curso de esos ríos donde resuena la voz del origen, cruzando valles detenidos en la primera mañana de la Creación, descubres tu propio camino hacia la puerta de los Himalayas, y avanzas sin detenerte sobre esa tundra petrificada, mientras respiras en toda su plenitud una sensación extraña e inequívoca de extravío y libertad, de majestad y delicadeza.

Sin embargo, contarlos no es vivirlos, Y pese a la nostalgia, se vive mejor mientras se cuenta. Cómo contar esa inmersión en el vacío, tan lírica, tan espiritual, con la vivencia directa de quinientos kilómetros de calvario a tumba abierta y sin asfaltar. Los turistas de hoy no hubieran podido soportarlo. Demasiado duro, demasiadas incomodidades, demasiados riesgos sin la providencial cobertura de un seguro Mundial Assistance. Eso preservó al Tíbet de la segunda invasión que pudo haberle sobrevenido tras la invasión china, con los primeros vuelos regulares y los hoteles de cinco estrellas.

No obstante, ese 4 de agosto de 1981, Manuel Nájera se vistió con deportivas Pirelli, gafas aerodinámicas, una sahariana vainilla y un pantalón de camuflaje. Esas eran sus contradicciones: le encantaba desconcertar, le divertía enormemente consentirse esa inocente manera de provocar. Aparecer en el Campo de excavaciones de Mulbek como un yanki en la corte del rey Arturo, como un intruso, como un demente.

La resaca, más que notable, mezclada con la polvareda caliente que se le pegaba al rostro, tampoco ayudaron a que se sintiera mejor a bordo de aquel apoteósico Cadillac Corvette de los años sesenta, en el que venía rodando y dando tumbos ya ni recordaba desde qué hora de la mañana, como si continuara dentro de la coctelera de la noche anterior.

Recordó que la primera sensación al despertar, junto a las caricias de Shalimar, había sido ese golpe de sol. Calor desde el amanecer, que se volvería puro hielo con la caída de la tarde. Para eso sí que había venido bien pertrechado: juntó a su disfraz de turista, llevaba una gruesa cazadora de aviador ártico, unos guantes y aquel sobre lacrado.

No debía abrirlo, le había rogado ella apretando sus manos casi hasta hacerle daño. Manuel todavía no llegaba a comprender cómo se había decidido a aceptarlo. Tal vez los encantos ocultos de aquella joven eran más extraordinarios que los evidentes. En realidad nunca había sabido resistirse a las solicitudes de una mujer hermosa. Sin embargo, por más que le prometiera a

Shalimar entregarlo en su destino, aún no había decidido si cumpliría su palabra. Se trataba de un sobre no muy grande, de papel tosco y grueso. Lacrado. ¿Qué guardaría dentro? Cuando la mirada del chófer se cruzó con la suya a través del retrovisor, lo deslizó prudentemente bajo la cazadora.

Y es que toda su historia había experimentado un giro insólito esa mañana: Mientras esperaba la llegada del conductor de la Gulbenkian en el vestíbulo, una voz femenina apenas susurrada le llegó por la espalda, obligándole a volverse.

—Soy Shalimar, la chica de anoche —dijo, sin creer necesaria otra explicación—, y sé en qué estás pensando.

Cualquier hombre se hubiera dejado seducir de nuevo. A la luz del día era todavía más bella, más seductora, más peligrosa. Manuel, sorprendido, sonrió sin saber qué debía responder. Ella continuó con una serenidad asombrosa:

—Estás pensando que no te apetece subir hasta Leh, esa horrible ciudadela medieval, tan inhóspita, tan fría. Estás pensando que la Puerta de Mulbek no te va a dejar pasar más allá de tus teorías, y hasta puede que te las derrumbe de nuevo. Por eso estás pensando que lo que necesitas es una mujer como yo. Pero también te voy a decir que esa mujer que buscas son dos mujeres, y ninguna de ellas soy yo —sentenció, en un tono que había pasado de lo misterioso a lo inquietante—Una de las dos mujeres está muerta, murió hace cinco años. La otra la encontrarás allá donde te diriges.

Manuel, aterrado, se limitó a mojar sus labios en la copa. Luego preguntó sin perder la flema, sólo levemente insolente:

—Vale, me olvidé de pagarte y hablé demasiado anoche. Dime cuánto es y deja el teatro para el siguiente incauto.

La chica no se alteró:

—No, anoche tú no me contaste nada y sabes muy bien que me pagaste, pero no sabes quién soy.

Sé que estás aquí por el Libro de Cristal, todo el mundo lo sabe, eres un gran arqueólogo europeo y te han llamado para descifrarlo. Todos esperan que hagas hablar a ese Libro, que saques de él un descubrimiento prodigioso. Pero tú mismo no crees en ti, ni confías en tus intuiciones: temes haber perdido el arte de hacer hablar a los muertos. Dime si es verdad o si miento... Vamos, dímelo.

Manuel miraba atónito sus grandes ojos rasgados, sus pómulos marcados, más tártaros que cachemires, esa boca grande de labios secos, la determinación de su voz. ¿Cómo había entrado esa mujer en su vida? ¿Y adónde quería llegar? También él tuvo un raro presagio al escuchar sus palabras, un presagio opresivo que no quiso interrumpir con preguntas banales.

—El campo de excavaciones donde vas a trabajar —prosiguió Shalimar— está muy al norte del Ladakh indio, apenas a treinta millas del Aksai Chin, la zona ocupada por los chinos... Al otro lado hay un monasterio del que seguro has oído hablar. El monasterio de Tielontang. ¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco —asintió.

Pocos años antes la revista alemana *Stern* publicó un extenso reportaje sobre ese monasterio al pie de los Himalayas, donde se localizaba una alucinante comunidad de monjes ortodoxos que se decían descendientes de la primera iglesia nestoriana del Tíbet. Otra pista para su búsqueda de las huellas de Cristo. Una embajada de aquellos cristianos del siglo I había llegado hasta Ladakh. Manuel recordaba un par de fotos del reportaje: un monje junto a una cruz de más de veinte metros labrada en los farallones sobre los que se asentaba el monasterio. Y la panorámica de una viña muy añosa de la que se aseguraba no sólo que seguía dando un vino excelente, sino que su cepa originaria databa del Diluvio, cuando el patriarca Noé la plantó con sus propias manos, recién desembarcado del Arca, en ese lugar del desierto tibetano de Tielontang.

El tiempo apremiaba. Manuel no tenía tiempo para otras aventuras que no tuvieran como destino la Puerta de Mulbek. Ya no podía postergar más su pregunta.

—Claro que lo conozco. Pero. ¿qué quieres pedirme? Si estás tan informada, sabrás que está prohibido rebasar la línea de demarcación. Es imposible que pueda llegar allá —concluyó Manuel—, y si llegara; sería un suicidio.

Shalimar intensificó el fulgor de su mirada. Buscó la mano de Manuel y la tomó con firmeza. Después puso en ella un sobre lacrado y la mantuvo apretada entre las suyas.

—Por favor, la vida de miles de personas depende de esta carta; En nombre de ellos te pido que subas a ese monasterio, y se la entregues al padre Abba Komay.

Manuel podía oler el peligro. Pero también sabía que la tentación del riesgo podía llegar a ser para él algo irresistible.

—No conozco a ese hombre, apenas te conozco a ti. ¿Por qué iba a hacerlo?

—No puedes elegir, lo harás, está escrito —insistió Shalimar hundiendo aún más sus ojos en los suyos—. Además...

—¿Qué?

—No correrás riesgos. Tienes un pasaporte diplomático. Te lo vi anoche.

Pese a la gravedad con la que hablaba, el atrevimiento de la joven era tan desconcertante que incluso resultaba cómico. ¿Qué pretendía proponerle? Necesitó hacer un esfuerzo para evitar sonreír.

—No sé cómo te atreves a decirme eso.

Shalimar, comprendió que le debía aún otra explicación.

—Sólo quise devolverte los cien dólares que me pagaste ayer. Fue entonces cuando vi ese pasaporte rojo en la cartera.

Manuel, sin terminar de dar crédito a lo que escuchaba, se llevó la mano a la cartera. En efecto, los billetes con que pagó a Shalimar estaban allí, apenas doblados, sin guardar en su compartimento.

Aquella escena le pareció lo suficientemente extraordinaria como para creer que merecía la pena apostar por ella. La vida le invitaba a involucrarse de una vez por todas en una *acción real*. Si llegara a morir en aquella aventura, podía ser un

buen epitafio para una existencia tan absurda como la suya. No obstante, ¿qué sucedería entonces con ese libro prodigioso que pensaba escribir con su amigo Álvaro y que cambiaría el rumbo de la historia? Entonces, como una respuesta, sintió la suave mano de Shalimar acariciando su rostro.

—Aunque anoche jugara un poco contigo a eso, yo no soy así. Yo jamás cobraría por hacer el amor. Para mí el amor no tiene precio.

—No, no sé quién eres —respondió Manuel como si aceptara esa nueva dimensión que Shalimar le mostraba—. No sé quién eres pero voy a creer en ti. Intentaré llegar a Tielontang, pero no te prometo nada. Si no me dejan pasar me doy la vuelta. Y punto.

No le importó que le besara en la boca delante de todos, incluido el chófer de la Gulbenkian, que acababa de llegar. Ese beso le recordó la noche pasada. Aquello había sido el encuentro entre dos conspiradores. Pues bien, que siga el juego, se había dicho entrando en el Cadillac con la carta lacrada en la mano. Cuando arrancó, no pudo evitar que le invadiera una sensación ambigua, de tristeza y alegría, donde se mezclaba el orgullo de saberse elegido por una mujer hermosa para llevar a cabo una aventura novelesca, y la sensación de que iba a pagar un precio muy alto por ello. Cerró los ojos dentro del coche, al instante volvió a visualizar su villa de Bellagio envuelta en una claridad deslumbrante. Y a Carmen, Carmen avanzando hacia él con aquella mirada licuada por el alcohol, mirándole fijamente, su rostro desencajado, apuntándole con esa pistola que sostenía con sus dos manos, Los disparos no habían dejado de resonar dentro de su cabeza ni una sola noche desde entonces. Y desde entonces una palabra obsesiva atenazaba sus pensamientos. La palabra expiación.

Manuel no creyó en ningún momento que Shalimar pudiera leer el pasado en sus ojos, ni adivinar su futuro, ni mucho menos conocer la existencia de Carmen. Alguien se habría encargado de ponerle en antecedentes. Él era un hombre relativamente conocido, y al fin y al cabo, su vida estaba al alcance de cualquiera. ¿Pero cuál era el sentido de todo lo demás? Miró distraídamente por la ventanilla del Cadillac el discurrir impasible de un paisaje sobrecogedor. Al fondo de una imponente garganta, se distinguía ya lo que debía de ser el río Indo bajando con un rugido atronador hacia el Baltistán, ansioso por inundar la vasta llanura del Panyab. Si seguían subiendo no tardarían en advertir, a lo lejos, la cumbre del Kailas, la montaña sagrada de Milarepa. Tomó a ese gigante por testigo. De acuerdo, todavía le quedaba mucho por pagar en esta vida. Llevar esa carta al monasterio de Tielontang «para salvar millares de vidas» —y la de una mujer muy bella—, tal vez acortaría esa deuda.

Tushita, el chófer de la Gulbenkian, había aparecido a las once en punto al volante de aquel Cadillac Corvette, una antigualla azul y crema de la época de Eisenhower. El tipo no era menos peculiar: delgado, moreno, no más de treinta años... Bastaba reparar en su traje de raya diplomática, difuminada por la capa de polvo que lo cubría. O en la mugrienta camiseta de Supertramp con la que intentaba equilibrar tanto clasicismo. O, definitivamente, en el bigotillo a lo Freddie Mercury que, la verdad, no acababa de encajar con los dientes de oro que le llenaban la boca cada vez que sonreía.

El arqueólogo y el conductor ni siquiera necesitaron identificarse. Se miraron y, cosa extraña en dos personajes tan excéntricos, se cayeron bien al primer golpe de vista. Nada más derrumbarse en el amplio asiento trasero, Manuel escuchó la perorata de presentación en aquel inglés masticado a la tibetana:

—Mi nombre es Tushita, míster Nájera, soy su chófer oficial e intérprete titulado...

Pero como el tal Tushita no se había molestado en quitar la radio, su puré de palabras le llegaba mezclado con un fondo mareante de música india estilo Bollywood. Toda una ducha fría de contemporaneidad para dejar atrás la India islámica y adentrarse en la budista, a un tiro de piedra de China.

Sin embargo, ese viaje por el espacio se traduciría bien pronto en un salto atrás en el tiempo. Subir al Tíbet es como bajar al centro de una edad originaria, a un tiempo fuera del tiempo, cuyos habitantes siguen viviendo al margen de la historia. Manuel tuvo ocasión de comprobarlo cuando abordó al chófer con una frase hecha que desconcertaba a todos:

—¿Vive usted en Cachemira, o viene desde Leh?

Tushita se volvió sin dejar de conducir y le miró con una expresión de asombro maravillado. Jamás había escuchado a un occidental hablar en hindi.

Sobre todo cuando, tras precisarle que era originario «del país de Gujé», Manuel insistió en un exquisito tibetano coloquial:

—Ah, vaya, es ahí donde dicen que se encuentran las mujeres más bellas de todo el Tíbet, *Gacelas de Gujé, pastoras del paraíso*. ¿No empieza así el poema?

—No crea, señor —respondió el conductor con toda la naturalidad que pudo—, la poesía dirá lo que quiera, pero a mi mujer tuve que buscarla en el valle de Hunza. Ya no quedan mujeres sanas en mi tierra, la tierra de mi país ya no es fértil. Después de la ocupación china nada da el mismo fruto, ni el agua de los manantiales nos sabe igual.

—¿Y no ha sido siempre así?

—No siempre, señor. En otro tiempo mi país era un reino fuerte. En mi casa hay un libro que cuenta eso —continuó el chófer, mirándole a través del retrovisor—. Era de mi padre, bueno, del padre de mi padre. Cada noche nos

leía historias de la vida de nuestros reyes y nuestros dioses, los que enseñaron a los grandes lamas a viajar a las estrellas. Entonces el Tíbet era un paraíso, hasta que vinieron los chinos y lo convirtieron en un infierno. Nos han masacrado durante años sin que ninguna de las grandes potencias moviera un dedo por evitarlo. Una vergüenza internacional...

—Tal vez el mundo esperaba que los lamas utilizasen sus poderes para defender su reino —ironizó Manuel, midiendo a su interlocutor.

Tushita arqueó una ceja y apagó el receptor de radio.

—No dude de que los usan, señor. Los tibetanos somos un pueblo resistente, para nosotros la guerra más larga no es más que una batalla. Un grano de arena en una eternidad. También eso lo leí en el libro de mi padre; lo decía un gran hombre santo: Milarepa, seguro que lo conoce.

—Sí, claro, otro que viajó a las estrellas, ¿no es cierto?

—Así fue la vida del santo Milarepa. Primero vivió en los palacios y se entregó a todos los placeres, luego se retiró a meditar a la montaña sagrada, en lo más alto del Kailas, y un día lo vieron elevarse hacia la gran estrella roja al este del cielo, que debe de ser Júpiter. Lo dice el libro. Aunque, claro, de eso hace ya más de cinco mil años.

—¿Más de cinco mil años?

—Tal vez más —puntualizó el chófer—, porque entonces ni siquiera existían los malditos chinos.

De nada hubiera servido que Manuel le precisara que la vida de Milarepa, el gran místico y poeta tibetano, sucedió allá por el año mil de nuestra era, mucho después de que viniera al mundo el primer chino y muchísimo antes de que el primer tibetano viajara a Júpiter, si es que alguno de ellos ha viajado tan lejos alguna vez. Por más que se lo explicara, Tushita jamás cambiaría de idea. Su tiempo era otro. Un tiempo mítico que se imponía a toda cronología cierta, como aquel absurdo Cadillac Corvette se imponía a toda forma de cordura. No cabía imaginar un vehículo más inapropiado para trepar por esa carretera que sube de los tres mil a los cinco mil metros sin más empuje que el de un maltrecho motor diésel, y sin embargo, aun ahogado y renqueante, el Cadillac seguía ascendiendo.

Se detuvieron junto a un montículo de piedras coronadas por un tinglado de mástiles y banderas. Un poco más abajo, se levantaba la cúpula de una pequeña *stupa* en forma de campana, flanqueada por un desconchado surtidor de gasolina con la chapa roja y amarilla de Texaco.

El chófer se apeó con una sonrisa de oro macizo, desapareció dentro de la capilla y al poco reapareció con un monje nonagenario que administraba, con toda naturalidad, el culto a Buda y el surtidor de gasolina. También Manuel salió del coche con la intención de estirar las piernas, pero apenas anduvo unos pasos notó la falta de oxígeno. Trató de inspirar y sintió una quemadura en sus pulmones. El viento que soplaba con fuerza a su espalda le empujaba hacia delante, y él se dejó llevar, admirando el circo de montañas, aquel cielo, la inmensidad. De repente el aliento se le cortó en seco; había caminado descuidadamente hasta situarse al filo de un tajo de más de doscientos metros sobre el vacío.

Acababan de coronar el paso de Khaling, la antigua puerta de las caravanas de la seda. Costaba creer que hubieran subido hasta allá por un surco serpenteante que apenas se distinguía entre las montañas, y que continuaba en un descenso de vértigo hacia los yacimientos de bórax que jalonan el valle del Indo. Sintió que se mareaba, o tal vez el oxígeno escaseaba ya de una manera perceptible. Regresó hasta el montículo de piedras donde ondeaban retazos de telas con inscripciones y fórmulas sagradas que expresaban la alegría de los peregrinos al coronar el paso. Junto a las ruedas de plegarias, a la entrada del *chorten*, había lamparillas de manteca de yak, para los fieles que desearan garantizarse una ventajosa reencarnación. Dejó un billete de cincuenta rupias a cambio de una de ellas, y ascendió sus cinco escalones.

Cinco escalones, cinco elementos: tierra y agua, fuego y aire, más el quinto elemento, la quintaesencia, el éter, el hálito vital del hombre y del sol, la respiración que hermana al hombre y al cosmos. Y a cada paso dentro del templo, una reducción del espacio, un grado más de oscuridad, hacia el umbral placentario de la iluminación. Así debe ser: una especie de parto al revés, un nuevo nacimiento.

Quien le esperaba pacientemente en la oscuridad no alteró su mirada de ojos entreabiertos cuando depositó junto a su mano la lamparilla recién encendida. Se trataba de una figura en yeso pintado del clásico Buda Amoghasiddhi, que al ser tentado por Mara, el Maligno, llama a la Tierra como testigo. Sentado con las piernas cruzadas sobre una plataforma, el príncipe de los Sakyas apenas disimulaba la humildad de su torso de estuco ennegrecido por el humo de las ofrendas. Quizá por eso resultaba más conmovedor, más convincente.

Debió de permanecer un buen rato meditando allá adentro. Al salir, reparó en

el rudimentario molino de oraciones bajo el saledizo, y lo puso en movimiento con un gesto cansado, sin detenerse. Según la tradición, cuando Buda pronunció su primer sermón en Sarnath, cerca de Benarés, su palabra puso en marcha la Rueda de la Ley: de ahí los molinos de oraciones, movimiento perpetuo, un mantra de luz que gira y gira multiplicando sus ondas hasta el infinito. El mayor deseo de Manuel, por el contrario, siempre había sido que el mundo se detuviera, para así poder estudiarlo y encontrarle un sentido. No pudo ofenderse cuando Tushita rechazó el cigarrillo que acababa de ofrecerle, y le preguntó en voz baja:

— ¿Es usted budista, señor?

Tanto en Asia como en Europa se lo habían preguntado muchas veces. Jamás con tanta ingenuidad. Se vio de nuevo dentro del *chorten*, frente a aquella escultura ruinoso del príncipe resplandeciente, y sólo percibía oscuridad. Intuía que dentro de sí mismo, en la oscura bóveda de su ser, había una estrecha abertura hacia alguna forma de luz. Pero por más que extendía su mano, nunca conseguía alcanzarla.

— No, creo que no soy budista — respondió al fin—. ¿Piensas que ser budista, o cristiano, o jainista, tiene alguna importancia?

— Claro que no, señor. En las puertas de las lamaserías de mi país se lee una inscripción que todos nos sabemos de memoria: «Mil templos, mil religiones». Allá cada cual con su camino. Llegar es lo único importante.

No hacía falta que le preguntara adónde. Al menos los dos iban juntos en el mismo viaje. Con la última calada de su Marlboro, Manuel se metió un par de pastillas de coramina en la boca; el Cadillac arrancó por fin y el viejo lama siguió allí, despidiéndoles con una sonrisa de oreja a oreja, hasta desaparecer tras la polvareda.

Frente a ellos se abrió de nuevo un mareante paisaje de cumbres blancas y violetas teñidas por una reverberación dorada. Entre la niebla que comenzaba a caer sobre Pargo Kaling tenía que haber otro paso: un paso hacia el origen a través del infinito, hacia la serenidad a través de la inmensidad.

Cuando Tushita le preguntó si era budista, a Manuel le hubiera gustado responder: «No se lo digas a nadie, pero soy el monje que vendió su Ferrari». Sin embargo, su pregunta se le había quedado clavada en la conciencia, como la necesidad de contarle su verdadera historia. Tal vez fuera el miedo a la muerte. Ese miedo que había comenzado a sentir crecer dentro de él, como un extraño presagio, desde el inicio de aquel viaje. Tushita volvió a sacarle de sus cavilaciones con otra mirada a través del retrovisor.

— ¿Puedo preguntarle una cosa más, señor?

Pero la pregunta de Tushita se le había quedado clavada en la conciencia, como la necesidad de contarle a alguien su verdadera historia. Nunca había sentido tanta necesidad de comunicarse con los demás. Tal vez fuera el miedo a la muerte lo que daba cauce a sus emociones más secretas: ese miedo que había

comenzado a sentir crecer dentro de él, como un extraño presagio, desde el inicio de aquel viaje. Hasta que otra pregunta a través del retrovisor volvió a sacarle de sus cavilaciones:

— ¿Puedo preguntarle si está usted casado, señor?

Definitivamente, casi agradeció su curiosidad. Cuando Tushita le preguntó si era budista, a Manuel le hubiera gustado responder: «No se lo digas a nadie, pero soy el monje que vendió su Ferrari».

Se le escapó una sonrisa. Hasta entonces sólo a mí me había contado la verdadera historia de su primer viaje al Tíbet. Entonces sintió la necesidad de hacerlo, como si aquel paisaje le apremiara a sincerarse con alguien. Tushita volvió a sacarle de sus cavilaciones con una mirada a través del retrovisor.

— ¿Puedo preguntarle una cosa más, señor?

— Todas las que quieras...

El tibetano desvió uno de sus ojos hacia las cumbres y lo dejó caer como le vino:

— ¿Será verdad que viene el fin del mundo? Lo digo por la Puerta de Mulbek, señor. Ya sabe que hay una profecía...

— ¿Una profecía? — repitió Manuel enderezándose, ganado por la curiosidad.

— Sí, el libro sagrado lo dice: «Líbrate de esa región donde los muertos se mezclan con los vivos. Cuando la Puerta de Piedra sea abierta, se abrirá también la Edad del Fuego, el Kali-Yuga, y entonces serán los días de la aniquilación...».

— ¿Sabes por qué no creo en las profecías, Tushita? Porque todas venden el mismo miedo — Manuel encendió otro cigarrillo—. De todas formas, no sé, muchas veces me pregunto si no habremos entrado en el Tiempo Final. Hay demasiada violencia, demasiada locura. Estamos volviendo loco al planeta: mira cómo está el clima, la propia gente, todos en guerra contra todos...

— Eso es el Kali-Yuga, señor, el ciclo negro del mundo, la medianoche de la humanidad, como dijo Lord Burda...

Sólo se oía el ruido del motor cuando apareció a lo lejos un valle que permanecía oculto, como un Shangri-La invisible desde lo alto.

— Hay que buscar un refugio, ¿verdad? — exclamó Manuel.

— Eso era el Tíbet. Bueno, hasta que vinieron los chinos...

— Yo también vine al Tíbet buscando un refugio, en una vida anterior.

— ¿En una vida anterior, señor?

— En otro tiempo me acusaron de asesinar a mi mujer... — Tushita le escuchaba sin parpadear—. No, no lo hice, soy inocente... pero me llené de un deseo de muerte que iba a más, como una enfermedad... Fue mi Kali-Yuga personal.

— Y decidió empezar una nueva vida en el Tíbet, ¿no es así?

— No fue exactamente así. Vine al Tíbet para convencerme de que en vez de subir a los cielos, Jesucristo subió a los Himalayas.

— ¿Ah, pero no es lo mismo, señor? Quiero decir, los cielos y los Himalayas... Aquí todas las montañas son puertas hacia el cielo, y dentro están los palacios donde viven los dioses. ¿Quién no sabe que el sagrado Chomolungma, el

Everest, es la morada de la gran Diosa Madre?

Es cierto, algo tan evidente como eso, algo que todos sabemos desde que nacemos, desde el primer momento en que abrimos los ojos y vemos una montaña, sabemos que es sagrada. ¿Cómo hemos podido olvidarlo? ¿Por qué nos enseñan a olvidarlo? Manuel se lo preguntó mientras pensaba cómo responderle.

—Yo seguí otro camino. Los maestros del Cristo, los esenios, oraban al amanecer mirando hacia la salida del sol, hacia el este, en lugar de volverse hacia el templo, como los demás judíos...

—¿Y eso qué quiere decir, señor?

—Coincide con lo que respondió a uno de sus apóstoles cuando se marchaba: «Buscadme en las Montañas del Este». No le reveló más porque sabía que seguía siendo un proscrito. Por eso inició su andadura en secreto, caminando siempre hacia la cuna del sol. Y ésa cuna era también la patria de otro de sus amigos ocultos, José de Arimatea, Ari-mater, la tierra madre de los dioses. Es decir, el país de tu sagrado Chomolungma... Hay crónicas —continuó Manuel— que trazan su peregrinaje por Cachemira y su llegada al país de Sindh, donde creyeron ver en él al mismo Krishna.

»Yo seguí sus pasos de manuscrito en manuscrito y de país en país a través de inscripciones imposibles. Conseguí entenderme con los grandes lamas, con las momias más venerables del Potala, en Lhasa. Tras regalarles un cargamento de echarpes blancos y digerir litros de vuestro nauseabundo té a la manteca rancia, conseguí que me mostraran un texto escrito en sulu, la lengua que trajeron los ejércitos de Tamerlán, y que contaba la estancia de un tal San Issana en el país de Bö, el nombre primitivo del Tíbet. Pues bien, ese personaje tenía muchas probabilidades de ser el Cristo que yo venía buscando desde media vida atrás. ¿Qué te parece? ¿Una locura, verdad?

—Todo lo contrario, señor... Lo que me cuenta no puede ser una locura, tiene que ser verdad. Me lo dice el corazón.

Manuel prosiguió sin preguntarse si Tushita no estaría riéndose de él. Con aquel calor, le daba igual:

—Aquel otoño las nieves casi cubrían las puertas del monasterio de Tikse, y a treinta grados bajo cero el mercurio de mi termómetro no podía bajar más, pero yo entré en la gompa de los monjes con la cabeza ardiendo. Buscaba los originales de la escuela de traductores de Rinchen Zampó, donde el sabio Atisa dirigió la conversión al tibetano de centenares de textos antiquísimos escritos en nastaliq, en urdu y en sánscrito.

»Tras un mes revolviendo manuscritos, encontré esa joya que hablaba de un profeta que llegó de Occidente, donde había nacido de una Virgen y era conocido como el Hijo de Dios. Pues bien, ni en la más delirante de mis suposiciones podía imaginar lo que vino después. Cada línea mostraba un Jesús nuevo y radicalmente distinto al divulgado por las iglesias. Un hombre que describía su andadura como un «viaje al corazón de la luz palpitante», que

decía ser «hijo de la inteligencia del universo», y que manifestaba abiertamente que nosotros y las estrellas somos una misma cosa, «pues el Sol es el corazón de la vida, donde nacen y regresan todas las almas». ¿Cuándo has oído algo parecido?

»Es lo más revolucionario que ha conocido el hombre: la manera de activar por nosotros mismos una especie de chip prodigioso que todos llevamos dentro. El manuscrito de Rinchen Zampó lo describe como un latido dormido en un lugar del corazón, que nos abre las puertas de la luz del mana: el paraíso de los inmortales al alcance de cualquiera ¡en esta vida! El chófer se volvió para mirarle, como si hubiera olvidado que conducía al filo del abismo.

—¿Algo parecido al Nirvana... en esta vida?

—Así es, la verdadera inmortalidad —repitió con un punto de tristeza en la voz—. Claro que entonces yo estaba tan ciego que, en lugar de emprender ese camino, eché a correr en dirección contraria. Sólo concebía la forma de inmortalidad más ridícula: la gloria mediática, el reconocimiento académico. Hay que ser imbécil. Pensaba que tenía en mis manos un documento que iba a cambiar la Historia. Aquel Jesucristo de la Nueva Era rasgaría la cúpula del Vaticano y expulsaría a toda esa clerigalla de fariseos...

—¿Y no fue eso lo que sucedió?

—Lo único que estalló fue mi cabeza. Y de una manera bastante cómica...

—Eso no necesito que me lo cuente, señor. Lo siento.

—No, no lo lamente. Esto ocurrió hace muchos años. Entonces no sabía que el conocimiento sólo se revela a quienes han purificado su corazón y abandonado la propia vanidad del conocimiento... —Tushita asintió, quizá también él era un sabio que había decidido dejar de serlo—. Durante todo ese invierno en Tikse me asistía un lama muy viejo con el que apenas cruzaba las formalidades rutinarias. Por más trabajo que le diera, él siempre me respondía Con una sonrisa. Sin embargo, un día su sonrisa me pareció terrible.

»Yo ya tenía quinientos folios manuscritos con la segunda vida de Jesús, desde la corona de espinas del Gólgota a la corona del mundo en el Tíbet, y el equipaje listo para partir. Agradecí al monje sus atenciones y la generosidad de su comunidad. Él arrugó su cara de tortuga vieja y me respondió: «Vuelva a visitarnos el año que viene, ésta es su casa.» «Gracias de corazón —repuse—. Lo haría encantado si tuviera algo que investigar, pero ya sólo quedan minucias que no cambiarían la historia de San Issa...»

»El lama siguió: «El relato de Rinchen Zampó es muy bello. Pero más abajo, en la biblioteca de los libros de corteza de palma, se guardan historias de otros Budas reencarnados muy interesantes...» «¿Otros Budas reencarnados semejantes a San Issa... y de su mismo tiempo?» «El tiempo es una medida muy relativa, hermano. Los rollos de Rinchen Zampó son muy posteriores a la predicación de su Buda Blanco...» «¿Quiere decir que hay otras fuentes más fiables? Muy bien, ¿de cuántos rollos estamos hablando, cinco, siete, diez?» «¿Diez? Oh, no, Nájera San, son muchos más...» «¿Cuántos? No me diga que

hay otros cincuenta: no me lo creeré.» «Puede creérselo o no, pero durante los años que estuvimos ordenando aquello contamos más de ochenta...» «¿Ochenta?!», le interrumpí. «Ochenta por mil, hermano: es decir, ochenta mil. Y sólo le hablo de los dedicados a contar historias de otros mil Bogdo Janes, tantos como los budas encarnados que pasaron por aquí en diferentes edades y tiempos, muchos venidos de Occidente y predicando que habían nacido de una virgen, que tenían el poder de sanar a los enfermos y expulsar a los demonios, y que su reino era un lugar de luz, llámelo Nirvana, Paraíso o Shamadi, el reino de la superconsciencia. Es una lástima que ya nadie tenga tiempo de leerlos. Se están perdiendo, se pudren, se los comen las ratas. Como casi todo en este monasterio donde todo se derrumba, desde que estamos bajo la administración china. Esos ochenta mil manuscritos no tardarán en desaparecer. Los más viejos no son más que una pasta de polvo que se deshace entre los dedos, y ya no tenemos copistas ni medios para recopiarlos, como en el tiempo de Rinchen Zampó.»

Manuel Nájera apuró un buen trago y le pasó la botella al chófer, que se mostraba muy capaz de beber y conducir al mismo tiempo por aquella carretera infernal:

—Mi crónica sobre la segunda vida de Cristo no era más que otra leyenda sobre uno de los muchos visionarios que habían recorrido los Himalayas a lo largo de un milenio donde nunca estuvieron claras las fronteras entre realidad y ficción. Además, había descuidado algo esencial: tal y como me previno el lama, las fechas de mi cronología tibetana apenas coincidían con los rollos de Qumrán. San Issa no era más que la invención de un loco que había recorrido el camino equivocado siguiendo a otro loco que se creía Dios, hasta fracasar en una lamasería perdida en el fin del mundo.

»Fue entonces cuando me hice budista. Quería olvidar mi fracaso en esa búsqueda de Dios que, en realidad, sólo había sido una búsqueda ciega de la gloria, sirviéndome de Dios como me hubiera servido del mismo diablo. Una noche, en aquella lamasería a treinta grados bajo cero, quemé aquel manuscrito destinado a cambiar el mundo, y al menos me proporcionó un poco de calor. Al día siguiente me afeité la cabeza, me procuré una de esas hopalandas tibetanas de color cárdeno y un manto gris, como Buda prescribía a sus discípulos, y me sumé a la comunidad de los monjes como uno más.

Bueno, no como uno más: como un *ragyab*. Tú sabes quiénes son los *ragyab*, los intocables que trabajan con los muertos, partiendo los cadáveres a hachazos para que los buitres no dejen rastro de ellos y su siguiente reencarnación sea más feliz.

»Viviendo entre cadáveres descubrí la verdadera enseñanza de Buda, así me reconcilié con mi Cristo interior, ese Buda Caminante del que me había perdido en el camino y que ahora reencontraba en su invitación a emprender la vida de los que se entregan a los otros y renuncian a su propia salvación, con tal de que los demás alcancen la suya.

La tradición los llama *bodhisattvas*, y yo elegí llamarme *nadie*. Pero no fue tan fácil. Por más que me entregara a los demás, seguía perdido y seguí cayendo. Cristo no me desclavó de mi cruz, Buda no consiguió que me elevara ni una pulgada por encima de mí mismo. Por eso he vuelto.

Lo que se había iniciado como un diálogo intrascendente concluía con esa sentencia final, tan dura y desnuda como las montañas que se ofrecían a su paso. Dentro del Cadillac se hizo un silencio opresivo.

—Eso es el Samsara, señor, ¿no le parece? Lord Buda también decía que el infierno está aquí. Nuestra vida real comienza en el otro mundo, y entre tanto venimos a éste para aprender y pagar las equivocaciones anteriores...

En cada giro el Cadillac parecía salirse del trazado y pendular sobre el abismo;

pero Tushita conducía con la misma serenidad impasible y se volvía hacia Manuel, que no quitaba los ojos de la pista.

—Tienes razón, pero tal y como se está poniendo la carretera, no sé si es muy prudente seguir con la conversación.

—No se preocupe, señor... ¿Le he dicho que mi padre fue el chófer del decimotercer Dalai Lama?

—¿Cómo? ¿En esa época había coches en el Tíbet? —preguntó Manuel, consciente de que veinte años antes la rueda se consideraba una herejía en el reino de los lamas.

—No, no había coches, pero aquel Dalai fue un gran reformador, que viajó por América y Europa. A la vuelta de sus viajes trajo a Lhasa tres automóviles... Un Dodge americano y dos Aston Martin, como los de James Bond. ¿Qué le parece?

—Es increíble.

—Mi padre llegó a conocerlos. Llegaron desmontados para cruzar el Himalaya a lomos de yak, y un mecánico hindú volvió a montarlos pieza por pieza. Tomó a mi abuelo de ayudante, y cuando se fue el hindú, mi abuelo ocupó su plaza como chófer del Dalai Lama. Pero la cosa no prosperó, porque a la gente le daba miedo verlos rodar. Al final acabó encerrándolos en una granja, y a mi pobre abuelo con ellos, para ocuparse del mantenimiento. Claro que algunas noches de verano...

Tushita no pudo continuar. Necesitó toda su habilidad para frenar y dominar un brusco derrapaje forzado por la comitiva de mujeres que apareció de pronto en medio de la curva. Más que sus mantos negros llamaban la atención sus peculiares sombreros, una especie de chisteras también negras engalanadas con turquesas y cuentas de coral. Pero lo que verdaderamente sobrecogía eran sus máscaras. Unas toscas máscaras de cuero donde apenas se marcaban dos rendijas, lo justo para poder ver, respirar y protegerse tanto del sol como del azote de aquellos vientos de hielo. Entre sus negras vestimentas, sus chisteras negras y esas máscaras, semejante aparición impresionaba como una comitiva espectral decidida a llevarse al otro mundo a quien se la cruzara. Estuvieron cerca. A medida que frenaba, el Cadillac fue saliéndose de la carretera hasta quedar clavado a un palmo del abismo. El corazón de Manuel rompió a latir a velocidad de infarto. Tushita mantenía el mismo gesto impasible: una mano al volante y el otro brazo asomando por la ventanilla.

—*No problem*, señor —dijo, haciendo crujir el freno de mano—. Pero si le parece podemos aprovechar para comer algo. ¿Le estaba contando quién fue mi abuelo...?

—No, hablabas de las tentaciones automovilísticas del Dalai Lama... —farfulló Manuel, con el rostro desencajado—, Pero coloca el coche en la carretera y luego me lo cuentas...

—Al fin y al cabo, señor, no hubiera sido tan grave como arrollar un rebaño de yaks —ironizó, haciendo destellar sus dientes de oro—. En el Tíbet hay demasiadas mujeres, con tantos hombres consagrados a los monasterios...

A pesar de la broma de Tushita; a Manuel le costó recomponer su semblante. Toda su perorata acerca del desaparego budista estaba más vivo en aquel chófer que en todos los que habían escrito maravillas al respecto, incluido él mismo. Sí, tenía mucho que aprender en ese viaje, y sólo llegó a perdonarse su miedo a morir tras aceptarlo como una lección. «Lo reconozco, he tenido miedo. Lo reconozco; sigo siendo débil. Lo reconozco, no soy un verdadero budista, ni un verdadero cristiano, ni siquiera un mediocre agnóstico. Lo reconozco, aún no estoy a la altura de lo que quiero ser».

Poco más adelante divisaron una aldea minúscula en un desvío de la pista. Entraron en ella perseguidos por un tumulto de niños harapientos, hasta que Manuel sacó de su equipaje la bolsa de bolígrafos que siempre llevaba encima y los repartió entre todos. El bar estaba cerca: un tenducho de lonas defendido por dos cuernos de yak pintados de rojo coca-cola y presidido por una cámara frigorífica que hacía las veces de mostrador, donde consiguieron hacerse con una botella de licor verdoso y unas pakhoras grasientas.

— ¿Sabe a dónde iban todas esas mujeres, señor?

— Sólo confío en que no volvamos a cruzárnoslas...

— Con la primera luna del mes de Sawan, todas las mujeres de esta región bajan hasta la cueva de Amarnath. Dicen que allá dentro hay una punta de hielo donde arde el *lingam* de Shiva, ya sabe, su varita mágica... — precisó el chófer, echando un vistazo a su entrepierna y sonriendo—. Piensan que quien la toca durante esa noche, queda embarazada. Las mujeres están locas.

— Hace mucho tiempo, en otra cueva, conocí a otros locos que creían haber encontrado los restos del esperma de Cristo dentro de una vasija de barro — dijo Manuel mirando el vaso que acababa de vaciar—. Esperma de Cristo embotellado.

— ¿Y se lo creyeron? No me diga que en Europa también pasan cosas así.

— Europa también es una tierra estéril. El semen de los hombres no tiene vida. De cada dos mujeres, una tiene problemas. Ya ni siquiera funciona la inseminación artificial.

— Señor, ¿no va a terminarse su *pakhora*?

— Toda tuya.

— Humm, pues está buenísima — constató, engulléndosela de un bocado—. Ya sabe lo que dicen los buenos budistas: «Comer cuando hay que comer, dormir cuando hay que dormir». Y aun nos quedan casi tres horas de camino.

Mahayana, Hinayana, Tantrayana. El camino siempre es más largo de lo que parece. Tarde o temprano, uno acaba dormido y dando tumbos en el asiento de atrás, vencido por una carretera pedregosa y polvorienta.

Cruzaron el paso de Sangchen-La. Sobre un glaciar lejano navegaban bloques de hielo y roca incendiados por el sol poniente, como estatuas de dioses a la deriva. Comenzaron a descender para enlazar con la vieja ruta de las caravanas del Gobi. Manuel dormía con la cabeza echada hacia atrás y la botella de licor

entre sus rodillas. La ebriedad, ¿será también un camino? ¿Y el sexo lo es? Lingam de Shiva, esperma de Cristo, Marpa, el maestro de Milarepa, mantuvo ocho mujeres además de su legítima consorte para seguir escrupulosamente los preceptos del tantra Hevajra.

Cada templo budista, cada *stupa*, cada *chorten*, remite a una analogía del cuerpo cósmico de Buda en el que hay que penetrar hasta su cavidad más íntima, que siempre se mantiene en la máxima oscuridad: oscuridad de fecundación, impregnación, concepción, tres pasos previos antes darse a luz, en el tiempo de la iluminación. ¿Qué más podría enseñarle acerca de todo eso el Libro de Cristal? Tal vez un paso más en el laberinto. No en vano, los monjes de Mulbek pertenecían a la orden Nyingmapa, donde el hábito monástico era compatible con el matrimonio, frente a los Gelukpa, los puritanos que practicaban el celibato estricto, los radicales del Camino Abrupto.

—El camino abrupto acaba enseguida, señor, estamos llegando a Leh.

La voz del chófer acabó de despertarle. ¿Había hablado en sueños? ¿Qué demonios habría dicho? Se enderezó en el asiento para beber un largo trago de agua.

—¿Qué tal el sueñecito, señor?

—Bien, Tushita, gracias. Supongo que tú también habrás descansado de mis lecciones magistrales. Aunque espero no haber hablado dormido.

Tushita se volvió para mirarle.

—Le aseguro que ha sido uno de los viajes más interesantes de mi vida.

Era media tarde cuando el Cadillac se detuvo ante un puesto de control a la entrada de Leh. Fue suficiente con que Tushita mostrase un papel sellado para que la barrera se alzase.

—¿Conocía Leh, señor?

—Sólo de paso...

—¿Paramos o no paramos?

—Mejor seguimos, quiero llegar a Mulbek antes de que anochezca.

Leh, la capital de Ladakh, es una ciudadela medieval colgada a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar y defendida por la imponente mole de su castillo, una réplica del Potala, la residencia del Dalai Lama en Lhasa. Al poco de que avistaran su inconfundible perfil, con sus tejados defendidos por leones rampantes y coronados por centenares de pequeños campaniles y agujas doradas, pasó junto al Cadillac otra comitiva de mujeres tocadas con esos increíbles sombreros en forma de chistera, y engalanadas con gruesas ajorcas de plata maciza y collares de lapislázuli. Frente a la austeridad del paisaje, tanto en la arquitectura como en la indumentaria, esa barroca propensión al arabesco. Y también la paradoja de esos rostros curtidos, de pieles rojas y ojos rasgados, tan semejantes a los indios de las praderas de Norteamérica. Al fin y al cabo, ¿no están más cerca un serpa y un sioux que un tibetano y un europeo, incluso que un tibetano y un chino?

Cerca de la capital, la carretera se concedía el lujo de unos kilómetros de asfalto,

donde se cruzaron con el primer automóvil, una Toyota *pickup* cargada de carneros, entre los que sobresalían los cuerpos de un anciano y un niño embozados en abrigos de su misma piel. Tushita y el otro chófer se saludaron a bocinazos, como si no pudieran verse en medio de tanto tráfico.

—No me digas que es tu abuelo paseando al Dalai Lama.

Tushita encajó la ironía:

—Le gustaba pasear de noche, cuando la calle estaba vacía. ¿Recuerda lo que le he contado?

—Sí, claro... El mítico Potala, años veinte. Un Dodge y dos Aston Martin ocultos en una cuadra...

—Y el Dalai Lama con un gran papagayo en la mano.

—Será una broma, supongo...

—No, no, míster, el Potala tenía un pequeño zoológico, y el papagayo era el animal preferido del Buda viviente. Era un bicho enorme, azul y rojo, con un pico que daba miedo. Pero al Dalai no le hacía nada. Lo sacaba en todas las grandes fiestas, y cada vez que el animal gritaba una palabra, ya se puede imaginar, toda la multitud se estremecía. Para ellos el grito del papagayo era como un mensaje de los dioses...

—Y luego el Buda viviente se daba un paseo en su Aston Martin, con tu abuelo y el papagayo.

—En cuanto se apagaban las pocas luces de la ciudad, se ponía al volante del Aston Martin y se daba una vuelta desde el Potala hasta el Norbulingka, su residencia de verano. Claro que aquellos eran otros tiempos...

—Sí, eran otros tiempos.

El Cadillac se detuvo para dejar pasar a un rebaño de dzos, un cruce de yak y buey, conducidos por un par de adolescentes encaramados sobre sus grupas.

—Ya estamos saliendo de Leh, en un par de horas llegamos a Mulbek, señor. Prepárese para ver algo grande.

Abro su cuaderno amarillo por la página donde aparece ese dibujo. *Puerta de Mulbek*. Una mole de granito rojo cortada en planos exactos, dos sólidos pilares cuadrangulares llenos de signos que sugieren diversas lenguas jeroglíficas pero resultan indescifrables y, sobre ellos, un dintel monumental con el símbolo del infinito en su centro. «La Puerta tiene la majestad del pórtico de un palacio de proporciones cósmicas —escribe Manuel a pie de página—, un palacio que tuviese por cúpula el cielo entero, y cuyo espacio fuese... Sí, otra dimensión del tiempo.»



Veinte páginas más adelante, encuentro un segundo dibujo de la puerta, más inexacto, como trazado de memoria, con menos precisión pero con más seguridad en lo que dibuja y en lo que cuenta: «*Puerta de Mulbek*. Cada puerta que se abre conduce a un vacío mayor. En sus ecuaciones, Einstein no admitía diferencias entre espacio y tiempo; veía el tiempo como una cuarta dimensión. Por eso explicó el universo en términos electromagnéticos, como una irradiación de luz. Todo el universo nada en luz. Es extraño que solamente en la mente del hombre haya tanta oscuridad. Ahora comienzo a entenderlo todo y, sin embargo, todo es inexplicable.»

¿Qué sucedió entre esos dos dibujos? ¿Qué cambió en la vida de Manuel entre uno y otro?

Desde que abordaron las tierras altas, su viaje venía siendo una sucesión de curvas encajonadas entre ventisqueros y gargantas sombrías. Cuando apareció aquella vasta llanura inundada por el sol, Manuel comprendió perfectamente que Tushita pisara a fondo el acelerador. También él bajó su ventanilla para que el viento y el sol le arrancasen del alma el frío y las sombras: cielos como océanos, inmensidad pura y una cadena de montañas azules al final del horizonte parecían estar, simultáneamente, en el fin del mundo, en el centro mismo de la Tierra y al alcance de la mano. En ese momento, un golpe de luz hizo visible, todavía a lo lejos, una construcción trapezoidal alzada en medio de la nada que sólo podía ser la Puerta de Mulbek.

— ¡Impresiona, eh?

— Písale fuerte — exclamó Manuel, sin apartar sus ojos de ella —, tenías razón: esta puerta no es de aquí, es de otro mundo.

Ningún europeo había visto hasta entonces nada semejante en el Tíbet. Una puerta de piedra tan majestuosa como esos monolitos que surgieron en el amanecer de la civilización del Nilo, una ciclópea puerta solar con parentescos imposibles con las puertas de Tiahuanaco, en el corazón de los Andes, o con la legendaria Puerta de Ur que vio pasar el carro de fuego de Ezequiel, rumbo a las estrellas.

«No, no puede ser», se repetía Manuel dando tumbos en el Cadillac. Las dos únicas fotografías que se habían divulgado hasta entonces — las únicas que se conocieron — no tenían nada que ver con la realidad. ¿Dónde estaban la *stupa* que guardaba el Libro de Cristal, y el monasterio-fortaleza y, en fin, el campamento de la expedición que había descubierto todo aquello? En muchos kilómetros a la redonda sobre la llanura no se veía nada más que esa puerta de piedra, un verdadero eje del mundo. Y más allá... ¿qué?

Un remolino de polvo sulfuroso y el mareo de los cuatro mil metros envolvieron a Manuel en cuanto salió del Cadillac. Tuvo que bajar la cabeza y entrecerrar los ojos mientras avanzaba hacia la gran puerta ciclópea seguido de cerca por Tushita. A medida que la polvareda se fue disipando, distinguieron una estampa tan surrealista como aquella de Picasso paseando por la playa de Antibes bajo un suntuoso parasol tibetano que, en este caso, sostenía un joven novicio cubierto con un bonete en forma de cresta. Un paso por delante caminaba un tipo muy alto, de porte noble y cabeza afeitada, envuelto en una túnica granate y azafrán. Más que un monje parecía un príncipe de una antigua raza perdida, uno de esos hombres que hacen ver su poder por la manera en que lo ocultan. Apenas se inclinó levemente para saludar al recién llegado.

— Sea bienvenido, mister Nájera.

— Es el venerable Gyalpo Naropa, señor — se adelantó Tushita en un susurro

reverente—, el gran *tsedrung* del monasterio de Mulbek...

Al ofrecerle el echarpe blanco que dicta el protocolo, Manuel reparó en el punto escarlata sobre su frente. Lo evaluó al instante: demasiado marcado, no me gusta. El venerable agradeció el regalo con breves palabras de cortesía:

—Me alegro de que al fin haya podido llegar, míster Nájera. ¿Han tenido dificultades? Hemos sabido que en Srinagar se ha visto involucrado en un incidente...

—¿Un incidente? —repitió Manuel, sorprendido—. No sé a qué se refiere...

—Hace unas horas llamó el agregado de la embajada británica. Al parecer, poco después de que dejara su hotel se presentó una patrulla de la policía y se llevó a una camarera. Debía de tratarse de una activista política que llevaban mucho tiempo buscando. No obstante, la policía fue informada de que usted y ella se vieron... —se detuvo un instante para comprobar el efecto de sus palabras—. O tal vez, se la llevaron porque no les gusta que los nativos importunen a los turistas, menos aún a la gente importante —sonrió—. Es algo habitual en estos tiempos. Pero no se preocupe, nadie le molestará aquí.

Manuel ocultó su desconcierto y fingió una indiferencia que no sentía.

—Tampoco tendría ningún inconveniente en hacer una declaración, si es necesario...

—Descuide, ya no es necesario, míster Nájera...

Lejos de tranquilizarle, aquella precisión aumentó su inquietud. O sea que aquello iba en serio, pensó, mientras le venía a la mente el rostro de Shalimar. ¿Qué sería de ella en una de aquellas tremendas cárceles indias? Como el lama seguía observándole, se creyó obligado a añadir algo más:

—Realmente no me interesa la política, ni la de mi país ni la del suyo —exclamó, explorando los perfiles del sobre lacrado que ella le había entregado—. Pero, en cualquier caso, espero que a esa joven no le suceda nada malo. Eso sí que me importaría.

—Le doy mi palabra de que velaremos por ella. Ahora, ¿quiere acompañarme?

—el lama le invitó a precederle—. Tú también —añadió dirigiéndose al chófer que permanecía inusualmente silencioso, junto al novicio del parasol.

—Es Tushita, mi acompañante —precisó Manuel.

—Claro, aquí conocemos bien a Tushita. Estará deseando ver la puerta con detalle, ¿no es así, míster Nájera?

—Sí, por supuesto.

—Y a su colega arqueólogo, también, supongo.

—Tengo más interés en la puerta que en mi colega.

Mientras caminaba, seguido y cubierto por el lacayo del quitasol, el lama se volvió hacia Manuel con una mirada especialmente inquisitiva.

—Tengo entendido que se conocen.

—Sospecho que sí —repuso, sin experimentar ninguna alteración en el rostro, y añadió—. También me gustaría echar un vistazo a la *stupa* donde se guarda el Libro de Cristal hoy mismo, si es posible.

—Naturalmente...

—Según mis datos, la entrada queda justo debajo de la puerta —insistió, una vez que llegaron ante ella, palpando sus pilares sin dejar de dar vueltas alrededor del bloque—. Espero que no sea necesario accionar un resorte secreto...

—No, no hay que accionar ningún resorte secreto, mister Nájera. El secreto está en el gran Buda.

—¿Qué gran Buda?

—El gran Buda rojo al final del altiplano, Nájera San... —sonó a su espalda la voz de Tushita.

Manuel miró hacia donde le indicaba su chófer. No vio ningún Buda. Frente a ellos sólo había un abismo cortado a pico, y más allá apenas se distinguía el perfil de una cordillera envuelta por la neblina de una gran lejanía.

—No veo nada, Tushita... —masculló sólo para él—. Otra vez me estás vendiendo un papagayo...

—Oh, no, señor, el gran Buda rojo está ahí, esperando que me arroje por el precipicio para salvarme. Mire, observe, se lo voy a demostrar... Y según lo decía, echó a correr hacia el abismo con todo el sol en la cara y un grito salvaje que parecía atravesarlo de parte a parte. Al llegar al límite, sin detenerse, sin vacilar, aquel loco furioso saltó al vacío mientras su grito se rompía en una cascada de ecos. Y así desapareció.

El corazón de Manuel dejó de latir, pero el lama y el niño del parasol ni siquiera se inmutaron. Eso le tranquilizó y le aterró al mismo tiempo. ¿Qué clase de manicomio era aquél? Manuel fue el primero en asomarse al precipicio temiéndose lo peor. Se encontró con una sonrisa triunfal, llena de dientes de oro. Tushita estaba allí, a metro y medio bajo sus suelas, sentado sobre la nuca de una cabeza de grandes orejas. Parecía un liliputiense encaramado a un Gulliver puesto en pie. Aunque en este caso se trataba de un Buda tan descomunal como los Bamiyán, un Buda de treinta metros de altura, tallado en la impresionante pared de roca viva que caía del altiplano al valle.

¿Cómo podía entenderse que ni una sola imagen de aquella maravilla hubiera salido del Tíbet? El lama le invitó a descender hasta la gigantesca cabeza. Había que descolgarse sólo un par de metros, pero sobre el propio abismo y bajo el azote de un viento incesante. Se agarró con fuerza a la cortadura y se dejó caer. Cuando abrió los ojos el lama y el niño ya habían saltado y estaban junto a él, sobre los hombros de la estatua. Bajo la mata de pelo rojo que arrancaba de su nuca, en la rocamadre, se dibujaba una abertura que permitía el acceso hacia la caverna.

Urgido por el lama, el novicio les pasó un par de lámparas de acetileno, que iluminaron un paso angosto por el que comenzaron a descender rozándose con las paredes. Dentro de la montaña se notaba la falta de aire y el frío. Naropa deslizó su linterna hacia un punto de la bóveda donde se abrían dos hendiduras. De la más pequeña, que era también la más estrecha, colgaba una escala de cuerda.

—A sus amigos les costó entenderlo, pero esa que parece no ir a ninguna parte es la que conduce a la Garbagriha.

Garba-griha, la Cuna del Embrión, Los poetas que escribieron el Ramayana la llamaban así. No buscaban un lugar para el culto colectivo, sino algo parecido al útero de la gran Diosa Madre. Según los libros sagrados de muchas culturas ancestrales, es de estas cámaras minúsculas de donde irradia todo. La luz de mil soles que surgió del Big Bang, la conciencia cósmica que se hizo mente, hálito y palpito. Cavernas sin final, túneles que se pierden en un alucinante viaje al centro de la Tierra. Los había encontrado en Karnak y Baalbek, bajo la Explanada de las Mezquitas en Jerusalén, cuando buscaba la mítica Biblioteca de los Cananeos... Y ahora, ¿también en el Tíbet? Manuel apretó la manija de su lámpara entre los dientes, agarró la escala y trepó hasta la boca del santuario. Una vez allí había que desplazarse a rastras, gateando bajo una asfixiante sensación claustrofóbica. Había que superar esa angustiosa prueba física para alcanzar la esencia desnuda de una verdad que era piedra y agua, fuego y aire. A medida que avanzaba, advirtió un tenue cincelado sobre el techo. Soles y

estrellas espirales que, al final del pasadizo, se convirtieron en dibujos muy esquemáticos de lo que parecían... ¿constelaciones?

Había llegado a la Cuna del Embrión. La piedra misma parecía emanar una extraña fosforescencia, como si el lugar tuviera memoria y conciencia, acaso un espacio elegido antes de la aparición del hombre por una humanidad anterior a la nuestra. El Libro estaba allí, al fondo de la cámara. Un soberbio bloque de cristal de roca cortado en láminas de metro y medio de largo por uno de ancho, y encastrado a la caverna por una gruesa charnela no de plata, sino de oro macizo. El lama hizo girar la charnela, y atravesadas por la luz de las lámparas fueron destellando, uno tras otra, las veinticuatro láminas.

—¿No le parece maravilloso?

Manuel permaneció en silencio. Sentía la bóveda de piedra pesando sobre su cráneo y una agobiante opresión en el pecho. Acarició una de las placas. Su tacto reconoció los caracteres acanalados de la escritura pali, del siglo I de nuestra Era, y recordó aquella contraportada del *Herald Tribune*, días después del descubrimiento, donde se avanzaba que presumiblemente su contenido no versaba tanto sobre Buda como sobre un Buda Futuro al que llamaba literalmente *El Caminante*.

Naropa le observaba expectante. Conocida su obsesión por el Cristo de Qumrán, el hermeneuta se volcaría en su trabajo y tendrían la traducción definitiva en un mes, dos meses a lo sumo. Sin embargo, el venerable lama desconocía la verdadera historia de Manuel. Su primer viaje al Tíbet y su descalabro en la lamasería de Tikse, donde se dio de bruces con los mil budas caminantes que acabaron con su cordura. Seguía esperando una respuesta entusiasta o unas palabras de reconocimiento. Pero desde que respondió al primer saludo de Naropa, Manuel supo que nunca llegarían a entenderse. Pertenecían, no a tiempos y culturas diferentes, sino a especies anímicas antagónicas.

—Quisiera volver a ver el gran Buda del exterior —dijo al fin—, creo que tiene mucho que decir acerca de este libro.

Naropa evitó mostrar su desaprobación. Cruzó una mirada con Tushita para que encabezara el descenso. Tras la gruesa columna que sostenía la caverna, una empinada escalera de caracol bajaba por el interior de la montaña hasta los mismos pies del Buda.

Una vez fuera, Manuel se encontró de nuevo con aquella imponente figura que parecía rozar el cielo. Pese a lo deteriorado de su torso, agrietado por lo que parecían ser raíces petrificadas, aquella cabeza no tenía nada que ver con las representaciones convencionales del príncipe de los Sakyas. Manuel nunca había visto un Buda con un rostro tan alargado, de mejillas hundidas, a la manera bizantina, y con una mata de pelo rojo anudada en lo alto. Y menos aún con incisiones que recordaban una barba muy tenue.

¿Un Buda con barba? No, no podía ser. Sólo le quedaba entero un brazo, el

izquierdo, también muy devorado por las raíces entre las que se alzaba una mano perfecta sosteniendo el doble vajra, el atributo del monarca universal. Y esto, ¿quería decir algo más de lo que decía? Los últimos rayos del poniente bañaban su cabeza de un oro intenso y sumergían el resto de su cuerpo entre las sombras. Manuel ya nunca podría olvidar sus ojos. Aquellos ojos inmensos y apenas entreabiertos, labrados en dos grandes piedras concéntricas de ágata y ónice, ajustadas y talladas de tal manera que su mirada parecía extraordinariamente viva, pero también extraordinariamente triste.

«Sí —se dijo—, esta podría ser la mirada de Aquel que hablaba al corazón de la vida y al de la muerte. El rey secreto que vino muchas veces al mundo pero siempre fue un proscrito entre los hombres. No en vano nació de camino, y al poco de nacer ya vivió la huida a Egipto, la misma que reemprendería tantos años después con esta segunda huida al Tíbet, siempre para salvar su vida, siempre perseguido. Galilea lo rechazó, sus apóstoles le abandonaron, Jerusalén le maltrató hasta crucificarlo. Él siguió caminando hacia otro reino al que quería conducir a la humanidad entera, pero apenas nadie le siguió. Por eso, por más luz que brillase en sus ojos, su mirada tuvo siempre esa sombra de melancolía. ¿Quién escribió: "Nunca he visto antes tanta pena y tanta belleza"?

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Naropa le contó su versión de aquella mirada tan triste que velaba los ojos del Buda de Mulbek. Sucedió la noche en que acabaron de levantar la capa de tierra y raíces que cubría sus párpados. Un trabajador aseguró que había visto deslizarse por ellos una lágrima de sangre, y ahí se acabaron las obras. Paralizados por el temor, todos los tibetanos se negaron a volver a tocar la estatua.

De nada sirvió que les asegurasen que se trataba de un fenómeno químico debido a la oxidación del bastidor de hierro que sujetaba los andamios. Tras dos semanas sin trabajadores que volvieran al tajo, fue necesario un llamamiento internacional, al que respondieron media docena de expertos europeos y, a través de sus universidades, los gobiernos chino, indio y nepalí: ellos eran los que ahora componían el campamento base.

—¿Por qué nos mira? ¿Por qué nos mira así?

El venerable Naropa conocía la leyenda extravagante de Manuel, y no le dio más importancia:

—Si le parece, podemos ir a saludar al director de las prospecciones. Le recuerdo que nos está esperando.

—¿Sabe qué pienso? —insistió Manuel como si no le hubiera oído, sin dejar de mirar hacia lo alto—. Que esa mirada de piedra habla con el Libro de Cristal. Es como si nos mirase a través de él.

—La estatua y la *stupa* pertenecen a épocas diferentes, pero puede ser...

—¿Cuál es la más antigua?

—La *stupa*, por supuesto. Bueno, con una salvedad...

—¿Qué salvedad?

—La que tiene a sus pies. Me refiero a los pies del Buda.

Naropa no podía imaginar hasta qué extremo iba a arrepentirse de aquella precisión banal. A los pies del Buda se extendía una amplia losa de basalto negro muy resquebrajada, que sellaba el pedestal.

—Entonces, ¿esta es la pieza más antigua?

—Salta a la vista, ¿no? Yo diría que es *demasiado* antigua.

Aunque la superficie del bloque se veía trabajada con una escritura minúscula, a diferencia del Libro de Cristal sus caracteres parecían tan gastados que resultaban prácticamente ilegibles.

Manuel no pudo resistir la tentación. Se puso en cuclillas, cerró los ojos y comenzó a acariciar los signos con la yema de sus dedos. La expectación se prolongó unos minutos hasta que, finalmente, Nájera se alzó limpiándose los dedos en su sahariana de turista tropical perdido en el Tíbet.

—Interesante, muy interesante... Mañana empezaré por aquí.

—¿Y el libro? —se alarmó el lama.

—En todo hay un orden, amigo mío. Empezaremos por los pies y acabaremos por la cabeza. Y espero que en este tiempo podamos resolver el enigma.

—¿El enigma? ¿Pero qué enigma? —insistió el venerable con un énfasis impropio de su carácter—. Míster Nájera, usted sólo tiene que traducir el libro: esa es su misión.

—¿No iba a presentarme al director de las prospecciones? —preguntó, sin darse por aludido.

Entonces escuchó aquella voz a su espalda.

—Aquí estoy... ¡Al servicio del Tíbet y de Su Graciosa Majestad!

Manuel Nájera sabía que algo así era imposible, pero al volverse creyó distinguir la inconfundible figura de John Marco Allegro, su eterno rival desde los tiempos de Qumrán: sólo que aquel hombre que se parecía a John Marco Allegro aparentaba veinte años menos, aproximadamente la misma edad que ambos tenían en aquella época. Como si Allegro hubiera descubierto en el curso de sus extravagantes investigaciones el secreto de la eterna juventud o el misterio de la reencarnación... y lo hubiera puesto en práctica consigo mismo.

Aquella sensación sólo le duró unos instantes, el tiempo necesario para advertir que no se trataba de John Marco Allegro, sino de Dieter Kupka. En los tiempos de Jerusalén, Dieter Kupka era su discípulo predilecto: un joven arqueólogo alemán, recién llegado del otro lado del Telón de Acero, que pronto se convirtió en el brazo derecho de Allegro. Ya por aquel entonces, Kupka empezó a cultivar una imagen inspirada en su maestro, y que más allá de su forma de vestir o de su corte de pelo, también había afectado a su forma de hablar, a su lenguaje corporal o a sus tics más notorios. Los años o el azar habían realizado aquel parecido físico: la misma piel rosácea, los mismos ojos fríos, y hasta la misma mata de pelo negro que se apartaba a menudo de la frente con un gesto compulsivo.

Tras hacerlo una vez más, le tendió la mano a Manuel, que se la estrechó como una fatalidad.

—Ya me extrañaba que a la larga mano de John Marco Allegro se le hubiera escapado esta misión... Enhorabuena, doctor Kupka.

—El maestro no pudo asumir la dirección de esta excavación, como hubiera sido su deseo... —precisó, todavía sin soltársela—, y ha tenido la gentileza de concederme esta responsabilidad...

—¿Os habéis cansado de embotellar esperma de Cristo?

Kupka no pudo evitar que se le cayera la mano ni que se le torciera la boca, y miró al lama, que observaba la escena. Midió la conveniencia de aceptar el reto de Manuel, y desistió. En vez de enfrentarse, respondió con una carcajada algo forzada.

—Siempre serás el mismo, Nájera. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Veinte años?

—Unos diecinueve. Tú entonces sólo eras un estudiante.

—Toda una vida, ¿verdad?

—Bueno, ya veo que John Marco Allegro tiene muchas...

En efecto, Allegro pertenecía a esa especie de arqueólogos que tienen hilo directo con las instituciones y nunca se olvidan de halagar a los poderes políticos más influyentes. Esa era su verdadera vocación y la clave de su resurrección tras el escándalo de Qumrán.

—Sigues siendo el mejor, Nájera, ya ves que no te lo oculto —exclamó Kupka, extremando su diplomacia—, por eso te hemos llamado.

—¿Tú también tenías interés en que viniera?

—Por supuesto, y quiero que sepas que yo fui el primero en solicitarlo.

Por supuesto, Manuel no le creyó. Volvió a mirar al Buda cuando el último rayo del crepúsculo rozaba los ojos de la estatua. Bajo esa luz su mirada pareció adquirir una intensidad especial, una hondura inquietante.

—¿Lo ve? —articuló Manuel, retomando su conversación con el lama—. Su mirada nos habla.

Con la luz de la tarde se vuelve hacia el interior, hacia el conocimiento acumulado durante todas sus vidas anteriores. Pero seguro que con el amanecer se pone en camino.

—¿Quién? —terció Kupka—. ¿La estatua?

—Sí, la estatua —repuso Manuel impasible—. Si mi sentido de la orientación no me engaña, cuando amanezca, el sol iluminará sus pies como una manera de caminar hacia nosotros, invitándonos a despertar.

—Precisamente, por eso vuelvo a rogarle que comience a traducir cuanto antes el Libro de Cristal —insistió el lama—. ¿Es que no le parece suficientemente fascinante?

—Si tiene tanta urgencia, ¿por qué no lo pone a disposición de sus escribas? Seguro que cuentan con excelentes traductores aquí mismo, en Mulbek...

—Hace ya más de mil años que perdimos la lengua en que está escrito ese libro. Un experto como usted debería saberlo...

—Y un gran *tsedrung* como usted, ¿no debiera saber asimismo que el paso hacia esa traducción comienza por aquí abajo? Observe... —y según lo decía, Manuel fue alzando su linterna desde los pies de la estatua hasta su cúspide—. ¿Ve? Este Buda es una especie de guardián de la memoria. Un guardián que oculta dentro de sí las claves de la iluminación. De ahí el significado del libro dentro de la cueva... Y hasta el de la puerta sobre su cabeza.

Kupka murmuró en un tono casi confidencial:

—Escucha, Nájera, no se trata sólo de los lamas. En nombre de la Gulbenkian, tengo que decirte que tampoco nosotros disponemos de mucho tiempo. Nuestra misión tiene unos fines, unos costes y sí, también una prioridad.

Manuel conocía bien esas prioridades. La Gulbenkian necesitaba conseguir cuanto antes un titular de impacto mundial, para que su altruismo cultural resultara rentable.

—Está bien, entonces vosotros os habéis equivocado de persona... y yo me he equivocado de puerta —respondió mirando fijamente a Kupka—. Mejor me voy antes de que tengamos que lamentarlo.

Ante esa posibilidad, el lama reaccionó de inmediato.

—No, no, no, míster Nájera, no nos hemos equivocado —exclamó tomando su brazo, invitándole a caminar a su lado— Eso que ha dicho, la relación entre iluminación y memoria me parece sumamente interesante. De los Tulkus más ancianos, los grandes reencarnados, se dice que descienden por la suave ladera del no-ser hasta un espacio donde ya no tiene sentido hablar de muerte o vida. Viven en esa memoria previa al ser. O como dirían ustedes, los occidentales, han invertido el corredor genético hasta llegar a los códigos esenciales.

Kupka aprobó con una leve sonrisa la estrategia del lama, pero fingió discrepar, para que Manuel no viera que hacían causa común.

—Por favor, Naropa... No me diga que he venido hasta el Tíbet para que un

lama me dé lecciones de genómica.

—En el principio era el Verbo, dice su Biblia.

Es lo mismo que predicaban ahora los chamanes del ADN cuando descomponen el genoma en cuatro letras: A, C, G, T, ¿no es así? Otra vez el Verbo como principio.

—Eso me gusta —exclamó al fin Manuel—, por ahí podemos comenzar a entendernos...

Al teutón se le tensaron los músculos de la mandíbula:

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con el Libro de Cristal? Nos estamos perdiendo antes de empezar...

—Es justo eso lo que intentamos decirte... A veces perderse un poco es la única manera de encontrar el camino correcto. Y por cierto —añadió Manuel, ya con otra mirada—, ¿cuál es el camino más corto entre Buda y una cerveza?

Se encaminaron hacia un barracón prefabricado, blanco y pretencioso, coronado por cuatro paneles solares y una espectacular antena parabólica, donde se alojaban los miembros de la expedición europea. Por muy feo que le pareciera a Manuel Nájera, al menos la cerveza estaría fría.

Kupka trataba de explicarle sus malentendidos con la exasperante administración hindú cuando Manuel observó a Tushita sobre el capó del Cadillac, conversando con un par de obreros tibetanos: una vez más tuvo una sensación extraña al mirarle, como si le reconociera. Y pensando en voz alta, preguntó al director:

—¿Crees en la reencarnación?

Kupka alzó sus ojos al cielo y empujó la puerta para dejarle pasar.

—Por supuesto. Los días pares me despierto sintiéndome el próximo Dalai Lama. Pero no le oculto que en los impares me vence la perturbadora sensación de haber sido en una vida anterior alguien como, no sé, ¿tal vez Marlene Dietrich?

Su humor resultaba tan previsible como las Franziskaner que sacó de la cámara frigorífica, rubias y heladas. Manuel la degustó despacio, espumando el lúpulo en su boca. ¿Dónde estaba Naropa? Seguramente les había abandonado antes de entrar en el barracón, pero Kupka ya había hecho planes:

—Le he dicho al chófer que suba tus cosas al segundo piso. Te hemos reservado una de las mejores habitaciones, con baño propio y televisión vía satélite. Salvo que prefieras la gompa de los lamas, je, je... para sentirte más cerca de Buda.

—Pues sí, prefiero la gompa... y la cerveza tibetana.

La respuesta de Manuel atragantó al director, que escupió un chorro de espuma. Nájera era un visionario, un provocador tan extravagante como recalitrante. Mucho mejor si lo perdía de vista en la lamasería, y allá se las compusiera con los colgados de la orden Nyingmapa. No fue necesario celebrarlo con una segunda cerveza.

Poco después, de nuevo con Tushita al volante y seguidos por un jeep de seguridad, rodaban por el campo de excavaciones bajo una enorme luna de hielo y lo mejor de Freddie Mercury en el radiocasete. Al doblar una cortada, sobre la vertiente sur de la sierra, aparecieron tres torres de bronce brillando bajo esa luna y, enseguida, las monumentales murallas del monasterio-fortaleza de Mulbek.

Freddie Mercury se rompía la garganta cantando *Too much love will kill you*, y Tushita hacía bailar su Cadillac dibujando elipses de vals a la luz de la luna. Tras las veinte mil curvas de ese día, esas veinte curvas más eran su regalo a los dioses por haberles consentido llegar sanos y salvos, con el motor entero, sin un pinchazo, todo un milagro. Entretanto, Kupka intentaba contarle a Manuel la historia del monasterio. Tenía dificultades para hacerse oír, pero ni Manuel ni Tushita bajaron el volumen de la música.

—Como sabes, es uno de los monasterios más interesantes del Tíbet. Cuanto más excavamos, más antiguas y desconcertantes son sus raíces. Su fundación es anterior no ya a los tibetanos, sino al imperio de los mogoles. Y hay mucho material chino de las primeras dinastías...

Y sin embargo, aquello seguía siendo India. Se lo recordó un jeep del ejército a las puertas de la lamasería, que acalló la perorata del director y los aullidos de Queen. Un oficial les pidió la documentación. Se trataba de un mero trámite, pero Kupka creyó obligada una explicación más:

—Recuerda que nos encontramos apenas a diez kilómetros de la zona de seguridad. Es normal que quieran tenerlo todo controlado.

Por tercera vez en ese día, Manuel pensó en la carta que le había entregado la camarera del Mogul Gardens y la embajada que le llevaría a intentar cruzar esa línea.

—Lo entiendo —dijo, mientras Tushita golpeaba la puerta de la lamasería con una gruesa aldaba de bronce que necesitó alzar con sus dos manos.

—¿Seguro que no quieres volverte? Mañana, por el canal satélite, podemos ver la final de la Champions desde Munich. Ya sabes que juega el Real Madrid... ¿Qué te parece? Aunque la puerta seguía sin abrirse, Manuel se sentó sobre su equipaje y no respondió. Primero se marchó el jeep del ejército, y luego el de seguridad con Kupka en su interior. Tushita volvió a batir el llamador del monasterio. El eco ensanchó el silencio mientras las sombras de la noche se cerraban sobre ellos. Un silencio sideral, cósmico, en medio de una oscuridad tan intensa que hacía olvidar la existencia de la luz.

—¿Tú crees que vendrán a abrirnos?

—No lo sé, Nájera San: no hemos avisado... y ya sabe que los lamas de la orden Nyingmapa son un poco raros —se sentó en el suelo, mirando las estrellas que brillaban por millares como lámparas en el techo de un gran palacio—. Claro que, viendo este cielo, acaso piensan que nos han abierto de par en par sus puertas.

Manuel encendió un par de Marlboros y le pasó uno a su chófer. Con la primera

calada toda su tensión mental comenzó a disolverse. Sintió que un peso negro y viscoso resbalaba sobre su espalda hasta diluirse en la tierra, y que hasta el frío de la noche comenzaba a resultarle acogedor. Las cumbres plateadas de las montañas y aquella vasta planicie recostada sobre el silencio parecían querer hablarle. También él alzó su mirada hacia el mar de estrellas. En ese instante de lucidez y soledad absolutas, supo que nunca nada más precioso le sería concedido. Sintió que el gran Buda de los ojos tristes descendía de la luna menguante con sus cicatrices de piedra y se acostaba junto a él, que también él era la tierra misma, y las estrellas, y, posiblemente se quedó dormido. Fue entonces cuando se abrió la gran puerta de la gompa.

Y empezó otra historia.

TERCERA PARTE

Un pez en el Tíbet

Lo primero que vio Manuel Nájera al despertar fue una estufa de hierro, sobre ella un samovar y, al otro lado, junto a un cuenco de higos secos, el bigotillo de Tushita estremeciéndose con sus propios ronquidos. Dormía plácidamente tendido boca arriba en la tarima contigua.

Las primeras luces del día se insinuaban por un ventanuco de papel encerado que se abría en la estancia, una habitación de techo bajo guarnecida en madera de cedro. Manuel se incorporó preguntándose qué había sucedido desde que llamaron a la puerta de la gompa. Alguien le había desnudado antes de acostarle. ¿Dónde estaba su ropa? La descubrió en el otro extremo de la habitación, recogida sobre su equipaje. Pero por más que registró todas sus prendas, no halló el sobre lacrado de Shalimar. Ya estaba poniéndose nervioso cuando vio su portafolios sobre una mesa, junto a la ventana. Lo abrió precipitadamente, y respiró aliviado al comprobar que seguía allí, con su sello intacto. ¿Había sido él mismo u otra mano quien lo puso allí? Por si acaso, lo guardó en el compartimento interior de su maleta, que reforzó con un pequeño candado.

Luego se sirvió una taza de té del samovar y mordisqueó un higo seco. Por primera vez en mucho tiempo, no era el recuerdo de Carmen el que ocupaba su pensamiento, sino aquel Buda perturbador, aquel libro portentoso, aquella puerta frente al vacío... Pero también aquella mujer, Shalimar, su hermosa mirada y su misterio. ¿Qué habría sido de ella?

Se asomó al ventanuco. Dos bruñidas colañas de bronce en forma de dragones enmarcaban los tejados dorados de una pagoda de siete pisos y, más allá, las sobrecogedoras aristas gemelas del Nun Khun emergiendo de la noche para iluminar las siete esferas del mundo. Entonces, en medio de aquella calma, el monasterio entero comenzó a vibrar. Los muros se estremecieron, las tinieblas se transfiguraron en rostros y voces, y entre ellas se fue perfilando la resonancia de la gran caracola de la torre más alta llamando a la plegaria. Las otras dos torres respondieron con un estruendo de trompas y tambores. A pesar de todo, Tushita seguía durmiendo. Cuando al fin se hizo el silencio sonaron unos nudillos en la puerta:

—¡Adelante! —respondió Manuel sin dejar de masticar.

Esperaba encontrarse con la cara de tortuga del lama Naropa, pero se tropezó con una mujer joven, vestida con un amplio caftán de color cereza, y que le miraba de soslayo a través de las vaharadas del sahumador de sándalo que sostenía sobre una bandeja. Sólo faltaba que le sacara la lengua, a la manera tibetana. No lo hizo, y apenas le mantuvo la mirada un instante, pero Manuel advirtió en ella una presencia llena de fuerza pese a su aparente fragilidad, y un nuevo enigma por descifrar: dos tatuajes sinuosos que se enlazaban de mejilla a

mejilla, como pequeñas serpientes de fuego.

—Si esta noche has sentido frío, me lo dices y Naropa enviará a otra. Tienes que decírmelo ahora —añadió en un inglés rudimentario—. Yo soy Tara. Estoy aquí para servirte.

Entonces comprendió. Manuel conocía la costumbre tibetana de ofrecer sus mujeres a los visitantes para darles calor, incluso para hacer el amor con ellos, y sabía que entre los lamas de la orden Nyingmapa no era nada extraordinario, no ya el matrimonio, sino incluso la poligamia.

Prefirió pensar que se trataba de una sirviente de la comunidad, y no de la esposa de ningún lama. Aunque era indudable que había dormido a su lado: tan indudable como que no la había tocado. Una mirada a Tushita, que seguía roncando, afianzó su sospecha de que les hubiesen suministrado un somnífero, aunque no supiera con qué intenciones.

—¿Has sentido frío, Nájera San? —insistió ella.

Manuel movió cabeza de lado a lado y tragó de golpe todo el té que tenía en la boca. Al hacerlo, espontáneamente, ella y él intercambiaron esa fugaz sonrisa íntima que es el eterno saludo de los sexos. ¿Cuántos mundos se encontraron en ese momento? Aquellos ojos rasgados donde brillaban dos perlas negras de una intensidad casi metálica podían ser el alma del Tíbet, pero le recordaron los de las nínfulas que aparecen en las pinturas de Cranach. Sí, una de esas vírgenes poseídas por su propia belleza que te miran con una sonrisa helada desde un lienzo que retrocede hasta el infinito. Y presintió que ella venía para arrastrarle hasta el otro lado de ese lienzo, como si con sólo mirarla una vez ya hubiera leído en esos ojos que estaba destinada a destruir, y que acabaría destruyéndole también a él.

—Quiero expresar mi deseo de que la estancia de Nájera San entre nosotros sea grata y fructífera, y que consiga hacer hablar al Libro de Cristal, como es su voluntad —dijo ella muy protocolaria, como si recitara un texto aprendido. Después volvió a la bandeja y descubrió un recipiente con leche cuajada y una especie de torta de tsampa bañada en miel.

Manuel se lo agradeció ofreciéndole una taza de té, que ella rechazó. De pronto parecía muy atareada:

—El director vino antes del amanecer. Estaba vigilante por Nájera San. Le dije que le llevaríamos a la Puerta después de la primera oración. ¿Vienes pronto?

—Antes me vendría bien una ducha... —respondió Manuel—, y habrá que despertar a mi amigo.

Tara abrió una pequeña puerta junto al ventanuco y le descubrió una terraza de no más de un metro cuadrado provista de una ducha y un sumidero, todo al aire libre, y a una temperatura que no pasaría de los cero grados.

—También puedo ayudarte a eso —y como Manuel no acababa de decidirse, añadió—: mejor con mujer, no hay agua caliente.

—Gracias, prefiero hacerlo solo —se excusó el invitado, pensando que ella era demasiado joven, o él demasiado imbécil—. Puedes decirle a Naropa que

estaremos listos en quince minutos.

Sin inmutarse, Tara le arrancó las mantas a Tushita. El chófer despertó al momento, apenas para verla desaparecer como un torbellino sólo perceptible por el vuelo de su trenza sobre su gastado caftán de color cereza.

—¿Sabe qué hacen cuando el agua se hiela? —farfulló Tushita, todavía con los ojos entreabiertos—. Se frota todo el cuerpo con nieve: así se lavan y entran en calor a la vez.

—Vaya, no estabas tan dormido —le saludó Manuel.

—Tushita nunca duerme, Nájera San —ironizó el tibetano acercándose el cuenco de cuajada y media torta de tsampa.

—Entonces ya me contarás qué pasó anoche, cómo llegamos aquí y todo lo demás...

El ruido de las cañerías de la ducha ahogó la evasiva de Tushita, y no hubo tiempo para más. Acababan de vestirse cuando volvieron a llamar a la puerta, y el venerable Naropa apareció en el umbral con su sonrisa de permanente gentileza. Manuel sabía que esa sonrisa sólo era una máscara, y correspondió con el mismo gesto. Sobraban los comentarios acerca de Tara, y hubiera sido una descortesía hablar de ella.

—Kupka ya está aquí —dijo el lama—. Es el hombre más puntual del mundo.

—¿Puntual? —se sorprendió Manuel—. Creí haberle entendido que estaría ocupado a primera hora y se uniría a nosotros más tarde...

—Sí, pero ha cambiado sus planes.

Siguieron el eco de esa respuesta a través de una larga sucesión de patios y de grandes edificios blancos sobre los que se alzaban techos rojos y naranjas con remates de pagoda. Poco después toda esa blancura resplandeciente se invirtió en la negrura grasienta habitual en las estancias más sagradas de las lamaserías, donde arden día y noche millares de lamparillas de sebo ennegreciéndolo todo con su humareda pegajosa y pestilencial. Más que a religiosidad, huele a tuétano de yak.

Tras cruzar el oratorio penetraron en lo que parecía ser el *scriptorium* del monasterio: una amplia estancia decorada con magníficos tankas, verdaderas joyas cuya posesión se disputarían los museos de medio mundo, y que en Mulbek se utilizaban para cubrir las manchas de humedad y los desconchados de las paredes. Un equipo de monjes hacía su trabajo entre grandes bobinas de seda, toneles de pasta vegetal, prensas y rodillos.

—Algunos calígrafos copian pergaminos únicos, textos originales de más de mil años de antigüedad —explicó el venerable—. Es importante preservar el conocimiento sagrado. De los textos esenciales se hacen siete copias auténticas que repartimos por otras tantas lamaserías, y siempre procuramos que dos copias más estén a salvo fuera del Tíbet, en centros budistas de Europa y América, cuya localización en modo alguno podría facilitarle...

—Lo comprendo, es importante guardar el secreto. Al fin y al cabo, gracias a eso se ha preservado el Libro de Cristal.

—Sí, para nosotros es un gran misterio que, sin embargo, acaba de comenzar... ¿Cree usted que este descubrimiento va a revelarnos algo nuevo? Otra vez la misma pregunta, otra vez el mismo temor. Como Kupka, también Naropa esperaba demasiado de ese libro, pero por otra razón. Tras la muerte de Buda Gautama, el canónico, sus seguidores escindieron su doctrina en dos grandes corrientes: Hinayana y Mahayana, el pequeño y el gran vehículo, respectivamente. La primera pasaba por ser la más exclusiva, la que predicaba el retiro y el solitario perfeccionamiento interior, frente a la apertura al mundo propuesta por los adeptos de la línea Mahayana, que concedían una importancia capital a la ejemplaridad, de manera que hacían los votos de *bodhisattva* y dedicaban su vida a trabajar por el bien de la humanidad.

Con el cisma de finales del siglo I, el camino Mahayana se impuso en los Himalayas, y sólo algunos monasterios, como el de Mulbek, se mantuvieron fieles a la disciplina Hinayana, aunque con un curioso matiz local. Aquí, los monjes Nyingmapa se decían maestros tántricos y practicaban la Vajrayana, la escuela del rayo que postula la unión sexual como vía para alcanzar la iluminación. ¿A favor de quiénes se decantaría el presunto Buda de los Últimos Días que había compuesto el Libro de Cristal? Eso era lo que más inquietaba al venerable Naropa, que seguía esperando una respuesta de su invitado.

—¿Algo nuevo? —exclamó Manuel, caminando entre torres y más torres de hojas de madera caligrafiada—. ¿Puede encontrarse algo nuevo en un libro con más de dos mil años de antigüedad? Lo que me sorprende es que sus copistas no lo hayan traducido ya. Sí, sí, recuerdo lo que me dijo, pero cuesta tanto aceptarlo...

—El Libro de Cristal es un texto excepcional. Apenas se conocen libros sagrados escritos en esta vieja lengua que se perdió hace mucho tiempo en todo el Tíbet, y que la ocupación china tampoco nos ha permitido recuperar. Apenas podemos establecer contactos con los monasterios del otro lado de la línea de demarcación. Y hasta que no contemos con una traducción fiable del libro, casi preferiríamos que la noticia de su hallazgo no se divulgara demasiado.

—Entonces, ¿se trata de uno de esos libros mágicos que Padma Sambhava ocultó en las montañas antes de desaparecer? *Terton*, creo que se llaman...

—No, Tushita —le corrigió Manuel, que lo sentía a su espalda—. *Terton* es el nombre que reciben los descubridores de esos textos, que no tienen nada de mágicos. Son tan reales como tú y yo, y se llaman *terma*, es decir, tesoros. Se trata de los libros escondidos por los antiguos sabios...

Naropa intervino de nuevo:

—A la espera de que los hombres estuvieran preparados para recibir su mensaje.

—¿Pero el Libro de Cristal, es o no es...?

La insistencia de Tushita coincidió con el paso por un salón de ceremonias donde una docena de novicios rapados recitaban una incesante letanía. Un monje recorría las filas con una vara de bambú, y de vez en cuando propinaba

un golpe seco en la nuca de alguno que había perdido el ritmo del rezo.
Tushita interpretó la mirada de Naropa como una elocuente invitación a no hacer más preguntas inadecuadas.

El sol brillaba con intensidad sobre el landröver donde les aguardaba Dieter Kupka. Tras cambiar las formalidades inevitables, el teutón tuvo ocasión de calibrar los efectos de esa primera noche en la gompa y la ducha con agua helada.

—No, por aquí no —precisó Manuel, cuando aquél se disponía a tomar la pendiente que subía hasta la Puerta—. Sigo decidido a empezar por la losa a los pies del Buda.

Naropa cruzó una significativa mirada con Kupka, pero permaneció en silencio. Era al director de la excavación a quien le correspondía responder.

—Nájera, te lo ruego, no seas recalcitrante. No se trata de un capricho. Hace un par de meses trajimos al equipo de Sörensen, ya sabes, el máximo especialista en gléptica oriental, y declaró que era imposible leer nada a causa del desgaste extremo de la piedra...

—Sörensen no sabe leer —declaró Manuel imperturbable—. Quiero decir que no sabe leer con los dedos —añadió.

Kupka detuvo el todoterreno.

—No puedo entender por qué esa maldita losa te interesa más que el Libro de Cristal. Una piedra rota, borrada, machacada... ¿Por qué?

—¿Por qué? Precisamente por eso, Kupka.

—Ya tendrás ocasión de traducirla, Nájera. Pero primero dedícate al Libro. ¡Es nuestra prioridad!

Manuel se cruzó de brazos como si demostrara lo poco que le importaba demorarse.

—¿Sabes una cosa? —dijo Kupka, de pronto extrañamente sereno—. Aunque no lo parezca, aquí el clima es una maravilla cuando pasan las tormentas de arena y llegan las primeras lluvias... En el Tíbet apenas llueve, pero en Mulbek se da un microclima peculiar. ¿Puedes creer que estamos casi a la misma latitud que El Cairo?

—Qué interesante —respondió Manuel—. De haberlo sabido esta mañana, mi ducha habría sido mucho más agradable...

—El amanecer es frío, pero a medida que el día se va asentando, la temperatura da un vuelco. De hecho, esto es una especie de Shangri-La, un valle paradisiaco con tonalidades de clima subtropical. Si te das un paseo por la ladera sur del monasterio, apenas a veinte minutos de aquí, verás bosques de rododendros gigantes alternando con los extremos de los glaciares.

—Me lo anoto en la agenda para mi primer día libre... Y en cuanto al tema de la piedra y el libro, ¿tienes alguna pregunta más?

—Sólo una.

—Veamos.

—Por más que insista —dijo Kupka corriendo el telón de aquel teatro absurdo—, no vas a cambiar de idea, ¿verdad? Manuel bajó la cabeza y se miró las manos.

—No es por mí, es por ellas. Tengo que comenzar por las raíces de esta historia... antes de que tus glaciares arrasen los bosques de rododendros.

Eso fue todo. El director encendió el motor y Manuel apagó su garganta con la botella de licor de hierbas que acababa de pasarle Tushita. No hubo más conversación, ni una palabra, hasta que Kupka detuvo su landröver con un frenazo desesperado a los pies del buda. En efecto, tal como lo vaticinara Manuel, a esa hora el amanecer bañaba con su luz dorada los pies de la estatua: «como invitándonos a ponernos en camino». Pero Nájera no dio un paso más. Fiel a su leyenda, se acomodó en una silla de tijera y esperó, dosificando sus tragos, a que los operarios acabaran de alzar un dosel de lona sobre el bloque de basalto. Y cuando todos esperaban que pidiese un rodillo tintador o un espectrógrafo, caminó hasta la losa, se limpió solemnemente las yemas de los dedos sobre su guayabera y se tendió tan largo como era sobre la piedra.

—Tushita —dijo—, acércate, por favor. Y mejor si traes mi agenda de tapas negras y algo para escribir.

Los europeos no daban crédito. ¡En vez del equipo de expertos, recurría a su chófer! Tushita, sin embargo, no se sorprendió en absoluto. Como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, fue a buscar lo que Manuel le pedía y poco después los doctos arqueólogos de aquel campo de excavaciones presenciaron una insólita puesta en escena.

Tumbados uno frente a otro sobre la gran losa bajo el dosel que les protegía del sol, el hermeneuta y el joven chófer tibetano parecían dos amantes cruzándose susurros íntimos: la mejilla pegada a la piedra, los ojos cerrados, un pañuelo para enjugarse el sudor, y la atención de todos centrada en su mano izquierda, que acariciaba exasperantemente despacio cada milímetro de la superficie de la piedra con la pulpa de sus dedos, una y otra vez, hasta que al fin en sus labios se dibujaba un monosílabo. Manuel lo pronunciaba, una, dos veces, y Tushita lo anotaba en el cuaderno, sin apartar la vista, a la caza del próximo susurro.

Es posible que en una hora no se cruzasen más de seis o siete palabras. Y entre quienes los miraban, después de tres horas sin moverse de esa posición, seguramente no habría nadie que no hubiese rezado al menos una plegaria por las vértebras de Manuel Nájera. No le conocían. Esa tensión extrema era para él la forma más perfecta de relajación. Tendido con los ojos cerrados, mientras su corazón palpitaba sobre la piedra, sentía que su cuerpo se ablandaba, una especie de fuga de sí mismo, su propio yo suplantado por la voz perdida que iba surgiendo de la piel de la piedra, como un ritual mediúmnico que contactaba con aquellos escribas de tres mil años atrás, para que esas mínimas huellas de escritura pudiesen revivir en sus manos y fluir de la sensación a la palabra, del mito al texto.

—¿Lo has anotado ya? ¿Sí? Pues repítemelo, vamos... —y el chófer repetía los cuatro o cinco retazos que acababa de anotar, de modo que Nájera pudiera seguir leyendo, descifrando, interpretando—. No, no es así, cambia *ma* por *ka*, sí, otra vez *ka*. *Ka* de *ka-li-dis-tra*.

Y Tushita escribía, también silabeando entre susurros: *yama kalidistra... yama-palawani-zaman... me... ¿o man...?* «No, sí, *me* y luego *mana... Metteya-sidi-mana-Buda.*» Sin acabar de escucharle, su jefe volvía a corregirle:

—No te oigo, no siento lo que escribes. Acércate un poco más y presta atención, que pueda oírte respirar...

Entre susurros, fue alzándose de la piedra una voz muy antigua. Mucho más antigua de lo que Nájera suponía en un principio. No, aquel texto no había sido escrito en el idioma de los uigures, ni en la caligrafía pali del Libro de Cristal. Se trataba de una lengua mucho más remota, la antiquísima escritura vatannan cuyos caracteres parecen derivar de una protolengua emparentada con el sánscrito, el chino y el hindi, lo que hizo pensar a los primeros paleógrafos que la estudiaron que se trataba del mítico lenguaje primordial. Sin embargo, por más ancestral que fuese su datación, también hablaba de un Buda. ¿Qué Príncipe Resplandeciente era aquél?

Vayamos al texto, examinemos aquel primer fragmento traducido por Manuel, tal como consta en el libro de actas de Dieter Kupka:

Sus discípulos más amados, junto con los genios de los bosques, los espíritus resplandecientes que coronan las montañas y aun los demonios de las tinieblas, al saber que se acercaba el final de los días del Buda vinieron a él y le pidieron que dilatase su muerte, diciéndole que sólo su presencia sostenía el mundo. «Hermanos míos, estáis equivocados —exclamó el Iluminado—, pues no es ningún hombre sino la luz palpitante anterior a todos los hombres quien sostiene el mundo, mientras que es tarea de cada hombre aprender cuál es la ley de la vida. Y ésta es la fugacidad de cada existencia, pero también hacer de cada instante una puerta hacia la eternidad.» Y mientras lo decía, pasado y futuro, todos los seres y todas las vidas se hacían presentes en los mares de su memoria viva. Cien nacimientos y cien iluminaciones. Todo se revelaba luz en él, pues el Bienaventurado se disponía a nacer como una nueva estrella en el seno de la gran consciencia. Entonces reunió a sus discípulos al pie del Árbol de la Vida, y todos acudieron a su llamada y se dispusieron a transcribir cuanto su Maestro les dijera. Pero en tres días de meditación ni una sola palabra salió de sus labios hasta que, uno tras otro, rendidos por el cansancio, todos sus discípulos cayeron dormidos. Entonces, por los cuatro caminos que conducían a ese lugar, aparecieron cuatro animales que avanzaron hasta detenerse a sus pies, y a éstos les dijo: «Sabed que nuestro mundo es la raíz de todos los mundos y que, semejante al que veis brillar ahí fuera, la semilla de un gran sol duerme en el corazón de cada uno de vosotros. Es a cada hombre a quien corresponde despertar ese sol dormido con sus actos y con sus palabras, pues así como cada cosa en este mundo sirve de vestidura a otra cosa superior a ella, todo hombre lleva dentro de sí el embrión de un ángel que nace cuando aquel muere. Pero escuchad, sabed asimismo que de entre todos los hombres, sólo uno me sucederá, y será el que es hijo de la estrella Origen, el que nacerá saliendo de su propia boca, palabra a palabra, hasta que por sus palabras se cumpla su memoria, que es la memoria de los hijos de la raza solar.

¿Por qué detuvo su traducción en ese punto? Probablemente, por el pez.

En esa línea de la losa, tan deteriorado como el texto, figuraba un dibujo representando la rueda de la vida, en torno a la cual aparecían grabados los cuatro animales que visitaron al Despierto. Manuel conocía la tradición. Primero vino el gallo, que simboliza la pasión; luego el mono, que es la soberbia del hombre; a continuación la serpiente, guardiana del conocimiento. Pero cuando sus dedos esperaban reconocer en la piedra la silueta de un ciervo... ¿por qué los escribas de Mulbek habían grabado un pez? ¿Un pez en el Tíbet?

Durante los primeros cuatro días ni siquiera reparó en el tiempo que llevaba trabajando. Con la mañana, él y su chófer se tendían sobre la losa de basalto negro y no interrumpían su auscultación ni para comer. Sólo se daban cuenta del paso de las horas al ver que el sol descendía demasiado rápido en el horizonte. El quinto día, todo se detuvo con esa pregunta. ¿Un pez en el Tíbet? Kupka necesitó dos días más para averiguar qué había sido de Manuel Nájera. Y cuando lo encontró, seguía donde estaba desde hacía dos días.

Sentado en lo alto de la cortadura sobre la que se alzaba la Puerta, con los pies colgando sobre la cabeza del gran Buda rojo y una botella de licor de arak entre sus manos. ¿Qué podía hacer él? ¿Cómo recuperarlo para el mundo de los vivos? Kupka rebuscó en la guantera de su landröver.

Al llegar junto a él, le ofreció un envoltorio de papel de aluminio que éste abrió sin volverse ni darle las gracias. Apareció un sándwich de *roastbeef* y pepinillos genuinamente británicos.

—Veinte años persiguiéndome, veinte años machacándome... —exclamó mientras se lo devolvía sin tocarlo—, ¿y aún no te has enterado de que soy vegetariano?

Kupka, sin inmutarse, le pasó una de las dos Franziskaner que colgaban de su mano y se sentó junto a él.

—¿Pero qué más da que sea un pez o el signo del infinito? En cualquier caso, no se trata más que de una metáfora...

—Las metáforas son peligrosas, pueden matar. Algún día lo descubrirás por tí mismo. Además, no es sólo el pez. Hay muchas cosas que no me encajan en esa traducción. Y sin embargo, todas están ahí...

—A ver, comencemos de nuevo. Además de ese pez en el Tíbet, ¿qué es lo que no encaja?

—¿Qué es eso de la «luz palpitante»? Jamás he encontrado una descripción semejante de dios alguno, ni el Atman de los preindoeuropeos, ni el Brahman de los arios... ¿Y qué me dices de la «estrella Origen», y de «aquel que nacerá saliendo de su propia boca», y esos «hijos de la raza solar»? No entiendo nada de lo que arranco de esa piedra. Y si no entiendo, no puedo seguir.

—No sigas, Nájera. Nadie te pide tanto. Deja esa piedra imposible y empieza de una vez con el Libro...

—Aunque me pusiera a leerlo ahora mismo, y lo encontrase tan fácil de traducir como un libro infantil, no tendría ningún sentido —Manuel se detuvo para beber un largo trago de cerveza—. No sé si me comprendes: ese libro sólo se puede interpretar a la luz del misterio cifrado en la losa.

—Pero si tú mismo reconoces que no puedes seguir adelante con ella... ¿Qué

vas a hacer? ¿Esperar a que se traduzca sola?

—Exactamente, esperaré. La Puerta está para eso.

—¿Para qué?

—Esperar, aguardar pacientemente el momento de la iluminación, forma parte de los ritos de paso de todas las culturas. Las puertas indican precisamente el lugar de la espera. También hay mujeres que son puertas —prosiguió—. Bueno, todas las mujeres lo son, porque en su naturaleza está el dar a luz. Y en cuanto a lo de esperar a que la gran losa se traduzca sola... no te quepa duda de que, tarde o temprano, hablará.

—Me parece que has bebido demasiado...

—Es posible... Estoy algo borracho, es decir, cerca de la lucidez total.

—Nájera... —exclamó entonces Kupka con otro tono de voz, como si fuera a proponerle algo importante.

—Te escucho, Kupka.

—Si yo te dijera que estamos dispuestos, la Gulbenkian, quiero decir —rectificó—, a doblar la cantidad que acordó contigo a cambio de una traducción rápida y sensata del Libro de Cristal, ¿qué responderías?

Manuel bebió el último sorbo de cerveza sin quitar la vista del horizonte.

—Te respondería que enrollaras esos billetes en un cucurucho perfecto... y que se los metieras hasta el fondo de su gran culo americano. Luego empujaría dentro media docena de alacranes... Y, en fin, sí, te concedería el honor de prender fuego al cucurucho del millón de dólares.

Kupka tensó la mandíbula, hizo una bola de papel de aluminio con el sándwich y la arrojó contra la cabeza del Buda. El Iluminado no afectó el impacto.

—Nájera, por favor... ¿Me obligarás a decirte que dependemos de esa traducción para resolver muchos de nuestros problemas? Traducir el Libro de Cristal es un privilegio, pero también una necesidad. Una necesidad perentoria...

—Lo voy a traducir, pero déjame hacerlo a mi manera. Te repito que la losa y el Libro son el mismo texto, como la Puerta y el Buda son la misma cosa... ¿Es que no lo entiendes, Kupka? Escucha...

—¿Que escuche qué?

—El cielo, ¿no lo ves girar? Todo gira esta noche, crujiendo y cantando, meciéndose y dejándose llevar por ese movimiento en espiral, las estrellas y las constelaciones. La constelación del Pez, por ejemplo. Sólo si pienso así empiezo a encontrar respuestas, pero me da miedo...

—¿Qué es lo que te da miedo?

—Si miro arriba y me quedo muy quieto, hasta que lo veo todo girar...

—Ya, entonces ves que se te viene encima la rueda de las reencarnaciones, el samsara y todo eso...

—No, no entiendes nada, mi pobre Kupka. Pero ya que lo quieres ver de esa manera, piensa en una rueda con mil radios y en su centro... en su centro, nada. Todo ignición, todo expansión... Una gran consciencia cósmica a punto de dar a

luz al «hijo de la estrella Origen». Si razono en esa longitud de onda, ¿te convenzo o estoy delirando?

—Sólo me pregunto qué tiene eso que ver con nuestra ciencia.

—En los tiempos míticos los hombres tenían una especie de clarividencia congénita. Entonces nosotros y el cosmos éramos uno. Sí, porque el cosmos es un vasto cuerpo viviente del que formamos parte. Y el sol... El sol es un gran corazón cuyas palpitaciones se repiten en nuestras venas.

»¿Por qué hemos dejado de sentir todo eso? ¿Por qué hemos perdido esa conexión con las estrellas? Porque la mente nos convirtió en grandes mentalistas, y ese ojo occipital que nos permitía ver más allá fue absorbido por el cerebro. Pasamos a tener una nueva conciencia del mundo, una mirada racional, y ya sólo nos vimos como seres racionales. Nuestros solemnes e insignificantes yoes florecieron, nos tomamos tremendamente en serio, y llegamos muy lejos con nuestra ciencia y nuestra tecnología.

»Pero desde que perdimos esa conexión con el cosmos somos seres tristes y solos. Nos falta la vida cósmica. El sol ya no nos habla porque no podemos verlo, porque estamos ciegos. El engrheimiento tecnológico, la arrogancia científica de nuestro siglo, nos ha provocado una ceguera espectacular, pandémica y globalizada, como nunca antes se había conocido en toda la historia de la humanidad...

—Perfecto, lo que tú digas. Y ahora, dime, ¿qué puedo hacer para que bajes al mundo de los vivos?

—Cierra los ojos y dame por muerto. Desaparecido en combate. Al tercer día resucitaré.

Una vez más Kupka se retiró, pero sin darse por vencido. En aquella vieja batalla entre Nájera y Allegro, y que ahora él había heredado, nunca se daría por vencido. Llegaría su momento. La única manera de entenderse con el gran Nájera era dejarle actuar según su instinto o su capricho. Al fin y al cabo, esa era también la manera de darle cuerda, hasta que se ahorcase con ella.

¿Quién le garantizaba que esa traducción no era más que un delirio? Sörensen no había podido arrancarle ni una palabra. Y de pronto, Nájera sacaba de esa piedra borrada un pliego impecable, rebosante de originalidad, de visión y de poesía. Demasiado sospechoso.

En su ecuación no podía descuidar el dato de que Manuel Nájera era español, gente del sur, el culto al carisma, el mito de la genialidad innata y todo eso. Bah, ¿y debajo del mito, qué? Un hombre acabado y colgado de una botella. Probablemente Manuel no escuchó las reflexiones del inglés mientras descendía por el acantilado. De haberlas escuchado, su respuesta hubiera sido la misma. Otro trago de arak, y nada más. Silencio en absoluta serenidad, silencio en soledad total, silencio en espera. Sólo ese lento descenso del licor por su garganta hasta bañarle el corazón, hasta teñir con su transparencia líquida la línea infinita de cumbres recortándose contra el azul pálido, el rosa violeta, el frío, la inmensidad.

Avanzo unas cuantas páginas en su cuaderno amarillo, el papel cruje, los trazos de su pluma avanzan entre tachaduras:

15 de agosto, Mulbek

No, los tiempos felices no volverán jamás. Nada debe volver. Sin embargo, día tras día, desde mi llegada aquí, todo está volviendo. Vuelve como un huracán que se anuncia primero por ese viento suave que mece las palmeras, sin que se advierta apenas cuando se acerca algo parecido al apocalipsis. Ese viento es el Espíritu. Nada parece decir, nadie sabe de dónde viene, Él no revela sus intenciones. Pero mientras pasa, penetra en el interior del ser y lo prepara para respirar un tiempo nuevo.

Tuve un oscuro presentimiento cuando el lama Naropa me mostró el Libro de Cristal. De pronto sentí que retrocedía muchos años, hasta aquel día en que vi por primera vez un lienzo de Carmen Urkiza. Un lienzo expresionista, difícil, pero lleno de una vida extraña que, sin embargo, no me suscitó ninguna emoción estética especial. Fue otra cosa. Desde el primer vistazo supe que esa pintura y todo lo que irradiaba, la mano que la había pintado, acababan de entrar como un huracán dentro de mi vida. Incluso ahora que Carmen ya no está, algo de ella trabaja dentro de mí, moviéndome hacia la consumación de un destino acerca del cual lo ignoro todo. ¿Qué significan el Libro, la Losa, la Puerta...? ¿Qué significa el Pez? No quiero reconocerlo, me niego a unir los cabos más sencillos, los más evidentes. Ese Hijo de la estrella Origen. Ese Pez, que precisamente era el emblema del Cristo entre los primeros cristianos. O esa fórmula: Metteya-sidi-mana-Buda.

¿Ya están otra vez aquí? Dios, ¿por qué me persigues? ¿Estaré paranoico de verdad? ¿Por qué todo vuelve? Al principio de este viaje, en Srinagar, Shalimar... Y aquí, en Mulbek, Tara. Estas mujeres como surgidas de otro tiempo, de otra dimensión de mi propia vida.

¿Qué significa este regreso al viejo laberinto? Nada debe volver. Debo rehuir la tentación de arrojarme al vértigo que intuyo en ese libro, al otro lado de esa puerta, dentro de cada mujer. Pero cómo resistirse a dar un paso más. Cómo negarse a esa otra dimensión de la vida que parece salvarnos de la muerte. Convertirse en parte del misterio, aprehender el gran secreto, incorporarlo a tu sustancia.

Aceptación. Sí, la aceptación es la clave. No hay que poner orden en el mundo: el mundo es el orden encarnado. Es a nosotros a quienes corresponde ponernos en consonancia con esa música. Conocer cuál es el verdadero orden del mundo por oposición a los órdenes ilusorios que intentamos imponernos unos a otros. Es una suerte que carezca de todo poder.

Primero he de conquistar mi propia visión —trabajo secreto—. La losa me enseña: me enseña a arrodillarme ante sus enigmas con toda humildad, a despojarme de toda mi superioridad racional, a ver con los ojos cerrados lo que otros vieron brillando con el esplendor de mis soles antes que yo. Y es así en todo, no hay otro camino. Hasta que no reconozcamos la preexistencia de una visión del mundo que superó a la nuestra, hasta que no aceptemos la existencia de poderes superiores al hombre y tengamos fe y confiemos en ellos, el ciego seguirá guiando al ciego. Y nadie responderá.

Yo tampoco pude dormir aquella noche, ni durante muchas otras noches. Quien quiera saber por qué, tiene una plaza reservada en este desolado vuelo nocturno: un triste vuelo de regreso en el tiempo, del Tíbet a San Sebastián, quince años atrás.

Manuel llevaba tres meses sepultado en otra de sus cuevas de Alí Babá, frente a otra puerta mágica. La que se descubrió entonces bajo la Explanada de las Mezquitas, en Jerusalén. En ese corredor subterráneo apareció ese año una enorme puerta de piedra sellada. ¿Conducía a la mítica Biblioteca de los Cananeos, donde se cifraron las claves de ese elixir de la inmortalidad que el Nazareno dio de beber a sus discípulos la noche de Última Cena? Nunca lo sabremos, pues ya en aquel convulso 1977 árabes y judíos se opusieron a que nadie profanara el recinto sagrado y, aunque cueste creerlo, treinta años después la Puerta Warren sigue sellada, por temor a que se desencadene un conflicto interreligioso sin precedentes. Un conflicto mucho más grave se había desencadenado ya para entonces dentro de su matrimonio, y esa copa no tenía nada que ver con el Santo Grial. Acaba de ofrecérmela Carmen para vengarse de tres meses de silencio hiriente y herido: ni una llamada, ni un mensaje, ni una triste tarjeta postal con un beso.

Hacía ya mucho tiempo que su matrimonio naufragaba: él trataba de huir en viajes a ninguna parte, y ella le perseguía con lienzos expresionistas donde a veces aparecíamos los dos, amándonos y destruyéndonos hasta el fin. Ya ha pasado todo, sí, incluso los días felices, de noches extenuantes y besos ardientes en los que tantas veces la vi taparse la boca para no gritar de placer, o tapar la mía para sofocar mis palabras, porque todas las palabras estaban de más mientras la tuviera entre mis brazos, sintiendo palpitar su corazón, acariciando la eternidad.

Comienza a llover. Recorremos una de las callejuelas empedradas que conducen al puerto. Sus tacones resuenan y patinan un poco sobre los adoquines mojados. Yo, que hasta entonces la había perseguido para abrazarla, la sigo sin atreverme a tocarla. Un día me había creído con derecho a entrar impunemente en su vida, y ahora no sabía cómo salir de allí.

Carmen camina abrazada a su cuerpo bajo la lluvia, con una gabardina corta sobre los hombros y los brazos cruzados bajo el pecho. Su cara expresa la desolación de una mujer que no sabe perder y que, de pronto, lo ha perdido todo. ¿Qué ha sucedido entre nosotros? ¿Qué fue de aquellos días en que nos citábamos en esos mismos cafés del puerto, tratando de ocultar a Manuel y al resto de nuestros amigos una relación asumida por todos, y de la que nos sentíamos tan profundamente culpables? Aquellos fueron los días de hablar y hablar, y a medida que hablábamos nos íbamos acercando hasta tomarnos de

las manos o caer casi en los brazos del otro, y no sólo porque nos deseáramos con esa fatalidad devoradora y torturante de los amantes. Tal vez esperábamos que esos besos en la sombra aliviasen el dolor de esa caída en la dependencia mutua, el horror de sentirnos dueños el uno del otro, el desesperante error de enamorarnos.

También recuerdo el día en que nos acostamos por primera vez, la primera traición, y la manera en que lo disculpamos como algo trivial, un juego entre amigos que se lo consienten todo, precisamente cuando sabíamos que ya no era un juego ni tenía que ver con la amistad. Llegamos a creer que no pasaría de un poco de sexo casual. Después de hacer el amor, yo me había quedado mirando sus ojos, sus hermosos ojos turbados. Entonces ella se apretó contra mí como quien aprieta una magulladura, cogió mi mano y depositó en ella un beso lleno de remordimiento y, sin embargo, también de rebeldía.

—Por favor, antes de que digas nada, apunta esto en tu agenda, dos puntos: nada de justificaciones. Si nos justificamos, es que estábamos equivocados. ¿Comprendes?

—¿Y quién está pensando en eso ahora?

—Tú lo estás pensando, estás pensando cómo justificarte porque me tienes miedo.

—Carmen, anota esto tú también, dos puntos: te quiero.

—No quiero que me quieras, no quiero que te enamores de mí —insistió con esa voz ronca que amé tanto—. Los hombres no sabéis separar el amor de la posesión, y yo no quiero eso.

—Bueno, por favor... Las mujeres mentís siempre, todas queréis que os quieran precisamente así, de una manera posesiva y absoluta, hasta la locura.

—¿Tú crees? ¿Y si te dijera que sólo he hecho el amor contigo para evitar enamorarme de ti?

—No te creo, eso sí que es una justificación... una justificación de telenovela.

—Puedes reírte, pero más te valdría salir por esa puerta y olvidarte de mí, ahora que estás a tiempo. Ya lo hemos hecho, ya me has probado en la cama... Dejémoslo antes de que sea demasiado tarde.

Acabábamos de comenzar nuestra aventura y parecía que ya me había agotado en su deseo y en su imaginación. Pero había en sus palabras tanta provocación, tanto infierno y tanta maldita ternura. ¿Cómo dejar de amarla?

Por supuesto que reincidimos, una, dos y hasta doscientas noches. Nos amamos apasionadamente, nos entregamos a esas terribles intimidades, y cuando descubrí que, en efecto, me había enamorado, también yo intenté escapar. Lo intenté.

Me fui de viaje, mes y medio enganchado a la Ruta Maya. Regresé antes de que se cumpliera la primera semana. Mi vida sin ella no tenía sentido. Una de esas noches, mientras la tenía en mis brazos, firmé mi pacto con el diablo: mía para siempre. Había caído en la trampa de la posesión, y la posesión se vengó de mí dulcemente, a través de ella.

Todo empezó a derrumbarse a partir de ese día, pero he olvidado cómo sucedió. Tal vez estábamos desayunando, y ella me abordó con una pregunta impropia que yo no supe valorar:

—¿Y si nos sucediera, qué harías?

—No tiene por qué sucedemos.

—Ya, pero supongamos que suceda. ¿Qué harías?

Me preguntaba bebiendo su café a pequeños sorbos, sin quitarme los ojos de encima. Yo no veía nada, sólo esos ojos tan llenos de luz y tan perdidos.

—Tenemos la suficiente experiencia para que no nos suceda, y no queremos que nos suceda. Eso es todo.

Entonces desvió su mirada, encendió un cigarrillo y se puso a dar golpecitos en la alfombra con su pie descalzo.

—No sé —dijo, con una expresión extraña—. No sé.

Un mes después sucedió la escena del puerto donde comenzaba este relato. Siempre fue así entre nosotros. Ella elegía los caminos, y aquella vez yo puse la lluvia. Cuando la alcancé, el rostro que volvió hacia mí era el de una furia herida:

—¡Te lo dije, te lo advertí...! ¡Y tú siempre me dijiste que me querías para algo más que follar conmigo! ¿Por qué no me dejaste en paz, por qué no te fuiste cuando te dije que te fueras?

—No es así Carmen: tú también tienes tu parte de responsabilidad. Y claro que te quiero, lo sabes muy bien, pero no puedes pedirme tanto.

¡Basta, no quiero oírte más! ¡No quiero saber nada de ti! ¡Date la vuelta y desaparece de una puta vez!

—Por favor, Carmen...

—Déjame en paz. Vete, ya no te necesito. Ni tú puedes hacerme más daño.

—Carmen, amor mío... —en cuanto la abracé, ella empezó a llorar.

—¿Qué voy a hacer, dime: qué puedo hacer ahora? ¿No entiendes que ya no puedo abortar? Es demasiado tarde...

Sentí como un puñetazo en el estómago, me quedé lívido. Embarazada. Carmen embarazada. ¿Pero cómo había podido sucedemos?

—¿Se lo has dicho ya a Manuel?

Carmen se revolvió, de nuevo llena de furia.

—Ah, sí, le haría mucha gracia saber que el hijo que espero es tuyo. Tú, su mejor amigo... Sí, tiene gracia.

—No tiene por qué saberlo, ¿no?

Qué torpeza. Mis palabras resonaron en su rostro como una bofetada, y ahí acabó todo. Esa noche le fallé de una vez y para siempre. Nunca me lo perdonaría, nunca me lo perdonó.

—¿Cómo puedes ser tan cobarde y tan cretino al mismo tiempo? Contaba contigo para empezar una vida nueva. Dijiste que me querías y te creí. Por eso te elegí para que fueras el padre de mi hijo.

Sólo la verdad de su pasión la salvaba de esa otra traición de la que ni siquiera fue consciente. Ella, la gran Carmen Urkiza, la reina de la transvanguardia, se revelaba como una de esas amantes desquiciadas a las que sólo se les ocurre amarrar a sus parejas haciéndoles un hijo contra su voluntad: la hipoteca de la sangre, mi primer hijo, tu primer hijo, lo nuestro. Tarde o temprano casi todas las historias de amor llegan a esa sórdida disyuntiva. Si claudicaba, acabaría ahogándome dentro de ese proyecto de vida feliz y en familia, donde ya tenía mi nombre bordado junto al suyo en un juego de toallas.

—Pero yo no estoy preparado para ser padre de nadie, ni quiero serlo, Carmen. Tenías que haber contado conmigo...

—¿Con quién crees que conté? Sólo contigo, pero no entiendes nada: ni por qué me acosté contigo la primera vez, ni que... —de nuevo ahogó un sollozo—. Joder, serás capullo... Llevamos un año follando y aún no te has enterado de que nuestra historia no tiene nada que ver con el sexo.

La vi grotesca y patética a un tiempo, igual que yo. Dos amantes ridículos bajo la lluvia. Ya sólo quería desaparecer, pero esa noche no podía dejarla sola. Acabamos de recorrer aquella travesía del puerto, y apareció otra calle infinita, y seguimos caminando sin saber adónde ir, como supervivientes de un terremoto que han visto destruida su casa, su ciudad, todo su mundo. Y sin embargo apenas un par de meses antes estábamos celebrando el éxito de su primera exposición, nos entregábamos suntuosamente el uno al otro y creíamos que eso duraría siempre. Pero no. Las historias que empiezan mal acaban siempre mal, si es que acaban alguna vez. Quizá no acaban nunca.

Busqué su mano helada, y luego fue ella quien se abrazó a mí. Temblaba de frío, pero yo la vi bellísima, como purificada por el dolor. Apenas nuestras miradas volvieron a encontrarse, nos besamos como si lo anterior no hubiese sido más que un prólogo para el salto mortal. Todo aquello parecía tan fuera de lugar que intenté formular un reproche. Pero al abrir la boca sus besos me entraron como puñaladas, profundos y jadeantes.

Ahora sé que todas las mujeres son iguales. Desde esa primera noche en que deciden dejarte entrar en su vida, lo hacen con todas sus consecuencias. Ya nunca sales de ellas. Y así sucede siempre. Por eso las verdaderas historias de amor son tan autodestructivas.

En el momento en que se empieza, ya no hay final.

¿Y Manuel? ¿La amaba realmente? ¿Alguna vez estuvo enamorado de ella? ¿La seguía queriendo, después de todo? Estoy seguro de que lo sabía. Sabía lo nuestro, sabía que yo me acostaba con su mujer y lo aceptaba. Lo aceptaba, ahora lo sé, porque la quería más que a nada ni a nadie. El amor de Manuel era como una segunda piel cosida a la piel de Carmen. Cada vez que se alejaba de él, en vez de romperse, las ataduras se hundían un poco más en su carne. Y ella se complacía en ese tormento.

No es fácil aceptar esta clase de paradojas, pero todavía es más difícil explicarlas. Mucho más adelante, pensando en ella, descubrí sorprendido que aunque también yo la amaba profundamente, me aterraba la idea de que pudiera volver a mí como aquella noche del puerto. Las dos tendencias coexistían en mí sin excluirse. A ellos les sucedió algo parecido. Diez años después, seguían hechizados por el sortilegio de aquel viaje por la Toscana, y seguían haciendo el amor bajo esa condición monstruosa, aun siendo conscientes de que ese tiempo había pasado y de que no volvería jamás. ¿Pero por qué? ¿Qué texto buscaba descifrar Manuel sobre la seda de su piel, sobre la mentira de sus besos? Probablemente la misma mentira o el mismo misterio que guiaba su mano sobre la áspera losa de Mulbek. Y acaso también sobre la caoba de otra piel, sobre la herida de otros besos.

Él lo cuenta así en su cuaderno:

15 de agosto, Mulbek

Mis manos han acabado por contagiarse del mal de la piedra. La sequedad las agrieta. Desde que trabajo sobre esta losa, se me están abriendo pequeñas llagas que tardan en cicatrizar. A veces creo distinguir sobre ellas el dibujo de un laberinto. ¿Dónde me llevará? Pese al estado en que se encuentran sigo notando en las yemas de mis dedos una gran sensibilidad. Siguen vivas. O al menos responden a lo que espero de ellas. Pero lo hacen ásperamente.

También mi tacto se ha vuelto más seco. Todo yo me estoy resecaando. Lo sentí cuando la toqué por primera vez. Ya no recordaba cómo era eso. Una mujer después de tanto tiempo. Entonces será que el laberinto conducto a ella. A tocar su piel, a perderme en ella. Después de todo, esta experiencia también supone una nueva traducción, descifrar un nuevo enigma.

Un enigma con nombre de mujer que comenzó a resolverse al quinto día en que Manuel descendió de la Puerta de Mulbek al monasterio sin saber cómo continuar su trabajo. Hasta entonces Tushita dormía en su misma celda. Ese día dejó de hacerlo. Una nota sobre su cama explicaba que el venerable Naropa le había encontrado un acomodo mejor en el pabellón de los copistas.

Pero no fue sólo eso lo que cambió aquella noche. A lo largo de las cuatro anteriores Tara se venía comportando de la misma manera. Le esperaba sentada sobre el suelo, frente a la mesa baja donde disponía su cena entre dos velas. Manuel llegaba tan cansado que apenas probaba unos bocados de cualquier cosa. Tara le servía y él comía en silencio. Después de lavarse un poco, Manuel se acostaba y se cubría con la gruesa manta de pelo de yak. Luego ella se tendía junto a él mansamente, sin la menor insinuación, como un animal elegido para dar calor. Él no la tocaba, no porque no se atreviera. En realidad no lo deseaba. Él era así y Carmen lo sabía muy bien. Cuando trabajaba tenía la cabeza en otra parte. Esa noche, sin embargo, todo fue distinto.

Manuel llegó a su celda con la sensación de que el laberinto le estaba venciendo. El laberinto de la losa que no conseguía descifrar, pero sobre todo ese otro laberinto donde no acababa de encontrar su camino por más que lo tuviera dibujado en la palma de su mano. Nada más empujar la puerta le invadió ese olor tan gratificante. Alguien había echado ramas de enebro al fuego. No obstante, en esa estancia apenas iluminada por el resplandor rojizo de la estufa no parecía esperarle nadie. ¿Dónde estaba Tushita? ¿Y Tara?

Por una vez todos se habían olvidado de él. Mejor. La celda bien caldeada y la cama dispuesta suponían una tentación suficiente para acostarse cuanto antes y descansar. Creyó que se dormiría de inmediato, pero no fue así. Su cuerpo pesaba demasiado, se había convertido en un sarcófago lleno de piedras. La vieja angustia, el miedo al fracaso, la soledad. Ni siquiera pudo cerrar los ojos.

Entonces, un jirón de luna le descubrió una sombra junto a la ventana. Una sombra inmóvil que le miraba fijamente, sin decir nada. También él se quedó quieto, sólo mirándola. Se trataba de una mujer. Enseguida pensó en ella. Pero esta vez no llevaba su caftán habitual. Vestía un suntuoso quimono de brocado que, a la luz tamizada de aquella luna, le confería una apariencia espectral. Sin embargo, a medida que se fue despojando de él, como si emergiera de una crisálida, esa figura etérea se encarnó en un cuerpo muy blanco, como de niña, pero de formas ya plenas, que comenzó a llenar todo el espacio con una presencia y una mirada que ya no eran las mismas.

—Tara, mi pequeña reina de las montañas, ¿por qué vienes a darme lo que no te pido, a quitarme lo que no es tuyo?

—Porque lo necesitas, porque estás perdido y presentes que vas a morir. Sólo

yo puedo salvarte. Sólo yo.

Manuel contempla sus senos altos y firmes, el arabesco de su cadera, la copa de su sexo entre los labios de la luna. Cuando acaba de desnudarse, Tara se arrodilla en la tarima y empieza a deshacer su larga trenza con una suave sonrisa. El pelo negro y brillante se abre en cascada sobre sus hombros, y al abrirse exhala un perfume muy denso, almizcle y sándalo. Mirándola, Manuel siente una erección que va más allá del impulso erótico, un deseo de penetrar dentro de ella que nada tiene que ver con el sexo.

—Siento tu frío, Nájera San... La gran piedra te ha metido dentro su frío oscuro, y tienes miedo, Nájera San, porque ahora ya sabes que está viva. Pero no temas, Tara ya está aquí...

Manuel escucha fascinado su voz suave y melodiosa. Se deja acariciar por ella. Cuando intenta besarla, ella le rechaza. Tira de sus brazos con decisión hasta volverlo de espaldas sobre la cama. Después se sienta a horcajadas sobre él, como si fuera a darle un masaje mientras le habla:

—Esta noche Tara ha venido para darte otro calor, Nájera San, yo conozco el camino. Entrégame tu sombra y yo te daré mi luz para que sigas adelante...

En sus manos la sensualidad adquiere una dimensión distinta. Verdaderamente sus caricias parecen arrancarle la sombra fría que cubre su piel. Con todo su cuerpo distendido, Manuel siente que aplica un ungüento sobre su espalda. A medida que sus pulgares actúan sobre sus vértebras, una vena de fuego recorre su columna. La vena se va ensanchando, se activa bajo la presión de las manos de Tara, el fuego se ablanda y él va sintiendo que fluye de ella algo parecido a un manantial de luz. Todo su ser suelta amarras, navega por un mar en calma, luminoso y profundo, hacia un horizonte desconocido.

—Esto es raíz de mandrágora. Necesitas jugo de estrellas, Nájera San. Has gastado tu envoltura celestial hasta dejarla tan fina como piel de cebolla. Sin piel, la serpiente sagrada muere en ti...

Manuel se deja hacer en silencio, fascinado por esa ola de placer que le envuelve y en la que no le importaría perderse.

—Kundalini despierta para elevarse hasta la luz del origen, eso es lo que sientes, pero no lo entiendes. Por eso no has sabido encontrar el camino. Amas a Buda, pero no sabes moverte hacia él. Necesitas a Krishna, el Auriga. Si mueres ahora te perderás para siempre. Sólo yo puedo salvarte.

—Sálvame entonces y mátame después, pero no dejes de hacerme eso. Mátame así.

—Hablo de tu alma. Has matado a tu alma de hambre y de sed. Necesitas raíz de estrellas, la hierba que despierta Kundalini...

—Hummm, creo que necesito todo lo que tú me des.

—Y un ángel bajará del cielo para salvarte...

—El ángel ya está aquí, a horcajadas sobre mi espalda.

—No te rías, no te burles de Tara. ¿No me crees, Nájera San? Mírame. Yo soy Tara, la reina de las montañas. Déjate llevar por mí, sígueme por el camino de

regreso a la verdad perdida y te conduciré hacia la luz que buscas.

Sin saber cómo, Manuel siente que ya está dentro de ella, de su mar, de su loto. La energía Kundalini, la serpiente dormida, recorre su médula con un deseo violento. Tara le calma, no debe moverse, sólo sentir cómo actúa dentro de él, como si se dispusiera a mover toda su sexualidad hacia el centro de su ser.

Manuel nunca ha sentido un ajuste tan ceñido y sedoso. Sin moverse, sólo con su sexo, Tara intensifica la caricia de los pétalos, se abre y se cierra como un corazón irradiante de amor. Un espíritu puro entendería este ritual como una iniciación. Un libertino juzgaría que sólo busca incrementar su mortífero placer con la máxima lentitud, como el veneno de la serpiente. Le traicionó su manera de morderse el labio mientras comenzaba a imprimir una lenta rotación a sus caderas. La iniciadora también puede perderse en el camino de regreso a la verdad perdida, el ritual que abre los chakras empapa de sudor su cuello y su pecho. A medida que se retuerce sobre él, Tara gime de una manera casi perversa, como una nínfula que fingiera perder la virginidad, se mece en círculos lentos de una sensualidad infinita.

Es ella quien le está nutriendo, su sexo toca su corazón, están fundidos en un torrente sanguíneo que fluye en espirales cada vez más luminosas e intensas. Cuando Manuel siente que ya no va a poder contenerlas, desliza su mano y acaricia sus gruesos labios mojados como si quisiera gozar desde ella, siendo ella, el placer que le proporciona su sexo hembra. Porque ella es ahora el hombre. Se lo dice con una brusca acometida de sus caderas, sólo una, y luego le concede un beso profundo, hasta la raíz del alma. Cuando Tara pone sus dos manos sobre su cabeza, Manuel contiene la respiración, cierra los ojos. Latido a latido, los dos se sumergen en el espacio primigenio, cósmico, indivisible, donde ya no hay hombre y mujer, sino un solo cuerpo hecho de estrellas. Entonces estalla dentro de ellos un relámpago ascendente, desde la base de la columna hasta la fontanela, y se abrazan estremeciéndose sin derramarse en esa eclosión absoluta que les llena de luz en ráfagas largas, de una intensidad inaudita.

Permanecen unidos más allá del orgasmo, suspendidos en la isla flotante del éxtasis, bañados y bendecidos por esa súbita tempestad solar que les envuelve. Así resbalan de la cumbre del placer al sueño, yacen uno sobre otro, exhaustos, como dos náufragos que acabaran de derrumbarse sobre una playa desconocida y cada ola, con sólo rozarles, les restituyese toda la inocencia.

Este azul ya es otro. Azul nieve, azul hielo, azul diamante sobre la corona del Nanga Parbat. Ya rompe el amanecer. El trueno de la gran caracola resuena por todo el monasterio llamando al primer oficio del día, y mi amigo despierta solo en su celda.

¿Y Tara? ¿Dónde estás, Tara? Nadie responde, pero sabe que no ha sido un sueño. Con más dolor que placer, los juegos de Tara han reabierto una puerta muy mal cerrada. El recuerdo de Carmen, sí, pero también esa historia que le persigue desde el día que entró en una cueva de Qumrán, esa cueva de la que

ya nunca volvió a salir. Ni vivo ni muerto.

Sin embargo, ¿no fue aquello algo parecido a una resurrección?

En otra estancia no muy lejana, un anciano vestido con el tosco nambú de los siervos aviva el fuego con un fuelle de piel de cabra, y otro acaba de ajustarse la gran túnica morada de los *tsedrungs*, mientras escucha a la mujer que acaba de entrar.

—Nájera San vuelve a su trabajo —anuncia la mujer, inclinándose ante el gran lama.

—¿Al Libro de Cristal? —pregunta el venerable Naropa.

—No, mi señor. Vuelve a la piedra.

Naropa no puede disimular su desagrado. Al fin y al cabo, ha sido él quien ha urdido la mudanza de Tushita, y acaso el cambio de actitud de Tara para con su ilustre invitado.

—Esperábamos que le convencieras, Tara...

—Al menos he conseguido salvarle de las sombras que le paralizaban, mi señor.

—Ahora debes conseguir que abandone la piedra, lo antes posible.

Cuando penetra en la estancia otro lama con su misma túnica morada y un maletín de cuero, Tara sabe que debe retirarse ya, pero no lo hace.

—¿Quieres decirme algo más? —le interpela Naropa—. Nuestra sesión de gobierno no puede esperar.

—Sí, mi señor, he de decirte algo más acerca de Nájera San...

—¿Qué?

—Ha decidido no trabajar más durante las horas del día.

El desconcierto se traduce en un arrebato de cólera mal contenida, cuando el gran lama comunica esa novedad a un alemán nacionalizado inglés que desayuna un cargado café italiano.

—¿Cómo? ¿Pero por qué? ¿Es que tiene algo que ocultar?

—No lo sé, míster Kupka. Pero acaba de confirmármelo él mismo.

La sangre germánica se impone a las convenciones británicas. Es extraño ver a todo un director de zona de la Gulbenkian tan fuera de sí.

—¿Y por qué a usted, Naropa? ¿Es que ahora es usted quien ha asumido la dirección de las prospecciones?

—Míster Kupka, no se confunda... —le para Naropa—, recuerde que Nájera duerme en la gompa.

—Vale, de acuerdo, déjelo...

—Él dice que el calor del día es demasiado perturbador... Créame que he intentado disuadirle, pero ha sido inútil.

—Así se lo lleven los demonios que hay debajo —masculla Kupka para sí, y luego mira al lama de una manera especial—. Porque él no lo sabe, ¿verdad?

—¿Se refiere al ideograma del pez?

—No, por supuesto. Eso lo ha averiguado al primer vistazo.

—Ah, ya, entonces estamos hablando de...

—Sí, exactamente —le corta Kupka, evitando que pronuncie la palabra, como si lo temiera—. Me preocupa Tara, al fin y al cabo es una mujer... ¿Cuenta con garantías de que ella tampoco le ha revelado nada?

—Tara está más que advertida, y le aseguro que sabe obedecer.

—Recuerde, Naropa, él no debe saberlo. Nos va la vida en ello.

CUARTA PARTE

Demonios con forma de mujer

Entonces Manuel no podía saber nada de ese otro misterio al que se referían Naropa y Kupka. Estaba en otro mundo o, mejor dicho, en ese otro plano de esa realidad que representaba el mensaje cifrado en la losa.

Durante el día, el gran excéntrico permanecía en su celda, transcribiendo y cotejando sus averiguaciones. A mediodía se hacía servir la comida de los lamas, y luego sesteaba con la botella de arak que le suministraba Tushita, White Tiger, el Tigre Blanco, directamente importada de las selvas de Kerala para Su Graciosa Majestad. Sobre las cinco Manuel y Tushita, se encaminaban hacia la gran losa. A eso de las siete se concedían un refrigerio mientras un par de operarios ajustaban cuatro grandes hachones sobre los mástiles del dosel. Poco después, ya con el escenario montado, comenzaba el espectáculo.

Recapitulaba todo lo esbozado hasta entonces y hacían hablar a la piedra. Y verdaderamente la piedra hablaba. Manuel se volvía a recostar sobre la losa, cerraba los ojos para dar más vida a sus manos, y se hacía un gran silencio. Bastaba un gesto para que Tushita se tendiera junto a él. De esa manera recomenzaba la parte más espectacular de su escenificación, entre susurros reptantes, transcripciones y hasta imprecaciones.

Antes que los expertos de la expedición arqueológica, los nativos supieron encontrarle un sentido a aquella inaudita representación. De un día para otro, los niños de Mulbek se acostumbraron a seguir las pantomimas de aquellos dos locos sobre la piedra, y les parecieron muy divertidas. Enseguida trajeron a sus padres y, en menos de una semana, familias enteras convergían hacia el lugar con toda naturalidad, todos los días a la misma hora, al caer la tarde. Se instalaban sobre esteras cada vez más numerosas, alguien comenzaba a batir una darbuka, las mujeres desenvolvían sus hatillos de hojas de baniano, corría de un lado a otro un pellejo de vino, al tambor se unía una flauta de pastor o el zumbido de una cítara. Como a la llamada de un conjuro, hasta los nómadas de las montañas acabaron por acercarse a ese espacio que intuían sagrado.

También ellos se cruzaban historias entre susurros. Superstición o cercanía a ese primigenio orden cósmico que hemos olvidado quienes nos llamamos civilizados. Miradas muy anteriores a Euclides, que no pueden explicarse con teoremas. Inhalaciones de un incienso muy espeso que abre las puertas de la percepción bajo ese cielo de estrellas vivas, donde todo habla y todo escucha. En ese escenario de fin del mundo, a la luz de los hachones, fue naciendo así una leyenda que crecía noche tras noche. Un anillo invisible acabó uniendo a aquellos dos hombres y a toda aquella gente que les contemplaba trabajar sobre la gran losa de Mulbek con una mezcla de fascinación y temor reverencial, como si esperasen la exhumación o el advenimiento de un nuevo dios desde las profundidades de la piedra, bajo la mirada displicente del gran Buda rojo.

De esa manera, mientras Manuel Nájera descifraba una crónica mítica buscando sus raíces reales, su propia realidad fue derivando en una leyenda donde cada día resultaría más difícil deslindar lo real de lo imaginario. Los fragmentos que iba extrayendo de la piedra resultaban cada vez más desconcertantes y alejados del canon que se presumía en el Libro de Cristal, algo que inquietaba sobremanera tanto a Dieter Kupka como al venerable Gyalpo Naropa.

La memoria era la primera gran clave, ¿pero cómo se podía interpretar la memoria futura del último Buda? Todos conocían en el campamento la paranoia de Manuel y, aunque no lo manifestaran, dudaban mucho de su primera traducción, donde se había permitido relacionar el cuarto animal que visitó al Bienaventurado, el pez, con el signo secreto que cifraba el nombre de Cristo entre los primeros cristianos. Otra vez el loco de Nájera, y su obsesión de que Cristo sobrevivió a la cruz y emprendió un misterioso peregrinaje hacia el Tíbet. Lo que no sabían era que Manuel, precisamente, había ido allí para refutar sus propias creencias, para enterrar esa paranoia y librarse de sus fantasmas. Pero allá estaba otra vez el mismo término, *metteya*, es decir, Maitreya, de nuevo el Buda Futuro profetizado por el mismo Sakyamuni, aquel que habría de venir quinientos años después de su muerte, el que «será de tez clara», *bagwa metteya*, el Buda Blanco.

Lo inquietante comenzaba con el siguiente fragmento, *metteya-sidu-mana*, donde volvía a aparecer ese término obsesivo, *mana*, la irradiante luz ultravioleta que contenía el Arca de la Alianza, la misma que bañó a Jesús en el sepulcro de José de Arimatea. Y junto a él, otra palabra no menos inquietante, *sidu*, otra alusión a la energía sagrada del hombre. Hasta ahí, forzando los límites, podía entenderlo: Buda profetizó un nuevo Buda, que podía ser —o no— el Cristo de las Escrituras. Al fin y al cabo, todos los iluminados tienen algo de sidu, como el mismo Siddharta —literalmente, «aquel que cumple el objeto de su venida»—. Todos los Siddharts se llaman a sí mismos Luz, como Cristo se proclamaba Luz del Mundo, como Buda en sánscrito significa Luz. Y todos ellos hablan de despertar en el hombre esa poderosa energía interna que llevamos latente como un olvido.

La gran perturbación, sin embargo, tenía que ver con lo insólito de otras voces surgidas de la piedra sin equivalente en ninguna cultura conocida. ¿Cómo podía interpretarse «todo hombre lleva dentro de sí el embrión de un ángel»? ¿Y la alusión a la gran consciencia o a la estrella Origen? ¿De dónde venían, quiénes eran esos alucinantes «hijos de la raza solar»?

Sólo la Cábala hebrea se adentraba en laberintos comparables, pero jamás en esos términos. ¿Podían ser descendientes de los hebreos los que tallaron su testamento sobre esa losa? ¿Descendientes o antecesores? Cualquiera de esos dos desvaríos justificaría al menos la importancia de la memoria en su traducción. Pero lo que vino después, tras una larga semana acariciando la piedra negra, conmocionó hasta los cimientos a toda la comunidad de Mulbek:

Y el Pez se hizo Cordero entre los hombres dormidos, y al despertar el Iluminado y el Caminante eran uno, y de su boca salían palabras que eran luz en la noche, y dijo así: «En todos los universos visibles e invisibles no existe más que una sola y misma fuerza, sin comienzo ni fin, sin más ley que la suya, sin más destino que llevar al hombre hasta la consumación de la genética solar que está cifrada en cada uno de vosotros a través del embrión ángel. Sabed por tanto que vuestro futuro destino depende de la pureza de vuestro corazón y esperadlo todo de vosotros mismos, pues cada hombre puede despertar dentro de sí un poder muy superior al de los dioses.

Todo el mal de este mundo procede del olvido de esa enseñanza de las estrellas y de la traición al sol. A través de la luna, otros hijos de los soles muertos quisieron darse cuerpo en el hombre tentándole a matar y a alimentarse de lo matado. Cuando la carne muerta de los animales se mezcló con la luz viva del hombre, su espíritu se convirtió en un bocado tierno para la Bestia, y el hombre entró en guerra con el hombre, y creó todos sus infiernos. Limpiad esa sangre de vuestras bocas, de vuestros cuerpos, de vuestra mente y de vuestro corazón. Purificaos para vuestro segundo nacimiento.

Así como nacisteis y fuisteis dados a la luz por la puerta de la vida, cuando el alma abandone vuestro cuerpo partirá con un ardiente deseo de nacer de nuevo y habréis de daros a la luz por la puerta del corazón. Según la medida de luz que contenga, así será vuestra vida futura. Si por vuestra boca sale sombra de animal, os degradaréis en animales de las sombras. Si por vuestra boca sale luz, vuestra palabra fecundará como la buena simiente en los nuevos cielos. Como semilla vinisteis y como semilla os iréis para seguir siendo, pues hasta el deterioro y la muerte son parte del crecimiento, como Nirvana y Samsara son una misma y única cosa, vacío y plenitud, relámpago y silencio. Así será y así seguiréis siendo siempre, hijos del origen, embriones solares os llamo, pues algún día seréis soles radiantes en el jardín de estrellas, allá donde mora la inteligencia del universo. Despertad pues al ángel que duerme en vuestro corazón, sabed que todos los poderes están en vosotros y no tengáis miedo a cruzar la última puerta.

En el libro de actas de Dieter Kupka, de donde transcribo este fragmento, aparecen subrayadas unas cuantas expresiones. Al parecer son las que más desconciertan de las dos traducciones, anotadas como Losa 1 y Losa 2. Curiosamente, alrededor de las tres últimas se permite avanzar un par de interrogantes donde parece prestarse al juego.

De esta manera:

*pez → cordero
Iluminado → Caminante
hijos de los soles muerto → hijos de la carne
estrella Origen → hijos de la raza solar
embrión ángel → Cámara del Embrión
puerta de la vida → puerta del corazón → ¿Puerta de Mulbek?*

No obstante, en la página siguiente destaca dos frases que parecen desconcertarle aún más y que subraya con un furioso *textliner* verde fosforescente.

Algún día seréis soles radiantes en el jardín de estrellas, allá donde mora la Inteligencia del Universo

y

hasta la consumación de la Genética Solar.

¿Cuál era su significado? ¿De dónde procedía esa terminología inaudita y a dónde pretendía llevarles con su traducción? Verdaderamente, aquella losa tenía algo de fascinante y abismal. ¿Qué había debajo de ella y más allá? Abismo y sólo abismo. Luz de abismo. Después de todo, la misma luz la que iluminaba desde dentro —y desde siempre— a aquel loco irremediable llamado Manuel Nájera.

Los demonios gritan, aúllan en la noche. Todo el monasterio de Mulbek está lleno de demonios desencadenados desde que tú viniste aquí. Escucha, ¿no los oyes? Son los *tulpas* de ojos de dragón y colmillos de lobo, los demonios sepultados bajo la gran piedra negra. Cuando la tocas es como un conjuro, los demonios despiertan, se filtran por las grietas... Son invisibles, pero se dejan sentir. Están sedientos de cuerpos de los que beber su sangre y su luz. Los *tulpas* son insaciables y crueles. Les gusta hacer daño, mucho daño. Y a veces toman la forma de una mujer.

Manuel contempla a su reina de las montañas tendida a su lado, susurrando como si temiera ser oída por los *tulpas*. En lo más intenso de su relato, se aprieta contra él, abre mucho los ojos y repite: «A veces toman la forma de una mujer». Entonces rompe a reír y Manuel la coge muy fuerte por la cintura hasta que ella aúlla entre carcajadas, y patalea en el aire, y se revuelcan uno sobre otro riendo como dos adolescentes. Cuando al fin la besa, sus ojos centellean como si le hubiera caído encima un puñado de estrellas.

—Te adoro, me estás volviendo loco, Tara, pero algún día tendrás que decírmelo.

—Decirte qué...

—Dime por qué me quieres.

—Ya te lo he dicho, soy una *tulpa* que ha venido aquí a chuparte el alma.

—Vamos, dímelo de una vez... Dime quién eres.

—Ya te lo he dicho, soy tu noche, soy tu luz. Soy Tara.

Una noche más se duermen mientras el viento, un viento helado que parece descender de otro planeta, se adentra en el monasterio por entre las torres y los pasadizos desiertos a esa hora el alba. El viento gime, golpea puertas y ventanas como una *tulpa* hambrienta. Pero ellos se sienten a salvo, duermen muy abrazados.

Al amanecer, sin embargo, Manuel despierta solo. Como todas las noches. ¿Por qué desaparecía Tara de esa manera? ¿Sería verdaderamente una *tulpa*? Desde luego, por más que hiciera el amor con ella, él nunca se había encontrado mejor. Al contrario, se sentía más lleno de energía, cada día la amaba más.

Basta de preguntas entonces, se dijo, una ducha y a la tumba. Hacía tiempo que no se le soltaba la risa de esa manera tan espontánea. Había que celebrarlo. ¿Cómo? Con el sabroso cuenco de kefir que Tara le había dejado antes de desaparecer. El sol alto invitaba a desayunar en la terraza. Manuel sacó un par de sillas, se sentó en una, estiró las piernas sobre la otra... Y nada más hundir la cuchara en el kefir, por la zona de sombra del patio irrumpió Dieter Kupka con su libro de actas bajo el brazo. Se le veía bastante alterado. Ni siquiera vio a Manuel, que en esos momentos parecía levitar sobre la azotea, mientras él invadía la escuela de copistas, donde a esa hora impartía sus clases el lama Naropa. Enseguida se oyeron las primeras voces. Poco después, Kupka reaparecía junto a Naropa en el vano de la gran ventana trapezoidal. Su libro de actas se abrió con un golpe sobre el atril, y él no cesaba de dar palmadas sobre el texto. Se le veía iracundo, el cortesano florentino parecía haber sucumbido al bárbaro britano que combatió a César aullando con la cara pintada. El lama por su parte le observaba como un entomólogo que sigue los movimientos de un insecto particularmente ofuscado.

Nájera seguía saboreando su cuenco de kefir y observándoles desde lo alto. Si afinaba el oído, podía oír su catarata de abominaciones.

— ¿No comprende que es increíble que en el primer milenio antes de Cristo se utilizaran términos como estrella Origen o genética solar? ¿Cómo es posible que le envíe mi libro y usted me lo devuelva dándolo por bueno? Adelante, léalo otra vez. Este hombre se ha vuelto loco o se está riendo de nosotros...

Naropa extendía sus manos pidiendo calma.

— No crea. Si me permite...

Pero Kupka no había acabado:

— Aún admitiendo que los santones dravídicos pudieran conocer las fuentes de la Cábala judía... ¿Quién puede creer que tuvieran nociones de genética! ¿De pronto se abrieron los cielos y aparecieron ante ellos Watson y Crick para darles unas cuantas lecciones de genómica interestelar?

— Tranquilícese, Kupka, y recuerde que ya hemos tenido ocasión de intercambiar opiniones acerca de ese tema. Según nuestros libros, hace milenios hubo una civilización muy floreciente en el Tíbet. La tradición habla de una raza de bogdo-janes, literalmente, «los Fundadores», que tenían máquinas voladoras y aparatos que proyectaban pensamientos en el cerebro... Hay quien sostiene que conocían la física nuclear y que provocaron una gigantesca

explosión que estremeció el planeta, un episodio semejante al que describe Platón acerca de la Atlántida. No olvide que Platón y Buda eran contemporáneos. Tras ese cataclismo el Gobi quedó convertido en un desierto y los supervivientes se refugiaron en un vasto sistema de cavernas, precisamente bajo los Himalayas.

—¡Mitos y leyendas, nada más! Esto es otra cosa... ¡Una inversión de más de medio millón de dólares auspiciada por las instituciones arqueológicas más solventes del mundo! ¿La pondremos en peligro por los desvaríos de un demente?

—Le entiendo, pero no desacredite con tanta vehemencia el trabajo de su amigo... En el monasterio de Erdeni Du, en Mongolia, vivió allá por el año mil de la era cristiana el gran lama Nafari-Samyé. Antes de pasar al otro lado, habló del tiempo en que voló sobre el océano cubierto de hielos y vagó entre las llamas ondulantes que arden bajo la superficie de la Tierra. ¿Sabe dónde dijo que se dirigiría en su último viaje? Literalmente, a la estrella Origen del Este celestial.

—Ya, y además era vegetariano, como sugiere Nájera.

—Una dieta exenta de carne y sangre depura tanto el cuerpo como la mente, y aumenta nuestro ritmo de vibraciones. Para nosotros en el origen fue el soplo de Brahman, la primera vibración. Con la última nos fundimos con esa fuerza primordial en el mismo corazón del universo.

—¡Desde que estoy aquí he visto a centenares de lamas comer carne!

—Todos somos libres de hacerlo, pero los más elevados de entre nosotros prescinden de ella. Probablemente Buda y Cristo jamás se alimentaron de formas de vida que tuvieran corazón, memoria y sentimiento, como nuestros hermanos los animales.

—Pero, por favor, dónde está escrito eso...

—Sin ir más lejos, en el texto que tiene entre las manos. ¿Por qué no cree en su amigo? ¿Sólo porque contradice sus convicciones? Toda convicción tiene mucho de convención. Y las convenciones cambian a lo largo del tiempo. Nosotros mismos reconocemos que las enseñanzas originales de nuestro señor Gautama han sido alteradas. Si esto ha sucedido en un país como el nuestro, donde apenas nada ha cambiado en miles de años, qué decir acerca del mensaje de Cristo en Occidente...

Kupka parecía no salir de su ofuscación. Naropa siguió hablando sin reparar en que sus alumnos habían comenzado a congregarse a su espalda.

—Durante milenios los occidentales nos han considerado idólatras animistas. De hecho, la aceptación de nuestra filosofía es muy reciente en su mundo. Todavía hoy se la mira con recelo, y, por supuesto, se sigue ocultando todo aquello por las verdades oficiales del catolicismo.

»Su Biblia dice que Cristo murió en la cruz. Pero nuestro *Libro de los Nacimientos* afirma algo que coincide misteriosamente con los gnósticos cristianos y con el Corán. Según estos libros sagrados, el Nazareno no murió en el Gólgota. Unos

dicen que de camino al Calvario, Dios transfiguró el rostro de Simón el Cirineo, haciéndole adoptar la fisonomía de Cristo, de manera que pudiera huir... Y otros sostienen que uno de sus apóstoles le suplantó en el Huerto de los Olivos: de ahí el beso de Judas, que no consumó ninguna traición, sino la salvación de su Maestro. ¿Para qué? Tal vez para que preservase su vida y continuara su misión...

—Que no era otra sino subir al Tíbet, ¿verdad? —se jactó Kupka.

—Él ya había estado antes aquí, en su primer viaje. Nuestros libros también afirman eso. Dicen que pudo conocer al divino Mahavira que llamaba a la purificación del cuerpo y el alma por medio de una vida ascética, la nobleza de actos y el respeto a los seres vivos. También sabemos que, antes de entrar en el Tíbet, ayunó en el desierto, al norte de Cachemira. Luego subió a la cumbre del Kailas, nuestra montaña sagrada, donde le tentó el demonio de los nueve reinos. Al descender visitó la biblioteca de nuestro gran monasterio, el Jo Kang, donde bebió en sus mismas fuentes toda la sabiduría milenaria de los Vedas, Sutras y Vihayas. En fin, poco antes de partir le fue practicada la operación ritual que permitió la apertura de su tercer ojo y la visualización de la ciudad de Agartha, donde mora el rey del mundo, Brahytma, quien puede hablar directamente con el Creador de todos los Mundos...

—Basta ya de literatura barata... —le cortó Kupka incómodo por el círculo de novicios que atendían embobados al maestro—. Discúlpeme, pero esto no es un catecismo budista —insistió, agitando su libro de actas—, ni una novela esotérica para débiles mentales. Muéstreme datos fehacientes de lo que está contando, la pintura real de los hechos.

—Le puedo mostrar otra pintura. Pero tendrá que ir hasta Sicilia si quiere conocer el original. En Palermo, en el palacio Abatellis, se exhibe una tabla del siglo xv atribuida al maestro del Políptico de Corleone que muestra una coronación de la Virgen. Al pie de la Virgen verá una representación insólita de Cristo: sentado en meditación, en postura *padmasana*, con las piernas cruzadas en la posición del loto y las palmas abiertas sobre sus rodillas. Todo un evangelio en un solo gesto.

—Un capricho del artista...

—Se trata de un mensaje esencial, como tantos otros que contenía su religión cuando Cristo la predicó por Galilea tras regresar del Tíbet. Pero ya en el primer concilio de Jerusalén, en el que Pedro y Pablo llegaron a las manos, se impuso una Iglesia de poder que sepultó su mensaje de luz y de alegría, y lo sustituyó por otro de tinieblas, sufrimientos y castigos. Así lo crucificaron por segunda vez, y así lo mantienen en sus templos: crucificado, torturado, vencido.

»Al amparo de esa tétrica imagen se difundió la liturgia macabra del pecado original, del que Cristo no habló en ningún momento, y se eliminaron sus testimonios acerca de la reencarnación, en la que creían él, sus verdaderos apóstoles, nuestros budas, y todos los príncipes iluminados.

»La vida es aprendizaje incesante, una senda de pruebas cada vez más arduas.

Pero también es creación, ascensión, transfiguración. Subir al cielo con el sol de cada mañana, navegar sobre las colas de los cometas, sentirse unido al milagro de los mundos y ser feliz, pues la alegría y la fe son una misma cosa: ponte en camino, si caes levántate y sigue caminando vida sobre vida hasta que se abran las puertas del Nirvana, hasta que tu corazón se funda dentro de la gran inteligencia cósmica, la estrella Origen, la superconsciencia.

—Pero ¿de verdad cree en esas cosas? Usted que ha estudiado en Zurich y en Berkeley...

—Creía antes y creo aún más después de ver todo lo que vi en su mundo. Es ahora cuando estoy más convencido de que hemos entrado en la negra edad del Kali Yuga. Una edad de hierro y fuego, un tiempo de destrucción abocado a un terrible final. O como dicen sus físicos más eminentes, una entropía global de consecuencias impredecibles. Los que nos sobrevivan, además de un planeta tóxico, habitarán un mundo espantoso de hombres animalizados. Sin luz en su cerebro, ni en su corazón.

—Ya, y a base de dietas vegetarianas y mucha meditación en la posición del loto mirando a las estrellas, unos pocos elegidos se salvarán... O vendrá una nave fletada por el Rey del Mundo desde la estrella Origen para salvarles...

—Nosotros siempre hemos creído en el poder psíquico del hombre —Naropa dejó caer sus palabras mirándole fijamente a los ojos—. Todo cuerpo vivo es un generador de campos electromagnéticos, el cosmos está constituido por una masa de vibraciones. Hasta esos gigantescos Himalayas no son más que una trama de partículas elementales flotando en el espacio. Sucede lo mismo con cada hombre, y con cada espíritu de lo que fue un hombre y ahora es una nube de moléculas tan separadas que podemos pasar a través de ellas sin verlos ni sentirlos, pero están ahí, vibrando como nosotros...

»Todo eso existe, Kupka, y yo que usted me cuidaría mucho de ser tan sarcástico. Más increíble me resulta a mí que un arqueólogo, que al fin y al cabo construye todas sus teorías sobre hipótesis, sea tan incrédulo.

Desde su atalaya, Manuel recordó su época de Qumrán, cuando el mentor de Kupka, John Marco Allegro, raspaba vasijas que —según él— habían contenido esperma del Redentor, por no hablar del *hongo Cristo*. Se le escapó una sonrisa. El discípulo de aquel visionario se había convertido en un intransigente guardián decidido a impedir que nadie transgrediese el orden establecido.

—No se equivoque —Kupka endureció el gesto—. Los arqueólogos no confundimos las hipótesis con las fantasías.

—No se trata de ninguna fantasía —continuó Naropa recuperando su tono conciliador— sino el objeto de estudio de los físicos moleculares y los neurólogos más eminentes. De la misma manera que la música tiene distintas octavas, cada cerebro humano vibra en una escala determinada. Los hombres con más luz vibran en una escala más alta, irradian como soles, de ahí los cercos de luz que rodean las cabezas de los iluminados y los santos en todas las culturas. Cuando era niño, vi con mis propios ojos a un lama centenario que

meditaba cubierto con una simple túnica sentado sobre un glaciar a cinco mil metros de altura... y el hielo se derretía bajo su cuerpo.

»A ese calor, a esa vibración, o a ese campo cuántico, nosotros lo llamamos *akasa-mana*. Una multiplicación del poder energético del hombre, unas fuerzas psicofísicas que nos hace semejantes a dioses, hijos de la misma energía que mueve a las estrellas, y herederos por tanto de una cierta genética solar, como sostiene la traducción de su amigo. Uno de sus chamanes más venerables, que también pasó por Zurich y por Berkeley, escribió: «no hay más futuro para la humanidad que el que se derive de enlazar la energía que hace palpitar a las estrellas con la que todavía duerme en nuestro cerebro. Creo que se llamaba Albert Einstein.»

Era la exposición más brillante que había oído en mucho tiempo, y Manuel no vaciló en aplaudir silenciosamente desde la terraza. Nadie podía verle, nadie le oyó. Pero Kupka lejos de rendirse, se replegó sobre sí mismo como un alacrán:

—Están todos completamente locos, pero no voy a pasar por ahí. Mi academia no puede validar esta traducción ni este texto, y así lo haré constar en mi próximo informe.

—Siento defraudarle, pero eso no nos preocupa...

—Claro, sé muy bien qué les preocupa: que la losa no entre en colisión con sus verdades reveladas. Al fin y al cabo su religión también se ha constituido en una Iglesia tan putrefacta como el Vaticano, con su misma estructura de poder y sus mismos hipócritas principios alzados para sostener sus privilegios a costa de los miserables campesinos que trabajan para el clero en condiciones feudales. Qué nauseabunda doble moral la suya: prohíben matar animales, pero luego traen a musulmanes afganos o pakistaníes para que hagan ese trabajo fuera de sus lamaserías, y les sirvan bien fresca esa carne que luego comen hasta hartarse. ¡Y encima desprecian como a intocables a los pobres pakistaníes! Igualmente, predicán la austeridad y el celibato, pero dentro de sus gompas se consienten el matrimonio y hasta la poligamia. Usted mismo tuvo dos mujeres, y ahora le queda una que sigue usando y manipulando como le viene en gana... Nadie esperaba un alegato tan brutal. Todas las miradas se dirigieron hacia Naropa, que le devolvió el libro de actas:

—No puedo consentirle que me insulte, míster Kupka.

El arqueólogo apretó las mandíbulas, pero no se retractó y concluyó con una voz tan recia que hasta Manuel pudo escucharle claramente:

—Ahora debo callarme religiosamente y retirarme con una respetuosa reverencia, ¿verdad? Que nadie sepa que el venerable Naropa está usando a su joven y bella mujercita para seducir al viejo loco de Nájera.

Los gongs llamaron al servicio del templo, pero nadie se movió. El rostro de Kupka era un coágulo de ira contenida. A Naropa se le veía demudado.

—Le ruego que abandone inmediatamente este recinto, míster Kupka. Váyase, se lo pido por su bien —añadió presionando su brazo con delicadeza, pero con una determinación invencible—. Mañana se arrepentirá de todo lo que ha dicho y vendrá a pedirnos disculpas. No sé si podré aceptárselas.

El arqueólogo le mantuvo la mirada y la tensión hasta el límite, luego se retiró sin darse por vencido, pero dejó un cadáver en una terraza y era mi amigo Manuel. Al oír en su boca el nombre de Tara sintió un fuerte golpe en el pecho: su corazón dejó de palpitar, luego rompió a latir aceleradamente, y cada latido ensanchaba la herida. ¡Tara, su amante, su iniciadora, su hechicera, no era una mujer libre al servicio del templo, sino la esposa del lama Naropa!

Pese a que sabía que muchos lamas estaban casados, y tenían hijos, y también que era relativamente usual que ofrecieran sus esposas a sus invitados, como una cortesía más, aquello no podía aceptarlo. Lo de Tara con él había sido otra cosa, se lo decía su corazón. Entonces, ¿por qué le dolía tanto aquella insidia vertida por Kupka delante de todos? ¿Tal vez porque era cierta? Sí, tal vez fuera cierto que Tara se prostituyera obligada por aquel otro miserable que se jactaba de ser un espíritu puro y elevado, el lama Naropa, el mismo que parecía defender con tanto desprendimiento y tanta lucidez su traducción... O sea que ese repugnante tartufo había metido a su mujer en su cama para mediatizar su juicio cuando comenzara a traducir el Libro de Cristal. Así se entendía mejor el misterioso desplazamiento de Tushita de una estancia a otra, para que no entorpeciera las maniobras de su cortesana. Y todo lo demás. Cómo se habían burlado de él, unos y otros, todos, hasta la misma Tara, desde el principio.

En medio del torbellino de dolor, pasaron por su mente todas sus confesiones de amor, sus promesas, sus besos, sus rendiciones. ¿Qué había detrás? Cuanto más lo pensaba más le convencía la imputación vertida por el maldito Kupka. Para los fariseos de la orden Nyingmapa, el peligro no estaba tanto en que la losa hablase de estrellas vivas y genéticas solares, sino en la posibilidad de que las últimas palabras del Buda Maitreya, fuese quien fuera, pusiesen en cuestión la doctrina sobre la que se fundaba su orden. Porque, a fin de cuentas, eso era lo que se suponía que contaba el Libro de Cristal. ¿Y si ese Buda de los últimos días se hubiese decantado definitivamente por el sendero Mahayana, desechando el canon Hinayana sobre el que se fundaba toda la superioridad doctrinal de Naropa y los suyos? Eso sí que supondría un cataclismo más terrible que la ocupación china: una revelación que supondría el fin de Mulbek, el definitivo crepúsculo de los dioses del bonete rojo y la túnica azafrán.

¿Pero qué importancia tenía ahora hasta el hundimiento de los Himalayas, en

comparación con lo que había supuesto para él la traición de Tara? Sintió que algo se le rompía dentro, y los diques que contenían su pasado comenzaron a manar un líquido oscuro del que se alzó el peor de sus demonios familiares. Acababa de tomar un buen trago de su segunda botella. Al ir a dejarla sobre la mesa creyó sentir la caricia de una mano: una mano helada. Era la mano de Carmen recién muerta, todavía balanceándose en la mecedora de su terraza frente al lago. También ella parecía examinarle con una lenta mirada de sus ojos entrecerrados y una media sonrisa entre amarga y burlona. «¿Pero cómo has podido ser tan estúpido, Manuel? ¿No te das cuenta de que esa preciosidad podía ser tu hija? ¿Cómo se iba a acostar por amor con un viejo como tú? Claro que a ti eso siempre te dio igual, jamás te importó una mierda engañarme ni con tus amantes ni con tus putas.» No fue así, Carmen: yo nunca te engañé. Tú a mí sí. Tú sí que me engañaste. «Por favor, Manuel, ¿ya no te acuerdas de cuando te pillé haciéndolo aquí mismo?» Eso sucedió mucho después de que te suicidaras, Carmen. «No, yo no me suicidé, me mataste tú, canalla, y nunca te perdonaré.» Manuel bebe suplicando que el licor le arrase la memoria. Cierra los ojos y ya no sabe dónde está, si en la gompá de Mulbek o en su villa de Bellagio, diez años atrás y a diez mil kilómetros de distancia. Junto a la botella de arak tiene un cuaderno de tapas amarillas. Junto al combinado, Carmen acaba de dejar un revólver plateado con el que le gusta jugar delante de él. Pese a su aspecto inofensivo —se trata de un revólver tan pequeño que casi parece de juguete—, él detesta verla así. ¿Sabía entonces que ella estaba embarazada y que le obsesionaba la idea de suicidarse? ¿Sabía que se acostaba conmigo y que sufría por él? En realidad, ¿qué sabía de ella? ¿Y qué sabía de Tara, a fin de cuentas? ¿Sabía si le quería o no? ¿Sabía qué había dentro de sus besos, amor, mentiras, angustia, un simple juego? Qué casualidad que precisamente la noche anterior hubieran jugado a eso. Al menos ya no tenía que volver a preguntarle por qué le quería. Dieter Kupka había respondido por ella.

¿Tiene Tara algo de culpa? —se pregunta Manuel en su cuaderno, unas cuantas páginas más adelante—. No sé, ahora la recuerdo haciendo el amor conmigo y puedo imaginarla perfectamente así, absorbiendo toda mi fuerza vital a través del sexo, como los súcubos de las leyendas medievales, como un verdadero vampiro. Sin embargo, aunque fuera cierto, no es eso sino su engaño lo que me duele, el engaño y la burla. Cuanto más viejo eres no te vuelves más duro, te vuelves más vulnerable. Debe ser esta la razón por la que me resisto tanto a creerlo. ¿Y si, después de todo, Tara me quisiera de verdad, pese a estar siendo utilizada por los lamas como un instrumento de control sobre mí?

Siguen unas líneas tachadas, ilegibles, hasta el final del párrafo. El siguiente comienza con un giro desconcertante:

Pobre Tara. Pobre Naropa. Pobre Kupka. Valientes conspiradores. No saben que la conjetura que se afianza en mi mente de día en día no tiene nada que ver; ni con lo que temen, ni con lo que esperan de mí. El primer fragmento de la losa me hizo sospechar que su contenido era algo extraordinario. El tercero ha superado todas las expectativas. Ya no se trata del gran Buda anunciando a su sucesor. Este tercer extracto lo cambia todo, y lo que puede salir de aquí es una revelación cien veces más explosiva que la que surgió de Qumrán. Lo reconozco, tengo miedo, quizá no debería seguir adelante.

¿A qué se refería? ¿Qué había descubierto? ¿Qué revelación tan extraordinaria podía ser aquella para que un hombre como él la considerase «cien veces más explosiva que la que surgió de Qumrán»? A Manuel Nájera le fascinaban los desafíos, los misterios indescifrados, los enigmas sin respuesta. Pero en ocasiones, cuando comenzaba a entrever la solución, su respuesta era desaparecer, precisamente para que siguiera vivo el enigma. Es la única explicación que encuentro a los hechos que sucedieron después.

Al día siguiente, cuando Tushita vino a recogerle para llevarle al campo de excavaciones, lo encontró perfectamente sobrio y en pie, revolviendo su equipaje. Por el monasterio había corrido como la pólvora el incidente entre Kupka y el venerable Naropa. Sin duda el chófer esperaba que Manuel le preguntase unas cuantas cosas. Pero al verlo así, lo primero que pensó fue que Nájera San había decidido regresar a Europa. Sin embargo, al volverse observó que tenía un sobre lacrado en las manos —¿podía ser el mismo con el que entró en su Cadillac quince días atrás, cuando lo recogió en Srinagar?—. Aunque lo fuera, Manuel Nájera no parecía dispuesto a perder ni un minuto en confidencias.

—Tienes que llevarme al monasterio de Tielontang. Necesito ir hoy mismo.

—¿Tielontang? —preguntó Tushita, atónito—. ¿Sabe lo que me está pidiendo, Nájera San? Eso queda al otro lado de la línea de demarcación, en territorio chino. Es muy peligroso...

—No me importa el peligro, asumo toda la responsabilidad.

—Pero, señor, no se trata sólo de los controles del ejército. Por las montañas hay guerrillas fuera de control que disparan contra todo lo que se mueve. Les da igual que usted sea europeo, chino o tibetano...

—A mí también me da igual lo que piensen los guerrilleros. Si me matan, harán un mal negocio conmigo. Aunque, bueno, si los que me ejecutan son los chinos, sé que tienen por norma enviar a la familia del difunto la factura de la bala que gastaron para quitarle de en medio. Lo vi en una película de Richard Gere...

—No bromeé, Nájera San. En primer lugar, para cruzar con garantías la línea de demarcación, necesitará un visado. En segundo lugar, para evitar a los guerrilleros, será mejor que salga de la carretera y se aventure por las pistas de montaña, y para eso necesitaríamos un todoterreno. Por último, supongo que sabrá orientarse con un mapa y una brújula...

—¿Quieres decir que tú no vas a acompañarme?

Tushita le miró abatido.

—Aunque quisiera, a mí jamás me concederían el visado, Nájera San. Sólo por ser tibetano, ya soy sospechoso para los chinos. En cuanto al resto de mi historia, ya sabe que de joven me detuvieron por actividades subversivas...

—Vaya, no contaba con eso... —exclamó Manuel, queriendo disimular su contrariedad—. Es igual, iré solo. ¿Puedes conseguirme el todoterreno, el mapa, la brújula y todo lo demás...?

—¿Para cuándo quiere el todoterreno... y cuánto tiempo lo va a necesitar?

—Para mañana, si es posible. Espero regresar al día siguiente.

—No, imposible, Nájera San. El visado no lo conseguirá en menos de tres días, y eso sólo si convence a míster Kupka de que necesita unas vacaciones.

—Eso no será difícil —ironizó—: algo me dice que está deseando perderme de vista.

Tushita reprimió una sonrisa que redujo sus ojos a dos trazos oblicuos.

—Confiemos en que acepte con el mismo fairplay cualquier otra pérdida. ¿Se dice fairplay, señor? ¿Es así?

—¿A ver, a qué te refieres?

—Oh, nada, cosas de Lord Buda. Por cierto, Nájera San —siguió Tushita, variando de la media sonrisa al tono circunspecto—, ¿puedo preguntarle cuál es el motivo de su viaje a Tielontang?

—No, *top secret*, no puedes preguntármelo.

Entonces el chófer tuvo un comportamiento inusual. Se acercó a su escritorio y rondó con su mirada el sobre lacrado. ¿Se atrevería a cogerlo?

—De acuerdo, Nájera San, ya no le pregunto más... Pero si ese viaje tuviera algo que ver con la noche del Mogul Gardens, en Srinagar —exclamó, mirándole fijamente—, ¿puedo aconsejarle que no lo haga?

Manuel se quedó de una pieza, pero al momento respondió con otra pregunta.

—¿Qué sabes tú de la noche del Mogul Gardens?

—Sólo una cosa, señor: que alertó a la policía india y que la noticia llegó hasta aquí. Seguro que ha pasado también a la zona china.

—Mi viaje no tiene nada que ver con esos asuntos, Tushita, quédate tranquilo. Te agradezco que te preocupes tanto por mí, pero mi decisión es firme.

—Debe saber, señor, que en Pekín hay mucha gente que está deseando que estalle algo parecido a una guerra entre India y China a cuenta del Tíbet... Sería el pretexto perfecto para exterminar a los tibetanos que viven en la zona de demarcación y repoblarla cuanto antes con campesinos de sus provincias...

—Esa no es mi guerra, Tushita —le cortó Manuel—. ¿Acaso es la tuya?

—Sólo hasta cierto punto, señor —dijo entonces el tibetano, como si hablara para sí mismo—. Uno pertenece a una familia, a un pueblo, a una forma de vida... Uno pertenece a todo eso... hasta que se nace.

—¿Hasta que se nace a qué? ¿A una religión, a una revelación, a una revolución...?

—Los tibetanos no somos esclavos de los chinos, ni queremos seguir siendo esclavos de los lamas que pactan con ellos. En otro tiempo éste era un país grande, más poderoso que India y China...

—¿Y qué te hace pensar que yo he venido a destruirlo? —le reprochó Manuel, que no entendía ni aceptaba ese cambio de tono—. Me hablas como si también yo fuera culpable.

—A veces se es culpable sin ser consciente de ello, señor.

—Ya está bien, Tushita. ¿Qué demonios quieres decirme?

—Nada, señor, solamente una cosa —exclamó, dejando la carta lacrada sobre la mesa y dirigiéndose hacia la puerta—: recuerde que todos nuestros actos tienen consecuencias, arriba y abajo. Lo dijo Lord Buda: no destruya lo que no es capaz de comprender.

Era una buena frase, una de esas frases que abren un cerco de silencio. Manuel esperó a que se disipara el cerco, y luego preguntó:

—Entonces, ¿puedo contar contigo?

El tibetano se volvió arqueando una ceja:

—Soy su chófer, Nájera San. Puede contar conmigo para lo que quiera. Pero debo decírselo una vez más: no le va a ser fácil llegar allá. Nada fácil.

Manuel siempre creyó que este mundo estaba acabándose y que nos encontrábamos en el umbral de un tiempo nuevo. Creía en la existencia de un apocalipsis personal que hemos de atravesar en esta vida, creía en la resurrección de cada uno de nosotros, los muertos vivientes, pero también en la de los mundos. Y no era ningún imbécil convertido de repente a una religión postmoderna. Era un rebelde, un heterodoxo nada convencional. Hablaba de la Luz con mayúsculas porque de algún modo, cuando estaba borracho, incluso cuando estaba sobrio, él podía verla.

Fuese locura o verdad, esa lectura de la vida le hacía aún más insoportable ante los doctos de corazón seco como Dieter Kupka, y lo supo desde del primer día de su reencuentro. Tras el episodio del día anterior al menos le cabía el consuelo de que ya ni uno ni otro tenían por qué disimular su aversión mutua. Aunque Kupka no tuviera la certeza de que Manuel hubiera escuchado su disputa con el lama, suponía —y no se equivocaba— que el escándalo había llegado a sus oídos.

De hecho, aquella mañana, cuando vio venir a Manuel a través del ventanal de su pabellón prefabricado, ya tenía decidida su estrategia: nada de pedir disculpas, ni tampoco de entrar en el terreno de las descalificaciones personales. Nájera había sido convocado para traducir el Libro de Cristal. Ya era un exceso injustificable que se hubiera consentido la excentricidad de comenzar por la losa de basalto. Había tomado una decisión: no aceptaba esa traducción delirante y punto. El expediente que acababa de rubricar seguiría su curso, y el loco se enteraría de la cancelación de su contrato por la misma Gulbenkian Foundation. Todo muy aséptico, muy profesional.

Manuel tomó asiento en su despacho, rebotante de naturalidad, para pedirle exactamente eso.

—¿Cómo dices? Repítemelo, por favor... —exclamó, atónito—. ¿Que ahora necesitas una visa diplomática para cruzar a la zona china?

—Sí, exactamente.

El teutón no acababa de encajar el gesto, pero en su fuero interno celebró de inmediato la posibilidad de perderlo de vista.

—Mira, Nájera, si no te conociera, me parecería una broma... Y aun así, no sé, me resulta tan sorprendente que quieras hacer turismo en tus circunstancias...

—¿A qué circunstancias te refieres?

Hasta un ciego hubiera podido leer en los ojos de Manuel la herida que la joven esposa de Naropa había abierto en su corazón. Kupka se sintió culpable:

—Vale, no he dicho nada. ¿Quieres un visado? De acuerdo, mañana mismo te lo tramito —añadió, en su tono más hipócritamente presbiteriano—. Si tu decisión es firme, yo la respeto y punto. No estoy aquí para pedirte explicaciones.

—Tú no, pero yo sí.

—No te entiendo... —respondió Kupka temiéndose lo peor.

Manuel sabía hacerle sufrir.

—Me refiero a lo que hay dentro y fuera de la caverna —precisó desconcertándole de nuevo—. Llevo cinco días cotejando el mapa grabado en el techo de la cueva y las caligrafías de la losa... ¿Recuerdas el mapa?

—Por supuesto: lo tenemos microfilmado en alta definición —aliviado, Kupka abrió la nevera—. ¿Te puedo ofrecer una Franziskaner helada...?

—Verás —Manuel apuró el primer trago directamente de la botella—, la idea de cotejar esas dos escrituras te la debo a ti.

Kupka enarcó las cejas en un gesto de pasmo absoluto.

—Sí, a ti, y por favor no pongas esa cara...

—Te confieso que me rompes los esquemas.

Manuel se pasó la mano por el rostro como si intentara concentrarse:

—Es cierto, hay que estar bastante loco para tumbarse sobre una placa escrita hace mil años y ponerse a acariciarla con los ojos cerrados, a la espera de que hable... Soy consciente, Kupka. A veces, cuando me tumbo sobre la piedra me siento como un imbécil con un abrelatas en la mano preguntándose por dónde empezar. Pero desde el pasado jueves, he tenido una sensación nueva... He sentido que debajo de la escritura borrada no sólo hay un texto, sino algo maravilloso. Algo que la conecta con la Cámara del Embrión. De momento no puedo probarlo, pero te aseguro que mi intuición es tan poderosa como una llamada...

—Ya —intervino Kupka, aparentemente comprensivo—, y esa llamada te llega de la zona china...

Manuel ni siquiera reparó en que le había interrumpido.

—Has dicho que recuerdas bien la forma de ese mapa en el techo de la Cámara del Embrión. ¿Puedo preguntarte qué representa, a tu juicio?

—Es evidente que se trata de un gran mandala... donde los puntos nodales parecen marcar constelaciones.

—Exacto, ¿y de qué constelaciones estamos hablando?

—Averiguar eso no forma parte de mis competencias, pero no te oculto que lo he consultado.

—¿Y qué?

—No sé... Al menos la estrella central, esa estrella de seis puntas dentro de una esfera roja en el centro del mandala, puede ser un ideograma de Júpiter.

—Muy bien, perfecto. ¿Y esa imagen de Júpiter, qué constelación preside?

—¿Podría ser la de Piscis?

—¡Bravo! ¿Y con qué podemos relacionar ese pez...?

—¿Con el pez grabado sobre la losa a los pies del Buda?

—Rotundamente sí.

—Ya, y después de eso qué... ¿Me vas a recordar que el pez era el símbolo de Cristo entre los primeros cristianos?

—Y también la montura de Varuna, el dios que preside la restauración cíclica. Y también un avatar de Visnú, el que salva del diluvio a Manu, guía su arca y le confía los Vedas, o sea, el conjunto de la ley y la ciencia sagrada...

—Muy bien, vale, ¿y qué más?

—Algo absolutamente insospechado, Kupka. Hasta donde la conoces, seguro que sabes que la lengua vatannan, la de la losa, se basa en un código de signos redondeados que equivalen a valores silábicos... ¿Me sigues?

—Perfectamente.

—Sabes también que cada signo incluye una especie de cápsula con un ideograma que equivale al alma de la palabra...

—Adelante.

—Recuerda los cuatro animales que aparecen en mi primera traducción de la losa: el gallo, el mono, la serpiente y el pez... En la segunda traducción aparece un quinto animal, el cordero.

—Ya, el quinto elemento.

—Y algo aún más increíble: la quinta estrella del mandala. Porque ese mandala grabado en el techo de la Cámara del Embrión no sólo dibuja la constelación de Piscis, presidida por la gran estrella roja del este celestial —Manuel marcó una pausa, para que Kupka recordara dónde había oído aquello—, sino que marca un rumbo para llegar a ella.

En efecto, Kupka palideció de pronto. No tanto por la locura de Nájera, sino al recordar quién le había hablado de aquella estrella roja. Había sido Naropa, durante su disputa del día anterior. Eso significaba que Nájera no sólo conocía el suceso, sino que su información al respecto era exhaustiva...

—Vuelvo a perderme —farfulló avergonzado.

—No te preocupes, yo te ayudo —añadió Manuel—. Aquí, en Mulbek, dentro de cada uno de esos ideogramas, los que dan voz a los animales simbólicos, en vez de una palabra, hay un signo. Un signo universal en lugar de una sílaba en vatannan. ¿Qué sorpresa, verdad? Para el primero una especie de esvástica, ya sabes, el signo solar de la cópula cósmica... Para el segundo una espiral, otro signo solar, pero ya en evolución hacia alguna parte. Para el tercero, una estrella de seis puntas, como el sello de la casa de David. Para el cuarto, una cruz sobre el pez... Y para el quinto... ¿para el quinto qué?

—No me digas más: Jesucristo Superstar.

—No, nada de eso, o tal vez sí... Para el quinto, para el cordero, una superposición de la esfera, la estrella y la cruz, que, como sabes, era el emblema de los nestorianos, los primeros cristianos que llegaron hasta el Tíbet a finales del siglo I de nuestra era, probablemente siguiendo a los esenios de Qumrán...

—Lo siento, pero no veo la relación entre el mapa y la losa.

—Claro, porque me falta explicarte lo más increíble. Los cinco animales forman un dibujo sobre la losa. Un dibujo que se corresponde, punto por punto, con las cinco estrellas grabadas sobre el techo de la caverna. ¿Lo entiendes ahora?

—No del todo, pero ya ves que te sigo perfectamente. Aunque mejor si me ilumino con otra cerveza. ¿Quieres otra? —preguntó pasándole ya una abierta—. Y ese descubrimiento trascendental, ¿adónde nos lleva? ¿A localizar una nueva civilización extraterrestre, o simplemente a corroborar que el ser humano procede de Orion y evoluciona hacia Júpiter?

—Nos lleva, ni más ni menos, a superponer el plano de las estrellas y los animales sobre el mapa físico de la región. Yo lo he hecho. ¿Sabes con qué puntos geográficos coinciden? La serpiente es Srinagar, Mulbek es el pez...

—¿Y el cordero?

Manuel marcó una pausa escénica y un trago antes de responder:

—El cordero lleva dos mil años pastando en un pequeño monasterio nestoriano situado precisamente al norte de la zona de demarcación, en el Aksai Chin. El monasterio de Tielontang.

«De acuerdo, jugada maestra, círculo cerrado: ahora lo entiendo todo» se dijo su colega, mientras iba recordando aquel reportaje de la revista *Stern* que contaba la historia de ese viejo cenobio: la leyenda de su viña, que los monjes atribuían al mismo Noé, y por supuesto, la gran cruz grabada en la roca viva. Pero cuidado, ¿a dónde pretendía arrastrarle Nájera con ese razonamiento? Prefirió defenderse con nuevas ironías:

—Fantástico. O sea que ahora, además de arqueología, gléptica y hermenéutica preindoeuropea, tenemos que aprender geografía mítica, paisajes encantados y todo eso...

—Exacto. Para los tibetanos el Kailas es el eje del mundo, para los hebreos el Sinaí..., y para nuestra civilización comienzan a serlo las Torres Gemelas de Nueva York, hasta que algún fanático las destruya y las convierta en un mito semejante al de la Torre de Babel. Hace dos mil años aquellos nestorianos, como los esenios de Qumrán, peregrinaron hacia el este siguiendo a su estrella madre en busca de un lugar semejante al paraíso. Lo llamaron Agartha, el lugar donde Dios llevó a Seth y a Enoch.

»Hay quien habla de ella como el origen de una tradición sagrada de origen no humano, de la que proceden todos los príncipes de la inteligencia cósmica, como Buda y Jesucristo, que son enviados de tiempo en tiempo con el fin de preservar este mundo. Hay quien la describe como el centro espiritual supremo, un eje de poder secreto, a salvo de la espiral de locura violenta y autodestructiva que parece poseer a los que detentan cualquier forma de poder en este planeta. Una de las puertas hacia ese mito la tenemos encima de nuestras cabezas, o mejor, encima de la cabeza del Buda Rojo: es la Puerta de Mulbek. La otra, tiene que estar en el monasterio nestoriano de Tielontang.

Tras su disputa con Naropa, Kupka, optó por una estrategia nueva: nada de confrontaciones.

Escuchó a Nájera sin refutar aquella teoría que se le antojaba, cuando menos, demencial. Luego miró al techo, después a su cerveza y por último a su colega. Antes de hablar desplegó una sonrisa condescendiente.

—No me digas más: ya veo la concordancia entre el poder de las estrellas, la energía *mana* de la que irradiaba la gloria de Dios contenida en el Arca de la Alianza y, en fin, esa geografía maravillosa donde se triangulan los más fantásticos centros de poder. Naturalmente, como Noé tras el Diluvio, Moisés a través del desierto, y los tres Reyes Magos, también los nestorianos seguían una estrella. ¿Cuál? La primera estrella, la estrella Origen, la estrella del Pez y del Cordero en cuya bisectriz se sitúa, ni más ni menos, la subterránea y supercríptica cosmópolis de Agartha, el eje del mundo. *It's wonderful, my dear!* —prosiguió, cada vez más sarcástico—. No entiendo cómo no te nombran de inmediato gran maestro del Priorato de Sión, pues al fin te ha sido revelado el gran secreto cifrado en Qumrán y preservado en la mítica biblioteca de los cananeos ¿No es así?

»La raza humana no tiene nada de humana, en realidad se trata de una raza solar dotada con un inmenso potencial y un destino cósmico. La clave consiste en encadenar nacimientos hasta una progresiva desmaterialización. Así nos convertiremos en ángeles y luego en estrellas, como dice tu traducción, «pues en el destino del hombre está escrito llegar al corazón del universo para ser soles nuevos». En el fondo, todo esto no es más que una elemental cuestión de genética interplanetaria...

Pese al sarcasmo de su colega, el gesto de Manuel continuaba siendo extrañamente cálido y conciliador.

—Por un instante, John —le dijo, utilizando su nombre por primera vez—, he llegado a pensar que hablabas en serio. Ya veo que no, y es una lástima. No porque seas incapaz de creer en algo que no figure en tus manuales, sino por lo poco que te respetas a ti mismo: si te conocieras un poco y supieras lo que eres capaz de hacer, no estarías aquí sentado, esperando a que los viejos babuinos de la Gulbenkian te concedan una de sus medallas de hojalata, el premio al primero de la clase, por haber descubierto el Libro de Cristal.

—Naturalmente, me hubiera adelantado y estaría ya dominando las Tierras de Poder, como Sean Connery y Michael Caine en *El hombre que pudo reinar*.

»Tu cinismo no es más que una defensa, John, igual que tu ciencia para ciegos. No la utilizas para saber, sino para defenderte de todo lo que te inquieta. Cuando sueñas, si es que sueñas, seguro que tu alma te dice que estás aquí intentando recuperar algo perdido. Pero con sólo imaginar qué, te despiertas

aterrorizado y te refugias en tus biblias agnósticas, en tus decálogos donde te pone muy claro qué se puede pensar y qué es lo impensable, y eso te tranquiliza. Sólo sabes ver con la mente, pero la mente sólo ve lo que le dices que vea. La mente no puede abrir los ojos y ver más allá.

Consecuentemente, no te atreves a imaginar un mundo diferente al que te han contado. No hay más que echar un vistazo a tus trabajos: la repetición de la repetición, el monólogo del loro ilustrado. Te empeñaste en ser un gran arqueólogo, el mejor del mundo, y fracasaste. Pues probablemente tu fracaso sea lo mejor que te ha sucedido: lástima que no supieras aprovecharlo. Te equivocaste en Qumrán, pero hubieras debido seguir adelante. Al final, seguro que habrías acertado, encontrando tu propia puerta. Pero en lugar de eso, te dejaste vencer, y te has convertido en el gran inquisidor de toda visión que no coincida con la de tus verdugos...

»Algún día, en este mundo de cretinos tecnológicos, todo dejará de funcionar, y sobrevendrá una oscuridad como no se ha conocido en toda la historia de la humanidad. Entonces hasta los ciegos se quitarán la venda de los ojos y serán testigos de una nueva visión, en la que veremos las puertas que se abren entre ésta y otras dimensiones, y que superarán todo nuestro saber actual. Y entenderemos. Descubriremos científicamente que la vida es un crecimiento infinito, de lo físico a lo metafísico, de la materia a la mente, de la mente al espíritu, es decir, de la losa de piedra al Libro de Cristal, y de los pies del Buda a la puerta sobre su cabeza, porque en esta vida los comienzos y los finales sólo son pasos en un camino eterno: el camino lo es todo, ese camino del que hablaban el Cristo y el Tao, el camino que primero es aceptación y luego revelación y después... »¿Y después qué? ¿Transfiguración del hombre al ángel, fusión con el sol y las estrellas, expansión cósmica...? ¿Pero a ti qué más te da? Tú no admites estas cosas, te tapas los oídos para no escuchar, te amputas los pies para no caminar, como te has extirpado el alma para sobrevivir en tu confortable miseria espiritual. A cambio de una buena paga te has convertido en el guardián de una ortodoxia en la que no crees. Todo por no atreverte a mirar hacia adentro y averiguar quién demonios eres. ¿Pero qué hay dentro de ti a lo que le tienes tanto miedo? Pregúntatelo y hazle frente. Atrévete, porque atreverte ya es para ti una cuestión de estricta supervivencia. Muchas veces en la vida el que queda sepultado por el terremoto es el cobarde que se agazapó bajo una pared, muerto de miedo y angustia. Es inútil que te refugies detrás de esas murallas mentales. Fuera, siempre hay un caballo de Troya esperando que le hagan rodar. Y cuando eso suceda, ¿qué será de ti? ¿Dónde buscarás la seguridad, la certeza, el dogma protector? Entonces verás que no existen, y echarás a correr en busca de una salida sin saber que sigues atrapado en el laberinto de espejos de tu propia pesadilla, y así descubrirás que lo único que te rodea son imágenes deformadas de tu propio yo, y te volverás loco, loco de dolor y de amargura. Escúchame, John, tú mismo te has castrado, y después dirás que alguien te ha cortado los cojones.

Cuando Manuel concluyó su monólogo Kupka abrió su agenda, y preguntó apenas con un hilo de voz:

—No recuerdo para cuándo me has dicho que necesitas esa visa...

—¿Podría ser para mañana? —respondió Manuel con la misma asepsia.

—Haré todo lo posible para que puedas disponer de ella esta misma noche.

—Y yo te quedaré eternamente agradecido...

La puerta del pabellón prefabricado se cerró con un encaje perfecto. Y en cuanto se cerró, Kupka descolgó el teléfono.

¿En qué pensaba Manuel mientras se alejaba tan despacio, como para dejar que algún demonio le diera alcance? ¿Un triunfo dialéctico? Podía ser, pero como Allegro, también él llevaba su derrota a cuestas. Aunque no lo pronunciaran, el nombre de Tara había dominado toda esa conversación y seguía envenenando su mente. Necesitaba salir de esa historia como fuera. Y, si lo necesitaba tanto, ¿cabía la posibilidad de que todo lo demás fuera una invención suya? Todo ese asunto de las estrellas dentro de los animales grabados en la losa, los mapas coincidentes y todo lo demás. Lo cierto es que en su cuaderno amarillo no figura ninguna anotación que corrobore ese hallazgo. No, no me sorprendería nada que hubiera ideado esa fábula para justificar su viaje a Tielontang sin tener que dar cuenta de su motivación real, esa carta lacrada que se había comprometido a llevar hasta allá. Pero no sé...

En ocasiones, Manuel Nájera no dejaba constancia escrita de sus mayores descubrimientos. ¿Y si todo fuera cierto, y realmente hubiera descubierto ese rumbo y esa ruta, de manera que, de pronto, coincidían ambos viajes? Conociéndole, hasta cabe pensar una tercera posibilidad. La posibilidad de que hubiera algo más, una historia más increíble que comenzaba a entrever bajo la losa, quizá la clave maestra que descifraría todo el Libro de Cristal, quizá una historia tan desconcertante que ni siquiera se atrevió a consignar en su libro amarillo.

Desde los años de Qumrán me fascinó la Doble personalidad de Manuel Nájera. Cuando menos lo esperabas, el evangelista incandescente cedía la palabra al charlatán demoníaco que compartía su pellejo, sus palabras de luz se volvían tinta de calamar, y ya no había manera de averiguar cuándo hablaba con el corazón y cuándo su corazón se convertía en un vitriolo capaz de calcinar sus creencias más sagradas.

Se reía de sí mismo, porque ¿acaso no era él quien solía decirme que no puede haber fe sin alegría, ni humildad sin una cierta comicidad, ni sabiduría sin un punto de ironía? Cuando más entusiasmado estaba con algo que acababa de descubrir, pagaba una ronda de maltas y no dejaba de hablar, como si le poseyera un estado de conciencia cercano al trance donde se mezclaba la perorata del sacamuelas y la demoleadora convicción del predicador, poseído por su propia visión de mundos nuevos y cielos nuevos. Era un místico y un borracho, eufórico, depresivo, ciclotímico, genial, el príncipe de la vida y el profeta a quien nadie cree, un ángel caído y el hombre que se eleva hasta el ángel, y a quien por sólo intentarlo ya aborrecemos. Podemos ser muy condescendientes con los que caen, pero no soportamos a los que se elevan. Basta un centímetro: disparamos a matar.

Diez años antes, en San Sebastián, cuando me presentó a Carmen, llegué a odiarle, como envidiamos y odiamos siempre a los hombres que tienen éxito en el amor. Esa era la fuente de su poder, probablemente esa fue también la razón de mi traición. A través de ella, me vengaba de él. ¿Hizo ella lo mismo conmigo? ¿Y él, por qué lo consentía todo, a qué jugaba con nosotros? Aquel excitante *menage à trois* acabó por convertirse en tres vueltas de una soga al cuello. Cada intento por escapar apretaba los nudos, mientras íbamos resbalando por la pendiente con una copa en la mano y un revólver bajo la almohada.

Existe un momento en las crisis de las parejas en que roza los labios una confesión definitiva: «Te quiero más que a mi vida, perdóname y empecemos de nuevo. Por favor, créeme, déjame enamorarte como la primera vez». Seguro que en los días finales este pensamiento cruzó ante los ojos de Carmen y Manuel. Cualquiera de ellos hubiera podido pronunciar las palabras justas. Aquel día, en lugar de eso, él le dejó un mensaje anunciándole que no iría a cenar. Y ella se dejó caer por la fiesta donde yo intentaba olvidarla, deseando no volver a verla.

Hacía calor, un calor sofocante, incluso en aquel ático tan snob con vistas a la bahía. Decoración zen a mil euros el metro cuadrado, iluminación de velas aromáticas, sofás italianos de cuero negro y coca muy blanca por todas partes. No sé qué había fumado, una mezcla de todo con mucho Passport Scotch,

cuando sentí que alguien me acariciaba la mano con un vaso largo.

—¿Voy a pasar la noche sola? —no necesité volverme para saber que era ella.

Música india, a tono con el aire suave y caliente de la noche. Y en el dormitorio donde nos perdimos una cama con sábanas negras, a juego con las gruesas cortinas que enmarcaban un acuario tenuemente iluminado.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté, de esa manera absurda en que se hacen estas preguntas—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Lo hago porque quiero joder a Manuel y acabar contigo de una vez.

—Qué halagador.

—A él le ponía loco que hiciera estas cosas.

Estaba a horcajadas sobre mí, no sé de dónde sacó ese lápiz de labios. Cuando se inclinó para besarme, su melena cayó como seda sobre mi rostro. Sus labios quemaban.

—Demasiado carmín...

—A mí me gusta, lo pongo hasta en mis cuadros. Dibujo grandes cruces de carmín sobre los hombres que han sido importantes en mi vida.

—Pensaba que sólo hacías expresionismo abstracto.

—No, también tengo una galería de retratos.

—Los hombres importantes de tu vida.

—Mis amantes muertos.

Era cierto. Para cuando comenzó el ritual de ese amor prohibido, los dos sabíamos ya demasiado el uno del otro. No importaba lo que cada uno obtuviera de esta transacción. Antes de consumarla ya habíamos sido derrotados, ya estábamos muertos. A horcajadas sobre mí, Carmen se mecía como un alma en pena que buscara desesperadamente entrar en un cuerpo, en cualquier cuerpo que pudiera darle un poco de vida al suyo.

—Siempre me has usado para esto, Carmen, pero esto no es hacer el amor.

—¿Quién ha dicho que lo sea? ¿Aún no te has enterado de que ya no te quiero?

—Está claro, por eso lo haces tan bien... Tu sexo es lo mejor que hay en ti.

—Eres un cabrón —susurró, cada vez más excitada—, acabaré odiándote.

—Pues venga, ódiame un poco, dibújame una cruz de carmín. Crucifícame.

No sé como rodamos de la cama a la alfombra, hasta quedar a un palmo de la pecera. Ella me rodeó el cuello con las piernas y me atrajo hacia sí.

—No tengas miedo de hacerme daño. Lo deseo. Quiero que me hagas de todo, quiero que me hagas daño.

La penetré lentamente, hasta el corazón, sin dejar de mirarla.

—¿Te hago daño?

Bañada por la penumbra verdeazul del acuario, su rostro era una máscara sobre la que se deslizaban las sombras de los peces. Su cuerpo se volvió como agua, su carne se ablandó en una laxitud extrema, hasta que estalló en un orgasmo largo y profundo, como una llamarada en la noche. La miré: estaba bellísima, más bella aún con esas lágrimas que ya no pudo sostener y que acabaron desliziéndose de su rostro al mío.

No sé cuánto tiempo estuve acariciándola. Ahora sé que rendirse absoluta, incondicionalmente, a la mujer que se ama, equivale a romper todas las ataduras, salvo el deseo de no perderla, que es la más terrible de todas.

Esa noche dormimos muy abrazados. Apenas quince días después todo había acabado entre nosotros. ¿Qué hubiera sido de ese niño que nunca nació? ¿Era realmente mío? Tanto si lo era como si no, cada día estoy más convencido de que también fui yo quien lo maté. Pero, a decir verdad, ¿quién mató a Carmen Urkiza? ¿Lo suyo fue un suicidio o más bien un asesinato colectivo en el que participamos todos los que la amamos? Qué tremendo es todo, qué poco sabemos de la vida. Siempre nos equivocamos. Somos capaces de enamorarnos de quienes acabarán apuñalándonos, escapamos de quien ha aparecido en nuestro camino para ayudarnos, nos felicitamos por nuestra buena suerte sin pensar que tal vez el siguiente escalón hacia el éxito oculta un abismo sin fin. Nunca escapamos de nada ni de nadie, excepto para meternos en un callejón sin salida.

Al anochecer resuenan por todo Mulbek las delgadas flautas de fémur humano. Uno de los *tulkus* acababa de rasgar el velo de la muerte. En el patio, una procesión de monjes se dirige hacia la pagoda, que comienza a llenarse de cantos graves y profundos. Durante tres días los lamas recitarán al oído del difunto las letanías del bardo Thodol, para ayudarlo en su viaje hacia el corazón de las estrellas. Entretanto, en su celda se ha colado una maga que le mira fijamente y le pregunta en un susurro: «Dime, ¿qué ves en este sueño?». Manuel despierta bruscamente, viendo brillar las serpientes tatuadas en sus mejillas, el sobresalto le para el corazón. ¡Es ella! ¡Es Tara! ¿Cómo se ha atrevido...? Su primera reacción es apartarse, pero al instante siente que se rinde ante esa mirada.

— ¿Qué veo? Nada. Mirar tus ojos es como asomarse a un espejo oscuro.

— Mientes, Nájera San, yo sé que has visto en mí algo que no habías visto antes en ninguna mujer. Y eso que has visto es parte de ti, aunque te da miedo. Pero yo soy Tara, yo te he escogido, ¿me oyes? Yo te he escogido. Estoy aquí para salvarte, porque sé lo que vas a hacer y he venido para detener tu muerte.

Mientras la escucha Manuel reconstruye aquella conversación entre Kupka y Naropa. «Yo te he escogido», esa es su respuesta, su confesión de amor por encima de todo y de todos. Pero, ¿y eso de que venía para detener su muerte?

— ¿Por qué he de creer en ti, por qué...?

— Porque lo sabes, porque has oído latir mi corazón y sabes que te quiero... Como yo sé que estás a punto de hacer algo muy peligroso, Nájera San, mucho más de lo que tú crees.

No, no es la belleza de su rostro, su curvatura de porcelana en la penumbra, ni esos ojos rasgados. Basta con su voz, la voz de Tara está llena de verdad. Manuel acepta sus caricias, pero se resiste a aceptar sus palabras.

— ¿Quién sabe lo que es peligroso y lo que no lo es?

— Dudar es lo peligroso y tú siempre dudas, y tus dudas pueden causar más daño a los demás que si actuases contra ellos. — ¿A qué se refería, a su viaje a Tielontang? Era imposible que lo supiera—. Lo sé todo de ti, Nájera San — prosiguió, como si pudiera leer su pensamiento—. Estás perdido. Por eso buscas mujeres de luz como yo, pero no ves nada. Te pierdes en los cuerpos, bebes para saciar tu sed, pero nunca llegas al manantial.

— Estoy descifrando un enigma que va a cambiar el mundo...

— Pobre Nájera San, te crees un sabio y no sabes nada. Lo que más desea una mujer, lo único que te va a pedir no es que cambies el mundo sino que le des amor, y tú no sabes dar amor. Sólo cuando sepas dar amor, el libro de piedra hablará para ti...

— Muy bonito, princesa, pero no sé qué tiene que ver lo uno con lo otro.

Además, el libro ya me está hablando. Mira, te voy a contar...

—Calla, no sabes nada. Déjame hablar con la mujer que llevas dentro, Nájera San. Aunque seas hombre, tú puedes dar a luz, como mujer, ¿entiendes? Yo voy a enseñarte, yo te enseñaré siempre, Tara lo sabe todo, sólo por eso tienes que llevarme contigo.

—¿A dónde quieres que te lleve? —Su pregunta está a punto de completarse con un destino. ¿A Tielontang? Pero no lo dice.

Es Tara quien lo dice por él. En efecto, lo sabe.

—Si vuelves vivo del Aksai Chin, me llevarás a Europa contigo. Prométemelo.

—¿Cómo sabes que voy a hacer ese viaje, quién te lo ha dicho?

—Lo sé todo de ti, Nájera San. Sé quién eres, he abierto tu libro y he leído en él. Tu llegada era la señal que esperábamos, no deberías ir más allá. Pero si lo haces, escúchame bien, habrás de protegerte mágicamente y respetar el poder de los que duermen...

—No te entiendo, pero te doy mi palabra de que haré lo que me dices.

—Así lo espero —responde Tara más enigmática que nunca—. Tu camino te lleva a la Puerta, pero aún tienes que pasar otra puerta antes de descubrir qué hay más allá de lo que ahora llamas vida, y esa otra puerta soy yo, Tara, tu reina, la reina que te cortará la cabeza si me desobedeces.

Las ventanas están abiertas, el canto lúgubre de los monjes inunda la celda y al mirarse en ella ya sólo ve unos ojos ardiendo como lignito, después suaves como flores, luego un cuerpo tomando forma bajo la luna, una luna que se hace carne, una mujer que se ofrece simultáneamente como un maleficio y como un talismán. ¿Qué sentido tenía ya que le preguntase por qué? ¿Era la mujer de Naropa y se le ofrecía para condicionar su traducción? ¿O tal vez era verdad que le quería, y buscaba en él alguien que le ayudase a escapar de Naropa, del Tíbet, de su propio infierno? Esa mujer que se le entregaba una noche más no era más accesible para él que el misterio de la losa de Mulbek. Una superficie dúctil al tacto pero impenetrable, casi imposible de leer, ¿y debajo de eso qué?

Cada puerta que se abre conduce a un vacío mayor. Cada mujer de la que te enamoras, te hace depositario de un secreto. Cada vez que hacemos el amor, algo innombrable se da, algo innombrable se recibe. Suenan las últimas campanas, las palomas duermen. Bajo una luna de hielo los monjes recogen sus címbalos y desaparecen en una larga procesión hacia la torre del silencio donde un impuro, un ragyab, despedazará el cuerpo del anciano muerto. En lo alto del acantilado, sobre la cabeza del gran buda rojo, la puerta cósmica se cierne como un desafío bajo las estrellas, y un hombre y una mujer la atraviesan desnudos, cogidos de las manos. Sí, ¿por qué no? Cuando acabe todo esto me la llevaré conmigo a San Sebastián. Viviremos en un estudio cerca del puerto, buenos vinos y unos pocos amigos. A las cuatro de la mañana Tara lucha por despertarle.

—¿Qué te pasa, Nájera San, qué te pasa? —le dice una y otra vez, pero Manuel

no puede contestar — ... Estabas gritando en sueños, gritabas...

Sin decir nada, sin preguntar qué gritaba, Manuel se abraza a ella y apoya su cabeza sobre su regazo. La oscuridad de la noche le ayuda a llorar. Sabe que los tiempos felices nunca regresarán.

QUINTA PARTE

La cruz de Tielontang

La muerte te espera en el camino a Tielontang, la he visto en tu aura. No debes ir allá, te perderás y morirás, o me perderás para siempre. Escucha, Nájera San, tú no has venido aquí para descifrar el Libro de Piedra ni el Libro de Cristal. Has venido para encontrarme y para que yo te salve. Y sólo yo puedo salvarte, Nájera San. Pero has de obedecerme. No emprendas ese viaje, no sigas adelante. Déjalo todo, vuelve a Europa y llévame contigo. Sólo yo puedo salvarte, Nájera San, pero si no me escuchas, si me dejas y te vas, mi tulpa te seguirá allá donde vayas. Y te comerá el corazón que te llevaste.

A última hora de la tarde hacía un calor seco, al que se sumaba el de los hachones que acababan de encender sobre los cuatro extremos de la losa, pero Manuel quería avanzar en su traducción antes de emprender viaje. Y por más que se empeñase Kupka, la autorización china se demoraría al menos un par de días. ¿Qué otra cosa mejor podía hacer? En cuanto al viaje, su decisión era firme, aunque las prevenciones de Tara no dejaban de asediarle ni le permitían concentrarse. Entonces se levantaba, apuraba un trago, y volvía a tenderse sobre la piedra frotándose las yemas de los dedos, pero todo era inútil: en cuanto se ponía a tentarla con los ojos cerrados, el susurro de Tara se imponía a cualquier otro pensamiento. Además, y tal vez como resultado del abuso del arak, había comenzado a hablar consigo mismo: «Te lo advertí, te pierden los amores sadomasoquistas, porque ha sido ahora, ahora que te lo ha puesto difícil, cuando has caído de verdad», «De eso nada, ni he caído ni me va que me torturen». «Por favor, estás loco por ella y ella te tiene en sus manos. Sabe que te puede destrozar.» «Basta, cállate de una vez. ¿Dónde demonios está Tushita? Tengo una clave más en la punta de los dedos y...»

—Estoy aquí, Nájera San, soy yo —se lo dijo con un guiño y el destello de unas llaves—. ¿Lo ve? Ya lo tengo todo: las llaves del landróver... y el mapa —el pulgar en alto de su jefe respondió por él: «eres fantástico»—. ¿Le marco ahora la ruta o prefiere que la veamos con más calma esta noche?

—No, ahora no. Déjalo por ahí y ven a escribir lo que voy a dictarte... Creo que esto va a ser importante.

—Muy bien, ahora mismo, señor, Voy a buscar papel y pluma...

Manuel escuchó sus pasos alejándose, y hasta la brisa de la noche agitando el dosel bajo el que trabajaba. Desde que rompió su regularidad, los tibetanos habían dejado de concentrarse allí. El silencio era total, y casi podía oír los latidos de su corazón sobre la piedra. Pero eso que silbaba como la brisa ya no podía ser la brisa: ninguna brisa proyecta sombra. Cuando volvió a abrir los ojos, la serpiente ya se había alzado sobre la mitad de su cuerpo, en posición de ataque.

Se trataba de una imponente naja negra, la cobra real cuya mordedura equivale

a una sentencia de muerte. Aunque su cola permanecía oculta entre las grietas de la losa, en lo que podía verse mediría casi dos metros de largo y la parte central de su cuerpo tenía el grosor de un brazo. Manuel quedó paralizado frente a aquella cabeza aplastada y triangular donde relampagueaban dos ojos minúsculos que ya para él siempre serían los ojos del diablo, inmóvil ante esa lengua roja y bífida, como un estilete dispuesto a atravesarle. Tumbado sobre la losa y apenas a cinco palmos, dominado por ella desde su altura, la veía mecerse lentamente frente a su rostro, como un metrónomo que marcara el tiempo de vida que le quedaba.

Según la historia canónica de Buda, al poco de que se sentara bajo la Higuera donde accedería a la iluminación, Mara —el rey de los infiernos— vino a tentarle con todos sus poderes terrenales. Primero envió a tres de sus hijas más bellas para que danzasen ante él. Una sola mirada de Siddharta bastó para marchitar aquella belleza en un instante. Entonces Mara le invitó a abandonar su estancia en la Tierra, puesto que las puertas del Nirvana ya estaban abiertas para él.

Pese a la aparente inocencia de la proposición del demonio, fue aquella la peor noche del Iluminado, pues dudó sobre la conveniencia de difundir su palabra a los hombres. Tal vez llegó a saber que su ley no sería comprendida y que acabaría siendo traicionada. Los libros sagrados ignoran esta noche oscura del Perfecto. Sólo cuentan que necesitó toda la ayuda de Brahman para recuperar el dominio de sí mismo. Su gesto final fue tocar la tierra con la punta de sus dedos. ¿Qué significaba? Que había puesto en la balanza su deseo de cesar en esta vida y su amor a la humanidad, y que definitivamente había optado por convertirse en un Buda para todos los hombres.

Entonces Mara montó en cólera y desató un huracán desde lo más alto de los Himalayas. Las tinieblas ocultaron el cielo durante tres días alrededor del Siddharta, y las aguas comenzaron a subir hasta cubrirle el pecho. Tal vez ya había aceptado morir cuando apareció Muclinda, el rey de las nagas. Con sus anillos levantó al Sabio por encima de las aguas al tiempo que desplegaba sus siete cabezas para protegerlo de la tempestad, hasta que al fin volvió a salir el sol y las aguas regresaron a su cauce, «y la higuera floreció bruscamente».

Mil años después, Mara había urdido un disfraz mil veces más sutil. Se había transmutado en Muclinda para acabar con aquel incorregible santo pecador que buscaba la iluminación reptando sobre las piedras, como una serpiente. Pero Manuel no estaba viendo eso. De las siete cabezas de la gran naga, sólo veía una. Y era una cabeza de mujer. «Porque eres tú, ¿verdad? —se dijo, sin poder apartar sus ojos de ella—. Eres tú, sí, al fin has vuelto. Y este vestido largo de piel de serpiente... son las galas de gran dama que has elegido para llevarme contigo.»

Había comenzado a temblar, y al mismo tiempo no podía moverse. Estaba a merced de la gran naja, de sus colmillos afilados y su mirada hipnótica. En ese instante eterno volvería a ver el gran salón de su villa en Bellagio barrido por la

luz horizontal de la caída de la tarde. Carmen acaba de aparecer a su espalda vestida de fiesta. También sus manos tiemblan. Le está apuntando con su revólver mientras, más allá de la terraza, un gran velero de tres palos avanza hacia ellos llenando todo el lago con su música de baile.

La naja se irguió un poco más, su cuello se dilató en abanico, y su hocico se abrió mostrando unos colmillos poderosos donde comenzaba a fluir el veneno. Luego su cabeza retrocedió, como dibujando un interrogante en el aire, calculando la distancia exacta para abatirse sobre Manuel.

Jamás hubiera imaginado que su muerte pudiera ser así, ni que aquel atardecer resultara el último de su vida. Como todos los condenados a muerte, deseó que la muerte se abatiese de una vez sobre él, pero la naja parecía recrearse en el pánico de su víctima, como si quisiera prolongar su angustiada agonía. «Venga, a qué esperas, maldita...» Esperaba a que aquella otra sombra acabase de definirse. Una sombra que avanzaba sobre la piedra casi como ella, lenta, sigilosa.

Hasta que, en una fracción de segundo, un resplandor se precipitó como un latigazo fulgurante y el cuello de la naja quedó limpiamente partido en dos.

—Dios te bendiga, Tushita... —exclamó Manuel, demudado, cuando al fin recuperó el habla—, te debo la vida...

—Bueno, Nájera San, hoy le ha tocado a usted... mañana podría ser yo. Nunca se sabe —y según lo decía, enganchó con la punta del cuchillo el cuerpo de la naja y la arrojó hacia las sombras—. No señor, nunca se sabe.

La noche caía despacio sobre los imponentes acantilados de Mulbek mientras el destartalado Cadillac Corvette emprendía el camino de regreso a la gompa. Sentado junto a Tushita, Manuel sintió la necesidad de abrazar a aquel hombre, pero no se atrevió. Se lo impidió, no el pudor, sino la vergüenza. Se avergonzaba de sí mismo. Había convivido con él durante casi un mes y apenas se había molestado en saber nada de su vida.

—Oye, Tushita, me dijiste que estabas casado, ¿verdad?

—Sí, señor, hace siete años.

—¿Y tienes hijos?

—Tres joyas, Nájera San, y quisiera tener más, pero mi mujer está enferma. Ya no puede darme nada.

Manuel comprendió que había tocado un tema delicado, y mantuvo su silencio hasta que aparecieron las luces del monasterio al fondo del valle.

—Mira, Tushita, no sé cómo decírtelo... pero me gustaría hacer algo por ti, por tu familia, aunque sólo sea un pequeño regalo de agradecimiento...

—No es necesario, Nájera San —respondió—, para mí es un gran honor trabajar con usted.

—Para mí también lo es, Tushita, créeme.

No hablaron más hasta que llegaron a la gompa, donde les esperaba una bandeja con su cena en la celda de Manuel. Faltaba Tara, pero ninguno de los dos hizo el menor comentario. Tushita repartió las pakhoras y el arroz cocido en dos cuencos, y extendió el mapa del alto Tíbet sobre la mesa.

—Tielontang queda exactamente aquí, ¿lo ve? —exclamó, marcando el lugar con la cerveza que acababa de ofrecerle Manuel—. Esto es el Aksai Chin. Tendrá que entrar más de cien kilómetros en la zona prohibida, y sólo los veinte primeros están asfaltados. En cuanto cruce la frontera ya sólo encontrará pistas de montaña. Esta es la mejor, la que le lleva por la región de los lagos hasta el paso de Tengri Nor, por aquí, ¿ve?

»En lo alto del paso habrá un puesto de control chino: volverán a pedirle el visado y le preguntarán de dónde viene y a dónde va. Dígales la verdad — insistió Tushita mirándole a los ojos—, la verdad es lo más fácil. Poco después verá un *chorten* muy antiguo del que salen dos senderos. No pregunte a los chinos: coja el de la izquierda —lo marcó con una flecha—. A partir de ahí es todo bajada, no tardará más de dos horas en llegar al monasterio. Aquí tiene la brújula y mi último consejo: no vaya. Una vez que cruce la línea roja, su vida no vale nada.

Manuel sonrió con cierto sarcasmo.

—Tiene gracia que me digas eso ahora, cuando acabas de salvármela en un lugar tan seguro como éste. Pero al fin y al cabo, ¿qué vale una vida cuando ya

se ha vivido todo lo que se tenía que vivir?

—No es eso, señor. Haber vivido mucho no significa que haya que morir de cualquier manera. Ni estar a salvo significa lo mismo que estar vivo...

La conversación se interrumpió con una llamada a la puerta. Manuel deseó impetuosamente que fuera Tara, todo un día sin verla ya se le hacía una vida entera. En su lugar, cuando Tushita abrió la puerta, apareció el lama Naropa.

—¿Se iba a acostar? —preguntó, dirigiéndose a Manuel, como si su ayudante no existiera.

—No, estábamos revisando la ruta del viaje. Supongo que ya sabe que...

—Sí, he sido informado.

El lama pareció vacilar: sus ojos resbalaron sobre los de Manuel, luego desvió una mirada al mapa, y al fin lo dijo:

—Una expedición arqueológica francesa que trabajaba en esa zona acaba de ser atacada. Tres hombres y una mujer. No ha habido supervivientes.

Hubo un momento de consternación que diluyó cualquier posible pregunta acerca de Tara. Ninguno sabía cómo reaccionar.

—¿Cómo es posible? —exclamó al fin Manuel—. ¿Desde cuándo pasan estas cosas aquí? ¿Se sabe quién ha sido o por qué?

—Nunca se sabe nada, y tampoco es nada nuevo, Nájera San, ya se lo advertí —terció Tushita—. Han podido ser soldados chinos, alguna partida de renegados de la guerrilla y hasta los hombres de la tierra Kham...

—Bandidos —precisó el lama—. Saben que los arqueólogos encuentran objetos valiosos y que no suelen ir armados. El mes pasado, en esa misma zona cerca de Tengri Nor, se descubrió una necrópolis con vestigios de una civilización anterior a los mogoles. En aquellos remotos tiempos nuestros antepasados enterraban a sus muertos en lugar de descuartizarlos y ofrecerlos a los buitres. Los de esa necrópolis, además, estaban momificados... Los esqueletos aparecieron perfectamente conservados, cubiertos de joyas extrañas, y de unas máscaras más extrañas aún: doce máscaras de oro. ¿Qué le parece?

En tales circunstancias, a Manuel le pareció improcedente interesarse más por las máscaras que por los expedicionarios.

—Y los arqueólogos, ¿tuvieron problemas?

—No, por suerte. Regresaron indemnes a Lasha...

—La culpa de todo la tienen los chinos... —siguió Tushita—. Desde que ocuparon nuestro país han provocado más de un millón de muertos de los que los occidentales no saben o no quieren saber nada.

—¿Un millón de muertos en el Tíbet?

—Un millón, sí —corroboró Naropa—. Y aunque los monjes repudiamos la violencia hemos, visto tantas cosas que no podemos sino comprender a algunos de nuestros hermanos. En 1960, cuando el Dalai Lama emprendió el camino del exilio para salvar su vida, su hermano, Gyalo Thondup encabezó la resistencia contra los chinos... Pero cada pequeña victoria sobre su ejército era respondida con una masacre contra la población. Los lamas acabaron deponiendo las

armas.

—Y siguieron matándolos como a conejos, Nájera San —sentenció de nuevo Tushita—. Ya ve que en el Tíbet se puede repetir la misma frase muchas veces en el mismo día: estar a salvo no significa lo mismo que estar vivo...

—Es igual, yo pienso seguir adelante con mi viaje.

—Lo imaginaba —exclamó Naropa, cambiando de tema con una ductilidad asombrosa—. Sabrá que, a pesar de la Gulbenkian, entre los maestros de nuestra escuela se ha impuesto una opinión muy favorable a su traducción. Ha de saber que el bonpo Spituk, el prefecto de la congregación, considera que su llave nos abrirá el Libro de Cristal.

—Transmítale mi agradecimiento, no esperaba tanto. No obstante, he de insistir en que mi lectura no es definitiva ni lo que más me inquieta ahora...

—Lo comprendo perfectamente —corroboró el lama.

—No me refiero sólo a los riesgos de ese viaje. Hace una hora, y supongo que también habrá sido informado, una naja ha estado a punto de acabar conmigo mientras traducía el tercer segmento de la losa. Tushita me ha salvado la vida...

—Sí, también lo sé. No olvide que las serpientes guardan tesoros y secretos...

—Pues ésta ha estado a punto de quedarse para siempre con él...

—¿Ah, sí? ¿Con el tesoro o con el secreto? ¿Acaso ha encontrado algo nuevo?

Pero mientras formulaba aquella pregunta, el venerable Naropa ni siquiera se molestó en disimular que sabía mucho más de lo que aparentaba.

Manuel prosiguió con aquella confesión de verdades a medias. Tal vez era la última ocasión en que podía hablar con Naropa:

—Cuando apareció la naja, tenía unas palabras muy sorprendentes en la yema de mis dedos... Confío en que podré reconstruirlas cuando vuelva.

»En fin, quería decirle que me ha parecido advertir una segunda escritura oculta bajo las claves que ya conocen: los animales sagrados, las estrellas, las cruces, los mapas ... Eso sólo es la piel del enigma. Debajo hay otro mensaje que sólo ahora comienzo a entrever, aunque preferiría no aventurar demasiado hasta tener suficientes elementos de juicio.

—Entonces, ¿es cierto que va por ellos a Tielontang?

—No sé qué decirle, es cierto y no es cierto. Posiblemente todo se resolverá cuando abramos el Libro de Cristal.

—¿Me permite que le avance una parte de lo que usted empieza a entrever?

—Adelante...

—Cuando el gran Buda rojo empezó a llorar lágrimas de sangre, pasó por esta zona un equipo de una importante compañía minera japonesa en busca de yacimientos. Les pedimos que se acercaran, y ellos accedieron. Durante tres días estudiaron la rocamadre del acantilado y la caverna, además del Libro de Cristal y, por supuesto, todo el Buda, desde los pies a la puerta de piedra sobre su cabeza. Pues bien, sucedió algo inaudito que no hemos revelado a nadie...

»Desde la Puerta de Mulbek a los pies del Buda, pasando por la Cámara del Embrión, todo ese espacio está recorrido por una corriente radioactiva que alcanza su máxima intensidad, precisamente, sobre la losa de piedra que usted está descifrando.

La cara que se le quedó a Manuel esculpió una tenue sonrisa en el rostro del lama, que se vio obligado a añadir:

—No se preocupe, la radiación que emite la piedra es de muy baja intensidad. Aunque se haya pasado tres semanas tendido sobre ella, le aseguro que su salud no corre ningún peligro...

—No es mi salud lo que me preocupa, amigo Naropa, sino —perdóneme— la manera descarada en que pretende jugar conmigo.

¿A qué venía tanta franqueza? ¿Su guerra había llegado al extremo de combatir incluso contra aquellos que respaldaban sus tesis? ¿O tal vez la causa de su salida de tono fue la ausencia de Tara? El lama no afectó el golpe. Su silencio se extendió sobre Manuel como una invitación a explicarse.

—Hace tres semanas, en Srinagar, me crucé con un especialista en esta clase de indagaciones, el célebre Erik Von Daniken. Vamos, llámele. Relacione el hallazgo de la caverna radioactiva con mis tesis sobre el peregrinaje de Cristo al Tíbet, y elija una exótica princesa tibetana para protagonizar la escena cumbre

en la Cámara del Embrión... Mañana tendrá aquí treinta unidades móviles filmándolo todo. ¿Es eso lo que quiere...?

El lama dejó caer la pregunta, su rostro denotaba más decepción que irritación.

—Me ha interpretado mal. Yo no quiero nada de usted, ni pretendo halagarle con leyendas tibetanas acordes con sus teorías para que su traducción del Libro de Cristal parezca favorable a nuestra doctrina...

—Yo tampoco he dicho eso, Naropa.

—Pero lo piensa. Igual que Kupka —todos entendieron: era su respuesta tácita a la pregunta, igualmente tácita, sobre la ausencia de Tara—. No le oculto que esperaba de usted otra sensibilidad —siguió el lama—. Resulta curioso que quien tanto ha sufrido el recelo de sus colegas, desacredite con su misma precipitación todo aquello que contraviene sus ideas... o sus prejuicios. Porque usted, por lo que veo, también los tiene. ¿Cuál es su problema? ¿Acaso no está dispuesto a admitir hallazgos que avancen en su misma dirección si vienen de otra parte? —Manuel bajó la cabeza y sintió una extraña oscuridad ahondando el silencio—. Créame, Nájera, lo que le estoy contando es tan cierto como lo que le he comentado acerca de la necrópolis de las máscaras de oro.

»¿Sabe qué datación nos ofreció Cambridge? Siete mil años, nada menos que siete mil años. ¿Y sabe qué encontramos bajo la máscara del que parecía el personaje más relevante? Otra máscara, pero ésta había sido tallada en cristal de roca, sí, el mismo material que el Libro de Cristal.

—Está bien, acabe de contármelo —exclamó Manuel, casi ya ganado por el lama—. ¿Y qué había bajo esa máscara de cristal de roca?

—Un rostro, un rostro perfectamente conservado... siete mil años después de haber sido momificado. Nunca olvidaré aquel día en que vi con mis propios ojos el rostro que transparentaba esa máscara —un silencio expectante, vibrante, precedió a la revelación final de Naropa—. A través del cristal vi otros ojos, unos ojos obstinadamente abiertos, tan vivos que parecían mirarme.

—¿No podría ser un efecto de la refracción del cristal? —preguntó Manuel.

—Sin duda que era así, pero vaya más lejos. Al fin y al cabo, no hago sino ayudarle a cerrar su propia teoría.

—¿En qué sentido...?

—Oh, vamos, no juegue conmigo... Usted ha leído el Bhagavad Gita y los Upanishads. Sabe que cuentan lo mismo que el libro egipcio de Seth, lo mismo que la epopeya de Gilgamesh, o que el oráculo maya de Ghilam Balam. Hace doce mil años hubo otra humanidad, una humanidad sumamente evolucionada que desapareció bajo un cataclismo. Unos pocos supervivientes pusieron a salvo las escrituras y los conocimientos esenciales... Sólo esta teoría puede explicar que la civilización egipcia aparezca como si se hubiera formado de golpe en su plenitud, sin fases previas, sin precursores. No, lo suyo no fue un desarrollo, sino una herencia. Y es a esa herencia, a esa civilización ancestral de Fundadores a la que pertenecen nuestros Bogdo Janes. Pero esa hermandad no se da sólo en el plano de las grandes epopeyas. Salta a la vista que los coyas

andinos son morfológicamente muy semejantes a los tibetanos, la misma cabeza, los mismos pómulos, los mismos ojos rasgados... y los mismos antepasados. No tiene más que asomarse a nuestra Puerta, es idéntica a las de Tiahuanaco y Teotihuacán. Estas regiones donde más transparente es el aire son fábricas de dioses y civilizaciones. Y está escrito que volverán a ser puentes para trascender al desdichado hombre actual, tan perdido, tan ciego, cuando unos pocos elegidos de esta humanidad, los más evolucionados espiritualmente, crezcan hasta el hombre cósmico...

—Es cierto que nadie conoce la edad de las pirámides de Teotihuacán, ni la de las puertas de Tiahuanaco... —corroboró Manuel, siguiendo al lama—. Las últimas investigaciones le atribuyen una edad de entre diez y doce mil años, y eso hace saltar por los aires toda la cronología establecida hasta hoy. No le oculto que yo también pensé lo mismo al ver la Puerta de Mulbek, al comenzar a traducir la losa y encontrarme con esas fórmulas: «inteligencia del Universo», «hijos del Origen», genética Solar». Pero de ahí en adelante, todo son tinieblas. Y mi traducción no habla en modo alguno de una civilización venida de ninguna parte. Cuénteme, ¿quiénes serían esos Bogdo Janes, a los que usted llama los Fundadores?

—Ya se lo he dicho: los elegidos que conservaron el sentido profundo de la civilización, así como la relación sagrada del hombre con el cosmos. Aquí, como entre los mayas y los toltecas, los llamaron Hijos del Sol, más o menos como en su traducción —y tras marcar una pausa, se acercó a Manuel y puso su mano sobre su corazón—. El hombre de Tengri Nor, el hombre de la máscara de cristal de roca, no le quepa duda, era uno de ellos.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque su máscara irradiaba luz. Una extraña luz azulada...

Ya sólo faltaba ese trueno en la noche, el anuncio de una tormenta seca o algo más evidente: Manuel desistió de seguir combatiendo consigo mismo.

—Y después de lo que acaba de contarme, ¿cómo pretende que no vaya a Tielontang?

—En ningún momento lo he dudado, amigo Nájera —exclamó el lama retirándose—. Sólo he venido a informarle de los riesgos.

—¿Sólo a eso? —preguntó finalmente Manuel.

El lama le devolvió la mirada desde la puerta, cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza. La escenificación perfecta de un perfecto despistado.

—Olvidaba lo más importante... —arrojó una hoja de papel doblada en cuatro hacia Tushita, que la cogió en el aire—. Es el salvoconducto para cruzar a la zona china. Pueden ponerse en camino en cuanto amanezca.

La gran caracola de Mulbek resonó de bóveda en bóveda, ascendió desde los dragones recubiertos con panes de oro a las pirámides de hielo del Nun Khun, y la noche se rasgó en un rosa intenso, como si un gran flamenco hubiera desplegado sus alas sobre los Himalayas. La luz del amanecer alargó la sombra de dos hombres que acababan de salir sin hacer ruido por una puerta lateral, donde los centinelas dormían de pie, y se detuvieron ante un landröver reluciente.

—¡Demonio de Tushita! ¡Pero si es el de Kupka! —exclamó Manuel, atónito—. No me digas que nos lo ha dejado...

—Sí, pero él no lo sabe todavía —repuso Tushita, dejando aflorar una sonrisa lenta, amurallada de dientes de oro—. Aunque seguro que cuando lo sepa estará encantado. Ya sabe cómo es...

El rugido del motor y la polvareda que se alzó en cuanto arrancaron amortiguaron los comentarios, cubriendo incluso los resquemores de Manuel por lo que dejaba atrás. Como el día anterior, en toda la noche no había dejado de pensar en Tara. Su decisión de ponerse en camino tenía mucho que ver con ella. Ahora su única idea era alejarse de allí cuanto antes y sin mirar atrás. Además, Tushita le tenía reservada una buena noticia:

—Si le tranquiliza saberlo, Nájera San, yo no me vuelvo. Me quedaré en Shyok a esperarle: tengo amigos que podrían ayudarnos si fuera necesario. Aunque después de la masacre de la expedición francesa, habrá muchas patrullas chinas por ahí. Bastará con que les muestre el visado y les cuente que se ha perdido, es lo más normal que puede sucederle a un extranjero. Claro, que si se le echa encima una partida de bandidos del país de Kham, sólo puedo aconsejarle que se encomiende a la clemencia infinita de Lord Buda...

Tanto como la conversación Manuel agradeció las dos botellas de White Tiger que le había traído su chófer, una de las cuales, apenas a treinta kilómetros de Shyok, ya había bajado a la mitad. ¿Es posible conducir por una carretera tibetana con siete tragos de aguardiente? Posiblemente sea la mejor manera de hacerlo, sobre todo cuando jamás se ha conducido un landröver —le avergonzaba confesárselo a Tushita—, aunque el tibetano también se las veía y deseaba para dominarlo.

Una vez que dejaron atrás la región de Mulbek y a medida que ascendían hacia el Aksai-Chin, la presencia humana resultaba más inopinada. Alguna pequeña aldea al fondo de un valle perdido, un eremitorio de lamas y pastores colgado de un bancal a cinco mil metros de altura y nada más que eso en un paisaje lunar abierto a la infinitud. El aire comenzaba a enrarecerse, y hasta el motor del todoterreno se ahogaba mientras trepaba por aquel páramo azufroso,

cuando Tushita le advirtió que se acercaban a la zona de seguridad. Podían encontrarse con una patrulla china en cualquier momento.

Poco después se abrió ante ellos un pueblo asentado en terrazas que descendían hasta un río. Entre una arboleda de abedules se alzaba una pagoda de remates chinos, pero todavía coronada por la bandera del Tíbet: el león y las montañas. Aquello tenía que ser ya Shyok.

Era día de mercado y las calles se llenaban de gente: los curiosos miraban por la ventanilla y los niños pegaban las manos al cristal exhibiendo sus sonrisas desdentadas y felices. Un aldeano con dos enormes fardos colgados de una pinga se apartó para dejarlos pasar y los sacos oscilaron. Uno de ellos rozó la ventanilla y desprendió un poco de curry que brilló al atrapar la luz del sol: el cristal del parabrisas se tiñó de polvo de oro. Apenas podían avanzar entre el gentío, detenidos ante un almacén de abastos presidido por un buda rebotante de felicidad, con una botella de Kampa Cola que sobre su regazo.

Ya que no podían moverse, se bajaron del jeep dejándolo en medio de la calle y se acercaron al almacén a tomar algo. ¿No era aquella tortuosa balada de Tom Watts que le venía persiguiendo desde la noche del Mogol Gardens, en Srinagar, lo que sonaba dentro? Huir, desaparecer, perderse en el último confín de los Himalayas. Ni siquiera eso es suficiente. No dejaba de pensarlo mientras revolvía aquel café tan espeso dentro de su taza de barro.

—¿Sabes, Tushita? He estado dándole vueltas en lo que me dijiste el otro día... Si no te parece mal, cuando vuelva, me gustaría conocer a tu familia...

El tibetano no pudo reprimir un gesto de extrañeza, y por un instante su mirada se ensombreció. ¿Qué le hacía dudar? ¿Pudor quizás? Pero enseguida regresó su sonrisa de siempre, que por primera vez le pareció a Manuel una máscara.

—Será un honor para mí presentarle a mi mujer y a mis hijos, Nájera San. Es usted un hombre muy importante... Cuando vuelva le llevaré a Gujé, aunque será un día entero de camino...

—Lo haremos como tú dispongas, Tushita. Pero si tardo en volver de Tielontang, o no vuelvo, también quiero darte esto —y le entregó un sobre con ochocientos dólares, todo lo que le quedaba hasta la siguiente remesa de la Gulbenkian—. Me salvaste la vida, y es lo menos que puedo hacer por ti...

—Pero Nájera San —balbució el tibetano sin atreverse a aceptar el sobre—. No era necesario...

—Al contrario: es muy poco comparado con lo que te debo, pero no tengo más. Cógelo, por favor. En esta vida nunca se sabe.

Ochocientos dólares eran una pequeña fortuna para cualquier tibetano, suficiente para mantener a toda una familia durante un año. Tushita no lo contó: bastante le había costado extender la mano para coger aquel sobre. Se lo guardó dirigiéndole una mirada hasta el fondo de sus ojos, con una expresión de reconocimiento infinito, pero también con cierta tristeza, mientras le decía: «Dios le bendiga, Nájera San».

Caminaron hasta el landröver, que seguía en medio de la calle, ahora vacía de

gente, y que los *rickshaws* sorteaban sin dificultades, aunque protestando con sus bocinazos. Tushita se quedó mirando cómo Manuel se ponía al volante; sin embargo, algo les decía que no debían separarse sin concederse un abrazo. Se lo decía a los dos, porque los dos lo necesitaban. ¿Por qué se negaron ese abrazo? ¿Les hubiera salvado de algo? ¿Quién lo sabe?

Mientras el jeep dejaba atrás la plaza de Shyok y Tushita se empequeñecía en el retrovisor, Manuel vio en su imagen ya indiscernible a aquel niño con el que se había cruzado muchos años atrás, en una aldea del sur de la India: un niño tullido sobre un carrito de ruedas que le dirigió una mirada tan profunda y luminosa que no la olvidaría jamás. Aquella no era la mirada de un niño, era la mirada de un buda. Aunque no mendigaba, Manuel puso en su mano, casi a la fuerza, un billete de cincuenta rupias. El niño no se ofendió, ni le devolvió el billete, pero el brillo de sus ojos se extinguió al instante. Al menos con Tushita lo había hecho mejor. Pero, en cualquier caso, ¿por qué los occidentales sólo sabemos pagar de esa manera?

El Land-Róver empezó a notar entre tumbos y bandazos la primera pista de montaña que le conduciría hasta el paso de Tengri Nor. Una ruta sembrada de piedras filosas y no precisamente pequeñas le obligó a concentrarse en la conducción. A medida que subía, la chapa vibraba como si fuera de hojalata, la palanca de cambios bailoteaba y por más que agarrase el volante, la dirección se le iba constantemente. Sólo faltaba que los chinos o los bandidos del país de Kham se lo pusieran más difícil.

No dejaba de preguntarse qué estaba haciendo allí. ¿Por qué le había dicho que sí a la camarera del Mogul Gardens? ¿Por qué se comprometió a subir aquella carta hasta el monasterio de Tielontang? ¿En cuántas mujeres había creído, de cuántas se había enamorado sólo por la fascinación que ejercían en él unos ojos, unos labios, la cadencia de una voz rendida al misterio?

Como Tara, la que le dolía ahora. ¿La quería realmente? Y ella, ¿qué sentía por él, qué esperaba? ¿Que se la llevara a Europa? ¿Que lo dejara todo por ella? No, lo único que esperaba de él era lo mismo que Carmen: que la quisiera sin condiciones, que la besara sin pedirle permiso, que la escuchara. Pero Manuel en toda tu vida no había hecho otra cosa que escucharse a sí mismo. En realidad, jamás había sufrido por una mujer, no sabía lo que era eso. Llamaba sufrimiento a ponerse un poco emotivo. Sólo se trataba de egoísmo en estado puro. Por eso perdió a Carmen, por eso iba a perder a Tara. Volvería de este viaje, pero sólo para cometer los mismos errores.

Un brusco derrape sobre una curva salpicada de piedras sueltas le sacó de sus cavilaciones. Acababa de coronar una cresta sobre un abismo de hielo, y el jeep se detuvo al límite. De pronto le sorprendió una soberbia panorámica de la región de los lagos. Hasta donde se perdía la vista el paisaje estaba pautado por inmensos cráteres, algunos de más de diez kilómetros de diámetro. Más allá, la superficie azul y plata de los grandes lagos reflejaba las nubes entre un laberinto de montañas sumergidas en un silencio prehumano, sideral, extraterrestre. El mundo de la primera página del Génesis. O tal vez el mundo que encontraron aquellos misteriosos Fundadores de los que le había hablado el lama Naropa. ¿Quiénes eran esos gigantes que enterraban a sus reyes cubriéndoles el rostro con máscaras de cristal de roca? ¿De dónde procedían? ¿Era el Cristo uno de ellos, el último enviado de aquella civilización superior, o quizá el hijo de un dios supremo que intentó enseñar a los hombres el camino de regreso al Sol?

Entonces, su traducción, ¿podía ser el eslabón perdido que conectaría definitivamente a los dioses con los hombres? En ese caso, implicaría toda una revolución en la historia conocida hasta entonces, otra lectura del devenir humano que obligaría a reinterpretarlo todo...

Sí, reinterpretarlo todo desde el comienzo. Desde su nacimiento hasta su crucifixión, y más allá. Seguir su ruta desde que se alzó del sepulcro de José de Arimatea y emprendió ese camino a pie, tal vez el mismo que él recorría dos mil años después, solo, a bordo de aquel landröver.

¿Cómo lo hiciste tú, Nazareno, cómo fue tu viaje?

Aun resonaban en su memoria aquellas palabras que escuchó Moisés —«huye, huye a las montañas para no ser consumido». Pero, en realidad, el camino del Cristo, ¿dibujaba la huella de una fuga o la continuación de una misión?

En el sueño aparecía un perro muerto colgado de un árbol. Sí, ese había sido el último sueño del joven Juan antes de que partieran de Galilea. Lo recordaba por eso. El perro tenía que ser Herodes Agripa. Desde la noche del perro muerto y a lo largo de muchas semanas, Jesús y sus proscritos avanzaban siguiendo la ruta de las caravanas por una vasta tierra calcinada tras las guerras entre los escitas y los partos, de Ctesifonte a la vieja Bactriana, de Bujara a Samarcanda, siempre hacia el Este. Más allá del país de los Magos, los pueblos parecían atrapados en el mismo escenario de calamidad. Aun así la buena gente se excusaba por no poder alimentarlos. Cuando llegaba el momento de descansar, más que tenderse casi se desvanecían de hambre. Pero ellos resistían, con el amanecer volvían a levantarse y seguían caminando apoyándose unos en otros, ascendiendo montañas azotadas por vientos heladores, cegados por el resplandor de la nieve golpeada por el sol. En esa segunda peregrinación apenas sumaban cuatro y el Nazareno. Uno de los cuatro era Tomás, su gemelo, y otro era Santiago el Mayor. Sí, también estaba Juan, su discípulo más amado, también el más enigmático. Y junto a él, ¿qué mujer era aquella? ¿María la de Magdala? No, se trata de la otra María, María de Betania, la hermana de Lázaro, aquella que llegó a desposarse con el Cristo en un matrimonio secreto. En esta nueva andadura tras su crucifixión Jesús el Proscrito, a quien también llamaban el Baldado a causa de su cojera, manifestaba un signo inequívoco de su transfiguración: ya no cojeaba.

Mejor no darle más vueltas a su novela personal sobre Jesús y concentrarse en la ruta. Hacía falta mucho valor para decidirse a bajar desde el altiplano a la hondonada de los lagos. La pista descendía, más estrecha y serpenteante, a través de un hilván cortado a pico en una caída de más de mil metros. Si llegaba vivo abajo, verdaderamente tendría motivos para creer en milagros. Antes de encaramarse al landröver; respiró hondo y sintió como que se mareaba. «Debe de ser la altitud», se dijo. Buscó una pastilla de coramina en el chaleco, pero advirtió que ya no le quedaban: tendría que lanzarse a esa batalla contra el vacío con el corazón latiéndole a ciento ochenta pulsaciones y plena consciencia. Se tomó un buen trago de arak y quitó el freno de mano.

Una vez, en una de esas noches blancas de Jerusalén, me contó qué había detrás de su fiebre por la figura de Cristo y la luz de Qumrán. «De repente, se te revela que cuando Dios creó el mundo, no lo abandonó para sentarse en

contemplación. Dios hizo el mundo y entró en él para compartirlo con sus criaturas. Ese es el significado de la verdadera creación.»

¿Era también ese el significado de todas las obras de Manuel, y especialmente de su Evangelio del Tíbet? Quienes le detestaban, e incluso quienes le veneraban, siempre lo sospecharon, pero nunca consiguieron las pruebas concluyentes. Sus traducciones imposibles, esas revelaciones portentosas extraídas de un fragmento de cerámica o de un trozo de cuero de apenas cinco centímetros y tres mil años de antigüedad, ¿hasta qué punto se atenían a una realidad tenue pero cierta, o más bien transmutaban lo invisible a otra surgida de sus extraordinarios conocimientos? Por decirlo con claridad: Manuel Nájera, ¿traducía, recreaba o más bien creaba literalmente los textos que salían de sus manos, y que atribuía a los vedas, a los esenios, o a los magos caldeos?

El jeep dibuja inmensos interrogantes entre los lagos del valle al que había llegado casi sin darse cuenta, curva a la izquierda y curva a la derecha, y ahora un gran bucle hasta el siguiente cráter, como un paseo sobre la superficie de la luna. Sólo una sombra le acompañaba, una sombra que parecía descender del cielo como una gran mano que se posara suavemente sobre la superficie del páramo, y a veces también sobre su landröver. Una soberbia águila de las nieves seguía su estela, como si le protegiera con la majestad de su vuelo. Poco después, sin mover ni una pluma, el águila se dejó llevar por una corriente ascendente y se elevó hacia las cumbres. Él se vio forzado a cambiar de marcha, remontando ya las rampas que le conducirían al paso de Tengri Nor. Lo celebró saludando al águila con unos bocinazos que retumbaron de montaña en montaña, probablemente hasta el puesto de guardia del ejército chino.

Hubiera merecido que le multasen por escándalo público, pero no lo hicieron porque al llegar arriba había, en efecto, un viejo *chorten* y un puesto de control, pero ni un alma en los alrededores. No iba a esperar a que los chinos aparecieran. Eso sí, les dejó la botella vacía de arak sobre la barrera y emprendió la bajada mientras las crestas de niebla que coronaban los picos más lejanos comenzaban a derramarse sobre las laderas. Sólo cuando ya llevaba un par de kilómetros bajando, se preguntó si habría enfilado el sendero correcto. ¿Cuál le dijo Tushita que debía tomar? ¿El de la izquierda o el de la derecha? El de la izquierda, seguro. Se lo repitió veinte veces y, para convencerse, se puso primero a silbar el final de *Wish You Where Here* de Pink Floyd, y luego a cantar lo que le viniera en gana. Hacía mucho tiempo que no experimentaba nada tan maravilloso, que no cantaba riéndose de sí mismo y casi llorando de felicidad. Canciones de los Beatles o de los Rolling Stones, *Sargent Veepers* y cosas así, a gritos, desafinando horriblemente y riendo a la vez, como una especie de Miguel Strogoff surcando la estepa con su misión especial, como si el sobre lacrado que llevaba encima contuviese las claves para salvar al mundo. Como si fuera ése, verdaderamente, el propósito del que me habló aquella vez, cuando estaba harto de tanta arqueología y decidido a implicarse con su tiempo y con su mundo, ¿hasta el extremo de tomar partido por una guerrilla de liberación?

Un año después, cuando el cónsul me entregó el cuaderno amarillo que documenta esta crónica, me aseguró que el viaje a Tielontang, tan cerca del santuario del Movimiento para la Liberación del Tíbet, era la única pista razonable que podía explicar su desaparición. Pero yo no me imagino a Manuel apoyando una causa armada, ni aunque toda la justicia del mundo estuviese a su favor. Sólo consigo recordarlo en Ceilán, en bicicleta por esos poblados perdidos donde todo el mundo le sonreía al cruzarse con él, tal vez por lo estrafalario de sus camisas hawaianas, pero también como una muestra de fraternidad espontánea, de alegría y hasta de admiración hacia el extranjero que comparte sus calles polvorientas, su aguardiente matador y hasta sus bicicletas. ¿Pero dónde estaban los chinos, los guerrilleros tibetanos y los tibetanos mismos? Tras más de cincuenta kilómetros sin cruzarse con nadie, todas sus preguntas quedaron respondidas al salir de un cañaveral y darse casi de bruces con un cartel donde apenas se leía la primera sílaba de la palabra Tielontang. El resto se veía tan calcinado como el paisaje donde entró reduciendo la velocidad, con el corazón en un puño ante aquel escenario de pesadilla.

De Tielontang no quedaba más que un horizonte de campos y caseríos arrasados, las ruinas humeantes de la ciudad. Con la humareda, le llegó aquella pestilencia inconfundible: el olor a carne quemada. Carne humana. Apilados contra un paredón o arrumbados en las cunetas, aparecían pilas de cadáveres calcinados, desmembrados, pudriéndose. Chino o tibetano, algún discípulo del Bosco había pasado por allí para experimentar su sabiduría en las artes del infierno, como en el Vietnam de *Apocalypse Now*. Cuerpos descoyuntados, cabezas empaladas en la plaza pública, y nadie vivo para contarlos. Sólo una campana tocando a un incesante repique de difuntos, cuyos lúgubres tañidos le llevaron hasta el farallón sobre el que se alzaba aquel mítico eremitorio del tiempo del Diluvio.

Una gran cruz de San Jorge de más de veinte metros labrada sobre la pared de roca viva, la misma que vio años atrás en un reportaje de la revista *Stern*, le recordó las cruces que ilustraban la gran puerta roja de Mulbek. Sacó su cuaderno y cotejó los dibujos: no es que fueran parecidas, resultaban idénticas. Aquellos primeros cristianos que salieron de Siria a finales del siglo I pautaron su camino con unas cuantas señales indelebles, de manera que quedara bien claro que el cristianismo de rito caldeo había llegado hasta el Alto Tíbet. ¿Qué buscaban? ¿A quién seguían? Manuel sabía que era una temeridad asegurar sin más fundamento que los nestorianos siguieron las huellas de Cristo —¿y de María de Betania?— en su segunda vida en común tras la crucifixión.

Alzó la mirada hasta lo alto de la colina, respiró hondo y metió la primera. La

campana había dejado de sonar. Había bastantes probabilidades de que dentro, más que una comunidad de monjes, le esperara aquel ejército de las tinieblas que había perpetrado la masacre. Pero ¿qué podía hacer? ¿Darse la vuelta? A medida que subía hacia el eremitorio, se hacía más perceptible el trabajo de un martillo sobre madera. Detuvo el jeep frente al arco que daba a un pequeño claustro de estilo bizantino, Al otro lado del claustro descubrió a un monje muy atareado en una ocupación muy razonable que le restituyó al presente: mientras él filosofaba, el místico claveteaba ataúdes.

¿Qué sentido tenía preguntar quién era el responsable del holocausto, ni cuál podía haber sido su causa, a aquel monje que parecía envejecer un siglo a cada paso? Al advertir la presencia de Manuel el anciano volvió hacia él un rostro flaco y descarnado, con la piel tan pegada al hueso que transparentaba la calavera. Manuel se miró en esos ojos rehundidos en sus cuencas, y apenas articuló:

—Busco al padre Komay. Me han dicho que podría encontrarlo aquí.

—Soy yo —repuso el monje—. Soy el último, no queda nadie más.

Manuel no pudo evitar una mirada alrededor: el vetusto edificio cayéndose a pedazos, su espadaña partida, los jardines de maleza... y sólo entonces percibió el inmenso abandono que contenían. Hasta aquel anciano olía a una mezcla de moho y carcinoma, como si él mismo no fuese más que un pergamino perdido en el tiempo. Cuando le entregó el sobre lacrado, lo cogió sin ningún asombro y se lo guardó sin una sola pregunta. En lugar de eso, le tomó por el codo y le invitó a seguirle.

—No puedo ofrecerle mucho, pero tenemos un vino excelente. ¿Conoce nuestra viña?

Claro que la conocía. Era mundialmente célebre desde que aquel reportaje de *Stern* publicó fotos del viñedo. Las cepas sarmentosas trepaban por los muros del presbiterio y, a través de las ojivas, entraban hasta el ábside rodeando el altar. En época de la vendimia, los racimos de pámpanos rojos y ocres se entrelazaban sobre la cruz de aquel Cristo de rasgos orientales, que parecía complacerse en esa alquimia de su sangre en vino.

Al cruzar frente al altar el padre Komay se arrodilló y esperó a que Manuel hiciera lo mismo. ¿Debía arrodillarse? No estaba en su voluntad hacerlo, pero tal vez le pareció demasiado violento permanecer de pie. O acaso... Me cuesta creerlo, pero he de hacerlo constar, porque es así como lo cuenta en su cuaderno.

De pronto, escuché con toda nitidez una voz muy cálida que decía: «Yo también te esperaba. ¿Es que aún no lo sabes? Tú eres parte del fuego que camina conmigo». Sentí un golpe en el corazón, pero no hice nada. El golpe en el pecho se repitió —«Tú eres parte del fuego que camina conmigo»—. Entonces, me arrodillé.

El anciano exclamó en un susurro: «Oremos, hijo mío». Mientras el monje se

sumía en su recogimiento, Manuel observó un estandarte colgado entre dos vitrales de la nave central —¿un estandarte romano en el Tíbet? No, imposible—. Le pareció más interesante aquella imagen de Cristo que presidía el altar, un Cristo sonriente elevándose de la cruz que lo sostenía hacia los racimos que, a esa hora de la tarde, bañaban su rostro con una hermosa luz dorada.

Al volver su mirada al monje, se dijo para sí: «No espere que rece, padre, yo no creo en ningún dios... —y al instante añadió—. ¿Pero por qué me miento? Sí, yo también soy el fuego que camina contigo». El padre Komay no salió de su concentración hasta que acabó de santiguarse. Una vez que se incorporó le condujo al refectorio, donde sirvió dos vasos de un vino color rubí, muy espeso y aromático.

—Pruébelo: es el vino más viejo del mundo, tan antiguo como el origen de esta humanidad.

Manuel se lo llevó a los labios preguntándose si la leyenda sería cierta. ¿Procedería verdaderamente ese vino de la primera viña que plantó Noé después del Diluvio? El sabor, desde luego, era extraordinario. No se parecía a nada que hubiera conocido. ¿A qué sabía aquel vino?

—Sangre de Cristo —exclamó el monje—, pura sangre de Cristo.

¿Pero qué era aquello? ¿Una ironía telepática, se burlaba de él? Apuró otro trago mirando al ermitaño, que seguía como ausente. Por fin sacó la carta lacrada, la abrió y se puso a leerla detenidamente. Una vez leída, la dobló con todo cuidado y volvió a guardársela en la bocamanga de su sayal.

—Siempre es la misma guerra, hijo mío, siempre ganan y pierden los mismos...

¿A qué se refería? Manuel esperaba otra respuesta, pero sólo miraba su copa. El monje siguió hablando mientras llenaba la suya.

—A veces es mejor tener un enemigo fuerte, pero el nuestro se esconde siempre. Siempre nos traiciona. Lo peor de todo es que vive con nosotros, y dice amarnos, y tal vez hasta nos ama...

—Lo dice por los carniceros del ejército chino, ¿verdad? —preguntó Manuel, suponiendo que la carta tenía que ver con eso.

—¿Y si hubieran sido los tibetanos? En ocasiones, la guerrilla actúa así con los pueblos que considera que le han traicionado. Llegan de noche, juntan a todos los hombres en la plaza y los pasan por las armas. Luego empiezan con las mujeres.

—Pero usted debe saberlo. Usted tiene que saber quién fue.

—Hijo mío —exclamó el monje, que hablaba despacio, como ensimismado—, cuanto más tiempo pasa uno aquí, menos importan las opiniones. Todas las guerras se parecen demasiado, todos los hombres que se odian se combaten hasta el exterminio. Yo sólo soy un intermediario, el intermediario que siempre llega tarde, como esta carta. Demasiado tarde. Pero no te culpes por ello. Tú has cumplido una misión que no era la tuya, y lo has hecho generosamente, poniendo en riesgo tu vida.

—Ah, o sea que... —balbució Manuel, que no salía de su perplejidad. ¿Cómo que aquel anciano era un intermediario? ¿Entre quiénes, y al servicio de quién?

—Los libros sagrados de los uigures afirman que fue aquí donde acabó todo, hace doce mil años... Cada día es más posible que sea también aquí donde vuelva a consumarse un nuevo fin del mundo. Aunque tal vez prefieras la versión de los periódicos. Bueno, ya sabes que cada día está más cerca una guerra entre India y China, y que nuestro Tíbet podría ser el detonante. Sobre todo desde que pasó por aquí cierta expedición japonesa, y descubrieron importantes yacimientos de uranio cerca de Tengri Nor...

Eso le sonaba a Manuel. Naropa también le había hablado de esa expedición. Pero en su versión lo destacable no era tanto el uranio, sino la presunta radioactividad mística que envolvía la necrópolis de los Bogdo Janes hallada cerca de allí. Curioso, muy curioso.

—Eres libre de pensar lo que quieras —prosiguió Komay—. Sólo te pido que seas piadoso con este pobre viejo, y que guardes silencio acerca de esta visita. Nadie debe saber que esta carta ha llegado a manos de Abba Komay, ni siquiera que Abba Komay ha sobrevivido. Y cuando digo *nadie*, me refiero tanto a la guerrilla tibetana como a los servicios de inteligencia chinos, cuyas conexiones llegan hasta ciertas lamaserías...

—¿Lamas al servicio del ejército chino? Por favor, no me diga eso...

—No sería la primera vez... En 1947, muy cerca de Lhasa, se produjo un conato de guerra civil. Un regente demasiado ambicioso levantó en armas al monasterio de Sera, que entonces contaba con más de seis mil monjes. Y el ejército tibetano, no el chino, bombardeó el monasterio de los rebeldes hasta que se rindieron. Ese mismo día, más de un millar de monjes de Sera emigraron a China. Nunca volvieron. Desde allí, siguieron conspirando...

Manuel sintió como si tuviera una mosca en la boca, al fin preguntó:

—¿Puedo preguntarle a qué orden pertenecían esos monjes?

—A la que estás imaginando, hijo mío, a la Nyingmapa.

Al oír aquello empezó a entender muchas cosas, incluidas las prevenciones de Tara. Sin embargo, la sensación no fue tranquilizadora.

—Entonces, esta carta...

—No puedo decirte más de lo que te he dicho. No te beneficiaría saberlo —insistió el anciano poniéndole una mano en el hombro y mirándole a los ojos—. Créeme, hijo mío, hay mucho en juego.

Pese a que sus razones parecían convincentes, Manuel no conseguía escapar de la sensación de que todo aquello era una locura. Un nestoriano nonagenario ejerciendo como agente secreto, pasando y recibiendo informes de una tercera potencia... para evitar una guerra entre India y China —dos países que, entonces, ya habían conseguido sus primeras bombas atómicas—. ¿En qué podía derivar esa guerra en el techo del mundo? ¿En una nueva versión del Apocalipsis? Aquello parecía algo bastante increíble, pero la carta era real, y las palabras con que se la entregó Shalimar también encajaban: «La vida de cientos

de personas depende de esta carta, por favor, entréguesela al padre Komay, se lo pido en nombre de ellos». ¿Se refería a los habitantes de Tielontang que habían sido pasados por las armas, o a los que morirían si estallaba esa guerra entre India y China por los yacimientos de uranio descubiertos en el Tíbet?

Fue entonces cuando el monje le sirvió una tercera copa de vino y se dirigió a él, llamándole por su propio nombre, como si le conociera desde siempre, como si llevara esperándole allá, en el otro extremo del mundo, desde aquel día en que entró en la cueva número cuatro de Qumrán, buscando una respuesta.

SEXTA PARTE

El vino del rey del mundo

Sé que todo esto es demasiado para tu capacidad de asombro, Manuel Nájera, pero no es lo único que el destino te tenía reservado en este viaje. No, no has venido en vano... ni te he dado a beber este vino en vano. Sígueme y conocerás las bodegas donde fermenta el sagrado vino de Noé.

Manuel le siguió, con la copa en la mano, por una pequeña puerta que comunicaba el refectorio con las criptas. Antes de emprender el descenso, el anciano descolgó una lámpara de carburo. La luz azul iluminó una estrecha escalera de caracol excavada en roca viva, muy parecida a la que conducía a la Cámara del Embrión tras la cabeza del Buda de Mulbek.

—*Akasa mana*, sí, ¿venías buscando eso, verdad? La fuente de los poderes sagrados, el manantial de energía que depara la inmortalidad... Pero recuerda que *mana* significa en sánscrito «mente». *Mana* es mente, todo es mente, Manuel Nájera... —insistió el anciano mientras su voz se perdía en la reverberación de las bóvedas.

»Tu punto de partida siempre fue certero, y emprendiste el camino en la dirección adecuada. Aunque lo negaras tantas veces, nunca dejaste de buscar al Cristo resucitado en esta región del mundo. El primer viaje, hace muchos años, te hizo subir hasta la lamasería de Tikse. ¿Te has preguntado por qué te perdiste? La respuesta es la misma que puede extraviarte ahora. Toda tu búsqueda tiene un propósito superior que va más allá de la ambición científica, pero te pierdes una y otra vez, y no sabes por qué. Sigues atrapado en el laberinto de tu intelecto, lleno de miedos y de sombras. Buscas desesperadamente la luz sin atreverte a abrir los ojos. Estás convencido de que esa luz existe, pero no acabas de creer en ella porque tu intelecto te lo impide. Te falta humildad, Manuel Nájera, pero sobre todo te falta fe verdadera.

—¿Por qué lo sabe? ¿Cómo ha llegado a saber tanto de mí? —las preguntas de Manuel resbalaban como un eco por encima del anciano, que seguía bajando delante de él con la lámpara en alto.

—Si no crees que ese vino de Noé contiene verdaderamente la sangre de Cristo, no se obrará en ti el milagro, y morirás de sed sin llegar a saber quién eres. Te sucede lo mismo que reprochas a los demás, empezando por ese pobre ciego de Kupka. Todo está roto en tu corazón, estás partido en dos. Por eso no se alza la losa para revelarte su prodigioso contenido, ni puedes atravesar la Puerta de Mulbek, ni te atreves a enfrentarte con el Libro de Cristal.

»No te aterroriza la oscuridad, sino la transparencia. Eso es lo que más temes: verte como eres, y aceptar lo que ya sabes; alzar esa losa y encontrarte con el Cristo que has venido a buscar, y tener que contárselo al mundo para que el mundo entero se ría de ti, llamándote loco, borracho, visionario. Ahora bien, ¿lo contarías si lo vieras frente a ti con tus propios ojos? ¿Aceptarías ser el emisario

de la Buena Nueva?

Manuel había perdido la facultad del habla. Al contrario de lo que le sucedió al anciano ermitaño, que a medida que hablaba, «empezó a rejuvenecer».

Lo escribo tal como lo cuenta en su diario:

Abba Komay recitaba las palabras como un médium. La luz de sus ojos se hizo extraordinaria, sus movimientos se agilizaron, y su cuerpo, hasta entonces casi inerte, parecía recorrido por una especie de vibración... ¿Estaba recibiendo de algún modo la posesión solar de los que beben el akasa mana?

El descenso continuaba, más de veinte metros bajo tierra, y la escalera seguía estrechándose. Komay no se detuvo en ningún momento, ni su luz vaciló. ¿Pero qué podía haber allá abajo?

—Cuando te has arrodillado junto a mí —prosiguió el monje—, me he dado cuenta que te fijabas en el estandarte romano... Qué incorregible eres, Manuel Nájera. Una vez más, has vuelto a rechazar lo que estabas viendo con tus propios ojos. Pero no te preocupes, incluso a Teilhard de Chardin le sucedió lo mismo, cuando otra carta lacrada le trajo hasta aquí... Como ya sabes, en 1930 emprendió un misterioso viaje al Tíbet en busca del Cristo Omega. Un viaje que se demoró más de tres años, y del que el propio Papa le prohibió hablar o publicar una palabra a su regreso. Los primeros en hacerse con sus diarios fueron los visionarios nazis de Himmler, que buscaban prodigios tan peregrinos como el Arca de la Alianza o el anillo de Gengis Khan. Aunque cueste creerlo, Hitler invirtió en esa aventura más que América en la fabricación de la bomba atómica. Al fin y al cabo, era algo parecido a eso lo que buscaban. La llamaban Vril, una energía sobrenatural que les permitiría dominar el mundo... igual que sobreimpusieron la cruz gamada a la cruz de Cristo. Ese fue su gran error, sus magos se creyeron por encima de los verdaderos príncipes, y las altas potencias se volvieron contra ellos. Tú fuiste el siguiente: encontraste el relato de Teilhard en el archivo secreto de los jesuitas, en Rávena y emprendiste su mismo camino. Pero te perdiste en el laberinto de manuscritos de la lamasería de Tikse, y no encontraste la clave que le permitió a Teilhard dar un paso más y descubrir esto... Míralo bien, ¿te dice algo este mapa?

El anciano alzó su lámpara y le mostró, como si acabara de ser pintado con los pigmentos originales —turquesa y lapislázuli en los cielos, granate puro en los cometas, polvo de esmeralda en los planetas y polvo de oro en los soles—, el mismo mapa que había identificado en la bóveda la Cámara del Embrión y sobre la gran losa de Mulbek. Pese a la oscuridad de la caverna, irradiaba una extraña luz violeta, luz de estrellas vivas que parecían palpar, como si un inmenso corazón latiera bajo la piedra.

—Se trata del derrotero originario —prosiguió Komay—, la ruta marcada en las estrellas que siguieron los esenios cuando Jerusalén cayó en manos de las legiones de César.

»Si no me crees, sube a la iglesia y coge ese estandarte que tanto admirabas. Como el águila real que te trajo desde Tengri Nor, verás el lábaro con el águila imperial y el anagrama SPQR, símbolo de Roma y orgullo de sus ejércitos. Tanto es así que cuando caía en manos del enemigo, volvían a la guerra para recuperarlo. Este perteneció a la legión de Floro, la más sanguinaria de las que arrasaron Palestina en el tiempo de los profetas.

»No sé qué hacían los esenios con ese lábaro. Tal vez lo emplearon como talismán en el largo viaje que emprendieron poco después, a través de Persia y de la India, hasta el Tíbet. Vinieron siguiendo a su maestro... Y su maestro, Jesús el Cristo, vino siguiendo a la tribu perdida de Israel, la legendaria tribu número trece, la única que conocía los misterios de la inmortalidad y la Jerusalén Celeste donde reinaba el sumo sacerdote Melquisedec. O, si lo prefieres, ya que el lama Naropa ha sido tan explícito contigo, la legendaria ciudad de Agartha, donde Melquisedec se llama Brahytma, y es celebrado como el rey del mundo. Uno y otro son dos de los portentosos Bogdo Janes, esos Fundadores de que se sientan a la mesa del Cristo Omega, el Señor de los Últimos Días que mostrará a sus elegidos el camino de regreso a las estrellas.

—Pero en su crónica Teilhard sitúa la puerta de Agartha en el corazón del monte Kailas —articuló al fin Manuel—. Habla de una caverna excavada a más de cinco mil metros de altura, *donde una mano...*

—Recuerdo perfectamente esa frase —replicó Komay—: *donde una mano perteneciente a una civilización desconocida habría labrado un mapa del cielo con estrellas ya no visibles, pues la datación de ese mapa nunca visto remitiría a más de trece mil años antes de la venida de Cristo.*

—¿Entonces?

—Entonces este es el mapa.

—Pero eso no puede ser...

—¿Por qué?

—Sencillamente porque estamos a más de mil kilómetros del Kailas...

—Así como Kailas es más que una montaña, Agartha es más que un lugar físico, hijo mío. Es un reservorio de sabidurías ancestrales, un templo de pilares invisibles, una ciudad con muchas puertas y una vibración del corazón... como este mapa. Míralo bien, ¿no ves que es más que un mapa? Así como el de Mulbek une la geografía celeste con la terrestre, éste superpone esas coordenadas sobre la anatomía del hombre cósmico mediante símbolos decisivos para el despertar a un nuevo estado de conciencia.

—Que nos haría semejantes a dioses.

—Exactamente. Fíjate bien... ¿Ves que las constelaciones y las tierras madres se corresponden con un tercer dibujo? ¿Qué forma tiene?

Manuel acercó su mano al bajorrelieve y donde figuraba Júpiter, tocó un corazón que parecía palpitar bajo la piedra. No, no podía ser... Atónito, volvió su mirada al monje:

—Creo... creo que lo he sentido latir...

—Así es, porque la piedra está viva, y el hombre que la habita también. Pero no pongas esa cara. No se trata de un hombre, sólo es una impregnación... Hace más de diez mil años, uno de los Fundadores dejó su huella sobre esta pared. Desde entonces, la roca sigue latiendo, irradiando...

—La luz del *mana*...

—Y el camino para llegar a ella. Teilhard buscaba el punto de fusión entre el primer latido del universo y el Cristo encarnado en el hombre. Esa luz que palpita en las estrellas y en tu corazón también tiene en esta Tierra lugares donde irradia en estado puro su fuerza cósmica original. Viajero, has llegado a una de ellas...

Desbordado por lo que escuchaba, la mente de Manuel también se vio arrastrada por un río de imágenes. En torno a la Puerta de Mulbek surgía una muralla rematada con torres doradas: la legendaria ciudad de Agarthá. Un rey de un solo ojo se coronaba en el corazón de una estrella y un niño venía al mundo en un pesebre, en la Cámara del Embrión de la que surgió y a la que regresó el Hijo del Hombre para nacer de nuevo.

—Los egipcios la llamaban la Puerta del Ka —continuó el anciano—, el paraíso de los Príncipes de Heliópolis, al que llegaban sobre las alas de Osiris. Los mayas de Atitlán, los supervivientes de la Atlántida, lo hacían atravesando el núcleo de fuego de este planeta... El nombre que se le dé, como la manera de llegar, es irrelevante. Lo que importa es saber que has llegado al eje, al centro espiritual supremo donde se fusionan alfa y omega, el origen y el más allá. Ahora bien, como en los mandalas tibetanos, como en los rosetones cristianos, el punto de tránsito de lo visible a lo invisible es único para cada hombre. El tuyo sólo puedes encontrarlo tú mismo... Y no tengo la certeza de que lo que te queda por ver pueda ayudarte. Escúchame bien, Manuel Nájera, ¿verdaderamente quieres conocer las raíces del vino de Noé?

Manuel asintió, plenamente consciente. Un paso más hacia la oscuridad podía depararle la iluminación absoluta o la caída en un abismo aún más negro que la misma muerte.

El monje enfocó su lámpara hacia el hondón de la cripta y, como en el relato maravilloso de Alí Babá, la luz azul iluminó un tesoro: centenares de tinajas del tamaño de un hombre, todas perfectamente ordenadas y empastadas por una gruesa capa de polvo que acreditaba su antigüedad.

Manuel dejó caer la copa que sostenía en su mano y se hizo añicos a sus pies. Komay pasó su palma sobre una tinaja, y a medida que apartaba el polvo se revelaba la inconfundible arcilla negra, rematada con una incisión que unía el pez y el cordero dentro de un círculo coronado por una estrella y una cruz. La clave que se repetía sobre la losa y la Puerta de Mulbek. La misma que vio por primera vez muchos años atrás en la cueva número cuatro de Qumrán.

¿Sería la cueva de Tielontang la número cinco? ¿Qué iba a encontrar? ¿Qué le esperaba dentro de aquellas tinajas?

Sin saber si el mundo se hundía bajo sus pies o el cielo se abría en espirales de locura sobre su cabeza, Manuel tuvo una sensación de vértigo aterrador. Tuvo que apoyarse en la pared de la cripta y, pese al frío, rompió a sudar copiosamente. Para acabar de convencerle, el monje metió su mano en la vasija y extrajo uno de los pergaminos que la rebosaban. Veinte años atrás hubiera dado su vida a cambio de un vestigio de aquel pergamino. Y ahora, cuando

había renunciado a la búsqueda, se encontraba con centenares perfectamente conservados y marcados con el mismo sello.

Desde los tiempos de Qumrán y Engaddi, los esenios venían preservando como su mayor secreto una sabiduría milenaria que había producido a Cristo, el gran testigo solar, pero también al gran príncipe de Egipto que fue Moisés, a aquel sabio babilónico que se llamó Noé, incluso a aquel mago caldeo, nacido en la ciudad de Ur, conocido como Abraham. Por las citas descifradas en los propios rollos, Manuel sabía que Qumrán sólo suponía el preámbulo de un conocimiento oculto y de una gran biblioteca jamás hallada donde convergían todas esas fuentes. Incluso se había llegado a emparentar a los esenios con los atlantes, con los mayas, y aun con los nagas del Ramayana. ¿Pero para qué apelar a la fantasía cuando aquella realidad era más fantástica que todos los mitos? Cuando Abba Komay extrajo aquel pergamino de inconfundible escritura cuadrada, Manuel Nájera supo que se trataba de un documento aterradoramente real: el tesoro que nunca se encontró en Qumrán.

Allá, oculta en la heladora cripta del monasterio de Tielontang y celosamente guardada en cien tinajas de barro negro, de pronto tenía ante sí la mítica Biblioteca de los Cananeos, donde el Segundo Isaías había compilado toda aquella sabiduría esencial. La misma donde, según las crónicas herméticas, se guardaba la versión príncipe del Evangelio del Mesías. Ese Testamento manuscrito por el Hijo de Dios, obsesivamente buscado a lo largo de dos mil años y jamás encontrado. La verdadera historia de Jesús el Cristo contada por Él mismo, desde su nacimiento hasta... ¿Hasta dónde? ¿Hasta su regreso las estrellas?

No, eso ya no pudo soportarlo. Aterrado, Manuel echó a correr en la oscuridad, escaleras arriba. No se detuvo hasta que alcanzó el claustro y pudo respirar a la luz plena de la tarde, libre por fin de aquella pesadilla. El Libro de Cobre, el Libro de Piedra, el Libro de Cristal, y ahora aquellas tinajas repletas de pergaminos... ¿Qué eran sino pasadizos de ese laberinto interior donde llevaba toda una vida buscándose a sí mismo? Una vez más respondía huyendo como un loco a través de un bosque de preguntas sin respuesta, preguntas como puertas cerradas que al final prefería no abrir, pues en cada una de ellas leía nombres que sólo significaban espejos deformados de sí mismo, diferentes formas de caer hasta el fondo del más negro de todos los abismos.

Si los esenios habían llegado hasta Tielontang, y allá estaba todo, ¿qué sentido tenía su traducción de la gran losa de Mulbek? Esas palabras, esa terminología sin precedentes, *luz palpitante, estrella Origen, hijos de la raza solar o aquel inverosímil todo Hombre lleva dentro de sí el embrión de un ángel*. ¿A qué remitía todo ese lenguaje resonante sino al eco de las tinajas de Qumrán? Asimismo, el Buda barbado de Mulbek, ¿qué era sino un hermano del Cristo de rasgos orientales de Tielontang? La fusión perfecta, el Buda Blanco, el divino Maitreya profetizado por Sakyamuni, encarnado en ese definitivo Cristo Omega. Entonces, ¿qué demonios había dentro de esas vasijas? ¿La Biblioteca de los

Cananeos, el Testamento de Cristo, o tal vez algo todavía más alucinante, una teofanía que situase las figuras de Buda y Cristo en una misma línea, la de esos Fundadores de rostros resplandecientes, irradiados por la luz del *mana*, los vástagos de la raza solar que fundaron las bases de una nueva humanidad entre las puertas de Teotihuacán y Tiahuanaco, entre la cumbre del Kailas y la caverna de Tielontang? Pero si esto era así, en definitiva, ¿con qué podía encontrarse cuando comenzase a traducir el Libro de Cristal?

Tenía que volver a esa cripta —se dijo cuando se tranquilizó— y llevárselo todo a Europa, las cien tinajas. Probablemente allá abajo estaban todas las claves, y entre ellas la más valiosa: la fuerza primigenia, el germen de los Fundadores, la fórmula alquímica que permitiría a cualquier hombre despertar dentro de sí la luz del *mana* y convertirse en un dios... Estaba a punto de desandar sus pasos cuando reapareció a su espalda el padre Komay. Había una viveza especial en su mirada. Y llevaba una caja de madera entre las manos.

—Tenga, esto puede salvarle de muchos peligros... —exclamó el monje ofreciéndosela con una sonrisa casi paternal.

Manuel no pudo contenerse. La abrió delante de él. ¿Qué había dentro? ¿Tal vez los documentos más valiosos de la cripta? ¿Acaso aquel Evangelio del Tíbet? ¿O más bien alguna clase de talismán, algún libro de conjuros o un manuscrito prodigioso? ¿Pero qué burla era aquella? ¿Tres miserables botellas de vino?

—Le serán muy útiles si se cruza con alguna patrulla china —insistió el anciano, ajeno al rostro desencajado de su invitado—. Si no abre ninguna, siempre podrá decir que ha venido a esta santa casa por el vino del Patriarca.

—El vino del Patriarca —repitió Manuel como un autómata.

—Recuerde la versión oficial: en las bodegas del monasterio de Tielontang no se guarda otra cosa que el preciosísimo vino de Noé.

Ningún águila cruzó el cielo cuando Manuel cerró los ojos. Cuando los abrió, ya casi se había recuperado. Aquello no podía acabar así.

—Gracias por el vino, gracias por todo, padre... Pero ¿puedo hacerle una pregunta más?

—Dime...

—¿Podré volver, algún día?

—¿Para qué, hijo mío? —no esperaba esa respuesta, no supo cómo seguir. El monje continuó por él—. Cuando Teilhard salió de esta cripta ya era otro. Se llegó a decir que había alcanzado el grado iniciático de *hamsa*, los espíritus superiores que, pese a toda oposición, alcanzan a cumplir su misión de luz. ¿Entiendes? —Manuel cabeceó: lo entendía pero no podía aceptarlo—. Son las leyes de los Fundadores, no las mías. Nadie regresa a Agarthá, porque nadie la encuentra. Es Agarthá quien conduce hacia ella a aquellos a los que elige... Sólo los Fundadores deciden quién, cuándo y cómo... Y la única manera de que suceda es un pacto de silencio. No revelarás a nadie nada de lo que te he enseñado, ni yo diré una palabra acerca de tu paso por esta biblioteca. Y en cualquier caso, has de saber que algo más: en cuanto salgas por esa puerta, tengo intención de sellarla, de manera que nadie pueda acceder a ella en mucho tiempo...

—¿Sellarla? ¿Por qué?

—La sabiduría corre peligro. Esta vez nuestros enemigos han respetado el monasterio, no ven ningún peligro en este viejo loco borracho. Pero la próxima vez, tal vez les tiende llevarse hasta la última tinaja del vino de Noé...

—Y usted, ¿cuánto tiempo más se quedará?

Un ruido de motores todavía lejanos se interpuso entre la pregunta y la respuesta: los chinos o los tibetanos, quienquiera que hubiese perpetrado el holocausto de Tielontang, regresaban.

—Vamos, venga conmigo —insistió Manuel—. Tengo un visado diplomático, puedo llevarle hasta Mulbek, y estaría salvado...

—Salvado, perdido, condenado... Te agradezco tu generosidad, pero no puedo aceptarla. Me debo a una misión en la que hay mucho en juego, Manuel Nájera. Mi presencia en este cenobio responde a un propósito que aún no ha concluido... Por ahora sólo sé que debo quedarme aquí.

El ruido de los motores se hacía más cercano, más opresivo, y se podía distinguir un chirriar de orugas, tal vez las de una tanqueta acorazada o algo parecido. Manuel se encaramó a su jeep y le dirigió una mirada más que elocuente al padre Komay. No había nada que hacer. El viejo loco le respondió con una sonrisa de iluminado que le recordó a esos violinistas judíos de Chagall que bailan sobre las ruinas de una ciudad devastada como equilibristas sobre la única cuerda de su violín.

—Le voy a hacer otro regalo, el último... —dijo el nestoriano, sin desdibujar su impasibilidad—. ¿Te has preguntado por la orientación de la Puerta de Mulbek?

—La verdad es que no...

—Observarás que la Puerta, como la losa, incluso como la Cámara del Embrión que se abre tras la cabeza del Buda... Todo está orientado de Este a Oeste... No puedo decirte más.

Mejor, porque desde el noroeste y apenas a unos centenares de metros, comenzaron a escucharse disparos —¿alguna resistencia?—, a los que respondieron de inmediato las ametralladoras de la columna blindada. Manuel ya no esperó más, pisó el acelerador y salió del monasterio a toda velocidad, preguntándose por dónde demonios había venido y guiándose solamente por la resonancia del fuego cruzado, siempre en dirección opuesta.

Cuando dejaba atrás el pueblo, una fuerte detonación a su espalda estremeció toda la carcasa del landröver. No se detuvo. Por el retrovisor pudo ver dónde se había producido: o el viejo guardián había sellado la biblioteca, o los chinos o los tibetanos habían sellado su vida, hasta que se reencontrasen en la eternidad. Nunca lo sabría. Tampoco nosotros sabremos nunca qué pasó verdaderamente allí, ni siquiera lo que Manuel vio a ciencia cierta en la cripta. ¿Descubrió realmente la legendaria biblioteca del Segundo Isaías o todo fue una alucinación producida por el vino de Noé? No, nunca lo sabremos. En su cuaderno lo cuenta como si todo hubiera sido una especie de alucinación, un cuento más de su particular versión de *Las mil y una noches*, una incursión de Don Quijote en su

esotérica Cueva de Montesinos, en el corazón de los Himalayas.

31 DE AGOSTO. MULBEK

Nadie encuentra Agartha. Es Agartha quien conduce hasta ella a aquellos a los que elige. ¿Pero para qué? ¿Para qué si una vez que llego hasta sus puertas no se me consiente rebasar el umbral? Tengo la sensación de que es mi propia vida quien me lo impide, mi vida pasada. La siento detrás de mí, encadenándome a los episodios nunca resueltos, exigiéndome su resolución final y repitiéndome una y otra vez: hasta que no los resuelvas no pasarás, no pasarás, no pasarás...

Es enloquecedor... Carmen reaparece en Tara, Qumrán vuelve a ser Tielontang... Vuelven los esenios, vuelve Jesús el Cristo, las tinajas de barro negro vuelven a abrirse y las respuestas parecen levantarse de la losa de Mulbek, como estas arenas amarillas del desierto que nublan toda visión de lo real. Me he pasado toda la vida intentando descifrar el gran enigma, y ahora, sólo después de este viaje, comienzo a pensar que tal vez no se trata de resolver el gran enigma, sino de incorporarlo al mío, a mi yo esencial. Entonces me convertiría en parte del misterio, viviría en él en vez de frente a él.

La aceptación es parte de la solución. La aceptación es el comienzo de la iniciación. Unirse al misterio. Unirse a la vida como un dios que se funde con su creación, y descubrir que todos formamos parte de un latido que se prolonga desde las bacterias a los ángeles, y más allá. Estamos siempre a caballo entre dos mundos. Este es el significado más profundo de la palabra humano. Caminamos sobre la tierra, nadaremos como peces a través de los cielos. Verdaderamente somos hijos de una raza solar cuyo destino es el signo del Pez, es decir, el Infinito. Saberlo, descubrirlo en ti, es eso lo que nos hace inmortales.

Constrúyete desde dentro como un ser de luz y verás llover maná del cielo. Ese maná que es el mana, la fuerza interior que le consintió al Cristo la resurrección y la transfiguración en el Tabor o en Tíbet, la Gloria de Dios.

Todos llevamos esa fuerza latente, dormida como el manantial escondido que espera la invocación. Energía crística, fusión de mente, alma y espíritu en un átomo esencial, tan diminuto como una semilla de sésamo, cuya potencia sin embargo, si la despertásemos, desencadenaría la eclosión de mil soles. Nadie que haya accedido a esta nueva visión puede seguir viviendo la misma vida una vez que despierta. Siento que lo que sé me excede. Este conocimiento nuevo me desafía, me amenaza, tal vez acabe conmigo, pero ya no puedo retroceder.

Sí, es así: sólo cuando nuestras propias vidas están amenazadas es cuando comenzamos a vivir. Cuando vemos al fin que las estrellas avanzan hacia nosotros, hasta las más distantes.

Quien haya viajado por esas latitudes, sabe lo que significa verse sorprendido por la noche en una pista de montaña tibetana, sin más iluminación que los faros de tu coche y sin más orientación que las estrellas. Conduces sin mirar al horizonte, con los ojos clavados en la carretera que no es más que un trazo de piedras ante el abismo, mientras constatas que no te quedan más que dos rayas de carburante y que en cualquier momento pueden encenderse todas las luces de avería mecánica, fallo eléctrico o sálvese quien pueda.

Recuerdo otro viaje que nos volvió a reunir en Yemen, cuando yo iba detrás de un reportaje sobre Osama Bin Laden, que entonces era un personaje casi anónimo, mientras que Manuel supervisaba el hallazgo de un presunto palacio de la reina de Saba, muy al norte del país, en las montañas. Acordamos compartir una destartada *pickup* que acabó por subirnos, en un milagro equivalente al del caballo de Mahoma, hasta los nidos de águilas de Jabel Mihan y Sakhara. Ni Bin Laden ni la reina de Saba nos estaban esperando allí, y en una encrucijada sin señalización alguna echamos la moneda al aire... y acabamos perdidos en lo alto de otra montaña, que sólo podía ser la del fin del mundo.

También entonces caía la noche de una manera espectacular. Frente a nosotros la vista se perdía una sucesión infinita de cumbres azules y violetas que las sombras iban engullendo silenciosamente. De pronto, comenzó a elevarse en la lejanía la voz rota de un muecín llamando a la plegaria. Una voz a la que enseguida se sumó otra, y luego otra, una por cada minúsculo punto de luz perdido en aquellas cresterías imponentes. Nos bajamos de la *pickup* sobrecogidos por lo que estábamos viendo y oyendo, aquellas voces resonando de montaña en montaña, en una polifonía tan portentosa que rozaba lo sobrenatural. Perdidos en aquella desolación infinita, ese canto nos traspasó el alma, como si esas voces que se elevaban hacia lo alto surgiesen de las mismas gargantas de las montañas y con nuestro silencio participáramos en aquella invocación sagrada.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, hasta que se apagó la última luz y la última voz, y todo el cielo quedó tachonado por una inmensa siembra de estrellas donde la Vía Láctea se destacaba tan diáfana y luminosa como una autopista hacia el país de los sueños. Pero nosotros seguíamos igual de perdidos. ¿Qué podíamos hacer? «Justo lo que estás viendo —exclamó entonces Manuel— si no encontramos el camino aquí abajo, conduciremos a través de las estrellas.» Y así lo hizo. No me importa que no me crean: condujo absolutamente a la deriva pero sin vacilar ni un instante, y en apenas una hora alcanzamos una gasolinera perdida donde al fin nos pusieron en ruta hacia Sanaá.

Quiero pensar que aquella noche, volviendo de Tielontang, le sucedió algo parecido. Un atestado del puesto fronterizo de Tengri Nor constata que pasó por allí entre las nueve y las diez de la noche del jueves 29 de agosto de 1981. Un par de soldados le hicieron detenerse y firmar en su libro de registro. Imagino a Manuel ofreciéndoles una botella de vino de Noé y unos cuantos dólares. Con eso creyó resolverlo todo. Nunca imaginaría hasta qué extremo ese incidente, en apariencia irrelevante, iba a resultar decisivo.

Sobre la medianoche, ya con el depósito en reserva, entraba en la desierta plaza de Shyok. Detuvo su jeep preguntándose dónde podría conseguir una cerveza a esas horas. Un rostro emergió bajo el voladizo del reloj eternamente parado a las nueve cincuenta y nueve: era Tushita con una cerveza en la mano, el hombre que jamás le fallaría.

Seguro que había tenido noticias de la barbarie de Tielontang, y debieron comentarlo durante el viaje de regreso a Mulbek. ¿Cuál fue la versión de Manuel? Es decir, qué fue lo que le contó a Tushita: ¿la crónica del genocidio o el descubrimiento de la biblioteca secreta de los esenios? Probablemente se extendió con lo primero, para respetar el pacto de silencio con Abba Komay. Esto explicaría la cita que aparece a vuelta de página en su cuaderno amarillo. Una cita que podría suponer un punto de inflexión en esta historia: *Ayer noche, Tushita me informó que en la región de Drang Tsé, muy cerca de Tengri Nor; el ejército chino había interceptado un importante cargamento de armas destinado a la guerrilla.*

Por primera vez encontramos en su diario una referencia política. Y asimismo por primera vez refiere una conversación sobre este tema con Tushita. Había comenzado siendo su chófer, enseguida lo convirtió en su mano derecha, incluso para traducir la losa. ¿Qué sucedió entre ellos tras su viaje a Tielontang? Dos días después, Manuel precisa que tuvo que abordar él solo la traducción del tercer fragmento de la losa: *Tushita fue llamado a Leh para resolver cuestiones administrativas que le ocuparon toda la semana.* Ni una palabra acerca de Tara. El viaje a Tielontang lo había cambiado todo.

El mismo Kupka me confirmó, cuando tuve ocasión de entrevistarme con él, que aquel viaje marcó un antes y un después en el comportamiento de Manuel. No me ocultó que le esperaba bastante enfadado por haber tomado su landröver sin permiso. No obstante, cuando lo vio regresar por la quebrada y nada más apearse del jeep ofrecerle un par de botellas de vino con sus disculpas, no pudo dejar de aceptárselas y le invitó a compartir una. Nájera volvió a sorprenderle, se excusó alegando que no tenía tiempo, «pues debía practicar ciertas mediciones».

Y volvió a desaparecer nuevamente a bordo del landröver de su colega, que se quedaría mirándole estupefacto. Al día siguiente, como si no hubiera sucedido nada, regresó a la losa. Ahora bien, al tercer día se encerró en su celda con todos sus manuscritos para entregarse a una actividad frenética que no interrumpía salvo para dormir, dos o tres horas a lo sumo, como también me confirmó el lama Naropa, quien «velaba por él día y noche».

¿Qué nueva conexión oculta había descubierto entre la Cámara del Embrión y la cripta de Tielontang? ¿Cabía la posibilidad de que esa crónica subterránea emprendida por los escribas de Qumrán, y continuada por los de Mulbek, y luego por los de Tielontang... marcara un itinerario hacia la legendaria ciudad de Agartha, y que ésta fuera una realidad, y sus habitantes los hijos de una raza de elegidos bendecidos por la energía crística, la luz del mana, la fuente de la inmortalidad? Entonces, aquel anciano sin edad, el padre Komay... ¿quién era realmente?

Ni Kupka ni Naropa consiguieron sacarle una palabra. Pero ni siquiera Manuel se atrevía a encarar lo que acabó por descubrir cuando recordó las indicaciones de Abba Komay, y las puso a prueba. La noche de su regreso, cuando subió a la Puerta ya casi con el amanecer, comprobó de nuevo su orientación. En efecto, todo el conjunto monumental estaba orientado de Este a Oeste. ¿Qué podía significar? Al principio no encontró ninguna respuesta. Anotó el dato en su cuaderno bajo un interrogante, y no volvió a cuestionarse nada. Dos días después, cuando concluía su jornada sobre la losa y recogía sus utensilios, observó que su brújula había comenzado a girar sin dar el norte con fijeza. De pronto, aquella placa de basalto registraba un fuerte incremento del magnetismo terrestre.

En todo el planeta no se conocen más de seis o siete puntos donde sucede eso. Enseguida, las palabras de Stellios le llevaron a las de Naropa, cuando le dijo que la piedra emitía radioactividad. Con su alusión a los yacimientos de uranio, Stellios le estaba revelando el anverso de aquel juego. Su intuición le había sugerido que Naropa ocultaba algo... ¿Algo como qué? Entonces se produjo un estallido de luz en su mente y rompió a contárselo a sí mismo en voz alta, creyendo que no le escuchaban más que los chacales y las estrellas:

—¡De este a oeste! ¡Eso es, de este a oeste! ¡Pero cómo no me he dado cuenta antes! ¿Qué es lo que se orienta de este a oeste? ¡Las tumbas cristianas o las judías! Nunca musulmanes, que las disponen de norte a sur. Y menos aun los budistas, que no practican enterramientos... ¿Pero por qué pienso ahora en tumbas? ¡Pues claro, por la radioactividad, por el magnetismo terrestre, por la vibración de las partículas elementales! Es decir, ¡por el *mana* que irradió durante siglos el sepulcro de José de Arimatea, el Sudario de Turin, y hasta la cueva número cuatro de Qumrán!

»Entonces, si esta piedra es una lápida funeraria judía o nestoriana... ¿quién hay debajo? No, es imposible. La última datación de la losa nos remonta hasta el segundo milenio antes de Cristo. Sin embargo, todas esas referencias al Pez, al Cordero, al Caminante, al Buda-Metteya, el Buda Blanco que vendría desde Occidente... ¿Hasta cuándo puedo seguir ignorando las palabras que desde esta losa siempre me gritan lo mismo?

—Disculpa mi intromisión, pero eres tú quien grita una y otra vez las mismas palabras, pero la piedra ha dejado de escucharte.

Como la serpiente, Kupka había llegado sin anunciarse! Le contemplaba sentado sobre el pie izquierdo del gran Buda rojo. Manuel se preguntó cuánto tiempo llevaría observándole.

—A cambio he ganado un gran oyente, por lo que veo... —exclamó, sin inmutarse, convencido de que el inglés sólo había oído la frase final—. Dime, qué te trae por aquí...

—Lamento comunicarte que mis plegarias han sido atendidas. Los de la Gulbenkian acaban de confirmarme que envían un nuevo equipo de expertos. Llegan en dos semanas.

—Dos semanas, muy bien —aprobó Manuel mientras recogía sus cosas—. Me sobra una.

—No es nada personal, créeme... Cada día veo más claro que tu obsesión por la segunda vida de Cristo está distorsionando la traducción. Reconócelo de una vez, Nájera, y aprende de mi propia experiencia. Yo también me dejé cegar por una visión en Qumrán, hasta que me di contra el muro y aprendí la lección...

—¿Quieres decir que esta piedra de mil toneladas también forma parte de un

delirio?

—Muy bien, centrémonos en tus teorías... ¿Puedo hacerte un par de observaciones muy elementales?

La manera en que Manuel se sentó frente a Kupka, sobre la losa, fue su forma de decirle *adelante*.

—Su concepción fue anunciada por un ángel, nació de una virgen y tres reyes vinieron a adorarle, pero no se llamaba Yeshua ni Emmanuel, sino Siddharta Gautama. En cualquier texto sobre Buda encontrarás parentescos con la historia de Jesús...

»Coinciden en lo aparente, pero se contraponen en lo esencial. Jesús es el Cristo, es decir, el Ungido, el enviado de Dios... mientras que Gautama será el Buda, el Iluminado, el Despierto, pero despierto por sí mismo, sin referencias a ningún ser superior.

—De todas formas, Buda no negó jamás la idea de Dios, y como Cristo, se marchó diciendo que volvía a la Casa del Padre.

—Ya, pero su mensaje sigue siendo radicalmente diferente. Por la boca del Nazareno habla un proscrito que se rodea de desclasados y desafía abiertamente al poder. Siddharta en cambio busca a la nobleza de la que procede, los selectos Kstryas, deja de lado cualquier implicación política de su doctrina y acaba sus días como un apacible anciano...

—De acuerdo, pero ambos convocan a las gentes diciéndoles: «Ven y sígueme». Predicaron por medio de parábolas y marcaron un antes y un después tras un definitivo Sermón de la Montaña.

—Vuelves a perderte en la leyenda. En realidad no sabemos nada del Buda a ciencia cierta, ni si era alto o bajo, ni si tenía barba o no como éste... Ni siquiera tenemos un solo vestigio fiable acerca de lo que hizo o dijo.

—Pues ya ves que sucede lo mismo con el Cristo, y los enigmas acerca de uno y otro se solapan continuamente. ¿Por qué los dos eligieron doce discípulos, ni uno más ni uno menos? ¿Por qué entre esos doce hubo, en ambos casos, tres ejemplares y uno avieso? Llámese Buda o Cristo, siempre hay un discípulo que traiciona a su Maestro. Siempre hay otro que funda una Iglesia y un clero, sea en el Vaticano o en el Tíbet, pese a que todos sabían que el Iluminado repudiaba los templos de piedra, las castas sacerdotales y probablemente también las de los escribas, como nosotros...

—No tengo ningún inconveniente en reconocerlo —sonrió al fin Kupka—, pero temo que sigues sin entenderme. Reconozco que hay ciertas coincidencias... Tanto Cristo como Buda anteponían el perdón, incluso al enemigo, a toda forma de violencia. Recomendaban abstenerse de la carne y del contacto carnal. Y hasta sus premoniciones de muerte son simétricas. Los dos dijeron que volvían a Eli, que es el Sol y el Padre, tanto para los arios como para los hebreos.

—Ya veo que te sabes la lección —aprobó Manuel mientras el teutón apuraba un trago de su cerveza—, pero ¿qué quieres mostrarme?

—Simplemente lo más elemental: que toda tu tesis está planteada cabeza abajo.

—No te entiendo.

—Si cualquier orientalista reconoce que los evangelios tienen una clara inspiración budista, por ejemplo a través del pensamiento gnóstico egipcio, que empapa todo el evangelio de Juan incluso en la idea de la reencarnación, ¿por qué no admites que todo pudo ser al revés? Es decir, que no fue el Nazareno el que vino a los Himalayas tras su crucifixión, sino más bien que fue Buda quien viajó a Judea tras su última reencarnación. Cuando el rey Asoka envió misioneros por todo el mundo, éstos llegaron no ya a Judea, sino incluso hasta Britania. De hecho, los primeros cristianos de Siria ya conocieron a Buda, tanto que aquella primera Iglesia canonizó a Siddharta bajo el nombre de San Josafat. Un nombre que suena casi como Yeshuá: otra vez el fantasma de Cristo sobre las huellas de Buda...

Una misión de monjes budistas llegando hasta la bárbara Britania en el siglo II antes de Cristo, y después un santo llamado Josafat para nombrar al mismo Buda.

La hipótesis de Kupka era y sigue siendo fascinante, toda una novela. Pero para Manuel su historia tenía más peso, aunque se cuidara mucho de revelarle por qué.

—Perfecto, primero Buda y luego el Cristo, no tengo ningún inconveniente en reconocerlo, ni en imaginar ese viaje desde la India a Galilea... —exclamó, acariciándose el mentón como quien acaricia una buena idea—, siempre que admitamos el viaje de vuelta a casa, como tú mismo ha dicho: desde el Gólgota al Ganges, y aun más allá del Tíbet.

—Recapacita, Nájera, tu teoría no se sostiene. Todos los indicadores corroboran que esta losa se talló y se escribió entre el siglo IX y el III antes de Cristo. Tu Caminante pudiera ser un discípulo de Buda. A lo sumo —volvamos a la literatura fantástica— el heredero de una estirpe sagrada, al estilo de los Hijos del Grial. Quien no puede ser en modo alguno, es el Nazareno...

—No vayas tan rápido, porque no es tan fácil. La edad de la piedra sólo define a la piedra, no a lo que hay encima ni a lo que pueda haber debajo. Supongo que en Londres seguirá en pie la estatua de Nelson, allá en Trafalgar Square...

—Sí, claro que sigue ahí... —Kupka se replegó, desconcertado—. ¿Por qué lo dices?

—Porque siguiendo tu lógica, podríamos aplicar esa cronología a tu ciudad y decir que Londres fue fundada en el siglo XVIII, puesto que hay una estatua de un personaje muy importante de esa época en su plaza central.

—Vamos, por favor, no intentes confundirme con tus paradojas forzadas...

—¿Tampoco te dice nada la coincidencia en la orientación de la losa y de la Puerta, ni lo que acaba de suceder con mi brújula, ni...?

—Pura fenomenología, y de lo más engañosa. Me quedo con la tesis de los yacimientos de uranio, sin entrar en mayores liturgias. Además, qué es más relevante en esta investigación, ¿el magnetismo o la datación histórica? ¿La

orientación geográfica o el contenido del texto? Fuera un apóstol, un santón o un profeta, y viniera de donde viniera, lo más probable es que el Caminante al que alude esta piedra no sea más que uno de tantos iluminados que recorrieron esta geografía durante siglos. Me inclino a pensar que se trata de uno de los apóstoles mayores de Buda, el que escribió el Libro de Cristal por indicación de su maestro. ¿No te parece suficientemente extraordinario que estemos ante una especie de testamento de Buda escrito de primera mano sobre un soporte excepcional, un libro de cristal de roca único en el mundo?

No sabemos qué pasó por la mente de Manuel en ese instante. Lo último que puedo imaginar es que Kupka acabara por convencerle. Sin embargo, cuando éste creía que ya no le escuchaba, Nájera bajó la cabeza y permaneció un buen rato mirando sus manos. Como si leyera en ellas.

—Sí, tal vez sea eso lo mejor, lo más sensato —dijo, como si se rindiera—, acabar de una vez con todo... Mañana, o pasado mañana, acabaré el último fragmento de la losa.

—¿Y el Libro de Cristal?— articuló Kupka sin salir de su estupefacción.

—Esa traducción no entraña dificultades... Se la regalo al equipo de la Gulbenkian que está de camino. Un poco de gloria les vendrá bien.

—Pero cómo puedes saber que...

—He traducido centenares de textos en pali... y la transparencia del Libro de Cristal es portentosa.

—No te entiendo, te juro que no puedo entenderte.

—No te preocupes, ya no hay nada que entender.

Manuel aguardó a que su colega se retirase como un centurión victorioso sobre su landröver. En cuanto dejó de oír el motor, conectó su linterna y se adentró por entre la fisura de la roca a los pies del Buda, hacia la estrecha escalera de caracol que subía a través del interior de la montaña hasta la Cámara del Embrión.

Aunque se cuidara de mostrar el menor interés tanto ante Kupka como ante Naropa, tal vez desde su llegada a Mulbek, pero sin duda desde que regresó de Tielontang, todas sus inquietudes se habían centrado en la necesidad de desentrañar un solo misterio. Ahora tenía más urgencia que nunca, y debía moverse con extrema cautela. De alguna manera, comenzaba a ser consciente de que vigilaban sus movimientos desde muchos frentes.

Paso a paso, fue ascendiendo por la cavidad excavada en la roca viva. Las esculturas de los animales sagrados y los *bodhisattvas* proyectaban sombras fantasmagóricas que parecían cobrar vida cuando se unía a ellas el resonante goteo de las galerías superiores. No recordaba que aquel recorrido fuera tan laberíntico hasta que el pasadizo se abrió a una especie de pozo cilíndrico horadado por dos aberturas.

¿Cuál era la que conducía a la Cámara del Embrión? Aún no se había decidido cuando oyó, por encima de los ecos goteantes, un ruido de pasos ascendiendo. Al volver la vista atrás, sin embargo, no advirtió ninguna luz. El ruido de pasos cesó, o dejó de escucharlo. Volvió a mirar las dos aberturas, tenía que decidirse ya. Sí, era la más difícil, se dijo, siempre es la más difícil, y agarró la escala de cuerda que colgaba de la galería más estrecha. Poco después tuvo que ponerse a cuatro patas para seguir avanzando, y esto le supuso un gran alivio: había acertado. En efecto, apenas veinte metros más adelante, bajo el mismo mapa grabado en piedra que había encontrado en Tielontang, su linterna iluminó aquel libro portentoso que parecía guardar un secreto de milenios entre sus páginas de cristal.

Esta vez Manuel no se detuvo a admirarlo. Ni siquiera a traducirlo. Sin pérdida de tiempo, encajó la linterna entre dos rocas y se puso a copiar las primeras láminas. ¿Le bastaría con las cinco iniciales?

—No es preciso que las copie —escuchó entonces desde una voz perfectamente nítida—. Recuerde que su amigo de la Gulbenkian las tiene microfilmadas y a su entera disposición.

El sobresalto le cortó el resuello. Giró una mirada. No había nadie, ni un alma, aunque esa voz inconfundible sólo podía tener un dueño.

—No sabe cuánto celebro que al fin se haya decidido a traducir el Libro de Cristal... —insistió la voz—. Todo Mulbek esperaba este momento.

Manuel aguardó a que la voz se hiciera visible. Sabía quién era, y hasta lo

esperaba después de su episodio con Kupka. Uno y otro le estaban diciendo que le seguían muy de cerca, que lo tenían bajo su control. Pero Manuel sabía que se les escapaba lo esencial, y lo esencial para él no era sólo ese libro.

—Le propongo un pacto, Naropa.

Y con sólo pronunciar su nombre, como un conjuro, el lama apareció al otro lado de la gran pilastra que sostenía la Cámara del Embrión.

—Que las altas potencias incrementen su sabiduría, Nájera San, le escucho...

—Yo le paso antes que a nadie la primera traducción de estas páginas... y usted me revela de una vez dónde tiene escondida a Tara.

El venerable podía saberlo todo, incluso poseer el don de la presciencia, pero había olvidado que Manuel Nájera pertenecía a esa especie de hombres que siempre cometen el error de enamorarse.

—¿Una mujer a cambio de una revelación? —respondió sin que nada en su rostro tradujese su perplejidad—. No esperaba esto, pero tampoco puedo satisfacerle... Ella se ha ido, no sé a dónde. Aunque sea mi mujer, Tara es libre y siempre ha sido así. No soy su único hombre, ni lo eres tú, Nájera San.

Manuel encajó mal tantos golpes con tan pocas palabras.

—¡Cómo que se ha ido! Pero si...

—Se ha ido pero volverá. Y volverá por ti. Es todo lo que puedo decirte.

—No, tienes que decirme algo más —insistió Manuel, cogiéndole un brazo con violencia—. Tú tienes que saber dónde está.

El lama no hizo ademán de soltarse.

—Pregúntate antes por qué y para qué la quieres... ¿Te lo has preguntado alguna vez? ¿Por qué haces lo que haces, Nájera San? ¿Por qué estás copiando estas páginas aquí y ahora, ocultándote de todos? ¿Por qué necesitas a Tara?

—Todo tiene su razón, amigo Naropa. Si no me traes a Tara nunca lo sabrás. No sabrás nada. Ni lo que dejó escrito el Caminante acerca de la luz del *mana*, ni lo que dijo el último Buda acerca de tu venerable iglesia...

Naropa dejó reposar las palabras de Manuel y eligió las suyas.

—Eres un gran hermeneuta, Manuel Nájera, pero aún no sabes que el misterio siempre llama al misterio... y que lo que no ha de ser desvelado, nunca se revela.

—No entiendo qué pretendes decirme con eso...

—Tara te pidió que le prometieras una cosa, ¿lo recuerdas? Te pidió que respetaras el poder de los que duermen y no lo estás haciendo. No sigas por ese camino, Manuel Nájera, La venganza de los dioses siempre es más terrible que la de los hombres.

—Vaya, esto es nuevo... O sea que el oráculo de Mulbek se ha vuelto contra mí, y ya hasta me amenaza con la maldición de los dioses.

—No, Nájera San, la primera amenaza ha salido de tu boca... y se ha vuelto contra ti. Son tus propias palabras quienes te juzgan, ¿es que no te das cuenta?

—exclamó el lama dedicándole una sonrisa vencida—. Son tus palabras las que te han alejado de Tara, son tus palabras las que te desafían. Entre tanto, el Gran

Buda sigue esperando que creas en él, y hasta este Libro de Cristal sigue esperando que le hagas hablar. Sí, también Naropa espera algo de ti, algo que nunca sabrás, Pero ¿y tú, qué esperas? ¿Qué has venido a buscar? ¿Crees que lo sabes?

Mientras hablaba, la mirada del lama se había concentrado en las pupilas de Manuel con la intensidad de un diamante. Cuando dejó esa pregunta en el aire, Manuel, que aún lo tenía aferrado, soltó su brazo sintiéndose ridículo. La tenue sonrisa de Naropa no se alteró, ni dejó de mirarle mientras desaparecía como si pasara a través de él, como si lo atravesara físicamente. Como si también él no fuese sino una página perdida del Libro de Cristal. Y su propia mente, la página más oscura de ese viejo enigma.

SÉPTIMA PARTE

Mahattissa

Por algún motivo, Manuel desconfiaba de las copias microfilmadas de Kupka casi tanto como del mismo Kupka en versión original. Por algún motivo, tampoco quería que supiese que estaba traduciendo el Libro de Cristal. ¿Estableció finalmente alguna especie de pacto con Naropa para que no le descubriese? Desde luego al teutón no le faltaron razones para pensarlo cuando Nájera se encerró en su celda en la gompa de Mulbek y ya nadie supo de él fuera de los *chelas* que le pasaban sus puntuales servicios de té a la manteca rancia. A juzgar por lo que cuenta en su cuaderno, lo que en principio consideraba una traducción fácil, se complicó enormemente. ¿Pero por qué?»

Es cierto que al enfrentarnos con un texto particularmente complejo casi siempre tendemos a atribuir al traductor las oscuridades debidas al estilo del autor o a los temas que trata. Muchas veces la inconcreción o la sutileza de las ideas ahondan nuestras insuficiencias a la hora de traducir palabras de lenguas perdidas que, por añadidura, no tienen equivalente en las modernas. Sucede con términos griegos tan usuales como *nous* o *logos*, habitualmente traducidos como sinónimos cuando representan ideas muy diferentes. ¿Qué decir entonces cuando nos adentramos en textos sánscritos, mil y hasta dos mil años anteriores? ¿Qué decir cuando nos consta que en ese tiempo se confundían reyes y dioses? ¿Qué decir, en definitiva, cuando los dioses y sus enviados transmigraban de cultura en cultura, de modo que el profeta Anebo de los cananeos puede ser el divino Anubis de los egipcios, un dios que los griegos identificaban con Hermes, y los primeros cristianos con San Hermas, un pastor contemporáneo de los apóstoles y autor de un Apocalipsis perdido?

Cualquier estudioso de la antigüedad sabe que se enfrenta a continuas distorsiones de la realidad histórica. Filón de Alejandría, imaginando que Grecia había sido siempre lo que fue en su época, pretendía que filósofos griegos habían acudido a la corte del Faraón para educar al joven príncipe Moisés. Sin necesidad de ir tan lejos, como aquellos emperadores romanos que aseguraban ser descendientes de Júpiter, desde la Edad Media nuestra historia está trufada de intervenciones providenciales de santos y ángeles en beneficio de la Cristiandad. Y a finales del siglo xx, la Unión Europea, en apariencia tan laica y racionalista, había elegido como bandera el azul y las doce estrellas que cualquier discípulo de Lactancio identificaría sin vacilar con el manto de la Virgen.

¿Hasta qué punto la inextricable urdimbre de nuestras creencias y ficciones configura la realidad? Hoy tenemos muy claro en qué se diferencian Batman y Beckham. Pero dentro de quinientos años, ¿quién será el personaje histórico y cuál el legendario? ¿No es acaso Don Quijote más real que todos los grandes monarcas de la España de entonces? ¿Tiene tanta importancia la veracidad

histórica, no ya en lo que se refiere a la historia de un tiempo... sino incluso en lo que afecta a nuestra propia historia personal?

¿Qué sucedió y qué no sucedió realmente de todo aquello que recordamos? Y hasta eso que recordamos, y que vivimos con tanta intensidad en su momento, ¿no fluctúa en nuestra memoria como una secuencia de imágenes muy tenues, semejantes a las de nuestros sueños? Tan evanescentes son nuestros recuerdos de lo vivido, como intensos nuestros deseos por hacer de nuestros sueños vivencias reales. Todo es sueño, todo es texto, todo es ficción.

Pero el extracto del Libro de Cristal que Manuel tenía por primera vez entre sus manos, no se resolvía de forma tan sencilla. Comenzaba con una alusión a una gran estrella roja que le recordó de inmediato las claves de la Puerta Cósmica, pero también un cometa, pues se trataba de una estrella que surcaba los cielos. ¿Qué cometa podía ser? A continuación, mencionaba una ciudad no menos misteriosa: Asoka-Udaya, la Ciudad de los Príncipes del Sol de Hielo. ¿Había existido realmente? El texto la situaba en el País de Bö, el nombre primitivo del Tíbet. Una consulta al canon de Ceram confirmó su existencia, aunque la definía como una de las capitales jamás encontradas de aquel imperio. ¿Fue destruida con la gran invasión dravídica del siglo I, o simplemente se trataba de un centro de poder imaginario?

Mientras se lo preguntaba, Manuel tenía delante el dibujo del mapa que había completado tras su visita a Tielontang. ¿Figuraría entre sus arcanos uno que precisase la ubicación de esa ciudad en la ruta hacia Agartha? ¿Con qué signo estelar se correspondería, con qué animal celeste, con qué órgano del hombre cósmico que se superponía al laberinto de constelaciones?

La siguiente línea del texto lo complicaba todo un poco más. De pronto, llegaban a Asoka-Udaya cuatro personajes singulares: un profeta caminante llamado Atman, que viajaba en compañía de dos discípulos —Baabat y Bhakti—, así como de una mujer que respondía al nombre de Mahatissa.

No le distrajo que, enseguida, uno de los nombres que se le atribuyeran a este caminante fuera, precisamente, el de Metteya, la voz originaria sánscrita que en hindú se traduce como Maitreya: una vez más, el Buda que habría de venir a continuar su trabajo, según las palabras del propio Buda Sakyamuni. Manuel sabía por experiencia que ese término se había aplicado a cientos de budas peregrinos, y no le concedió mayor importancia. Sin embargo, esos cuatro nombres previos —Atman, Baabat, Bhakti y Mahatissa—, le planteaban demasiadas incógnitas. De ahí en adelante, cada avance en su traducción operaba a la inversa de lo que se espera de un desciframiento. En vez de clarificar los términos, éstos se volvían más oscuros.

Atman, del sánscrito *at man*, «soy yo», se conoce como el undécimo de los soplos vitales, el que subsiste incluso después de toda existencia, asociado con el espíritu, la esencia vital básica no ya del hombre, sino de todo lo existente. No obstante, si sus definiciones pueden llegar a ser infinitas, Manuel jamás lo

había visto asociado a un nombre propio. Y sin embargo, ¿no resulta de lo más inquietante que un principio vital abstracto se traduzca, literalmente, como una voz que habla y dice: *at man*, «soy yo».

Más desconcertantes resultaban aún esos dos nombres, Baabat y Bhakti. El primero invitaba a un nuevo salto hasta la tradición paleocristiana, pues como Baabat se conoció en su tiempo a Tomás, también llamado el Gemelo de Cristo. Un discípulo, por otra parte, demasiado parecido al Ananda de Buda, el predilecto del Iluminado. Con Bhakti, las complicaciones se ensanchaban. Bhakti es la vía prebudista del amor que lo da todo sin pedir nada, el amor que se sacrifica hasta la muerte. Fue esa fuerza misteriosa la que inspiró el *Bhagavad Gita*, uno de los cantos de amor más maravillosos que se hayan compuesto jamás. También es la *bhakti* quien mueve a los *bodhisattvas* a proteger a quienes no deben perderse en su camino. Gracias a ella las mujeres dan a luz sin dolor, el veneno de la cobra pierde su fuerza, y hasta se puede llegar a detener en el aire el golpe de una espada. Pero, una vez más, ¿quién era ese Bhakti que acompañaba a Atman y a Baabat? ¿Otra fuerza cósmica encarnada en un hombre? ¿Y qué decir de aquella mujer que seguía a los tres, la misteriosa Mahatissa?

Todo resultaba demasiado extraño. La llegada de Atman a la ciudad de Asoka-Udaya cuando parecía gravitar sobre ella una maldición, la manera en que propuso a su rey una nueva alianza, la traición de su casta sacerdotal... y su profecía final. Porque había una profecía final. Todo eso era lo que recogía el Libro de Cristal, un libro dictado por Atman a sus discípulos, Baabat y Bhakti, de manera que resplandeciera en la luz «como un diamante de su memoria».

Como en la losa a los pies del buda, volvía a aparecer la memoria relacionada con la transparencia. Pero asimismo, por la otra puerta del laberinto, la oscuridad se hacía más y más densa. Esto es lo que cuentan las primeras páginas del Libro de Cristal, tal como las tradujo Manuel Nájera:

Cuatro ciclos de doce años se habían cumplido ya desde que la gran estrella roja había surcado los cielos sobre el viejo país de Bö, y su ciudad más sagrada, la siete veces esplendorosa Asoka-Udaya, había caído en un tiempo largo de plagas y tinieblas. Las cosechas no germinaban, los animales ni fecundaban ni parían, los hombres sólo veían en su hermano al enemigo, todo era desolación. Fue en ese tiempo cuando llegó a nosotros el Bienaventurado Atman, a quien acompañaban dos de sus discípulos, Baabat y Bhakti, y una mujer joven llamada Mahatissa. Nadie sabía de dónde venían ni a dónde se dirigían, pero los primeros que se acercaron a escuchar al Caminante decían que de su voz manaba luz, una luz que curaba. Por ello, quienes creían en su palabra comenzaron a llamarle Metteya, pues lo tenían por heredero del Auténticamente Venido. Sólo los sacerdotes de la vieja religión le miraban con recelo y no se acercaban a él, como él tampoco se acercaba a sus templos. Pero como su fama crecía por encima de todos, un día el buen rey Gopananda decidió convocarlo a su palacio, pues, si aquel Caminante curaba con su palabra, no podría negarse a sanar su reino. El Insondable acudió a la cita junto a sus discípulos y le siguió una gran muchedumbre. Pero al ver al oráculo de los sacerdotes reunidos en torno al rey, se entristeció, y lloró por el rey y su reino.

— ¿Qué es lo que te causa tanto dolor? —preguntó el sumo sacerdote, Chenrezi.

Como el bienaventurado no contestaba, otro añadió:

— ¿Temes acaso que no has de revelar tus secretos ante nosotros?

— Y como el Maestro perseverase en su silencio, un tercero dijo:

— Los secretos de los dioses pertenecen a aquellos que les temen. Y todos cuantos estamos aquí, ¿no tememos a los dioses y hemos hecho votos de guardar con nuestra vida la fidelidad a su palabra?

Todos los sacerdotes respondieron: «Así sea». Y el Caminante, que les miraba con dureza, repitió: «Sea pues. Puesto que así lo queréis, escucharéis la Palabra y os mediréis con ella». Dicho esto colocó de un lado a su discípulo Bhagavad y a Bhakti del otro, y dijo: «Formamos el triángulo, que sustenta la esencia de todo lo que es, representamos la puerta del Templo y sus dos columnas».

— Y diciendo esto se escuchó un grave palpitar en el cielo, como si un inmenso corazón hubiese comenzado a latir sobre sus cabezas. El rey tembló, los sacerdotes se sobrecogieron, la muchedumbre se arrojó a sus pies, aterrada, y Atman habló:

— No temáis, alzaos todos. Ved que el cielo se acerca para escucharnos, pues yo soy la Palabra y el latido que viene desde el origen.

Dicho esto se dispuso a dictar su Ley y su Enseñanza, y sus dos discípulos comenzaron

a copiarla en grandes hojas de palma y de latania.

Durante siete días el Bienaventurado Atman dictó su Ley y su Enseñanza a los hombres. Y a medida que daba su Palabra, su rostro y su espíritu resplandecían, pues su voz escribía con fuego en el Libro de la Vida.

—No hay dioses —comenzó por decir, y los sacerdotes se estremecieron—. El Que Es también es lo que sois, hijos de la luz en camino hacia la luz.

»No hay templos —continuó, y los sacerdotes ya se revolviéron—, sino un solo templo, que es vuestro corazón, pues es sólo en vuestro corazón donde la plegaria es escuchada por la luz y así es como creáis en vosotros luz viva.

»No hay ceremonias ni sacrificios que agraden a Quien me envía, salvo que llevéis su presencia día y noche dentro de vosotros. De manera que el mejor culto que se le puede rendir es amar a los demás como decís que le amáis a Él. Pues Aquel a quien llamáis Principio y Señor de todo lo creado ya os lo ha dado todo. Corresponde ahora al hombre dar y darse.

»Yo os doy una Palabra Viva que hace nacer y renacer. Si creéis en ella, os hará inmortales. Mientras que aquellos que nieguen ese principio morirán, pues su corazón abjura de la vida. Sabed que vuestro destino depende de la pureza de vuestro corazón, y que cada hombre ha de esperarlo todo de sí mismo, pues tenéis dentro de vosotros un poder que os hace hermanos de las estrellas.

»Así como los ojos del Señor recorren sin cesar los universos visibles e invisibles, de manera que allá donde su mirada descansa crea un sol nuevo, así es como aguarda de cada uno de vosotros el nacimiento de un hombre nuevo. Despertad el latido de la estrella que duerme en vuestro corazón, pues todos los poderes están en vosotros, y liberaos de la muerte que sólo es la prisión del alma. La desolación que tanto os aflige es una sombra de vuestro desierto interior, las plagas que os azotan nacieron de vuestra boca. Bastó una palabra, en el comienzo, para que las tinieblas se disiparan y surgieran la luz. Pronunciad esa palabra de manera que esa luz vuelva a manar de vuestro corazón y vuestras tinieblas se disiparán para siempre.

Y así sucedió, pues a medida que el Iluminado daba su Palabra los cielos se abrían, los pastos verdecían, las aguas se volvían salubres, los hombres y los animales sanaban de sus males y todo se revelaba luz a través de las siete puertas de la siete veces esplendorosa Asoka-Udaya.

—Cada hombre lleva dentro de sí el embrión de un ángel —dijo al fin—. Cada hombre y todos los hombres están en el camino de retorno al sol. Pero esa mutación no se producirá sin una gran batalla final entre quienes luchan por despertar su memoria de luz y los espíritus hambrientos que descienden a este espacio desde los soles muertos, devorados por su propia oscuridad.

Escribió la palabra oscuridad y, al alzar la vista de la página, vio que la segunda noche había caído sobre él con una negrura tan densa y envolvente como la que parecía surgir del texto que tenía ante sí. Después de la experiencia de Tielontang lo entendía todo y no entendía nada. La historia de Atman encajaba con la del padre Stellios, pero también con cualquiera de los mil budas caminantes que había encontrado en la lamasería de Tikse, veinte años atrás. No obstante, la palabra de este profeta contenía muchos de los principios esenciales de Jesús el Cristo.

Aquí estaban, en lo que parecía ser su versión madre, enunciados trascendentales como el *amarás a Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo*, la presentación de su mensaje como una buena nueva, la invocación a los poderes de luz que duermen en el hombre, y hasta la llamada a destruir los templos de piedra y a reemplazarlos por el templo del corazón de cada cual. En tiempos de Cristo éstas fueron palabras muy peligrosas, una auténtica blasfemia a ojos de los sacerdotes que acabaron crucificándolo. Mil años antes, ¿había sucedido algo semejante con este Jesucristo antes de Jesucristo?

Desde luego, sí sucedió con Siddharta Gautama. Los brahmanes tampoco le querían, pues Buda negaba su utilidad como intermediarios entre el hombre y lo divino. Hasta el Libro de Cristal, sin embargo, no se conocía ningún texto que lo dijera de una manera tan explícita y, lo que resultaba aún más notable, en primera persona. De hecho, en las primeras codificaciones de la palabra de Buda, debidas al rey Asoka, en el siglo II antes de Cristo, ni siquiera aparece el nombre del Iluminado. ¿Qué sucedería cuando se hiciera pública esa traducción? Si el Bienaventurado Atman-Metteya era aceptado como la última encarnación de Buda, ¿cómo reaccionarían los herederos del sumo sacerdote Chenrezi, al verse repudiados por el Perfecto, sus templos destruidos, sus jerarquías abolidas...? ¿Qué podía suponer esa traducción, sino una auténtica revolución en todo el Tíbet?

Las dos páginas siguientes del Libro, que ya tenía en borrador, contaban precisamente la conjura de los clérigos dirigida por el tal Chenrezi contra el Bienaventurado, su prendimiento, su proceso y, ¿una vez más su ejecución, como en el caso de Cristo? No, en la tercera página reaparecía esa mujer clave, Mahatishsha. Ella liberaba al Enviado de su prisión y continuaba su camino junto a él, «hacia la Puerta del primer sol».

Poco después uno de sus apóstoles —Baabat— componía algo parecido a un apocalipsis... mientras que el otro —Bhakti— convocaba a los hijos de la luz para la fundación de un reino nuevo.

¿El reino del hombre cósmico, el de ese enigmático Caminante que se decía hijo del sol, o el de esos misteriosos gigantes que cubrían los rostros de sus reyes

con máscaras de oro, en las estepas de Tengri Nor?

La losa de basalto ya revelaba un evangelio —continúa Manuel en su cuaderno—, es decir, un mensaje de buena nueva dictado por alguien que se dispone a partir. ¿Cuál es entonces la función del Libro de Cristal? ¿Repetir ese mismo mensaje en otra lengua... en otra longitud de onda?

¿Y qué decir de la biblioteca perdida de los esenios, en Tielontang?

Aquí, entre la losa y el Libro, tenemos una colosal estatua de Buda... Un Buda barbado, con rasgos que recuerdan la imagen del Nazareno. Mientras que en Tielontang, además del Cristo de rasgos orientales, se guarda esa biblioteca que parece contener sabidurías muy anteriores... Anteriores incluso a esta humanidad.

De hecho, el mapa astral que se repite aquí y allá es el que conoció Teilhard, y su datación se remonta a más de trece mil años antes de Cristo. Es la misma cronología que afecta a la fundación de Tiahuanaco, donde encontramos una puerta cósmica muy parecida a la que se alza en Mulbek. La misma que presidía los templos de Heliópolis y Medinet-Abu, en Egipto... Qué casualidad que la palabra griega síntesis sea una derivación del shamadi budista que simboliza la fusión plena del hombre con el cosmos, con la sabiduría infinita.

Todo esto es una locura. La función de cualquier texto es atraer a su lector hasta su centro por medio de un tejido de palabras. Cuanto más me adentro en este Libro de Cristal, sin embargo me llega con más claridad la voz profunda de quienquiera que lo escribiese, diciéndome que me aleje de él. ¿Pero qué puedo hacer salvo seguir escribiendo para salir de este laberinto?

Escribo a ciegas, con los ojos cerrados, porque ésta es ya para mí la única manera de avanzar. No puedo ver el camino porque hacer camino pasa por unir estos puntos tan distantes entre sí, y con los ojos abiertos no puedo hacerlo. El camino se cierra y me oculta sus respuestas por la misma razón que me hizo tropezar en el monasterio de Tielontang. Tropiezo porque soy incapaz de arrodillarme. No veo porque no creo. No creo en nada. Sin embargo, cuando cierro los ojos, parte del texto se me revela, comienzo a descifrar. Es curioso, durante toda mi vida sólo me han atraído dos historias: los libros herméticos y las mujeres igual de herméticas. Me fascina lo que se cierra ante mí, es decir, me fascina lo que me destruye. ¿Pero no es lo que me destruye asimismo lo que me salva?

No lo sé, no sé nada. Sólo sé que esta historia debe acabar ya o acabará conmigo. Desde ayer, presiento poderosamente que el final se acerca.

Después de tres días sin beber ni un trago, la botella de arak no opuso resistencia. A medida que se iba vaciando, la llama de la vela se movía como una medusa de fuego atrapada dentro del vidrio. El efecto fue fulminante. Su mente soltó amarras y sintió que navegaba por un espacio sin dimensiones, de inmensidad en inmensidad, como uno de aquellos Fundadores, hasta encontrar la estrella que llevaba escrita su nombre.

Fue entonces cuando escuchó aquella voz, después de tanto tiempo:

—El hijo que esperabas ha nacido ya.

La voz le llegó como una caricia en la oscuridad. Una caricia aterradora. Manuel fue incapaz de abrir los ojos.

—¿El hijo? ¿Qué hijo...? —exclamó, agitándose en su lecho—. No puede ser... No puedes ser tú.

—Tu hijo ha nacido esta noche, y se llamará Manuel —insistió la voz, acercándose un poco más—. Manuel, como Manú, el hijo de la luz del *mana*.

Cuando al fin consiguió despegar sus párpados, le hubiera sorprendido menos encontrarse a Carmen con un niño recién nacido en su regazo. Era Tara. ¿La misma Tara que desapareció en vísperas de su viaje a Tielontang? No, en ese tiempo se había producido en ella una transformación. Sus ojos rasgados revelaban otra mujer, una mujer-niña que hubiese llegado a su madurez, como esa sonrisa que seguía siendo dulce, pero velada por una extraña tristeza. Sobre todo cuando repitió esa frase, como un conjuro: «Tu hijo ha nacido ya, y se llamará Manuel». ¿A qué hijo se refería? ¿Qué clave le estaba transmitiendo?

A la luz del cabo de vela, aquellas palabras parecían dibujar un círculo místico alrededor de los dos. Y dentro del círculo, envuelta en esa atmósfera casi táctil, Tara siguió hablando:

—Tu hijo ha nacido ya. Pero tú, Nájera San, debes morir. Se acerca tu tiempo de morir...

—¿Morir? ¿Pero por qué?

—Porque has profanado el conocimiento sagrado. Te dije que no fueras a Tielontang, te previne para que no perturbaras el sueño de los durmientes. Tara quería salvarte, pero tú no escuchaste a Tara...

Tara acabó de desnudarse, entró en su lecho. Viendo su rostro tan cerca, Manuel sintió como si sus tatuajes formaran parte de la respuesta, y en su piel estuviera cifrada la clave de todos los enigmas. Tal vez era eso lo que estaba ofreciéndole como si fuera su hijo físico, pues a medida que le acariciaba con sus viejas artes de *khadoma*, el masaje ritual que sube por toda su columna hasta el hipotálamo, él sintió que un verdadero alumbramiento atravesaba su mente y se abría dentro de ella, como el rayo penetrando en el loto una noche estrellada.

—Querías saberlo todo, Nájera San... Lo querías más que a Tara, más que a tu

propia vida. ¿Sigues queriendo llegar hasta el final?

— ¿Por qué me lo preguntas, si dices que has venido para matarme?

— Escucha a tu hijo, al niño de luz que está naciendo dentro de ti. Escúchalo y sabrás. ¿Es que no lo oyes? Él trae todas las respuestas...

— Sólo te veo a ti, Tara, sólo te tengo a ti...

— Cierra los ojos, escucha... La luz de tu hijo atraviesa el Libro de Piedra y el Libro de Cristal. Todo es raíz y fruto de la misma historia... ¿Quieres que te la cuente?

— De acuerdo, cuéntamela y mátame después, como aquella vez.

— Los cinco animales de la losa, ¿recuerdas?, son los cinco budas de nuestra tradición, pero también cinco *skandhas*, cinco grados de perfección, cinco claves del camino. .. Los cinco personajes del Libro de Cristal son los mismos.

— ¿Cinco? Atman y Mahatissa, Bhakti y Baabat, sólo suman cuatro.

— No has entendido nada. Cierra los ojos, escucha a tu niño de luz... Atman no es Atman. Su nombre es Atmana, el mensajero del *mana*, la unión de Atman y Brahman, la fusión del principio del universo y el primer latido del hombre... El primer paso del Caminante unido al de su Continuator. ¿Entiendes ahora?

— No, no entiendo...

— Escucha: Atmana significa vuestro Cristo y nuestro Buda en un solo avatar, Maitreya, que es también el quinto elemento, el quinto evangelio. El Evangelio de los Fundadores...

El Evangelio de los Fundadores, se repitió Manuel sin reparar en que su corazón había dejado de latir. En efecto, Tara había venido para matarle o él había comenzado a morir, pues presentía que todo aquello era cierto. A la luz de aquel cabo de vela, siguió preguntando.

— Y Bhakti y Baabat entonces, ¿son lo que estoy pensando?

— Sólo en parte. Has acertado al pensar que Baabat es el gemelo de vuestro profeta, el que vino hasta aquí con él. Pero también es el discípulo predilecto de Buda, el que reemprendió su camino desde aquí...

— ¿Quién es entonces Bhakti?

— Bhakti es la fusión de todos ellos en un hombre nuevo fuera del tiempo. Aquel que será fecundado según el principio del amor absoluto. Aquel que será llamado a fundar un reino nuevo.

— ¿El reino de Agartha?

— El reino de Agartha se funda cada día dentro de ti. Eso es Agartha, el estado de conciencia que precede al gran retorno. El que llega allá detiene la rueda del Samsara y entra en el Nirvana-Madre, que es el Origen.

— Ya, por eso dejaron dos libros, uno de sabiduría pura y otro de enseñanzas para el camino, ¿no es así?

— Así es, *prajna* y *dharmā*, la doctrina de la sabiduría y la guía del camino, esos son los dos libros. El primero lo escribió Baabat sobre piedra y Bhakti escribió el otro sobre cristal. Pero cada libro es también una puerta que se corresponde con otras dos puertas, aquí, en Mulbek, la de la vida y la de la muerte.

—¿Dos puertas? Veo la puerta de la vida sobre la cabeza del gran buda rojo. Pero la puerta de la muerte, ¿cuál es? ¿Dónde está?

Tara no respondió con palabras. Se lo dijo presionando sus pulgares sobre su nuca. El dolor le hizo cerrar los ojos. Entonces vio esa puerta bajo sus pies. Y al verla, apenas entreabierta, un escalofrío le recorrió la médula. ¿Qué era eso que brillaba? ¿Parte de un rostro? ¿Un rostro o una máscara?

—Acéptame una pregunta más, Tara, sólo una...

—Está bien, pregunta. Será tu última pregunta.

—¿Quién es Mahatissa?

—¿Mahatissa? —repitió Tara, sorprendida de que ignorase hasta lo que ella consideraba más evidente—: Mahatissa es la mujer virgen que acompaña al Caminante. La hija de reyes que le acompaña en su camino, y le da un hijo sagrado, hasta que se abren para ellos las puertas del Reino.

—Pero Jesús jamás hizo el amor con ninguna mujer...—Manuel estaba convencido de la falsedad de todas las teorías que frivolisaban con eso: Cristo había hecho el voto de los esenios nazarenos, el sexo era la muerte para dios—. No pudo fecundar un hijo en el vientre de una virgen...

—¿Y quién te ha dicho que se trata de un hijo de carne y sangre? ¿No acabo de revelarte que tu hijo ha nacido ya y tú aún no lo ves? ¿No acabas de oír que Atmana supone la fusión de nuestro Buda y vuestro Jesús en un solo avatar? Atmana es el Maestro Supremo, como Maitreya fue su Continuator en su tiempo... y Bhakti en todo tiempo futuro. ¿Entiendes ahora? El Continuator de Buda y de Jesús, de Atmana y de Maitreya, es todo aquel que despierte esa luz virgen en su corazón y se dé a luz a sí mismo y se convierta en Bhakti. Igual que tú eres Mana, el manantial de luz que llevas cifrado en tu nombre.

Manuel lo estaba viendo todo, como si Tara estuviese proyectando dentro de su mente la película de ese regreso de Cristo al Tíbet, al corazón del mundo. Con Él regresaba a su trono el príncipe de una estirpe milenaria de fundadores de la que procedían todos los mitos, de Atman a Arhiman, de Buda a Maitreya, de Krishna a Cristo. Siempre ese avatar inmortal que tras morir sacrificado renacía inmediatamente como niño divino en un nuevo Portal de Belén, en la Puerta de Mulbek.

Nunca había oído nada semejante, ni tan maravilloso. Ni tan aterrador a un tiempo. Pues, en ese punto de su visión, con el primer silencio de Tara, apareció un rostro con los ojos abiertos, dentro de una tumba.

—Entonces, ¿ese rostro?

—Sí, es quien estás viendo, Nájera San. Ya lo sabes todo, no puedo revelarte más. Ni una palabra más.

Tara sigue hablando de otra manera. Su voz se funde a su cuerpo, y a medida que entra en él se diluye en su oído como un narcótico.

Cuando el rayo entra en el loto, la luz llega hasta las raíces de la vida y la vida se llena de luz, florece y da fruto.

Todo sucede dentro de ti, el mundo es tu creación, tú eres padre de ti mismo y tu propio hijo.

Cierra los ojos. Aprende a mirar por los suyos, fortalece tu corazón con su latido. Mira cómo fluye el loto en la corriente de la vida, mira el rayo dorado que atraviesa sus pétalos y se refracta en el agua como arcoiris, azul violeta, oro líquido, como los cielos que despiertan dentro de ti. Imagina. Sueña. Escribe. Nadie se ha atrevido a imaginar hasta dónde puede llevarnos la vía de los poderes que duermen dentro de cada uno de nosotros, y que hace semejantes a los hombres y a los dioses. Tu dios, como el mío, sólo fue Dios porque se atrevió a imaginarlo todo.

Me atrevo a imaginarlos así a medida que avanza la consumación de esa noche. Manuel siente que dentro de Tara se abre un sendero y que ella vuelve a ser su guía. Le habla con su cuerpo y con su sexo, con una intensa irradiación de amor. Ahora es ella quien le fecunda y él quien concibe. Cada pregunta, cada respuesta, supone avanzar un paso más en esa traducción que implica el desciframiento de su propia vida. Todo sucede sin palabras. En silencio anudan sus cuerpos, hacen el amor con una pasión profunda. A horcajadas sobre él, en la oscuridad, Tara llora sin lágrimas como si esa entrega le produjera un intenso dolor. Se trata del ritual previo a un parto al revés, como si fuera a darlo a luz nuevamente esa noche. También Manuel presiente que su historia con Tara se está acabando, y le coge la cabeza con sus manos, acaricia su pelo y besa sus ojos susurrándole una mentira: siempre estaremos juntos, siempre nos querremos así. Ella deja escapar un suave gemido, arquea su cuerpo y se pega a él sintiendo cada latido, envolviéndole con su sexo suave y sedoso, besándole hasta que los dos estallan en un orgasmo tan lleno de luz, tan largo y tan intenso, que se sienten transportados fuera del mundo, hasta el corazón de una estrella.

—Ahora está bien —exclama Tara—, ahora aunque mueras, ya no morirás.

Manuel la abraza y trata de besarla, pero ella rechaza el beso. No muy lejos, en lo alto del acantilado, la puerta de Mulbek se cierne sobre ellos como un desafío. Y como un hijo nacido de sí mismo, un espíritu nuevo se alza del cuerpo de Manuel. Gravita un momento sobre su cabeza, atraviesa los muros de la lamasería y asciende hasta la caverna donde duerme el Libro de Cristal, y se enciende como llama sobre el gran Buda rojo, envuelto en una irradiante esfera de luz, se diluye en el espacio que palpita dentro de la gran puerta.

Mil metros más abajo, después de hacer el amor con Tara, Manuel presiente su muerte. También él ha iniciado una singladura definitiva, tras zambullirse en otra dimensión de la vida. Así comenzará su último viaje, un viaje sin retorno hacia una realidad mágica donde lo visible y lo transparencial se mezclan, como la roca y el cristal de roca. Donde al fin se revelan todas las claves.

Hace calor, un calor extraño en estas latitudes, pese a que Mulbek es el punto más meridional del Tíbet. A lo lejos, la corona de hielo del Nun Khun resplandece como un diamante donde se reflejan los primeros destellos del amanecer, pero sobre los glaciares que descienden por el noroeste la nieve comienza a alzarse en imponentes columnas blancas. Se acerca la estación de los vientos, la tempestuosa primavera tibetana. Pronto florecerán los pastos, las praderas verdearán con esa hierba brillante que aquí llaman *la cabellera de Buda*, y volverán las caravanas y los rebaños de yaks, y se escuchará de nuevo el silbido de las hondas con que los pastores a caballo reconducen a los animales que se extravían.

En el patio de la gompa los jóvenes novicios recitan una salmodia con pretensiones de infinitud. Los pastores y los lamas que pastorean a su grey lo tienen más fácil. Ellos no dudan acerca del recto camino. Tanto es así que muchos de estos jóvenes novicios jamás llegan a aprender a leer, sino sólo a repetir de memoria los textos sagrados. Manuel, en cambio, no cesa de hacerse preguntas mientras traduce la quinta lámina del Libro de Cristal.

Poco antes del alba ha despertado solo, como aquellas noches en que Tara se acostaba junto a él. No tiene ninguna sensación en el paladar ni en la cabeza, pero abriga la misma sospecha. Como si mientras hiciera el amor con ella, tal vez con esos untuosos masajes previos, le hubiera infiltrado alguna droga. De otra manera no acierta a explicarse todas las intuiciones de la noche anterior. También los indios tarahumara, en México, llaman *hijo de luz* y *niño santo* al hongo alucinógeno que favorece esa clase de iluminaciones.

Las imágenes siguen muy vivas en su mente, sobre todo la última. Y es una locura. Ese descenso a través de una puerta que no se atreve a nombrar. Apura un trago de té escuchando a los niños de cabeza rapada y túnica azafrán. Junto a los borradores de la traducción, tiene abierto su cuaderno amarillo por una página donde podemos saber algo más:

Trato de concentrarme en el texto, pero me desborda todo lo que intuyo bajo su piel. Como si estuviera tocando su corazón. Siento una excitación increíble, algo semejante a lo que experimentaron los decodificadores del ADN o los descubridores de un nuevo mundo. Es muy posible que esté cerca de las últimas respuestas. Todos los caminos me conducían aquí, y aquí está la consumación de todo. La energía crística existe. Da igual el nombre con que se la conozca. Se trata del mismo fluido que resucitó a Cristo en el sepulcro, que fluyó de sus venas al Santo Grial, o del que bebió Buda Sakyamuni antes de rebasar las Puertas de la Percepción.

La luz del mana es el maná de Moisés, el soma de los Fundadores, la fusión del Atman y el Brahman... Estas son las puertas definitivas por las que transmigraron los últimos

maestros. De Qumrán al Tíbet, del monasterio de Tikse al de Mulbek, de las tumbas de Tengri Nor a la cripta de Tielontang, y ahora este Libro de Cristal que completa todas las claves del Libro de Piedra. Pero, ese libro, ¿no será algo más? Lo que comienzo a entrever me fascina y me aterra —escribe, antes de un párrafo muy tachado que concluye así—. Aunque todo sean alucinaciones, debo seguir avanzando. He accedido a un plano superior del conocimiento, y aun de la existencia, ya no puedo volver atrás. Ahora bien, tal vez no me sea consentido ver más. ¿Qué me espera más adelante? No lo sé. ¿Pero quién lo sabe?

Nuestra civilización —tan agnóstica, tan racionalista— es la única en toda la historia de la humanidad que se ha fundado sobre la aversión a todo principio trascendente. Hablar de la luz del *mana*, defender la existencia de una tradición sagrada, presentar al hombre como descendiente de las estrellas a las que estaría destinado, ¿no implica algo más que una locura personal, algo así como una impugnación contra todo nuestro mundo, una llamada desesperada, una llamada para un despertar? Creo que esto ya lo he escrito antes, creo que debo escribirlo de nuevo. Algo sucedió allá en Qumrán. Manuel salió de la cueva número cuatro transfigurado en algo parecido a un evangelista. Por supuesto, un evangelista perseguido por todos sus demonios —un profeta pecador, un santo bebedor—, pero absolutamente persuadido de que había sido ungido por un poder extraño, un conocimiento o una visión que desafiaba a todas las academias y a todas las curias de su tiempo, incluidas las científicas. ¿Con qué sensación de aislamiento debieron vivir él y todos los que como él se sintieron atravesados por un descubrimiento trascendental y tan difícilmente comunicable? ¿Cuánto sufrirían al contar su buena nueva y recibir a cambio sólo rechazos y burlas, cuando no la cárcel, el auto de fe o el patíbulo? Y sin embargo, dentro de esa tremenda soledad y pese a todos los golpes, ¿no serían también inmensamente felices? De no ser así, jamás hubieran resistido hasta el final.

Los sabemos seres excepcionales. Por eso los crucificamos. Pero antes queremos que den un poco de espectáculo. Es divertido ver cómo se apasionan con su verdad sumidos en una especie de trance. Sus palabras iluminan los rostros con una llama serena que nos restituye a la corriente profunda de la vida, mientras nos prometen cielos nuevos y unas vacaciones en la eternidad. Aunque no les creamos, tal vez lo que no podemos soportar es que ellos crean en lo que dicen. Que crean verdaderamente que van a vivir dentro de una infinita expansión de luz, mientras que a nosotros sólo nos espera el frío y las tinieblas. No, no estoy hablando de credos ni de iglesias; hablo de ciencia y de belleza, pues mis evangelistas son todos el mismo, aunque se llamen Fleming o Semmelweis, Van Gogh o Beethoven.

Cada evangelista emplea un lenguaje diferente, pero todos descifran el mismo Libro de Luz sobre una losa ilegible que sólo ellos pueden entender, porque también fueron ellos quienes la escribieron mil años atrás. Eso era lo que hacía

de Manuel un hombre marcado al rojo vivo. Creía profundamente en la estrella que sentía arder dentro de su corazón. Sabía que ese fuego generaba una soledad infinita a su alrededor pero ya no imaginaba otro rumbo para su vida, siempre expandiéndose hasta fusionar en un sólo latido —hálito y palpito, alfa y omega— el final y el origen.

¿Tardará mucho en acabar, Nájera san? —le sorprendió Tushita ese mediodía, cuando ya estaba ultimando la traducción de la quinta lámina del Libro de Cristal.

Manuel apenas alzó la mirada y siguió escribiendo.

— ¿Dónde has estado todo este tiempo? Te he echado mucho de menos...

— Ya lo sabe, Nájera San. He estado en Leh, cuestiones administrativas.

Tal vez esa segunda mirada de Manuel le incomodó más que la primera. Tushita la desvió, pero se creyó obligado a decir algo más.

— También tuve que esperar un día más, por Tara...

— ¿Ah, sí? No lo sabía.

— Ella estaba en Tradum, que cae de camino...

— Comprendo, no te preocupes. Ya ves que he podido seguir adelante con la traducción sin tu ayuda.

— Ya lo veo, señor. Le traigo los periódicos.

— Ah, gracias, déjalos ahí —precisó Manuel, indicándole el arcón donde ordenaba sus diccionarios—. ¿Quieres un té?

Tushita negó con la cabeza y, en lugar de dejar los periódicos sobre el arcón, interpuso uno doblado por la primera página sobre su mesa.

— Échele un vistazo, Nájera San —exclamó con un gesto nervioso—, es el *Kashmir Tribune* de hace dos días.

Manuel interrumpió su trabajo y se asomó a la fotografía de portada. Una larga hilera de cadáveres sin cubrir, a los que seguían apuntando los fusiles de los soldados chinos que los habían ejecutado. Los que estaban más cerca del objetivo de la cámara apenas eran unos niños, también había mujeres con signos de haber sido violadas, una carnicería.

— ¿Son tibetanos, verdad? —preguntó Manuel.

— Es lo que queda de la *guerrilla* que operaba al sur del Aksai-Chin. Medio centenar de muertos y ni un solo superviviente.

— Es terrible...

— Ha tenido usted mucha suerte, Nájera San. Ya lo ve... Si llegamos a cruzarnos con los chinos el día de Tielontang, ni usted ni yo estaríamos aquí.

¿Qué pretendía decirle en realidad? ¿Y por qué se lo decía así? Las dos preguntas quedaron en el aire cuando vieron, más allá de la balconada, un landröver que cruzaba el valle a tal velocidad que amenazaba con arrasar toda la gompa de Mulbek.

— ¿Es nuestro amigo Kupka o me equivoco? —preguntó Manuel mientras preparaba más té.

— Sí, es el director. Se ve que lo del *jeep* le ha puesto furioso.

— No te preocupes, eso ya lo arreglamos. Ahora viene por otra historia —dijo

Manuel, sin variar su tono—. Esta mañana, a primera hora, le he enviado a través de un *chela* la traducción de las tres primeras páginas del Libro de Cristal.

—No sabía que estaba ya con eso, Nájera San.

—Es el resultado del viaje a Tielontang. Ahora todo va más deprisa...

—¿Más deprisa? ¿En qué sentido, señor?

—En todos los sentidos, Tushita. Escucha, esta noche me he visto morir — Manuel segregó una sonrisa triste—: bueno, sólo ha sido un sueño. Pero, por si acaso, no quiero perderme su cara después de poner en sus manos el descubrimiento más importante de este siglo...

—¿Está seguro de lo que dice, Nájera San?

—Absolutamente, y sin embargo, lo más importante ya no tiene ninguna importancia.

—No le entiendo, señor.

—Obsérvale a él y lo entenderás todo.

En efecto, cuando el teutón apareció al otro lado de la puerta, venía tan alterado que tardaron el llegarle las palabras.

—¡No puede ser, esto no puede ser! —muy exaltado, fue derecho hacia Manuel con sus tres folios en la mano—. ¿Por qué no me lo pasaste antes? ¿Por qué?

Manuel le detuvo sin levantarse, decidido a no perturbar el lento hervor de aquel té.

—Si no puede ser, no te preocupes: todo lo que figura en ese texto es un error y yo sigo siendo el alucinado a quien nadie creará.

—Pero... si la ciudad es verdaderamente Asoka-Udaya... y el nombre del discípulo que copió el Libro de Cristal es textualmente Baabat... Y en fin, si el tal Atman le dictó este evangelio, porque esto es un evangelio en embrión, pero en toda regla, entonces...

—¿Entonces, qué?

—De ser cierto lo que dice el Libro de Cristal, tal vez... —respondió el arqueólogo ridículamente desencajado— estamos ante un descubrimiento que puede cambiar la historia de la humanidad.

—¿Te apetece un té? —preguntó Manuel, que seguía imperturbable—. Tushita ya me lo ha rechazado... Ayer noche, Naropa me trajo algo maravilloso: este excelente té rojo a la vainilla. Ahora me cuida mucho.

Kupka no reaccionó hasta sentir el líquido caliente llenándole la mano.

—Si me prometes que vas a seguir adelante, hoy mismo llamo a la Gulbenkian y paralizamos la comisión que está en camino...

—No es necesario, déjalos llegar y resérvalos la mejor suite de tu pabellón prefabricado: ya sabes, la de la antena parabólica.

—Por favor, ¿por qué actúas así? Sabes que si tu traducción es correcta, lo que hay allá arriba puede ser el hallazgo arqueológico más importante de la Historia.

—Quédatelo, es todo tuyo. Al fin y al cabo, tú lo viste primero.

—No te entiendo. No entiendo cómo te atreves a bromear...

—No bromeo. Sólo te invito a ser consecuente. Si hasta ahora todas mis traducciones te parecían inaceptables, ¿qué te ha llevado de pronto a creer tan fervientemente en ésta?

El director ya no contestó. Se le veía confuso, muy alterado y haciendo esfuerzos por contenerse. Nunca le había entendido, no le controlaba, pero ahora tenía verdadero pánico a enfrentarse a él. Se imponía una retirada prudencial, huir de sus sarcasmos e informar cuanto antes a la Gulbenkian acerca de lo que estaba sucediendo en Mulbek. Seguro que era eso lo que iba rumiando mientras las cornisas doradas de la pagoda iban empequeñeciéndose en su retrovisor, y el Libro de Cristal crecía y crecía hasta llenar todo el horizonte. Cada día contaba, y mejor si tenía testigos de todo lo que sucediera en adelante. ¿Pero qué era aquello que lo había cambiado todo y que podía convertir aquel libro en el hallazgo arqueológico más importante de la Historia?

Si aquel baabat que acompañaba al caminante era el Tomás de las Escrituras, Kupka se convirtió en un segundo Tomás al tener en sus manos la primera traducción del Libro de Cristal, y caer de rodillas ante él, víctima de una conversión súbita y total. De hecho, Tomás no fue un apóstol cualquiera de Cristo, sino el que duda de su resurrección e introduce sus dedos en la llaga, como si supiera que no había muerto, como si lo supiera incluso mejor que el mismo Cristo. También es quien le precede en su peregrinaje como una especie de aposentador del Maestro. Y lo más importante: Tomás es el apóstol que más se parece físicamente a Jesús. Pero si Tomás en arameo se traduce literalmente como *mellizo*, Tomás-Baabat, ¿era un apóstol singular o más bien alguien tan extraordinario como un hermano físico de Jesucristo?

De entre los más de veinte evangelios censados hasta la fecha, la Iglesia Católica sólo admite cuatro como canónicos: los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los tres primeros son conocidos como los *sinópticos*, a causa de sus notables semejanzas, mientras que el de Juan, el más inquietante, parece influenciado por otras corrientes de pensamiento, donde vuelven a estar muy presentes los esenios y los gnósticos egipcios. No obstante, todos estos textos de los que estamos hablando no son originales: se trata de copias de segunda o tercera mano de textos perdidos, muy posteriores a la vida y a la predicación del Nazareno, todos ellos escritos por hombres de fe sedientos de multiplicar sus milagros tras la desaparición del Maestro.

Frente a todo eso, la segunda lámina del Libro de Cristal decía textualmente que el Bienaventurado Atman había dictado a Baabat lo esencial de su Ley y de su Enseñanza. Entonces, si Baabat era realmente Tomás, si el Iluminado Atman era realmente Jesús el Cristo, y si lo que había copiado aquél era la palabra viva de éste, lo que contenía el Libro de Cristal era ni más ni menos que el único y definitivo Evangelio de Cristo. Un Evangelio del Tíbet.

Kupka seguía sin saber nada acerca del descubrimiento paralelo de Manuel en Tielontang. ¿Pero para qué necesitaba saberlo? A él le bastaba con el impacto mediático del hallazgo de Mulbek. Nunca había buscado el conocimiento puro, sino el puro reconocimiento personal. Y en ese sentido, el Libro de Cristal colmaba y superaba todas sus expectativas. Se convertía en un digno sucesor del John Marco Allegro de Qumrán. Ya se veía en una nueva portada de *Time* como hombre de año: él un refugiado de Alemania Oriental, condecorado por la reina como Caballero de la Orden del Imperio, incluso eligiendo un nicho bien prominente en el rincón de los poetas de Westminster.

Claro que, para llegar a eso, necesitaba salvar dos obstáculos. Y el más grave no era que la teoría base y la traducción llevaran la firma de Manuel Nájera. Lo peor de todo tenía que ver con la cronología. Según las dataciones más

solventes, el Libro de Cristal había sido escrito entre el siglo II y el I antes de Cristo. Por más que una de las acepciones de la voz sánscrita *Metteya* enlazase con el término hebreo *Mashia*, fuera quien fuese ese Mesías que llegó a Mulbek entre esos siglos, no pudo haber sido Jesús de Nazareth, pues evidentemente en el siglo II antes de Cristo... Cristo aún no había nacido.

Todo eso se vino abajo aquella mañana a primera hora, al poco de que recibiera la traducción de Manuel, cuando Kupka conectó vía satélite con los cinco departamentos de Historia Antigua más acreditados del mundo para fijar la datación de la ciudad de Asoka-Udaya, y apenas tres horas después, los cinco le ofrecieron una respuesta unánime y concluyente.

Pese a su aura mítica, la ciudad había existido realmente, y también su rey. La historia conoce al rey Asoka, que fue el primer gran impulsor del budismo allá por el siglo II antes de Cristo. Pero el término *Udaya*, un numeral simple, sólo admite traducirse como «diez». Es decir, Asoka-Udaya sería la ciudad del Décimo Asoka. ¿Quién fue el Décimo Asoka? El Gopananda que aparecía en el Libro de Cristal, un rey que existió fehacientemente, aunque hasta entonces el tiempo de su reinado fuera impreciso.

Ahora bien, si el Libro lo situaba cinco décadas después de que *la gran estrella roja* surcara los cielos del Tíbet, esa estrella tenía que ser un cometa. Y el único cometa que cruzó la Tierra entre el siglo I antes de Cristo y el año 0 no fue otro que el inconfundible Halley que anunció el nacimiento del Redentor a los Magos: la cronología del carbono 14 quedaba superada por aquella evidencia histórica que despejaba definitivamente todas las incógnitas.

El Bienaventurado Metteya, el Príncipe del Atman, era Jesús el Cristo.

El mismo Mesías que llegó *de regreso* al Tíbet a la edad de cincuenta años, donde dictó su Evangelio, antes de emprender una nueva andadura junto a María de Betania.

Sin embargo, ahora que parece que vamos a tocar el sol con las manos, y que cada página promete llenarse de luz, ¿por qué de pronto comienza a oscurecerse todo en esta historia?

Encuentro una postal rota que me habla de otro viaje. Verano de 1975. Hace quince días que hemos aterrizado en Birmania por primera vez los tres juntos —Manuel, Carmen y yo—, y por primera vez de vacaciones. La foto muestra una deslumbrante puesta de sol sobre el valle de los ocho mil templos, en la llanura de Pagán. Una planicie infinita surcada por un río serpenteante, un silencio sólo quebrado por el canto de los pájaros, y entre los enormes banianos, ocho mil templos abandonados, muchos devorados ya por la jungla, sin más habitantes que las serpientes y los monos.

¿Cómo sería ese paisaje de ruinas mil años atrás? Una visión de la gloria: ocho mil campanas de oro vibrando con una misma invocación, y miles de sacerdotes y de fieles fundiéndose en ella, no sólo de una manera religiosa, no, me refiero a otro milagro. Pienso en el nacimiento de una civilización, en ese milagroso empuje que lleva a los hombres a la conquista del cielo, en esa fusión de almas y cuerpos cuya consecuencia final es la belleza sobrehumana de algunas de sus creaciones, como los ocho mil templos de Pagán. Pero de todo eso, sólo recuerdo una pregunta:

—¿Adónde se fueron?

—¿Adónde se fueron quiénes, Manuel?

—¿Adónde se fueron los creadores?

—Si lo dices por mí, aún estoy aquí —Carmen se retocaba el maquillaje con ayuda de un espejito, de espaldas a nosotros—. Y quiero que sepas que esta historia y este lugar empiezan a agobiarme.

No le faltaba razón. ¿Qué pintábamos tres sublimes colgados europeos y una botella de Jack Daniels en lo alto de uno de esos templos campana, en un país donde apenas se veían extranjeros y por el que merodeaban con absoluta impunidad los khmeres prófugos de la guerra de Camboya?

—Tranquila, Carmen —mentí mientras le pasaba la botella—, la superstición nos protege. Lo único que puede aparecernos aquí es uno de esos monjes medio locos que vagan por estos templos o con un chacal sarnoso.

Caía de la tarde, el sol resbalaba por la curvatura de las grandes campanas doradas y precisamente entonces se oyó el aullido de uno de esos chacales solitarios, tan acompasado con mis palabras que nos soltó la risa a los tres.

—Lo que me angustia es otra cosa —dijo entonces Manuel, y ahora entiendo el sentido de sus palabras—: cierro los ojos y dentro de mí sólo veo mi propio templo en ruinas. No hay nadie dentro, ni siquiera yo...

—Muy bonito, pero como siempre, no hay quien te entienda.

—Se trata de algo muy simple. ¿Por qué me siento más vivo aquí que en mi ciudad, en mi mundo, en mi cultura?

—¿Que te sientes vivo aquí? —me interpuse—. Manuel, no te pases... Lo veas como lo veas, esto no es más que un cementerio.

—No, es al revés: el cementerio de verdad coincide con el luminoso mundo del que venimos, con todo su poder y toda su deslumbrante cultura. Pertenece a la civilización más poderosa que ha conocido la Humanidad pero estamos vacíos. Da igual que entremos hasta el corazón de la gran pirámide de Keops o de Teotihuacán, que lleguemos a la Luna, que plantemos una colonia en Júpiter o consigamos descifrar las claves de nuestro código genético. Pregúntate qué buscamos. Merodeemos por los lugares abandonados del espíritu como esos chacales que aúllan en la noche, y eso nos angustia, no por la desolación exterior, sino por la interna, por la nuestra, porque sabemos que somos incapaces de crear algo semejante.

—No estoy de acuerdo —exclamó entonces Carmen, que se rebelaba por sistema—. Nuestra civilización ha levantado creaciones extraordinarias. Sólo la Gioconda vale más que todos estos templos juntos... Y si quieres que hablemos de arquitectura, ahí tienes la Ópera de Sidney, o el Golden Gate...

—No me refiero sólo a la belleza, te hablo de una visión.

—¿Una visión de qué?

—Piénsalo un poco antes de responder, Carmen. ¿Dónde te has sentado?

—En una puta piedra más vieja que el mundo.

—No, estás sentada sobre el alma de una civilización. Todas las civilizaciones de la antigüedad funcionaban igual: primero creían y después creaban. Así se nacieron las pirámides de aquí, las de Egipto y las de Centroamérica... Siempre de dentro afuera.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Que los egipcios arrojaron a la arena una semillita, y que fue creciendo y creciendo hasta convertirse en la gran pirámide de Keops? Qué borracho estás, Manuel.

—Estoy más lúcido que nunca, y sólo os pido que entendáis esto: las tumbas de aquellas culturas no eran sólo tumbas, eran semillas. Por eso enterraban a sus muertos en tumbas de piedra, para que la piedra germinase y creciera sobre ellas una civilización nueva, un mundo sostenido por la luz...

—O sea, que son las tumbas las que sostienen las pirámides.

—Son sus raíces sagradas, las raíces que guardan todas las claves.

—¿Las claves de qué?

—No sabría decirte... Pero a veces pienso que estoy cometiendo un gran error.

—Eso está claro, no tienes más que ver lo contenta que me tienes —ironizó Carmen—. Ahora sólo te falta averiguar si tu gran error soy yo, o si el error eres tú mismo.

—El error nace de la idea de creernos con derecho a todo: esa es la enfermedad mortal de Occidente. No tenemos derecho a profanar los lugares sagrados de otras culturas. Lo pienso cada vez que entro en una de esas tumbas. Siento que

profano un misterio. Es como una violación. ¿Y sabéis que os digo? Que aunque creamos que no nos pasa nada por hacerlo, en realidad sí nos pasa. Los muertos despiertan, y nos maldicen. Nadie sale de allá sin pagarles su tributo.

Lo sabía desde entonces. Desde diez años atrás, cada vez que profanaba una tumba se repetía las mismas palabras de Tara cuando le pidió que no perturbase «a los que duermen», pues le iba la vida en ello. Pero su fatalidad también pasaba por otra evidencia: Manuel Nájera era incapaz de retroceder ante un enigma. Siempre había sido así y así seguiría siendo. Nadie cambia, pasa el tiempo pero seguimos cometiendo los mismos errores.

¿Cuánto tiempo llevaba hablando solo delante de su manuscrito? Tushita seguía allí, en pie bajo el dintel, esperando a que acabara de escribir. Se le veía extrañamente impaciente. En cuanto Manuel levantó la cabeza del texto, no vaciló en recordárselo con la misma pregunta:

—¿Tardará mucho en acabar, Nájera San?

Se lo había preguntado antes, poco antes de que apareciera Kupka y lo revolucionara todo. Manuel le miró otra vez, ¿a qué vendría tanta insistencia?

—Antes de salir de Léh, en mi agencia se recibió un teletipo de Tielontang. El padre Stellios quiere que vuelva. Vengo para llevarle.

El hermeneuta escuchó la explicación de su guía como si leyera otro texto en sus labios. Y ese segundo texto, el no verbalizado, era el mensaje que esperaba. Tenía que ser así. Claro, tenía que volver al camino, pues ya había resuelto el enigma de la primera puerta.

—Vaya, qué noticia, Tushita... ¿Cómo es que no me lo has dicho antes?

—Si salimos ahora mismo, todavía llegaremos con luz al paso de Tengri Nor. Esta vez puedo llevarle en el coche oficial, lo tengo ahí fuera.

—De acuerdo, vamos para allá... Pero antes tienes que llevarme a los pies del Buda. No quisiera cruzar esa frontera sin despedirme de él...

Por alguna razón que aún no me atrevo a escribir, ese día Manuel dejó sus dos traducciones —la del libro y la de la losa— perfectamente ordenadas sobre su mesa, y sólo se llevó consigo los borradores. ¿Presintió de alguna manera que tardaría en volver y quería dejarlo todo bien ordenado, o tal vez daba por concluido su trabajo? Sin embargo, para un hombre como él, que había invertido su vida entera en esa búsqueda, ¿cabía la posibilidad de cerrar el Libro de Cristal antes de llegar hasta la última línea de su última página?

Lo más alucinante de todo, sin embargo, comienza con una posibilidad insospechada hasta entonces. Tal vez, descifrando clave sobre clave, llegó a la conclusión de que su camino ya no debía de seguir un texto, sino una andadura física donde el tercer paso era ya una ruta más allá de Tielontang... Una ruta por las que ya sólo podía guiarle el padre Stellios ¿o quizá alguien más?

Manuel y Tushita llegaron al acantilado a esa hora en que los Himalayas se bañan en una inmensa luz rosada que parece ir resbalando de cumbre en cumbre y de eternidad en eternidad. Las golondrinas cruzaban en elipses fulgurantes sobre la Puerta de Mulbek, y el Gran Buda rojo, vivificado por la intensa luminosidad del sol poniente, más que un Buda semejava uno de los imponentes colosos de Abu Simbel puesto en pie.

Había una mujer junto a la escultura, una mujer vestida de negro riguroso, con el rostro cubierto por una máscara de cuero. El viento que azotaba su túnica

justificaba la máscara. Era el tiempo de las tempestades de arena, y todas las mujeres tibetanas se protegen así cuando emprenden un viaje. ¿A quién esperaba esa mujer?

—Viene con nosotros —exclamó Tushita, sin detenerse a presentársela—, también ella ha sido llamada por el padre Stellios.

La mujer les saludó con una inclinación de cabeza pero no se movió. Manuel repitió el mismo gesto y siguió hacia la piedra, tampoco él tenía tiempo que perder. El viento batía los folios que llevaba en su mano, apenas media docena. Los suficientes para desatar toda una revolución. Una revolución revelada que, verdaderamente, estaba llamada a cambiar el orden del mundo. Tanto él como Dieter Kupka sabían que allá, en ese remoto paraje de los Himalayas, habían encontrado y descifrado, tal vez, el único y definitivo Evangelio de Cristo. ¿Podía haber algo más? ¿Quedaba algo por descubrir? ¿Qué había averiguado Manuel contrastando los dos textos? ¿Qué necesitaba verificar sobre la losa?

Tushita lo vio avanzar hacia la piedra y tenderse sobre su superficie, pero esta vez no le siguió, ni Manuel se volvió para llamarle. Pero, ¿y esa manera de leer la losa, a qué obedecía? De pronto, el gran Nájera se ponía a leerla en vertical. Su mano acariciaba las iniciales de cada párrafo, y enseguida saltaba al siguiente. Luego volvía a sus escritos, anotaba algo, lo subrayaba y regresaba a la losa.

Apenas media hora después de iniciar la que sería su última prospección, Manuel Nájera se quedó de rodillas sobre la gran losa de Mulbek, y se llevó las manos al rostro. Su cuerpo comenzó a estremecerse de una manera extraña, como si llorara y riera al mismo tiempo. Tuvo que ser un momento sagrado, una epifanía equivalente a la de aquellos caballeros andantes que empeñaron su existencia en la búsqueda del Arca de la Alianza o del Santo Grial. Sin embargo, la frase que Manuel legó a la historia no tuvo nada de solemne.

—Es un maldito acróstico —exclamó—: algo tan sencillo como un acróstico...

Y se echó a reír con una risa callada ante la que Tushita no pudo por menos que preguntar:

—¿Qué es un acróstico, Nájera San?

—Algo muy simple... Una escritura en clave aplicada a un texto, en el cual las letras iniciales, las medias o las finales, leídas en vertical, revelan un mensaje cifrado y sin embargo, evidente. Tan evidente como el signo del pez que descubrimos el primer día, y no entendimos nada.

—Y eso, ¿está en la losa?

—No sólo en la losa. El que ideó esta historia fue un personaje de una inteligencia extraordinaria, y le gustaba mucho jugar. Escucha: es muy posible que las letras iniciales de cada párrafo de la losa se completen con las de cada lámina del Libro de Cristal.

—¿Y qué dicen? —preguntó el chófer, que parecía impacientarse.

—¿Qué dicen? —repitió Manuel, clavándole una mirada profunda—. Me temo que eso tú ya lo sabes, Tushita. Por eso estás aquí.

Tushita le sostuvo la mirada, pero no pudo mantenerla por mucho tiempo. Antes de añadir nada, pareció vacilar.

—Entonces está bien. Si los dos lo sabemos cuál es el mensaje, podemos irnos ya. El padre Stellios nos está esperando.

—¿No me vas a dejar echarle un vistazo?

—Nájera San, usted mismo dijo que su trabajo aquí ha terminado. Tenemos que irnos.

Pero Manuel no se movió, sus dedos avanzaron hasta el borde de la losa, se deslizaron por sus cantos como buscando un resorte o un resquicio. Diez años atrás, hubiera dado la vida por poder ajustar una palanca en ese resquicio y alzar siquiera quince centímetros aquel bloque de basalto negro.

—Es inútil que intente alzar la losa —insistió Tushita, confirmándole sus peores sospechas—: esa losa está sellada desde hace más de mil años, y así debe de continuar durante mil años más.

Como Manuel seguía sin responderle, y el tibetano añadió en otro tono de voz:

—Por última vez le pido cortésmente que venga conmigo, Nájera San. Su tiempo se ha acabado.

Cuando Manuel alzó la vista, se encontró con un revólver apuntándole. Por la mano que le había salvado de ella, volvía la serpiente para acabar su trabajo. Carmen volvía a por él desde Villa Bellagio. Volvía aquella noche terrible en que, al entrar de la terraza al salón, la encontró apuntándole con un arma muy parecida a ésa, antes de quitarse la vida delante de él. Siempre lo había sabido. Más tarde o más temprano, sabía que ese momento iba a repetirse en su vida, y que eso sólo sucedería una vez que hubiera resuelto el enigma que le obsesionaba desde que entró por primera vez en la caverna número cuatro de Qumrán.

O sea, que todo era cierto: debajo de esa losa le aguardaba la respuesta final que ajustaba todas las piezas y todos los libros en una presencia absoluta. «Está bien —se dijo—, acepto no saber más. Acepto no desvelar el último velo y guardar dentro de mí el último secreto. Así ha sido siempre, así ha de ser y así será.»

Pese al revólver con que le invitaba a caminar, la expresión de Tushita no había cambiado. Le miraba como si le dijera: «Tienes que entenderlo, viejo amigo, no es nada personal». Manuel entró en el desportillado Cadillac Corvette, donde ya les estaba esperando la mujer enmascarada y se acomodó a su lado, en el amplio asiento posterior. También ella, muy cortésmente, le apuntaba ahora con otro revólver. Tushita pisó a fondo el acelerador y el automóvil desapareció de inmediato envuelto en una nube de polvo y arena. Pero no hacia la carretera que conducía hasta el Aksai Chin, sino hacia el sur de Ladakh.

No me puedo quitar de la cabeza cuál sería el enigma del acróstico y ensayo inocentes juegos de palabras sobre la pantalla de mi ordenador. Escribo *hálito* e *hilé*, curiosa coincidencia: el *hálito* que nos da la vida y esa *hilé* de los griegos que es también la sustancia primordial. Se me ocurre otra extraña pareja: *alma* y *atman*. Salto del sánscrito al dravídico y de ahí hasta la más primigenia de las protolenguas, hasta ese primer fonema que concibió un vínculo entre el hombre y el universo. ¿Quién proporcionó a la Humanidad esas palabras perfectas, y todo el conocimiento que intuimos cifrado dentro de ellas, al menos desde hace cinco mil años y aún más atrás?

Todo texto sagrado no sólo está vivo, sino que aspira a transmitir a los hombres las claves de la inmortalidad. Pero los grandes maestros siempre supieron que este conocimiento proporciona poder, y que este poder no debe ser accesible a cualquiera. Todas las grandes escuelas de sabiduría crearon un metalenguaje paralelo al que sólo podían acceder, los iniciados que ya habían probado la luz del *mana*, es decir, los *iluminados*.

Manuel se había movido toda su vida entre esos textos, y no podía ignorar que dentro de cada libro hermético hay otro libro hermético y que, al final de todo eso se abre un gran silencio donde el sabio ha de escribir su propio libro dentro de sí mismo y callar. ¿Por qué? Porque la sabiduría verdadera es muda, y su esencia no es otra que mover a la transmutación interior en cada hombre. De ahí que la palabra de los grandes avatares se describiera en tantas ocasiones como un *hálito*, como una respiración que daba vida y que no en vano se transmitía mediante un beso ritual. Su objetivo precisa y literalmente era inspirar. ¿Cómo lo hacían? Dejando abiertas entre sus parábolas las puertas invisibles que cada iniciado debía atravesar para caminar más allá, hacia su segundo nacimiento, hacia una vida nueva, pero sin dejar huellas explícitas de su iniciación, de manera que quien intentase seguirles se perdiese en un laberinto de códigos y símbolos.

Esto no es literatura. Hablo de una evidencia. Esa lengua de luz viva que se repite en el origen de todas las grandes civilizaciones antiguas y que, a medida que éstas se degradan, deja de ser inteligible para las generaciones de la decadencia.

Los presocráticos codificaron su visión del cosmos —y de sus puertas— a través del lenguaje de los mitos, y los estoicos decodificaron la mitología a través de la física. Sus descendientes directos, sin embargo, perdieron enseguida las claves de su ciencia sagrada. En apenas dos siglos, ya sólo veían en sus relatos fábulas celestes embellecidas por los poetas. Es lo mismo que sucedió en Tiahuanaco y en Tenochtitlán, en el Uruk del gran mago caldeo Abraham, tal vez hasta en la Atlántida. Una vez cumplida la gran eclosión fundacional y perdida la gracia

que sostuvo ese milagro, cuando los fundadores desaparecieron llevándose las claves de su lenguaje secreto, sus herederos se perdieron en una jungla de criptogramas muy simples grabados a la vista de todos en sus pirámides y en sus templos, pero que ya nadie sabía cómo descifrar. A partir de ese momento, privados de su luz viva, cayó la gran noche sobre ellos y toda su civilización se vino abajo.

Tal vez el ejemplo más evidente sea el del Egipto de las últimas dinastías. Tras la partida de los fundadores, su escritura luminosa se volvió borrosa ante los ojos de la casta sacerdotal que hasta entonces había participado de todos sus misterios. De generación en generación, esos jeroglíficos solares dejaron de ser inteligibles, pero ellos los sustituyeron por una nueva escritura donde aún se pudiera sustentar la letra hueca de sus dogmas. Dentro del tabernáculo, los sacerdotes sabían que sus dioses les habían abandonado y que ellos mismos estaban perdiendo aquella inteligencia de los símbolos sagrados, las claves que hacían a sus depositarios semejantes a dioses. Tanto es así que cuando los griegos empezaron a estudiar la religión egipcia, su simbolismo era ya letra muerta incluso para los más esclarecidos hierofantes de Heliópolis. No entendían nada, no podían sostener el juego, estaban perdidos. Estaban muertos.

¿Era esa la razón de que los monjes de la orden Nyingmapa hubieran mantenido oculto hasta entonces el Libro de Cristal? Si en veinticinco siglos de mixtificaciones habían hecho de Buda un príncipe de cuento de hadas tallado a su medida para justificar la teocracia, ¿qué podía suceder si su presunto sucesor, el Maitreya de Mulbek, revocaba con su palabra todos sus dogmas y todas sus divinas jerarquías?

¿Cómo se entendía que la imagen del Iluminado que enseñaba a los hombres a prescindir de los dioses, aún fuese compatible en muchas lamaserías con el tridente de Visnú o con la danza de Shiva? Si su palabra había sido una, ¿cómo se explicaba que la hubiesen escindido en un millar de escuelas, del Mahayana al Hinayana, de la Vajrayana a la Mantrayana, y así hasta la infinitud, todas orgullosamente enfrentadas, todas creyéndose superiores a las otras y, por supuesto, todas gobernadas por una nomenclatura de clérigos que administraban todo lo humano y lo divino, haciendo del Tíbet una ominosa teocracia encubierta? Si el Perfecto se abstuvo de comer carne, si desaconsejaba los sacrificios y los oráculos, casi tanto como las hechicerías de la vieja religión, ¿cómo se podía justificar que hubieran dado la espalda a todo eso, de la misma manera que le habían dado la espalda a Buda, convirtiéndolo en un ídolo, una fría estatua cubierta con panes de oro, un dios más constelado de ángeles y demonios, en las antípodas de su conmovedora verdad desnuda, de su llamada a la conciencia y al camino incesante?

Mucho mejor que ese Buda Blanco fuese el Cristo de los occidentales. Pero, sin lugar a dudas, nada más prudente que evitar que se agitaran las apacibles aguas del estanque dorado. La agitación, la controversia, la polémica en torno a

un texto como aquél, podía ser el primer paso hacia una revisión de su doctrina que acabase cuestionando sus fundamentos, o poniendo a toda su casta sacerdotal en evidencia, como los usurpadores que probablemente eran. Y de los budistas tibetanos a los católicos romanos, o ante todos esos millones de seres humanos que se dicen creyentes o seguidores de Cristo, ¿qué podía suceder si Manuel regresaba a Europa proclamando que había descubierto su único y definitivo Evangelio, y que no tenía nada que ver con los aceptados y difundidos por el Vaticano?

Verdaderamente, aquel Libro de Cristal podía generar toda una revolución espiritual, cultural y, por consiguiente, también política. Aunque, lo más probable sería que, veinte siglos después, Cristo fuese utilizado como pretexto para un monumental ajuste de cuentas. Una vez que se revelase su voz a través del Libro de Cristal, y tras la convulsión que este descubrimiento produciría en todo el mundo, primero elevarían su palabra viva al cielo mediático entre cantos de aleluya, y el Cristo volvería a vivir un segundo domingo de Ramos en Jerusalén. Pero tan cierto como eso que, noventa días después, de un modo u otro, volvería a ser crucificado en el sangriento altar del choque de civilizaciones.

Ahora lo entiendo, ése fue el motivo por el que Manuel anunció a Kupka que no traduciría ni una página más del Libro de Cristal. Pero, sobre todo, ése era también el motivo que le llevó a ocultarle su tesoro máspreciado: aquel acróstico que se resolvía cruzando las letras capitulares de aquel libro con las de la losa a los pies del Buda. Por eso aceptó la conminación de Tushita cuando le apremió a retirarse. En el fondo, estaba de acuerdo con él. Por diferentes caminos, los dos habían descubierto qué había debajo y llegado a la misma conclusión. Creían fervientemente que debían actuar de ese modo por el bien de la humanidad. Sin embargo, ahora que compartían el mismo camino a bordo del Cadillac Corvette, ¿por qué ya no podían entenderse?

Parte de la respuesta me estaba esperando en un folio amarillo muy ajado, doblado en cuatro entre las páginas finales de su cuaderno:

En hermenéutica no existen traducciones lineales, sino escalas divergentes. Toda la vida repitiéndome la misma frase, y no he sido capaz de aplicarla hasta estos días finales. Tendría que ser así, y así ha sido. En cuanto me he puesto a descifrar los dos textos en paralelo, cruzando las palabras de uno y otro, la oscuridad total se ha abierto a la más absoluta transparencia. A fuerza de mirar tan lejos, no veía lo que he tenido siempre delante de mis ojos. Como el signo del Pez que tan palmariamente se repetía en la Puerta y en la losa.

Kupka y yo nos quedamos con la primera evidencia, que éste era el ideograma de Cristo entre los primeros cristianos. No se nos ocurrió pensar que, además, pudiera contener un protocolo de lectura para encajarlo todo.

En griego pez se dice ιχθύς, ikhthus. Y, como es sabido, ikhthus cifra un acróstico donde cada una de las cinco letras que lo componen son las iniciales de otras cinco palabras Iesos KHristos THEou Uios Soter, que se traduce como «Jesús el Cristo, Hijo de Dios Salvador».

Sólo cuando he aplicado esa lógica a la traducción paralela del Libro y de la losa, he comenzado a entender. Aunque no ha sido fácil. Escribo, en dos columnas, esas cinco palabras capitulares de cada uno de los dos textos:

Libro de Cristal

An-Khi-Du

Sar-Ma-(I-A)-Sar

Be (Y-E)-Sah-Ma

Shar-Nam-Li

Shar-(A)-Th

Libro de Piedra

O-Ah-Naih (A)

Vam(A)-Sha-(I)-Nay

Khay-Ru-Lhay

Y-Ar-Ma-Kha

Man-(A)-Ghar (I-A)

Veamos, ¿es posible que cinco palabras en lengua pali, las capitales del Libro de Cristal, sean compatibles con otras cinco claves en lengua vatannan, las que presiden la losa de basalto? No, por supuesto que no.

Pero si las descompongo en fonemas, y las voy cruzando, ¿con qué me encuentro? Evidentemente, con doce palabras imposibles, pues sólo podrían pertenecer a una lengua imaginaria. Las doce palabras son éstas:

An-O-Khia-Du-Nai

Sar-Nay-Be-Khay

Sar-Y-Na-Ma-Li-Ka

Sar-Man-A-Gar-A-Th-I-A

Aunque ahora me parezca evidente, entonces no veía nada. Seguía perdido en mi oscuridad. No sé cómo se me ocurrió hacerlas sonar, como si pronunciara un conjuro, como un balbuceo en busca de un orden. Sin embargo, en la oquedad resonante de mi celda, aquel ritual solitario, ¿no me acercaba un paso más a la locura? Me lo pregunté muchas veces con miedo, con la angustia de la desesperación, pero no me detuve. Seguí hablando solo, repitiendo mi conjuro una y otra vez. ¿A qué sonaba aquello? ¿Al viejo sánscrito, a alguna lengua indoaria o preindoeuropea? ¿A qué? Estuve dos noches en vela con esa música demencial llenándome la cabeza. Pues bien, la tercera noche, esta noche, al alba, las doce palabras se han llenado de luz ¡y han comenzado a hablar por sí mismas! ¿En qué idioma? Exactamente en el que fueron escritas: ¡en arameo antiguo! Desde esa lectura, Anokhi Adonai, cifra el inicio textual de los diez mandamientos — «Yo soy el Señor»—. Luego, ese Mashaia puedo traducirlo como «aquel que ama», es decir, nuestro Mesías. Y Yeru-Salima, «la ciudad de la paz», ¿qué es sino una alusión textual a Jerusalén? A partir de ahí, el texto se ha revelado por sí mismo con un mensaje estremecedor:

Yo soy el Señor (Adonai).

Aquí descansa el que ama (El Mesías),

aquí se abre la Puerta del Pez (Jesús el Cristo)

que vino de Jerusalén

y el Camino de Luz que conduce a Agartha.

Definitivamente, el cruce entre el Libro de Cristal y la losa de basalto me ha abierto el paso hacia un Tercer Texto. Pero este Tercer Texto ya no se escribe sobre piedra alguna, ni sobre un pergamino, ni en láminas de cristal. El Tercer Texto remite a una Primera Senda. Pienso obsesivamente en aquello que encontraron los exploradores de Naropa en Tengri Nor, esos doce gigantes con los rostros cubiertos por máscaras de oro, a los que llamaron los Fundadores. Aquí, bajo esta piedra, es muy posible que descanse un Fundador excepcional. Aquel que hablaba en arameo antiguo y cuyo signo era el pez. Aquel que fue crucificado en Jerusalén y comprendió el camino de Agartha. ¿Es necesario

continuar? No, claro que no es necesario. No debo continuar.

Es suficiente con el Evangelio de Cristo, más que suficiente. Si regresase a Europa contando que bajo su verdadero Evangelio se encuentra la misma tumba de Cristo, ¿quién me creería? ¿Quién creería a este viejo visionario y alcohólico, desautorizado por todas las grandes instituciones arqueológicas del mundo, incluida la Gulbenkian, que ya ha enviado a sus centuriones para prenderme? Pero, en cualquier caso, si en el más peregrino de los supuestos acabaran concediéndome una mínima credibilidad y viniesen aquí para levantar los sellos de este nuevo Santo Sepulcro, como no sabrían hacerlo de otra manera, en plan hollywoodiense, ¿no estaría traicionando el mensaje del Mesías, de la misma manera que estos lamas han traicionado la enseñanza de Buda?

Hace ya un buen rato que el Cadillac remonta los riscos del Pachal-Kangiri, con el motor tan ahogado que parece a punto de romperse. Tushita conduce como aquella primera vez, la misma serenidad fría al volante. Ni una plegaria ni un juramento por más que las ruedas rechinen al filo de los abismos que van dejando atrás. De vez en cuando, tras cruzar una mirada a través del retrovisor, le pasa a Manuel la botella de arak, como en los viejos tiempos. El aguardiente le quema el paladar, y baja por su garganta envuelto en llamas mientras siguen subiendo por encima de las nubes.

Poco antes de coronar la pirámide del Kamet, llega hasta ellos el eco de la deflagración. Un estruendo formidable que retumba de montaña en montaña, como si la espina dorsal de los Himalayas se hubiera partido en dos. Al volverse, Manuel distingue una densa columna de humo que crece a borbotones. El origen puede ser Mulbek, es Mulbek. Cuando cesa el estruendo, mi amigo ya ha acabado de ordenar todas sus ideas. Y sus ideas caben en una sola palabra, en un solo nombre que pronuncia en forma de pregunta:

— ¿El padre Stellios?

Tushita entendió. Pero también él, como si le hubiera leído el pensamiento, respondió con otra pregunta:

— ¿Por qué subió a la Cámara del Vientre, Nájera San? ¿Por qué no dejó dormir en paz al Libro de Cristal? Y lo más grave de todo, ¿por qué volvió a la losa? ¿Es que no le bastó con la experiencia de Tielontang?

— Con eso debiera haberme bastado, ¿verdad?

— Permítame que sea sincero, Nájera San: debiera haberle bastado con la mitad de lo que vio. Y no le bastó.

— Tienes razón, pero compréndeme tú también a mí. Durante toda mi vida he estado buscando ese rostro. Sólo quería echarle un vistazo antes de partir. Nunca hubiera traducido ni una palabra más, nunca hubiera revelado vuestro secreto. Yo soy un hombre de palabra, Tushita.

— Yo también, señor. Pero a veces la vida no nos deja alternativas.

— No, no es tan fácil, Tushita. Y si esa columna de humo procede de donde supongo, siento decirte que habéis cometido una monstruosidad.

¿Ha llegado el momento de contarle abiertamente? ¿Es preciso esclarecer este

juego de sobreentendidos?

—No vaya tan rápido, Nájera San —imaginemos que repuso entonces Tushita—. No se ha destruido ni una sola lámina del Libro de Cristal. Sólo hemos sellado los pasos hacia el secreto. Usted había llegado muy lejos, demasiado lejos...

—¿Y la tumba?

—La tumba seguirá donde está sin que nadie sepa quién duerme dentro, al menos durante mil años más.

—Yo no estaría tan seguro.

—Nosotros sí lo estamos, Nájera San. Pasarán más de mil años antes de que vuelva a visitar mi país una mente como la suya.

—¿Es un elogio o más bien un reproche?

—Es una constatación, Nájera San, nada más que eso.

En todo ese tiempo, la mujer enmascarada no dijo nada. Simplemente asistía como testigo a la constatación de unos hechos. Con toda probabilidad fue ella quien puso las cargas explosivas en los pasos que conducían a la caverna donde se guardaba el Libro de Cristal, la que selló la gran losa de basalto e hizo desaparecer todos los papeles que escribió Manuel Nájera en la gompa de Mulbek, salvo esta pequeña agenda amarilla sobre la que reconstruyo ahora toda esta historia. ¿Quién era esa mujer? Desde luego, mientras siguiera encañonándole con su revólver, sobraban todas las preguntas. Muchas se respondían solas. De hecho, si el padre Stellios se despidió diciéndole que también iba a volar los pasadizos que conducían a la biblioteca secreta de los esenios, allá en Tielontang, nada más lógico que hiciera todo lo posible por cortar todos los caminos que conducían al enigma desde la cueva de Mulbek.

Ahora bien, vinieran de donde vinieran las órdenes, y fueran quienes fueran quienes lo habían decidido todo, ¿qué destino tenían reservado para Manuel?

Verdaderamente, si había conseguido descifrar por sí mismo todas las claves, ¿no se merecía que lo condujeran hasta la legendaria ciudad de Agartha, que le concedieran al menos una audiencia con esa raza de inmortales a los que Naropa llamaba los Fundadores? Después podían hacer con él lo que quisieran, su vida habría llegado a su dimensión máxima. Hasta hubiera comprendido que no le consintieran regresar.

Mientras el Cadillac seguía ascendiendo, Manuel no pudo evitar recordar aquella película en blanco y negro que tanto le impresionó siendo niño. Un avión se pierde en una tormenta de nieve mientras sobrevuela los Himalayas. Está a punto de colisionar pero milagrosamente realiza un aterrizaje forzoso en un valle que no aparece en los mapas. Ese valle conduce a un paraíso perdido, la mítica Shangri-La, donde los tripulantes del avión comienzan una segunda vida llena de felicidad, como si hubieran muerto y renacido en el Jardín del Edén. ¿No eran Loretta Young y Douglas Fairbanks los protagonistas? También había un anciano muy anciano, una especie de Anciano Ancestral rebosante de sabiduría que les revela todas las claves. ¿Serían algo parecido a eso los Fundadores de Agartha? ¿Y estarían Siddharta Gautama y Jesús el Cristo entre los príncipes de esa raza solar?

Así como había encontrado la tumba de Jesucristo bajo la losa de Mulbek, además de su última encarnación humana, también podía haber un paso... El que atravesó su cuerpo astral para proseguir su peregrinaje hacia la última Puerta del Sol, la Puerta de Agartha.

¿Podía permitirse Manuel Nájera seguir soñando, con esa mujer apuntándole a su lado? No, aquel no era un viaje de placer. ¿Por qué lo secuestraban, a dónde le conducían? El ruido agónico del motor siguió siendo la única respuesta hasta

que coronaron el paso de Sangchen-La y se abrió ante ellos esa cortada por la que descendía el río Indo con un rugido atronador, ansioso por inundar las vastas llanuras del Panyab.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que pasó por allá por primera vez, cuando apenas conocía a Tushita y Mulbek era para él un lugar desconocido, sin budas ni mujeres de las que enamorarse, sin revelaciones de ninguna especie? En apenas unas semanas había accedido a las fuentes de un conocimiento excepcional que hubiera podido cambiar la historia del mundo. Aquel viaje hacia la cumbre de sí mismo no se correspondía con este regreso al infierno. Ya no podía seguir engañándose con finales maravillosos. Como en el juego de la oca, regresar al punto de partida significa que has cometido un grave error y debes comenzar de nuevo. ¿Qué juego, qué laberinto, qué puerta tendría que descifrar ahora para seguir adelante?

Su mente resbaló de un pensamiento a otro, y se le dibujó una sonrisa vencida que no se molestó en ocultar. Al contrario, se inclinó hacia delante y puso una mano sobre el hombro de Tushita.

—Espero que lo que voy a decirte no te moleste —exclamó, mientras le pasaba la botella—, pero antes de que esto acabe, tengo que contarte algo.

Tushita apuró un buen trago. «Adelante, cuéntamelo —pareció decirle con una mirada—, yo también lo necesito.»

—Verás, desde el día en que nos conocimos, ¿te acuerdas?, cuando viniste a recogerme al hotel de Srinagar, me pareció ver algo en ti, en tus gestos, en tu manera de hablar y de mirar... Todo este tiempo he estado dándole vueltas a eso. Ahora ya sé a quién me recuerdas tanto, Tushita. ¿Sabes a quién?

—¿A quién, Nájera San? Puede decírmelo.

—Eres mi mujer —sentenció Manuel—. Es decir, eres mi mujer reencarnada en Tushita.

El chófer parpadeó, pero no dijo nada. Le pasó la botella y siguió conduciendo.

—Vale, estoy un poco borracho, pero te juro que es así —insistió Manuel—. Según la tradición budista podemos reencarnarnos en alguien de otro sexo, ¿no es así? Los hombres en mujeres y las mujeres en hombres.

El tibetano esquivó su mirada, le hacía daño. Una de esas noches de alcohol y confesiones hasta la madrugada, Manuel le había contado la historia de la muerte de Carmen. Si ahora le contaba esto, seguro que no le movía deseo alguno de herirle, sino más bien la intención opuesta: hiciera lo que hiciera con él, quería absolverle.

«Al fin y al cabo, no eres tú, amigo mío, quien me lleva en este Cadillac Corvette de regreso al punto cero. No eres tú quien de un momento a otro, va a detenerse y decirme que me baje a punta de pistola suplicando al mismo Buda que no me resista. No, Tushita, no vas a ser tú quien me hundirá su frío cañón en la nuca, ni el que cerrará los ojos mientras aprietas el gatillo, ni el que romperá a llorar cuando me saltes la tapa de los sesos... No, será Carmen quien haga todo eso. La que tanto me quiso y a la que nunca comprendí. La que ha

venido hasta aquí para llevarme con ella, para vengarse.»

Pero, ¿y si esa mujer fuera otra? ¿Por qué no Shalimar, la activista del Mogul Gardens? Sea quien sea, ya no podemos seguir ignorándola. Tras más de cien kilómetros de silencio, la mujer enmascarada al fin se descubre sin dejar de apuntarle. Manuel mira sus bellísimos ojos de jade como si estuviera viviendo un sueño.

—Era tu última oportunidad, Nájera San. Te lo advertí, te lo dije hasta que dejaste de escucharme, y aun entonces te entregué una vida para salvar la tuya, como Tushita estuvo a punto de perder la tuya por ti, y ni aun así entendiste...

—No, nunca te entendí... Sólo te quería, me bastaba con eso.

—Vamos, no sigas engañándote. No viniste a Mulbek por mí, y tampoco te detuviste por mí. Ni siquiera esta mañana, cuando has cometido el más grave de todos tus errores. ¿Cómo te has atrevido?

—Una vez que descifré a la clave final, ya no podía dejar de hacerlo. ¿Quién se hubiera resistido a contemplar cara a cara el rostro de Cristo, sabiendo que lo tiene a un palmo debajo de una losa?

—¿No recuerdas lo que dice tu Biblia? «Nadie puede ver el rostro de Dios y seguir vivo.»

—Entonces tenía que haber muerto mucho antes, Tara, porque yo vi el rostro de Dios detrás de ti desde la primera noche que hice el amor contigo. Y ya no me importa que no me creas: ya no me importa nada.

—Eres un niño, Nájera San. Te creo porque eres un niño, sólo por eso. Por eso no me entendiste entonces, no entiendes nada: no sabes lo que es el amor, ni en qué se funda. Y sin embargo...

«Y sin embargo, sólo mi amor podría haberte salvado», seguro que ese final de novela rosa se quedó colgado del aire. Pero si Tara lo pronunció, yo no me atrevo a escribirlo. Es difícil escribir con un nudo en la garganta, cuando sabes que tu mejor amigo va a ser ejecutado y él también lo sabe, y comienza a caer la noche, una noche definitiva, que ya nunca jamás podrás olvidar.

Pese al frío más que intenso, Tushita había comenzado a sudar. Sus sienes y su nuca se veían empapadas. Probablemente llegaban a algún punto donde todo iba a precipitarse. El Cadillac ralentizó su marcha y Manuel estuvo tentado de preguntar: «¿Dónde me lleváis?». Conociéndole, seguro que esa pregunta le pareció banal. Lo que nunca hubiera llegado a imaginar —eso sí que le desconcertaba— es que Tara y Tushita formasen parte de una misma trama. Hasta entonces apenas les había visto cruzar un saludo y poco más. ¿Bajo el mando de quién actuaban? ¿Perteneecerían a alguna orden mística juramentada para preservar el secreto de la tumba de Cristo y de su Evangelio, una suerte de herederos de aquellos esenios que llegaron hasta Tielontang siguiendo a su Maestro, y que ahora dirigía el misterioso padre Stellios? O tal vez...

Tal vez toda esa historia, sin dejar de ser cierta, no era más que la tapadera de una acción mucho más prosaica. Manuel lo pensó al recordar aquel reencuentro con Tushita, después de la aventura de Tielontang, cuando arrojó encima de su mesa aquel ejemplar del *Kashmir Tribune* donde aparecía la noticia de la masacre de Tengri Nor. «Es lo que queda de la guerrilla que operaba al sur del Aksai Chin. Medio centenar de muertos y ni un solo superviviente.» Esas fueron sus palabras, como si le responsabilizara de la masacre. Desde luego resultaría de lo más sospechoso aquel súbito viaje al Aksai Chin con un sobre lacrado. Y lo peor de todo, ¿cómo pudo ocurrírsele confraternizar con los soldados chinos durante su regreso? Les había ofrecido una botella de vino de Noé, un puñado de dólares, ¿y qué más? Si Tara y Tushita formaban parte, no ya de una orden secreta al estilo del Priorato de Sión, sino de un muy plausible Frente de Liberación Tibetano, aquel gesto podía costarle la vida. Aunque fuera inocente, por sospechas mucho menos fundadas se ejecuta a cientos de inocentes todos los días, se bombardean objetivos civiles, se declara la guerra preventiva contra un enemigo que aún no sabe que está en guerra. No obstante, de ser así, ¿a qué venía toda la insistencia de Tara para que no descifrarse el Libro de Cristal?

Es decir, ¿qué tenía que ver el Libro de Cristal con la liberación del Tíbet?

OCTAVA PARTE

El punto Omega

Durante horas habían conducido sin cruzarse con un alma, y ya había caído la noche: una de esas noches tibetanas de lunas azules en que las aristas de los ventisqueros parecen enhebradas de piedras preciosas, hasta que de pronto las nubes se cierran en un tumulto de tormenta y todo se vuelve una negra boca de lobo. Fue en ese momento cuando apareció aquel gigante en la encrucijada. Un tipo alto y compacto, de cráneo afeitado, tan corpulento como un luchador de grecorromana, que se fue haciendo visible a medida que lo perfilaban los faros del Cadillac. Primero aquella chaqueta polvorienta de bolsillos desfondados que acentuaba el volumen de su corpachón, luego esa cabeza granítica de nariz rota y mandíbula cuadrada, y al fin la manaza con que detuvo el coche y entró en él, sin una palabra. El gigante ocupó el asiento del copiloto y, en cuanto arrancó, se puso a hablar con Tushita en un dialecto del que, acaso por primera vez en su vida, el gran Manuel Nájera no consiguió entender ni una palabra. Ellos tampoco parecían entenderse. Lo que había comenzando siendo un intercambio de información fue derivando hacia una discusión, no acalorada, pero sí bastante tensa. Aunque no comprendiera, resultaba evidente que estaban hablando de él, y que las órdenes eran concluyentes. Manuel tenía una manera bien sencilla de advertirlo: el rostro de Tushita se ensombrecía por momentos. Estaba claro que intentaba interceder, como si hasta entonces hubiera estado abierta otra posibilidad. Pero el luchador no se doblegaba, ni aun cuando Tara le propuso algo que sonaba como un pacto personal y que él rechazó con un monosílabo seco, tajante. Entonces reapareció la luna en el retrovisor, turbia y opaca, como el ojo de un ciego. Manuel buscó los del gigante a través del espejo y le preguntó en tibetano:

—¿Cómo te llamas?

El otro se lo pensó antes de volverse, pero aceptó el reto:

—Puedes llamarme Tigre —le dijo—, pero no te vas a salvar.

—Salvarse o condenarse, qué más da, al final todos nos vamos de aquí. Sólo es cuestión de tiempo.

Al gigante le gustó esa respuesta. Se le quedó mirando hasta que se le torció en la boca una sonrisa oscura, como una cicatriz.

—Oye, amigo... ¿sabes que yo conozco España?

—No sabes cuánto lo celebro.

—Uno se lo puede pasar bien allí —siguió el Tigre—, los monjes no mandan, se come bien y las mujeres hacen lo que quieren.

—Ya veo que estás muy bien informado.

—La ciudad que más me gustó fue Sevilla. ¿Has estado en Sevilla?

—Sí, claro, pero hace mucho tiempo que no vuelvo.

—¿Quieres una buena dirección? —el Tigre chasqueó la lengua y le guiñó un

ojo—. Pero una buena de verdad.

—Venga...

—La Puerta del Sol —exclamó, y se echó a reír él sólo mientras se llevaba la mano al bolsillo—. Oye, amigo, ¿fumas habanos? Pues toma.

Y le pasó un puro enorme, casi grotesco, que Manuel se sintió tentado de rechazar con una de sus ironías macabras: «No gracias, fumar provoca cáncer». En lugar de eso aceptó el ofrecimiento como lo que era, la última gracia que se concede a un condenado. Al encender el cigarro no le temblaron las manos. Pero media hora después, cuando el Tigre le hizo un gesto a Tushita para que se detuviera a un lado de la carretera, empezaron a temblarle las rodillas. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago, y que se le secaba la boca, y se sintió muy viejo, como si le hubieran caído cien años encima. ¿No iba a ser de otra manera? Ni la mediación de Tushita, ni la intercesión de Tara. ¿Todo iba a acabar así?

Hasta ese día había vivido tanto y tan intensamente como había podido, había viajado bien lejos, pero ya no iría más allá. El camino le había llevado hasta allí y allí terminaba. Sin inmersiones en el mito, sin leyendas maravillosas, sin paraísos perdidos ni tierras prometidas abriéndose ante él en el último instante. Unos pasos sobre aquella tierra pedregosa y ahí acabaría todo. A duras penas salió del Cadillac por sí mismo, y si lo hizo así probablemente fue por otro gesto absurdo. Por no quedar como un cobarde ante la última mujer a la que había amado y a la que ahora tenía ante sí, esquivando su mirada, pero indicándole el camino con una pistola.

Se sentía incapaz de dar un paso, el habano le quemaba la mano. Cuando al fin lo arrojó al suelo notó que alguien le empujaba por la espalda, sin violencia pero con firmeza. Aquella mano pétrea no podía ser otra que la del Tigre. Probablemente se trataba de un tipo tan simple como noble, seguro que el suyo era un corazón leal. Pero, como tantas veces sucede, una cadena infinita de malentendidos le había llevado a esa situación límite. La vida es así y no de otra manera. El sentido y la duración de las cosas vienen determinados por una ley oculta. Entender ese hecho y aceptarlo supone sin duda alguna adquirir la sabiduría definitiva. La aceptación.

«Todo es sufrimiento, impermanencia, vacío.» Pero también: «Todo es alimento, todo es aprendizaje, todo es plenitud». ¿No era eso lo que acababa de traducir sobre el Libro de Cristal, apenas unas horas antes, esa misma mañana?

Tal vez le había llegado el momento de creer en todo eso. Creer pese a todo en la existencia de un dios inocente. O al menos en la inocencia de su creación, en la posibilidad de reintegrarse a ella y seguir siendo, tal y como se lo había prometido el Cristo de Mulbek, pero también el Cristo de Qumrán, veinte años antes. Y sin embargo, seguía siendo un niño, como le había dicho Tara. Un niño de más de cincuenta años que seguía creyendo en cuentos de hadas. ¿Pero qué es Agartha? ¿Una ciudad, con grandes avenidas de columnas doradas y bóvedas de arco iris conduciendo a un trono celestial donde se sientan los doce

budas encarnados? No, no es así. A Agartha sólo se llega a través de la desmaterialización. Por eso antes has de atravesar la experiencia extrema de la muerte, la caída absoluta en el no ser. Es ahí donde has de creer con todas tus fuerzas en que despertarás de nuevo, pues sólo tú puedes conseguir que tu corazón vuelva a latir, regresar al gran latido del origen para seguir siendo.

El sendero daba a otro sendero aun más estrecho, que ascendía hacia una cortada en forma de u, como una cuna. El Tigre le mostró el camino. Antes de comenzar a trepar, Manuel echó la vista atrás. Tushita se había quedado dentro del coche con las manos en el volante y la mirada perdida, tan pálido y desenchajado como un muerto.

El viento mugía como un viejo yak al otro lado de la garganta por la que iban ascendiendo los tres, Tara delante y el Tigre detrás, con él en medio. Desde lo alto de la quebrada, al otro lado del acantilado, Manuel distinguió el paso de Khaling, la antigua puerta de las caravanas de la seda, y un poco más abajo aquel *chorten* con gasolinera donde se detuvo con Tushita al comienzo de su viaje. Seguro que después de acabar con él, pararían allí para rezar por su alma y cargar el depósito.

Siguieron ascendiendo. El Tigre le dijo algo que no consiguió entender, pero que tampoco le repitió: no sería nada importante. En ningún momento se planteó la posibilidad de huir. Estaba convencido de que todo lo que había vivido hasta entonces sólo era la preparación para un salto al vacío que se iba a producir definitivamente esa noche, tal vez en ese mismo instante.

No levantó los ojos del camino hasta que Tara se detuvo junto a una gran roca plana que se abría al abismo. Abajo, entre nieblas que movía el viento, se distinguía el sinuoso hilo de plata de un río petrificado. Era tan grandioso aquel silencio que se escuchaba el susurro del agua bajo el hielo. La sensación de vértigo se invertía al alzar la vista, como si también se pudiera caer hacia ese cielo increíblemente nítido donde la Vía Láctea se manifestaba como una presencia absoluta, no como una abstracción lejana, no: aquella sí que era la gran Ruta Madre, el Punto Omega del mapa de los Fundadores.

Más allá, en la vertical Polar, se alzaba una imponente pared de más de siete mil metros culminada por una aguja de hielo. Se trataba del Gurla Mandhata, la cumbre gemela del sagrado Kailas. Fría como el acero, en lo más alto la montaña perdía sus contornos, parecía elevarse sin fin. Posiblemente, el viaje continuaría en esa dirección.

El viento azotaba con fuerza. El Tigre le indicó que se diera la vuelta con la punta de la pistola. Quedó a un paso de la cortada, ni siquiera necesitaba una bala para hacerle desaparecer. Nadie le encontraría en mucho tiempo. Una semana para que la noticia llegase a Europa, y otra para actualizar toda su historia. En un mes, el enigma de su misteriosa desaparición, la estupidez humana y los medios de comunicación, harían de él una leyenda.

—Venga, ¿a qué esperas? —exclamó el Tigre—. Acaba de una vez con él.

El corazón se le paró de golpe. ¿Cómo? ¿La elegida había sido Tara? No, no

podía ser. Si hacía eso, su disparo también acabaría con ella.

—¡Por Dios, Tara, tú no...!

Aquel grito le salió del alma, pero ella no respondió. Sólo le miraba con el arma en la mano. Miraba su pinta de turista loco perdido en el Tíbet, su aspecto de niño desamparado, esa inocencia exasperante que no le abandonaba en ninguna circunstancia. Tara lo sabía mejor que él. No era un cobarde, no le rogaba por su vida. Pedía por ella.

Y ella, pese a todo, seguía queriéndole. ¿Podría disparar contra él? Un dolor agudo le bajó de la garganta al pecho, notó que empezaba a derrumbarse. Elevó la pistola aferrándola con las dos manos, centró su nuca en el punto de mira diciéndose que podría soportarlo todo: la memoria de sus besos, cada caricia suya sobre su piel, esas noches infinitas de amantes y, al despertar, esa luz en sus ojos diciéndole cuánto la quería.

Probablemente el Tigre no sabía nada de su historia de amor, pero la indecisión de Tara le estaba poniendo nervioso, lo que suponía un grave riesgo para ella. Si no disparaba, el Tigre sospecharía acerca de su fidelidad a la organización. Y ya empezaba a impacientarse. Pero Tara, aunque permanecía con su pistola en alto, no disparaba.

Entonces Manuel oyó que alguien más avanzaba hacia él por la espalda. Tenía que ser el Tigre, harto de esperar a que Tara se decidiera. Pero en su mente resonaban los pasos de otra mujer. Una mujer que caminaba con zapatos de tacón de aguja sobre un suelo de losanges blancos y negros.

En una fracción de segundo, mientras esos tacones seguían resonando, vio un balandro de tres palos y velas rojas que avanzaba hacia él desde la otra ribera del lago de Como, y más allá distinguió el mar y la bahía de San Sebastián, y se contempló corriendo y riendo por las verdes colinas llevando de la mano a su primera novia, hacia un prado de manzanos, y se vio brindando con ella en una fiesta de Año Nuevo, y mientras bebía una copa más observó a Carmen bañándose desnuda dentro de esa misma copa, haciendo sonar sus zapatos de tacón sobre aquel suelo de mármol, como aquel día al regresar de la playa, cuando se la encontró en el salón, desnuda, sin nada más que esas sandalias doradas y esa pistola, hasta arriba de coca o de algo peor, coca y prozac, cualquiera de sus cócteles de ansiolíticos y drogas de diseño, diciéndole que estaba embarazada de su mejor amigo y que se iba a suicidar delante de él.

Manuel estaba demasiado habituado a ese género de exhibiciones de su decadencia. Por más desesperada que estuviera, él sólo la vio patética. Esa noche venía muy cansado, se derrumbó en el sofá frente a la terraza y cogió un libro. Ella seguía hablando, insultándole, cargándole la cabeza con sus reproches y sus lamentaciones de borracha. «No te soporto, no aguanto esta mierda de vida, me voy a suicidar ¿Te enteras? Me voy a suicidar.» En ningún momento volvió a mirarla. Sin levantar los ojos del libro que intentaba leer, no se resistió a la tentación de provocarla. Aunque en el informe policial nunca constó esta frase, él sí la pronunció:

— ¿Por qué no disparas de una vez?

Y en efecto, esa vez Carmen sí disparó.

Al volverse la vio derrumbarse con la cara tan blanca como una máscara y los ojos brutalmente abiertos frente a esos balcones abiertos de par en par, en su villa de Bellagio, mientras, a lo lejos, el balandro de la fiesta se arbolaba de fuegos artificiales. Ya nunca, ni un sólo instante de su vida, dejaría de volverse para mirarla y para encontrársela siempre así.

Pero esa vez, cuando cerró los ojos al borde del abismo del Gurla Mandhata, consiguió atravesar los visillos que se agitaban al viento como si también él fuera viento, y dejó atrás para siempre el gran salón de Bellagio, y volvió para siempre al país inocente de su infancia, y un caballo blanco vino galopando hacia él a través de los campos de manzanos, y con sólo mirarle a los ojos supo que era Él, Buda Maitreya o el Cristo de Mulbek, y ya no tuvo miedo a morir, porque morir no es sino silenciar todo clamor y recobrar por fin la armonía,

porque la muerte no existe, sólo existe el cambio de forma, porque uno no pertenece a nada, ni a una familia, ni a un pueblo, ni siquiera a un amor. Hasta que nace verdadera y conscientemente a una vida nueva en un nuevo punto de la espiral, donde ya todo es luz.

Entonces oyó la sentencia del Tigre:

—Lo siento, amigo, pero en el Tíbet no nos gustan los espías.

Y al instante, una gran estrella roja estalló dentro de su cabeza y todo se llenó de luz. La luz irradiante del *mana* que le envolvió como en un capullo, como un arrullo dentro de una placenta viva, y esos labios, y ese beso. «Nunca pensé que sería tan fácil», dijo, mientras entraba como un pez por la boca de la caverna del embrión, y la atravesaba de parte a parte hasta nacer de nuevo como un cordero por la puerta cósmica sobre los acantilados de Mulbek. Al fin había encontrado el paso hacia los valles de praderas doradas y cielos violetas. Y a la caída en el espacio vertiginoso siguió un plácido dejarse flotar, abandonarse en su cauce de estrellas y respirar la luz más pura, la luz del *mana*, la luz del Thatagata que es también la clave de Agartha, porque Agartha no es una ciudad, sino un estado de conciencia, el umbral absoluto de lo abierto y lo indistinto, no-vida no-muerte, no esperes el advenimiento de los dioses sepultados, ahora eres tú quien ha de alzarse de entre los muertos. Vamos, Manuel, respira de tu propia luz y toma mi mano. Te lo dicen ellos mismos, ¿no escuchas la serena voz de Cristo dentro de ti? Con él, en este viaje, te acompañan todos los budas encarnados, los sagrados Bogdo Janes, los príncipes de Agartha, los Fundadores, escucha, te dicen, de cada hombre lo esperamos todo, pues cada hombre lleva dentro la fuerza solar primigenia y el embrión de un ángel, por eso te decimos que no esperes que vayamos hacia ti, ven tú hacia nosotros, asciende hasta tu dimensión cósmica, pues todo el cosmos es una totalidad sagrada, como tu vida es sagrada, un crecimiento infinito de dimensión en dimensión, hasta que tu mente dé a luz una estrella y tu corazón nazca de nuevo en el mismo corazón del sol.

Créetelo, no tengo ni idea de a dónde ha ido, nunca me lo dice... Pero me importa una mierda —y vuelvo a ver a Carmen, la soberbia y despectiva Carmen Urkiza todavía recién descolgada del éxito, cuando nuestra historia acababa de comenzar—. El muy cabrón desaparece así, cuando se le pone y sin avisar, para que me vaya preparando. Ya lo ves, el final de este mal rollo nuestro sólo es cuestión de tiempo.

Esperé a que acabara de desahogarse y de llenar las copas: para ella, el tema siempre era ella.

—A mí una vez me lo dijo.

—Qué te dijo.

—Me habló un lugar. Un lugar que siempre ha tenido en el centro de la mente, un lugar donde le gustaría vivir el resto de su vida.

—¿Qumrán otra vez o ese ridículo monasterio tibetano de nombre impronunciable? A ver, qué lugar te dijo.

—El olvido.

El olvido no era una concesión lírica. Yo sabía lo que decía. Manuel había comenzado a intuir que le traicionábamos y nos estaba expulsando de su vida a su manera. Nos castigaba con un exilio donde el exiliado era él. Porque él fue siempre el personaje que desaparece. Un papel que Carmen, la gran estrella, jamás podría entender ni aceptar.

—No te convenzo, ¿verdad? Está bien, te voy a dar otra pista —dije entonces, sin conseguir que cambiara de postura en el diván donde me escuchaba tendida—. Lo sabe.

—¡Pero qué dices! —exclamó, primero alarmada y al momento perfectamente indiferente—. ¿Crees de verdad que lo sabe? —y como no dije nada, añadió en el mismo tono—. Puede ser. Anoche soñé con él, y no me ha gustado nada lo que he visto.

—Cuéntame...

—Estaba en el Tíbet, sí, había vuelto al Tíbet.

—¿Manuel en el Tíbet? —pregunté, sin poder imaginar entonces que el sueño de Carmen se iba a cumplir al pie de la letra, diez años después—. ¿Y qué se le había perdido allí esta vez?

—Era él quien estaba perdido. Le he visto caminando perdido por una senda entre montañas. Era de noche, había un pequeño templo estucado en yeso, con sus cúpulas doradas y sus estandartes al viento. Dentro estaba muy oscuro, pero en la penumbra del fondo, en el sueño, he visto brillar los ojos de un Buda enorme y cinco monjes muy viejos rezando por él. Pero Manuel no los veía, caminaba como un ciego bordeando un precipicio...

—No me gusta esa historia —le interrumpí.

—La verdad es que a mí tampoco. No me gusta nada, no sé por qué te la cuento.

—No, adelante, termínala...

Carmen me miró con una expresión de tristeza, como si desconfiara de sí misma o temiera que no la creyera.

—Adelante —insistí—, acaba de contarla.

—Caminaba bordeando el precipicio sin verlo, no lo veía, o lo veía y le daba igual, no sé... Pero al caer la noche sobre aquellas montañas, yo supe que iba a morir y lo salvé. Sí, como lo oyes. En el sueño me vi volando como un águila hasta él, que tenía la forma de un cordero, y yo le salvaba.

—Puede que algún día suceda eso, ¿quién sabe? Acaso entraste en su vida con esa finalidad... —añadí, mientras me servía otra copa—. Está claro que en la vida de Manuel hay mujeres principales y secundarias.

—Muy original —dijo ella secamente, aunque no estaba dispuesta a quedarse con la duda—. ¿Y te ha dicho alguna vez...?

—¿Qué pasa, ahora quieres saber cómo apareces en los títulos de crédito?

—Déjate de chorradas, lo único que me importa es saber si alguna vez te ha dicho que me quiere de verdad. Si me ha querido alguna vez.

—Después de tu sueño, la pregunta sobra, Carmen. Aunque te abandone hoy mismo, aunque regrese por sorpresa y te estrangule esta noche, tú siempre serás una mujer única y excepcional en su vida. Casi tanto como en la mía.

No era del todo cierto. Principales o secundarias, sus mujeres no eran sus mujeres. Eran sus vírgenes negras, seductoras y salvadoras a un tiempo, sus ángeles de redención y condenación. Él las adoraba, se enamoraba de muchas con sólo mirarlas dos veces, pero jamás tuvo un comportamiento frívolo con ellas. Manuel Nájera no sólo se entregaba como un amante, lo hacía más como un niño que se confía a una madre, como un caballero medieval que rinde sus armas ante su dama, como un acólito que espera ser bendecido por una diosa en la que ha depositado toda su fe. Por eso las eligió siempre como albaceas de su historia. Bueno, por eso y por una razón más que no me atrevo a escribir todavía.

Intento atar los cabos que me permitirán hacerlo mientras sobrevivo a esta carretera infernal, la que me está llevando desde Ladakh a Mulbek, siguiendo la misma ruta que emprendió mi amigo hace ya casi un año. Sí, casi ya se ha cumplido ya un año desde que lo vieron por última vez.

A comienzos de la primavera de 1982, los habitantes de una aldea perdida en el valle de Nubra, en la frontera noroeste del Aksai Chin, informaron a las autoridades locales de la presencia de un vagabundo harapiento que iba de casa en casa mendigando algo que comer, pese a tratarse de un occidental. Pocos días después, la policía tibetana conseguía localizarle. El vagabundo no llevaba encima ningún documento que permitiera identificarle y parecía haber perdido la razón. No obstante, el hecho de que hablara tibetano con toda fluidez actualizó una pista perdida, y las tres embajadas asentadas en Leh fueron informadas del caso. La americana y la rusa, como era de esperar, se lavaron las manos. Sólo la británica manifestó un cierto interés, probablemente especulativo, pero suficiente para abrir una investigación. El resto no fue difícil: se tomaron sus huellas y en apenas una semana quedaron resueltas todas las dudas acerca del misterioso vagabundo. En efecto, se trataba del célebre orientalista Manuel Nájera, desaparecido siete meses atrás en circunstancias nunca esclarecidas, cuando trabajaba en una investigación arqueológica en la comarca de Mulbek.

¿Qué milagro había sucedido en el final de su historia, qué intervención providencial de los *bodhisattvas* salvadores le había hurtado de aquella ejecución sumaria en un barranco entre los pasos de Khaling y Sangchen-La, y qué había sido de él en todo este tiempo?

Supongamos que hubiera conseguido huir en el último momento. ¿Se puede sobrevivir a un invierno tibetano vagando de aldea en aldea a cinco mil metros sobre el nivel del mar y a treinta o cuarenta grados bajo cero?

Por más que pregunté aquí y allá, apenas se me facilitó la confirmación de lo que ya sabía, y ni una palabra más acerca de todo lo que necesitaba saber.

Misterio sobre misterio, nunca llegué a averiguar a qué podía deberse tanto interés por todas las partes en mantener ese pacto de silencio sobre el asunto Nájera. De hecho, sólo llegué a recuperar el hilván de lo que voy contando mucho después y de una manera incidental, gracias a un amigo que colaboraba con la delegación de la BBC en Madrid. Había oído algo, retazos de una historia que le recordaba la de Manuel, pero cuando le manifesté mi interés apenas pudo conseguir más de tres líneas de teletipo. Omito la vergonzante nulidad de la diplomacia española: no movieron ni un dedo, no digo ya para repatriarle, ni siquiera se molestaron en contactar con él, allá donde estuviera, y evadieron toda posibilidad de abrir una investigación. Fue su manera de decirme que

había intereses muy poderosos detrás, y que el Foreign Office sabía más de lo que decía.

Un mes después de las primeras averiguaciones, supe que el departamento hindú de Exteriores, del que depende la administración ladakhhí, había presentado cargos contra Manuel Nájera. ¿Qué clase de cargos? De pronto se le imputaba *una grave injerencia* en la política interior chino-tibetana. Eso ya empezó a ponerme nervioso. Tenía que hacer algo, lo que fuera, pero cuanto antes. No obstante, por más que insistí, jamás conseguí que me informaran ni aun de una manera confidencial en qué podía haber consistido esa *grave injerencia*. Tal vez todo se movía entre las sombras de una sospecha y tantas conjeturas como las que he intentado racionalizar en este relato. Pero a mí no me bastaba con eso.

Tras nuevas gestiones logré hablar con el doctor que le examinó en la embajada británica. Me aseguró que el cuadro de amnesia que presentaba el paciente MN —a él sólo le habían facilitado las iniciales— se debía a un shock emocional extraordinariamente intenso. Tanto, que veía difícil la posibilidad de revertirlo ni aun con un tratamiento psiquiátrico en un lugar adecuado. Inmediatamente se arrepintió de haber llegado tan lejos: me lo dijo con un largo silencio al otro lado del teléfono, al cabo del cual sólo añadió: «Bueno, los servicios de inteligencia aún no habían empezado con él».

Ese día se me acabaron definitivamente la paciencia y las excusas. Tenía que conseguir un pasaje para Ladakh de inmediato, y prepararme para seguir la aventura hasta Mulbek, o hasta donde fuera necesario.

Cuando el reactor de la indian airlines se zambulló en aquel corredor entre montañas, casi arañando los picos con sus alas y anunciando que nos ajustáramos los cinturones, a punto de tomar tierra en Leh, volví a abrir el libro y releí ese poema de Milarepa que tanto me recordaba a Manuel: «De la nieve, de las fuentes y los torrentes, viene el agua con que Milarepa apaga su sed. Si basta a satisfaceros, podéis venir conmigo». Esa era su sed. Sed de manantiales y torrentes, una sed tan blanca como la nieve, que es pura luz helada. Si aquellos míticos Fundadores le concedieron un guía para ascender más allá del Kailas, hacia la morada de los dioses, seguro que su hombre fue el viejo y sabio Milarepa. Hubieran hecho una buena pareja. Dos profetas pecadores, dos santos bebedores tan excesivos y a un tiempo tan absolutamente vírgenes. ¿Por qué les necesitamos tanto, por qué extrañamos tanto su ausencia y, sin embargo, por qué apenas nadie les escuchó cuando vivían? ¿Dónde se fueron? Sabía que no iba a ser fácil. Lo pensé a bordo de aquel taxi que me conducía del aeropuerto de Leh a la embajada británica. No, no podía ser así y no iba a ser así. Que yo llegara a esa embajada y Manuel estuviera allá esperándome, para saludarme con una media sonrisa triunfal, «El doctor Livingstone, supongo», y fundirnos en un abrazo de final feliz. No, en esta vida son muy raros los finales felices. Pero todavía son más raros los embajadores que están a la altura de su cargo. El que estaba al frente de la delegación británica en Leh era un ejemplo de aquellos que ni parpadean cuando la policía de cualquier dictadura se lleva por la fuerza a los civiles dentro de su propia embajada.

Sí, en efecto, un ciudadano europeo llamado Manuel Nájera había estado allí. Tras los trámites burocráticos habituales —me dijo, y yo traduje: «tras los interrogatorios a los que le sometimos»—, fue ingresado en el hospital americano a la espera de que alguien desde España solicitase su repatriación. Pues bien, apenas una semana después, Manuel Nájera desapareció del hospital, solo y por su propia voluntad. Y ya nunca se supo más de él, ni en el hospital americano, ni en la embajada británica, ni en todo Leh.

Se había marchado sin dinero ni documentación. En la embajada británica aún custodiaban sus efectos personales, incluido su pasaporte diplomático, y un gastado cuaderno amarillo. Se resistieron a entregármelo, y sólo lo hicieron cuando al fin comprobaron que Manuel carecía de familia y yo mismo era lo más parecido que tenía a un viejo amigo. Cuando al fin tuve aquel cuaderno entre mis manos, nada más abrirlo, cayó de entre sus páginas una fina lluvia de arena. Esa arena fue el comienzo de esta historia que hoy escribo por él.

Su pista se perdía nuevamente y por completo. ¿Qué podía hacer? ¿Volverme y darme por vencido? Cuando me consentí planteármelo, ya estaba en ruta hacia

Mulbek. Solo. Y a bordo de una *pickup* tan destartada como el Cadillac Corvette donde arrancó la última aventura de Manuel Nájera. Dos meses después de iniciar mi búsqueda, algunas de esas noches en que comenzaba a pesarme la acumulación de soledades y frustraciones, me preguntaba si yo mismo estaba seguro de por qué o para qué seguía buscándole. Tal vez para verle por última vez y quedarme tranquilo, aunque lo encontrara loco y mendigando por las aldeas, o acaso transfigurado en un *saddhu* peregrino con el tercer ojo abierto en medio de la frente, o quizá definitivamente entronizado en algún valle fuera de todos los mapas, como Sean Connery en *El hombre que pudo reinar*. Con Manuel Nájera podía suceder cualquier cosa, hasta la más disparatada, y ninguna resultaría sorprendente.

Lo que no esperaba en modo alguno era encontrarme con aquello. Y, sin embargo, a partir de ahí comencé a entenderlo todo.

Con la ventanilla de la *pickup* bajada, y la boca abierta como un tonto, recuerdo que me quité las gafas de sol y me pregunté: «Dónde está el maravilloso Buda rojo de Mulbek, y la Puerta sobre su cabeza? ¿Quién, cómo, cuándo...? ¿Qué había sido de todo eso?»

Me respondió el mismo lama Naropa a las puertas de la gompa donde me estaba esperando. Nunca lo hubiera imaginado como lo describo al comienzo de esta historia. Nada más apearme, me saludó con una reverencia y yo, atropelladamente, como un turista, le ofrecí el prescriptivo echarpe blanco, el *khata* ritual, en señal de amistad. El lama sonrió con benevolencia —tal vez recordando el mismo gesto por parte de Manuel— y me hizo pasar a una sala donde se respiraba una mezcla densa de sándalo y manteca quemada, a causa de los centenares de lamparillas encendidas día y noche. Su mirada serena contrastaba con los demonios de ojos saltones y colmillos feroces agazapados al trasdós de las columnas.

—No hay que tenerles miedo —dijo el lama, mientras colocaba sus sandalias y mis zapatos fuera de la alfombra—, son los guardianes que velan para impedir el asalto de los espíritus malvados.

—Es una lástima que no hayan podido impedir la destrucción del gran Buda, ahí fuera...

—Incluso aquí, en Mulbek, hay demonios más poderosos que ellos. Pero contaba con que usted ya lo sabía. Hoy en día, los periodistas lo saben todo.

Y volvió a sonreír clavando sus pupilas en las mías, no sé si como una muestra de confianza o para fijar su ironía. Debo decir que, durante las gestiones previas, y más que como un amigo de Manuel Nájera, me presenté como lo que era. Pensé que el disfraz verdadero de periodista me ayudaría a llegar más lejos.

—Si he venido hasta aquí, es porque no sé nada, prácticamente nada... Es muy poco lo que llega a Europa de lo que sucede en el Tíbet.

—Sin embargo, lo que sucedió en Mulbek el mismo día que se fue Manuel Nájera...

El lama contuvo sus palabras y, antes de que yo llegara a oír sus pasos, a través

de la columnata que se cerraba a su espalda, aparecieron dos muchachas vestidas a la usanza tradicional. Tras el cruce de reverencias, nos sirvieron un té grasiento y una bandeja de pastas tan secas que parecían petrificadas. Me pareció una indelicadeza preguntar si una de ellas era Tara. ¿Quién sabe? Lo único evidente era que yo no sabía nada, y que debía medir mis preguntas.

—Ese día... —insistí en cuanto ellas se retiraron—, el día en que Manuel Nájera salió de aquí...

—Apenas una hora después de que saliera con su chófer en dirección a Ladakh, unos exaltados volaron todo el conjunto monumental. El Buda fue lo primero. En cuanto oímos la deflagración, todos los que estábamos cerca de alguna ventana vimos cómo su cabeza saltaba por los aires sin romperse, tan entera y de una pieza como cayó a sus pies. Aquello fue un milagro. Y antes de que pudiéramos hacer nada por evitarlo, dinamitaron la Puerta...

—¿Y el Libro de Cristal?

—Desapareció —añadió el lama de inmediato y sin inmutarse—, y fue una gran pérdida, pero no la única. Lamentamos tanto o más la muerte de su amigo.

El corazón se me paró con un golpe seco.

—Perdone —exclamé—, ¿de quién me está hablando?

—Del gran arqueólogo germano-británico Dieter Kupka... ¿Usted también le conocía, no?

—Sí, claro... Bueno, no... Sólo indirectamente.

—En cuanto supo que Manuel Nájera había regresado a la Cámara del Embrión, subió allá arriba para ayudarlo. Debió entrar por la cabeza del Buda mientras Nájera salía por la parte baja del acantilado. Las cargas explosivas ya estaban colocadas.

—Lo siento pero no acabo de entender... ¿Quién pudo volar todo aquello y por qué motivo?

—Con lo que acabo de contarle, está claro: el propio Manuel Nájera.

Un incómodo silencio se instaló entre nosotros. Tras clasificarlo poco menos que como un espía, la embajada británica habían barajado la conjetura de que Manuel se hubiera implicado con los servicios secretos chinos, para pasarles información sobre la guerrilla tibetana. Estaba claro que Naropa había sido informado. Conociéndole incluso cabía la posibilidad de que precisamente él hubiera sido el informador. El silencio se quebró con el repique de una campana.

—Aunque me lo jure cien veces —dije al fin—, jamás creeré que un apasionado de la cultura tibetana como Manuel Nájera tuviera algo que ver semejante barbarie.

El lama endureció el gesto pero no desdibujó su leve sonrisa de cortesía.

—Los servicios de inteligencia no han descartado esa posibilidad. Recuerde que apenas unos días antes su compatriota visitó Tielontang, y se encontró con un monje nestoriano que acababa de volar las criptas de su cenobio para que sus tesoros no cayeran en manos de los bárbaros.

—Nájera nunca hubiera actuado así.

—Tenga en cuenta que regresó de allí en un landröver. Y en un landröver caben muchas cosas... Por ejemplo, los ciento cincuenta kilos del mismo explosivo plástico que se empleó aquí.

—No insista: pierde el tiempo conmigo si continúa por esa línea.

El lama bebió despacio un trago de té humeante. Cuando volvió a mirarme, supe que todo lo que vendría después ya sólo era la versión oficial, *su versión oficial* pausadamente urdida y macerada para dejar bien atados todos los cabos bajo la cúpula de la perfecta armonía, incluido aquel Buda reventado de un bombazo.

—En fin, sabrá que una de mis esposas, la que llamábamos Tara, estaba integrada en el Frente de Liberación Tibetano.

—No —mentí—, no lo sabía.

—Yo tampoco tenía la menor sospecha. En la gompa de Mulbek ha provocado una conmoción.

—¿Por qué me lo cuenta entonces?

—¿Le pareceré más convincente si le hablo de su amigo a través de ella?

El idilio de Tara y Manuel contado por Naropa cumplía todas las exigencias de una buena novela de aventuras: con su parte de intriga, su punto de exotismo, y hasta su dosis de romanticismo, donde el propio Naropa —su comprensión, su apertura de conciencia, su lectura del amor más sublime como entrega incondicional— jugaba un brillante papel protagonista.

—La verdad es que es una historia preciosa —exclamé, antes de que acabara de pervertirla—, pero no acabo de ver cómo encajarla en todo esto. Tampoco

imagino un Frente de Liberación Tibetano que destruya por las buenas su patrimonio nacional. Hasta donde sé, sus líderes son budistas... y no tienen nada que ver con los talibanes. Por cierto, en otro tiempo, ¿no fue miembro de esa organización el mismo hermano del Dalai Lama?

—Sí, así fue... en otro tiempo.

—¿Entonces, cómo se justifica lo que acaba de contarme?

—Pregúntese qué sucedería si, de pronto, el Buda de Mulbek y el Libro de Cristal se convirtiesen en atracciones mundiales. Yo se lo diré: de un día para otro todo el Tíbet y este monasterio en particular se convertirían en destinos turísticos para los occidentales. Y eso tendría consecuencias en todos los órdenes.

»Muy lejos de favorecer nuestros intereses, India y Nepal, presionados por Europa, firmarían una apresurada entente con China y todo el Aksai Chin quedaría en su poder a cambio de garantizar la seguridad de los millares de visitantes que subirían aquí para fotografiarse junto al Buda Maitreya y el portentoso Evangelio de Jesucristo. Los activistas tibetanos serían exterminados como ratas y el Tíbet, un Tíbet definitivamente despedazado, jamás recuperaría su independencia.

—Ya —me limité a decir.

Entendí que sus razones eran perfectamente válidas para los ideólogos de ese Frente de Liberación, pero también para toda esa clerigalla de la orden Nyingmapa: si el Libro de Cristal contenía el Evangelio de Cristo, ese descubrimiento supondría el fin de una mentira milenaria. Pues, así como el cristal de roca, entre sus páginas venía cifrada una auténtica batalla entre la opacidad y la transparencia. No era ya la superioridad del camino Mahayana sobre el Hinayana lo que estaba en cuestión, sino el oscurantismo que sustentaba su teocracia. Si se hacía la luz en esa cueva, se tambalearían todas las cúpulas y tronos lamaístas, incluida la suma dignidad del Dalai Lama en su Vaticano de Lasha.

Dos mil años antes, Pablo de Tarso escribió sibilamente: «Si el Cristo no hubiese resucitado, sería vana nuestra fe». Dos mil años después, Naropa hubiera podido formular algo parecido: «Si vuestro Mesías fuese nuestro Maitreya, toda nuestra fe se vendría abajo». Y es que en modo alguno podrían aceptarlo como continuador de la senda emprendida por Siddharta Gautama, sino como alguien muy parecido a su antagonista.

Sus doctrinas, en apariencia semejantes, son en esencia inconciliables. El Buda Sakyamuni jamás se consideró un dios encarnado: jamás manifestó que viniera a cumplir una profecía, ni se prestó a sacrificarse por la salvación de la humanidad. La resurrección cristiana puede parecer una variante de la rueda de reencarnaciones, pero la máxima perfección budista supone trascender el Samsara en Nirvana —es decir, acceder a la desintegración absoluta de la conciencia en la luz—, y el Cristo prometía en cambio un segundo nacimiento más allá de esta dimensión, preservando la conciencia y hasta la memoria a lo

largo de infinitas vidas donde los que se purificaran llegarían a ser ángeles, y luego tal vez soles y estrellas pensantes y sintientes, que jamás olvidarán su raíz humana, ni aun cuando habiten en el corazón de la gran inteligencia universal.

—A partir de esa comunión en la luz —aseguraba Naropa—, podríamos comenzar a entendernos como creyentes. Pero las jerarquías nunca se entenderán. Del Vaticano a Lasha, ¿cuántos pasos habríamos de dar sobre nuestros propios abismos? ¿Cuántas mentiras, imposturas y mixtificaciones habríamos de desmontar, y a cambio de qué? Y lo peor de todo, ¿quién creería en nosotros después de eso? Si vuestro Mesías es nuestro Maitreya, tendríamos que renunciar a nuestras dignidades y prebendas, a la veneración de nuestro pueblo, a nuestras jerarquías e incluso a estos templos que ellos tanto despreciaron. Para nuestro alto clero, como para el vuestro, eso jamás pasará de ser una utopía. Una utopía autodestructiva, pues supondría el final de nuestra infalibilidad. Por eso ni nuestro Dalai Lama admitirá que Gautama fue un precursor de vuestro Nazareno, ni vuestro Papa reconocerá jamás que Jesucristo pudiera ser nada más que otra reencarnación de nuestro Buda.

No esperaba tanta franqueza por su parte, ni que mi elocuencia alcanzase tales cotas de esplendor. Yo, un humilde periodista *freelance*, nada que ver con el gran orientalista Manuel Nájera, el gran experto en religiones antiguas, de pronto me ponía a hablar como él, y argumentaba brillantemente:

—Y sin embargo —me vi diciendo—, qué fácil sería todo si los que pueden hacerlo revelaran lo que ocultan desde hace milenios. Vuestros hermeneutas y los nuestros, los doctores de nuestras iglesias y los vuestros, vuestro Dalai Lama y nuestro Papa saben mejor que nosotros que Buda y el Cristo no son sino manifestaciones de esa inteligencia cósmica que generó el Big Bang. ¿Qué más da quién sea quién? Si el autor del Libro de Cristal es el Maitreya que esperabais y si de pronto ese Buda es un Buda que habla de Dios, aceptadlo como aceptaremos nosotros a este Jesucristo inaudito que aquí, en Mulbek, habla no ya de la eterna encarnación del Verbo, sino de las sucesivas reencarnaciones de sus hijos, hasta acceder a la plenitud de la vida en la luz.

»No me cabe ninguna duda de que en ese Libro, lámina sobre lámina, los sutras de Cristo y Gautama enlazan con la doctrina de los esenios y los gnósticos, con el Demiurgo de Platón, con el Cristo Omega de Teilhard y aun con el mismo Ente Infinito de los filósofos racionalistas. Siempre el mismo aliento de luz haciéndose dios en sí mismo y en el hombre. Una y otra vez la misma doctrina universal, como ese Jesús el Cristo que manifestó su no-muerte en la Cruz, su despertar en la Luz y su segunda vida en los Himalayas, siempre en camino hacia Agartha, la ciudad de los Fundadores, el centro espiritual supremo donde mora el Rey del Mundo y del que partieron los ángeles que sanaron a Cristo mientras dormía en el sepulcro de José de Arimatea. El destino final a donde el Elegido siempre regresa y permanece mil años, hasta su siguiente retorno.

»¿No es suficiente milagro que exista una inteligencia cósmica que se manifiesta a través de sus enviados, llámense Hermes o Dionisos, Krishna o Cristo? ¿No es

esto lo esencial? Por primera vez en la historia de la Humanidad ha aparecido un documento dictado en primera persona por uno de esos Fundadores, y preservado en una superficie inalterada y absolutamente transparente, ese maravilloso Libro de Cristal. ¿Qué habéis hecho con él? ¿Lo habéis destruido o lo habéis ocultado nuevamente, como hizo el sumo sacerdote Chenrezi con la Palabra del Caminante?

»Vamos, Naropa, atrevete a decírmelo, ¿qué ha sido del Libro de Cristal?

NOVENA PARTE

La última puerta

Primero fue una llamarada naranja, cegadora, invasiva, y enseguida una deflagración monumental, rota en una violenta granizada de cristal de roca. Me desperté cubriéndome la cabeza con las manos, los párpados apretados, el corazón sobrecogido, y sin embargo seguía allá, plácidamente tendido en un catre y cubierto de mantas de yak hasta los ojos, quizá en la misma celda que había ocupado Manuel Nájera durante su estancia en Mulbek.

¿Qué había sucedido? ¿No estaba conversando con el lama Naropa? ¿No le estaba contando y él me escuchaba? Tuvo que ser aquel té que nos sirvieron durante su audiencia. Seguro que habían diluido dentro algún narcótico. O quizá me hipnotizaron, sin más, los lamas son maestros en eso. Ya fue un aviso su manera de decirme que no hiciera más preguntas, salvo las estrictamente concernientes a mi amigo.

Por la luz que se filtraba a través del ventanuco deduje que el sol tenía que estar bastante alto. ¿Cuánto tiempo llevaría allá? ¿Seis horas, ocho, diez? Al incorporarme advertí una tetera con más té tóxico y un cuenco lleno de higos secos junto a mi equipaje: el mismo desayuno que le dispensaron a Manuel tras su primera noche en Mulbek. ¿Y ahora, qué? ¿También iba a aparecer Tara con una bandeja y un samovar?

Pensarlo y sonar unos nudillos contra la puerta fue todo uno. Pero cuando ésta se abrió, volví a ver a Naropa, y entendí el mensaje: ya no podía hacer otra cosa sino preguntar por ella.

—Ella no está aquí, siento no poder ofrecerle más que esta respuesta, amigo mío. Pero créame, todo lo que le conté ayer es cierto: ni siquiera yo sabía que Tara formaba parte del Frente de Liberación. Imagino lo que estará pensando acerca de nuestra proverbial clarividencia... Es cierto, algunos de nosotros podemos ver muy lejos, pero si miramos dentro del ser al que amamos de una manera demasiado humana, nuestra visión se enturbia, dejamos de ver, nos perdemos. Fue eso lo que me sucedió con Tara. Nunca sospeché nada.

Había dormido bien, apenas acababa de conocerle y estaba en su casa, a veinte mil kilómetros de la mía. No sé cómo me atreví a tanto:

—No le creo —dije, muy sereno, pero con toda claridad.

Fui un ingenuo. Si en algo estaba adiestrado Naropa era, precisamente, en el arte de la incredulidad.

—No importa que no me crea —exclamó sin afectar el desaire y cabeceando como si lo entendiera—. No sabemos a ciencia cierta lo que sucedió una vez que se llevaron a Nájera San, sólo nos han llegado retazos que hemos intentado ordenar de una manera lógica. Si tampoco le parecen convincentes, en su periódico puedo contar lo que le parezca. Y permítame decírselo, la versión que madura en su mente me parece estupenda. Además, aunque se le antoje

demasiado novelesca, hasta un poco increíble acaso, lo cierto es que se ajusta bastante a la verdad. Es decir, a la verdad posible.

Nunca me he encontrado ante una evidencia más clara de que alguien me estuviera leyendo el pensamiento. O mantenía la naturalidad o estaba perdido.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—En el sentido de los personajes que desaparecen... —exclamó, sin inmutarse—. Si le parece, le cuento lo que sé...

—Adelante.

—Al día siguiente de su secuestro, en el barranco de Khaling —prosiguió el lama—, apareció un hombre muerto con un disparo en la cabeza. Evidentemente, no se trataba de Nájera San.

—¿Tushita?

—No, el muerto era aquel que se hacía llamar el Tigre. ¿No es así como piensa escribirlo en su novela?

Aquello era demasiado, sobre todo porque entonces ni se me pasaba por la cabeza que acabaría escribiendo esta novela. ¿Estaba delirando o todo aquel delirio sucedía en una especie de realidad paralela?

—Entonces, en el último momento... Tara...

—O Tushita. Él ya le había salvado la vida una vez. Tushita era un hombre con mucho corazón.

—Pero era Tara quien tenía la pistola, ¿no es así?

—No lo sé, eso tampoco puedo asegurarlo y me costaría mucho aceptarlo. Compréndame, Tara me fue entregada cuando era apenas una niña, y se trataba de una niña con poderes extraordinarios. No vino a este mundo para matar, sino para todo lo contrario. ¿Conoce la tradición de los *bodhisattvas*?

—He leído algo de eso, no mucho. No me diga que Tara también era una enviada. ¿No acaba de asegurarme que formaba parte del Frente de Liberación Tibetano?

—En este mundo y aun en el otro se puede batallar en dos frentes simultáneos y en muchos más, hijo mío. En cualquier caso, Tara sabía muy bien que quien mata a un ser humano ya no tiene salvación: apaga para siempre la luz de su alma.

—Salvo que lo haga para salvar la vida de otro ser humano. Si fue ella quien disparó, estoy seguro que lo hizo en defensa de la vida y...

—Y por amor. Sí, dígalo como lo está pensando —añadió el lama—. Aunque le cueste creerlo, también para mí sería un consuelo.

No lo era, nunca lo sería. Como a todo hombre, le hubiera dolido menos que aquella mujer hubiese desaparecido de su vida, incluso matando, que el hecho de que hubiera dejado de quererle.

A lo lejos, la cabellera de niebla que coronaba la cumbre del Gurla Mandhata había comenzado a diluirse y entre sus jirones se filtraban, como los dedos de un dios desconocido, cinco haces de luz que caían hasta el valle. Me vino a la memoria esa parte del Libro de Cristal donde habla de la mujer que

acompañaba al Caminante, la Mahatissa que tenía todas las trazas de ser una nueva encarnación de María de Betania. A las dos las movía esa fuerza solar por excelencia, la *bhakti*, la vía del amor supremo que lo da todo sin pedir nada, la que inspira a los verdaderos santos, sea cual sea su credo o su herejía, a todos cuantos llegan a dar su vida por aquellos a los que aman. ¿Y de qué no es capaz una mujer enamorada que, además, lleva dentro de sí la luz del *mana*?

—Ella no ha vuelto, ¿verdad? —pregunté cuando creí que podía hacerlo.

El lama dejó la taza de té sobre la estera y se encaminó hacia la terraza cogiéndose una mano con la otra. Cambió rápidamente de conversación:

—Discúlpeme, casi había olvidado la razón de esta visita...

—Le escucho.

—Ayer noche nuestro diálogo concluyó de una manera muy insatisfactoria para mí, y supongo que también para usted —me pareció ridículo pedir explicaciones. Naropa continuó—. Por ello, después de acomodarme aquí, me reuní con el bonpo de nuestra congregación. Le expuse sus inquietudes, y me lamenté por no poder satisfacerlas.

—Le comprendo...

—He sido autorizado a permitirle dar un paso más: el Buda. Viviente le espera.

—¿El Buda Viviente? —repetí sin disimular mi asombro—. ¿El Dalai Lama en persona?

—No, no es él —Naropa tampoco disimuló otra de sus sonrisas de ojos bajos—, pero pertenece a su misma estirpe. Como sabrá, en Tíbet hay nueve grandes reencarnados a los que consideramos Budas Vivientes. El venerable Kyrlong Rimpoché es uno de ellos. Fue la cabeza del Oráculo del Estado, en Nenchung, y hoy ejerce como uno de los cuatro Trunyi Chemo que constituyen nuestro gobierno en el exilio...

—Vaya, qué Buda tan polifacético —ironicé—, ¿y aun así, incluso tiene tiempo para un humilde mortal, como yo?

—No dude que es así. No obstante, pese a sus altas obligaciones el *tulku* Kyrlong vive más tiempo al otro lado de la vida que aquí. Y le aseguro que ve más lejos que ninguno de nosotros. Él le mostrará las señales.

—¿Qué señales?

—Las señales —dijo elusivamente, mientras se encaminaba hacia la puerta, como invitándome a ser iniciado en el último misterio.

Le seguí por laberinto de patios blancos rematados por sólidas balconadas pintadas de ocre y bermellón. Vi la escuela de copistas donde se advertía una actividad sorprendentemente intensa; un ritmo muy diferente al del gigantesco molino de oraciones que rotaba lentamente sobre su eje en un recinto penumbroso, ante el que parecían montar guardia una pareja de yaks. Con su misma masticación rumiante, a la sombra de la *stupa* de los siete anillos, un grupo de novicios recitaban los sutras del Kangyur. Presidía la oración un lama muy anciano que iba pasando las páginas de un grueso libro de cubiertas de madera, con la vara en alto.

Desde que la enseñanza de Buda se petrificó en la mente de sus discípulos, y éstos convirtieron los senderos abiertos en dogmas cerrados, de aquella gran eclosión de luz no quedaba ya más que ese mundo de niños repitiendo las verdades inmutables de un libro muerto que jamás sería trastornado por la aparición de ningún Libro de Cristal. Para eso estaba aquel viejo celador con su vara en alto, el martillo de herejes, el empalador de heterodoxos, como lo fueron en su tiempo el incesante Buda y el mismo Cristo, los grandes iluminados en un mundo de ciegos, los despiertos en un mundo de durmientes: aquí y ahora, y ayer como hoy, siempre ha sido así y así seguirá siendo.

No sé por qué me invadieron entonces esas cavilaciones tan sombrías. Sólo puedo escribir que vinieron para quedarse, y que se me formó un nudo en el estómago cuando Naropa, creyendo que me estimulaba, añadió:

—El *tulku* Kyrlong le ayudará en sus propósitos sin necesidad de que le importune con palabras. Créame, él ve, y su visión está viva. Aquí la llamamos *kundun*, la presencia que lo ilumina todo. Una vez que estemos ante él, no diga nada, no haga nada, no pregunte. Cierre los ojos y concéntrese en lo que quiera saber. Él verá brillar su aura en la oscuridad, y a través de su resonancia encontrará las respuestas, las señales que podrán ponerle en el camino que siguió Nájera San hasta donde se encuentra ahora. Pero, recuerde: sólo serán señales, nunca un destino.

Habíamos cruzado el último patio y estábamos ya bajo el dintel de la estrecha puerta dorada que nos conduciría hasta la estancia donde nos esperaba el Buda Viviente. El sol que caía de lleno fuera contrastaba con la oscuridad que se compactaba en el interior del tabernáculo. Una neblina de incienso parecía suspendida como un velo en el umbral. Antes de atravesarla, eché una mirada hasta el fondo de la oscuridad y allá, no muy lejos, sobre un sitial iluminado con centenares de velas, distinguí la figura de un hombre sentado con las piernas cruzadas y cubierto con una suntuosa túnica morada. Bajo una especie de mitra del mismo color, vi destellar dos ojos de una intensidad inaudita. Pensé en un gato, pero aquellos ojos se parecían más a los de una pantera al acecho y, sin

embargo, sólo podía tratarse del Buda Viviente.

Hubo un instante extraño, sucedió algo en ese fugaz cruce de miradas. Tal vez, en efecto, me llegaron las señales. O tal vez desde allá donde estuviera, Manuel me envió un último mensaje y obré en consecuencia. Sin una palabra, sin una pregunta, me di la vuelta y eché a andar hacia la puerta del monasterio de Mulbek.

—¿Pero qué hace? —exclamó Naropa, sorprendentemente desconcertado—. El Buda Viviente le aguarda...

Seguí caminando sin volverme. Cada paso que daba, me hacía sentir más profundamente que era eso y no otra cosa lo que debía hacer.

—No se puede rechazar una invitación del Buda Viviente... —insistió Naropa, que seguía clavado en el umbral del tabernáculo, elevando sensiblemente su tono de voz—. La llamada del Buda Viviente se escucha una sola vez en la vida. Su voz sana todos los males del cuerpo y del alma. Su bendición dispensa la inmortalidad...

Yo seguí mi camino, me quedaba poco para alcanzar la puerta del patio.

—¡Lo que está haciendo es muy grave, señor...! —Naropa había comenzado a gritar, algo impensable en un maestro de la serenidad celestial, como sin duda lo era él—. ¡Ha de saber que su comportamiento es una ofensa al Buda Viviente y a todos nosotros! ¡Vuelva ahora mismo o se arrepentirá!

Consulté mi reloj, las once y media de la mañana...

—¿Es que no me oye? ¡Le he dicho que vuelva!

Con un poco de suerte, llegaría para dormir en Leh.

—¡Vuelva!

Un hombre fuera de sí, ahogado en su espléndida dignidad: ésa es la última imagen que conservo del lama Naropa. Ya nunca más volvería a oír su voz, jamás regresaría a Mulbek.

Poco después alcancé la celda donde había dormido, recogí mi equipaje, comprobé que llevaba encima mi pasaporte y que mi *pickup* conservaba los tres bidones de gasolina suplementarios. Todo estaba bien. Hasta las dos *tulpas* que me saltaron al cuello cuando iba a entrar en la estancia del Buda Viviente se habían sosegado ya: dos *tulpas* o más bien dos imágenes con dos mujeres diferentes y un mismo hombre... haciendo una misma cosa.

Primero fue la imagen de Tara apuntando a Manuel con su pistola al filo de un precipicio. Una leve presión sobre el gatillo y desaparecería de su vida para siempre. En la otra imagen, sobrepuesta a ésta, Carmen hacía lo mismo. Apuntaba a Manuel con su revólver, sabiendo que bastaría una leve presión para acabar con todo. En un principio, pensé que la misma historia volvía a repetirse veinte años después. Pero no había sido así. Y eso lo cambiaba todo.

No se había repetido la misma vieja historia. Al contrario, la historia que Carmen dejó abierta con ese suicidio terrible, la había cerrado Tara salvándole la vida y dejándole escapar.

¿Por qué? ¿Sólo por amor? La respuesta es bien sencilla, transparente como el Libro de Cristal. Pero él no pudo soportarla. Su razón estalló, perdió el habla, se volvió loco. O accedió a la última y definitiva lucidez. Y eligió desaparecer de una vez y para siempre.

De Qumrán a Mulbek, Manuel siempre había buscado eso: el olvido, la extinción. O mejor, ese estado final de depuración y despojamiento absolutos que propicia a un tiempo el retorno al origen y la apertura hacia otra dimensión. Da igual que lo identifiquemos con el Thatagata de los budistas, o con la Tierra Santa de los primeros cristianos. Con las Puertas de la Percepción según Aldous Huxley, o con la Ecuación Infinito planteada por Stephen Hawking. Hablamos del umbral de Agartha, un paso entre lo físico y lo metafísico, cuya definición más exacta no puede ser otra que *la transparencia*, pues sólo lo transparente es y no es a un tiempo. Como el Libro de Cristal. Como la Puerta de Mulbek. *La transparencia* fusiona lo tangible con lo evanescente, lo cerrado con lo abierto, los caminos de este mundo con los del próximo. Manuel había descifrado los mapas que le permitían atravesar ese territorio sin perderse. El mapa grabado en el techo de la caverna de Mulbek, o el de la cripta de Tielontang, ¿qué eran sino derroteros para esa navegación después de esta vida física?

Así como le sucedió a él después de traducir el último enigma, a mí tampoco me importaba ya que nadie me entendiera. No necesitaba más explicaciones, no aceptaba ninguna otra versión. Ni siquiera la de aquel presunto Buda Viviente que, a buen seguro, tendría preparado un cuento maravilloso sobre la vida y milagros de Manuel Nájera. Lo único cierto era que yo había perdido para

siempre a mi amigo, como el mundo había perdido para siempre la posibilidad de tener acceso a ese texto que hubiera cambiado la historia. El Evangelio del Tíbet, dictado por Jesús a su hermano Tomás, ese testimonio excepcional que éste transcribió sobre hojas de palma y que el buen rey Gopananda hizo grabar sobre un portentoso Libro de Cristal, probablemente había sido destruido por esa secta de venerables que nunca podrían aceptar que Buda y Cristo pertenecieran a la misma genética solar, que su palabra brotara de un mismo manantial, y que esa palabra fuese entre los hombres luz viva y vivificante como la irradiante luz del *mana*.

Acababa de dejar atrás la gompa de Mulbek, y rodaba por una llanura de tierra color cobre, junto a las ruinas de lo que había sido el gran Buda rojo. El imponente monasterio-fortaleza era un trazo en la distancia. Sólo entonces reparé en el silencio inmenso que gravitaba sobre aquel espacio apenas perturbado por un viento seco y helado, la pura desolación.

Apagué el motor y me encaramé sobre el pescante de la *pickup*. Apenas a un centenar de metros de la pista, se veían los restos de lo que fue el Gran Buda de Mulbek encallados en la arena y entre las rocas. El torso se había partido en tres pedazos monumentales, una mano en diagonal parecía impedir el paso hasta el lugar donde había caído la cabeza que, en efecto, se había preservado milagrosamente intacta, reclinada sobre una pequeña duna, como si el coloso estuviera durmiendo. Durmiendo con los ojos abiertos. Tan abiertos que sentí su mirada como una llamada. «Pues muy bien — me dije —, si es eso lo que estás esperando de mí, allá voy.»

A medida que avanzaba, se fueron precisando los rasgos de esa obra maestra. La delicada curvatura de sus pómulos, pero también la dura elocuencia de sus mejillas hundidas. Sus labios cincelados hasta expresar la serenidad más perfecta, a la manera oriental, pero también esa barba apenas esbozada, idéntica a la de los Cristos bizantinos. Y así como ellos, por encima de todo, esa luz viva contenida en el óvalo repujado de ágatas y amatistas que perfilaban sus enormes ojos tristes.

Si la máxima belleza es el deseo de engendrar en la divinidad, si la divinidad es el deseo de engendrar en la belleza, aquella obra sublime conjugaba ambas ambiciones hasta hacerte sentir que también tú respirabas a través de su alma. Pero todo lo que quedaba vivo de su corazón, me estaba esperando al otro lado. Al doblar la cabeza, y a un paso de la losa de las inscripciones, descubrí una figura en pie, velada y cubierta de pies a cabeza con una cerrada túnica negra que azotaba el viento. Era una mujer. No pareció sorprenderse al verme. Y no voy a escribir que la esperaba, pero lo cierto es que yo tampoco extrañé su presencia.

Una mujer sin rostro que de pronto me resultaba tan familiar, que tanto me recordaba... ¿A quién? Sí, aunque pareciera una locura, era María de Betania ante el sepulcro de Cristo, después de la crucifixión, al caer la tarde del tercer día.

Entonces lo entendí todo, y sin necesidad de que se quitara el velo, supe inequívocamente quién era ella y por qué, en el epílogo de su historia, Manuel Nájera había decidido preservar su mayor descubrimiento, tal y como ella lo hubiera deseado. Tal y como quizá llegó incluso a pactarlo con ella después de que le salvara la vida en el barranco de Khaling, y antes de ponerse en camino hacia una nueva existencia. O quizá sólo hacia el olvido.

El Libro de Cristal no era lo más importante. Lo había dejado escrito muchas veces en su cuaderno amarillo, pero yo —como Naropa, como Kupka— me había dejado cegar por sus destellos cuando, en realidad, el verdadero y definitivo Evangelio de Jesús el Cristo yacía bajo aquella losa. La losa era algo más que una lápida sepulcral. En realidad era una puerta, la última puerta que atravesaron físicamente Maitreya y el Mesías. Allá abajo quedó su cuerpo irradiante, un rostro cubierto con una máscara de oro, sus ojos abiertos al infinito, una vibración radioactiva envolviendo su prodigiosa semilla. Su astral entretanto atravesó la Puerta Cósmica y se zambulló en un océano de luz y éter ... El Pez regresaba a la eternidad.

Por eso Manuel entregó a Kupka su traducción final sin añadir ni una sola palabra acerca del acróstico donde se revelaban su identidad y todas las incógnitas. Las huellas del viaje de los esenios marcadas por esas cruces de San Jorge que pautaban toda su ruta hasta el Tíbet. La pervivencia de esa tradición sagrada que enlazaba el vino de Noé con la memoria de la tribu número trece en la cripta del padre Stellios. La constatación de que la losa de Mulbek respondía a la orientación exacta de las tumbas levíticas. Y hasta ese incremento del magnetismo terrestre o ese índice de radioactividad que había detectado la misión japonesa, de la que él se había burlado con esa exacta intención: salvar el gran secreto, preservarlo hasta el día en que la humanidad aceptara esa evidencia trascendental, sorteando el riesgo de que la casta sacerdotal la destruyera nuevamente, como había sucedido con el Libro de Cristal, con el Buda rojo y aun con la Puerta de Mulbek.

¿Quiénes eran en realidad Tara y Tushita? ¿Dos miembros del Frente de Liberación Tibetano, o más bien dos nestorianos, dos esenios, dos genuinos budistas, dos enviados de aquellos Fundadores que preservaban la ciudad de Agartha?

Sólo desde la convicción de que Manuel había sido siempre uno de ellos, aun sin saberlo, puedo entender que lo dejaran irse con vida, pese a la condena a muerte que había caído sobre él por parte del Frente de Liberación Tibetano tras su incursión en Tielontang. Si en el momento en que Tushita vino a por él, Manuel hubiese alzado la losa lo suficiente para llegar a ver el rostro más

inquietante de toda la historia de la humanidad, el rostro de Cristo dos mil años después de su crucifixión en Jerusalén, probablemente nadie hubiera podido salvarle. Pero él mismo aceptó no saber más, aceptó no alzar ese último velo y guardar el último secreto. Eso le salvó, no me cabe duda. Y él lo sabía. Sabía que llegaría el momento en que tendría en su mano resolver el gran enigma que le había obsesionado toda su vida... y habría de renunciar. Pero, en realidad, fue él libremente quien aceptó no saber más. Fue sin duda esa renuncia a «saber más» la que le salvó la vida. Y la que le abrió, definitivamente, todas las puertas.

Así como los analistas habían errado la datación del Libro de Cristal, aquella losa de basalto podía haber sido tallada y labrada perfectamente mil y hasta dos mil años antes de Cristo. ¿Por qué? Porque tal y como acabo de escribirlo, antes que una tumba había sido una puerta ancestral.

La puerta subterránea que conduce a Agartha.

Allá había dejado el Cristo, tal vez como muchos otros enviados antes que él, su última encarnadura humana antes de alzarse como un cuerpo etéreo y desaparecer.

No puedo resistirme a escribir lo que imagino. Ser yo mismo quien alzase esa máscara de oro y cristal de roca, y encontrarme ante el rostro de Jesús de Nazareth. ¿Cómo sería ese rostro? ¿Un rostro de fuego que enfrentaría a quien se atreviera a alzar esa losa, mirándole cara a cara con los ojos muy abiertos bajo una máscara de cristal de roca, o tal vez el rostro de un príncipe dormido, envuelto en su crisálida de luz azul, la irradiante luz del *mana*?

Manuel sabía que las tumbas sagradas de todas las grandes civilizaciones son semillas, embriones cósmicos, cunas de luz para un nuevo nacimiento. En lugar de profanar la de Cristo, él decidió nacer de sí mismo a partir de ella. Y así como Él, «se hizo morir» para seguir caminando.

A veces pienso que en este mundo sólo hay dos razas humanas y que éstas se diferencian por aquello que piensa cada hombre al elevar sus ojos al cielo en una noche estrellada. Unos preguntan *por qué*, y otros solamente *cuándo*, Manuel pertenecía a esta especie. Tenía la certeza de que cada uno de nosotros ha heredado un código cifrado, una fuente de luz incesante que nos hace nacer y renacer como una apertura al infinito. Una vez que llegó ante las últimas claves se limitó a descifrarlas sin profanarlas, y siguió caminando hacia su tierra prometida, hacia la estrella origen, hacia el corazón de la inteligencia cósmica.

«Nadie encuentra Agartha. Es Agartha quien conduce a ella a quien ha elegido.» Estaba claro, había sido así y no de otro modo. Manuel había llegado al final del laberinto, aceptó el pacto y la última puerta, la puerta de la transparencial, se abrió definitivamente ante él. A cambio de su silencio, el Evangelio del Tíbet y la tumba de Cristo se habían salvado de la destrucción y nadie lo sabía.

Nadie salvo esa mujer que, en ese momento, decidió quitarse el velo y mirarme de frente. Toda su belleza irradiaba de aquellos ojos, todos sus misterios estaban cifrados en los tatuajes de sus mejillas. Me lo dijo sin una palabra, sólo

con esa mirada.

Sí, yo soy Tara.

Como yo tampoco pregunté, ella se agachó y con su dedo índice, lenta, ceremoniosamente, dibujó un pez sobre la arena.

Entendí su mensaje: ese mensaje que implicaba un nuevo pacto y hasta un desafío. Ella no traicionaría jamás la memoria de su amor, yo no debía traicionar su secreto.

Probablemente, también a mí me iba la vida en ello.

Una caricia de hielo me recorrió la nuca cuando avanzó hacia mí, mirándome con esos ojos como dos soles negros. Caminaba como una reina, serena y altiva, absolutamente dueña de su escenario. Conté cada uno de sus pasos hasta que llegó donde yo estaba, y dejé de contarlos cuando me dejó atrás sin detenerse. Pero yo sentí que esos ojos seguían mirándome mientras me dejaba atrás y se alejaba hacia la inmensidad. El viento había comenzado a soplar con fuerza, levantando violentos remolinos de polvo que azotaban su túnica y haciéndola parecer aún más espectral.

No arranqué mi *pickup* hasta que desapareció engullida por la nube terrosa, y aun entonces seguí viéndola, como una vestal sagrada fundiéndose con el sol que se ponía entre las montañas azules del horizonte. Entonces miré por última vez el perfil del monasterio de Mulbek. Los monjes no hicieron sonar sus trompas ni sus flautas de fémur humano llamando a la oración, ni destelló un último rayo sobre la cúpula de oro de su gran *stupa*. Sus torres se fueron difuminando en la grisalla del viento y la arena, y al poco todo el mundo conocido no era más que una toyota rodando por una pista tibetana, sin más horizonte que llegar sano y salvo a un lugar civilizado, a ser posible esa misma noche.

Tardé siete horas más en alcanzar Leh. En el hotel, al solicitar mis llaves, un recepcionista sonriente me pasó un sobre con mi nombre. Lo abrí y me encontré con un telegrama de la embajada británica. Un secretario de la delegación diplomática me informaba que el cuerpo de alguien que podía ser Manuel Nájera había sido localizado en un paraje casi inaccesible de la senda de peregrinos que conduce al monte Kailas, en el Tíbet Occidental.

El cónsul en persona me proporcionó algunos detalles que, sin embargo, cuestionaban la moderada certeza que parecía desprenderse de aquel telegrama. Lamentablemente, cuando lo encontraron, los *ragyab* —esa orden de monjes descuartizadores de cadáveres a la que había pertenecido el propio Manuel— ya habían subido sus restos a la Torre del Silencio. Los buitres no dejaron ni un mínimo vestigio de su osamenta que permitiera identificarle. Por otra parte, la inexistencia de familiares vivos tampoco permitía el entonces innovador recurso al ADN.

Ahora bien, aquel cadáver nuevamente desaparecido, ¿era el suyo o se trataba de una nueva pista falsa, la definitiva?

Una leyenda tibetana asegura que toda una constelación de budas llena el universo, y que sólo en el nuestro se pueden contar más de un millón de miríadas. Pero todos esos budas descendientes de un gran Buda primordial y esparcidos como granos de arena en los tres millones de mundos, se reúnen en el corazón de cualquier hombre cuando éste da un paso hacia ellos y a favor de sí mismo, hacia su despertar.

Había caído ya la medianoche cuando salí de la embajada británica. Antes de meterme dentro del taxi eché una mirada al cielo. Por primera vez en mi vida me sentí tan cerca de las estrellas que empezó a darme miedo ser inmortal.

Fin